Guillermo Algaze

El sistema-mundo de Uruk

La expansión de la primera civilización mesopotámica

Durante la denominada cultura de Uruk de finales del IV milenio a.C. el sur de Mesopotamia ya había logrado establecer un sistema económico capaz de vincular esta región, deficitaria de recursos, con su extensa periferia, mucho más rica pero menos desarrollada. Este sistema de interacciones se estableció mediante una auténtica expansión colonial de las gentes de Uruk hacia las llanuras del suroeste de Irán (Susa) y gracias a la fundación de enclaves estratégicos situados en las principales rutas de comunicación de los altiplanos del norte de Mesopotamia (Asiria y sureste de Anatolia). Este proceso puso en contacto a la primera civilización urbana conocida en la historia con regiones subdesarrolladas a través de un intercambio desigual y sentó las bases del nacimiento del poder, en el que la centralización política, la integración socioeconómica y la diáspora colonial vienen a ser las caras de una misma moneda. Un nuevo modelo sobre orígenes del Estado, basado en la lectura innovadora y sugerente de la documentación arqueológica más reciente y elaborado por uno de los mejores expertos actuales en el estudio de la formación de la civilización sumeria. El libro contiene un capítulo redactado especialmente para la edición castellana en el que el autor actualiza la información arqueológica obtenida estos últimos años en el Próximo Oriente.

epublibre

Guillermo Algaze

EL SISTEMA-MUNDO DE URUK

La expansión de la primera civilización mesopotámica

ePub r1.0
Titivillus 24.02.2026

Guillermo Algaze, 1993
Traducción: María José Aubet Semmler
Diseño de cubierta: Joaquín Monclús

Editor digital: Titivillus

Digitalización y OCR para Epublibre

Primera edición en Epublibre, 24-02-2026
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
El sistema-mundo de Uruk
Nota del editor digital
Prólogo a la edición castellana
Prefacio
Agradecimientos
1. Introducción
Una perspectiva suprarregional
Estrategias de obtención de recursos y su impacto
«Impulso hacia el imperio» en el período de Uruk
Un marco conceptual para analizar la evidencia
2. Yacimientos de Uruk en la llanura susiana del kHuzestán
Marco geográfico
La colonización mesopotámica
Cronología y conclusiones
3. Yacimientos de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas y montañas adyacentes
Marco geográfico
La Siria profunda
La Jezira mesopotámica
Las llanuras transtigrinas
Enclaves de Uruk en siro-mesopotamia
Descubrimiento y antecedentes
La localización de los enclaves de Uruk
Naturaleza de los enclaves de Uruk
La lógica estratégica del asentamiento de Uruk en siro-mesopotamia
Las rutas terrestres de Siro-Mesopotamia en la época clásica
Modelos históricos y evidencia arqueológica

Enclaves de Uruk en nodos estratégicos de las líneas de comunicación

Bases de Uruk junto a las líneas de comunicación

Puestos avanzados de Uruk en la periferia

La cronología del asentamiento de Uruk en la periferia

Los enclaves

Los puestos avanzados

4. La función de los asentamientos de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas y montañas adyacentes

Comunidades «de paso»

Materiales de Uruk en el piedemonte y montañas adyacentes

Rutas de montaña

Los recursos de las montañas

Materiales de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas

Los bienes de intercambio

Exportaciones

Importaciones

5. El calcolítico reciente en siro-mesopotamia

Cronología

La cultura del calcolítico reciente y la integración social

Las relaciones entre los enclaves de Uruk y las comunidades indígenas

6. Cambio social en la periferia septentrional y el colapso de la expansión de Uruk

El impacto en las sociedades indígenas

Hamman et-Turkman

Kurban Ḥöyük

Arslan Tepe
El colapso de la red de enclaves de Uruk
El desarrollo sociopolítico de la periferia en el bronce antiguo
7. Conclusiones
La perspectiva de la periferia: el imperio informal en el período de Uruk
La perspectiva del lugar central: un sistema-mundo del período de Uruk
El contexto de la expansión
Problemas pendientes y sugerencias de cara a futuras investigaciones
Las raíces de la expansión
El impulso inicial de la expansión
La mecánica del intercambio intercultural
Asentamientos de Uruk por descubrir en la periferia
Replanteamiento teórico y paralelos interculturales
Epílogo a la edición castellana. la expansión de Uruk: nuevos datos e interpretaciones
¿Qué hay de nuevo?
La cronología de la expansión de Uruk
La identificación de asentamientos intrusivos de Uruk
Variantes del asentamiento de Uruk en siro-mesopotamia
La complejidad social de las comunidades tardocalcolíticas
La complejidad social de Uruk
Trayectorias de desarrollo: núcleo «vs». periferia
El impacto de Uruk en las sociedades preexistentes
Conclusiones
Referencias bibliográficas actualizadas

Fuente de las ilustraciones
Índice de las ilustraciones
Sobre el autor
Notas

Nota del editor digital

Edición basada en la edición en papel, la cual se ha escaneado y realizado el ocr.

Cualquier modificación y o corrección realizada sobre la edición en papel se indica con fuente de color rojo sobre fondo amarillo.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN CASTELLANA

Han transcurrido diez años desde la publicación de la edición original del presente libro[1]*. Normalmente una década es tiempo suficiente para que hayan aparecido nuevos datos arqueológicos, lo que siempre plantea importantes problemas de interpretación, y obliga a una profunda revisión de las teorías basadas en la evidencia anterior. Lógicamente los acontecimientos políticos en Oriente Próximo en general, y en Iraq e Irán en particular, han ralentizado considerablemente, e incluso paralizado, las investigaciones arqueológicas en las zonas de la antigua civilización mesopotámica más relevantes y susceptibles de enriquecer nuestro conocimiento de los procesos y la dinámica de la expansión de las sociedades de Uruk. Por esa razón, las novedades relacionadas con el fenómeno Uruk se limitan solamente a los hallazgos realizados en las zonas de Siro-Mesopotamia hoy situadas en el interior de Siria y en el sureste de Turquía que aún están abiertas a la investigación arqueológica. Normalmente una década es tiempo suficiente para que hayan aparecido nuevos datos arqueológicos, lo que siempre plantea importantes problemas de interpretación, y*

obliga a una profunda revisión de las teorías basadas en la evidencia anterior. Lógicamente los acontecimientos políticos en Oriente Próximo en general, y en Iraq e Irán en particular, han ralentizado considerablemente, e incluso paralizado, las investigaciones arqueológicas en las zonas de la antigua civilización mesopotámica más relevantes y susceptibles de enriquecer nuestro conocimiento de los procesos y la dinámica de la expansión de las sociedades de Uruk. Por esa razón, las novedades relacionadas con el fenómeno Uruk se limitan solamente a los hallazgos realizados en las zonas de Siro-Mesopotamia hoy situadas en el interior de Siria y en el sureste de Turquía que aún están abiertas a la investigación arqueológica.

Dado el reducido alcance geográfico de los nuevos datos disponibles, las nuevas perspectivas relativas a la expansión de Uruk buscan comprender mejor las sociedades preexistentes de las zonas de la periferia donde se instalaron las sociedades de Uruk. Y los nuevos datos permiten también, si bien en menor medida, clarificar determinados aspectos de la interpretación de los yacimientos intrusivos. De modo que el capítulo 8, enteramente nuevo y escrito especialmente para esta edición castellana, actualiza y amplía la información pertinente sobre algunos yacimientos de Uruk e indígenas de la periferia septentrional de Mesopotamia que ya se habían abordado en los capítulos 3, 3 y 6. El capítulo 8 también atiende a los debates recientes que algunos autores han mantenido sobre el significado de estos desarrollos, y se centra específicamente en aquellas áreas cuya interpretación anterior reclama, en mi opinión, mayor desarrollo, algunas modificaciones o incluso una revisión a fondo.

Para simplificar una situación compleja, diría que el nuevo análisis que se presenta en el capítulo 8 indica que yo había subestimado el nivel de complejidad social de las sociedades indígenas que vivían en las zonas de la periferia mesopotámica

ocupadas por las sociedades de Uruk. De hecho, ahora parece que hasta principios del IV milenio la Baja Mesopotamia no era sino una de las varias regiones rivales de Oriente Próximo que conocían una evolución paralela hacia una mayor complejidad social. De ahí el particular interés de la emergencia de múltiples ciudades-estado rivales durante el período de Uruk en la Baja Mesopotamia en el IV milenio, ya que era la primera vez que las sociedades meridionales superaban, tanto individual como conjuntamente, a las demás sociedades contemporáneas del suroeste asiático en cuanto a escala y grado de diferenciación social y económica interna./span> rivales durante el período de Uruk en la Baja Mesopotamia en el IV milenio, ya que era la primera vez que las sociedades meridionales superaban, tanto individual como conjuntamente, a las demás sociedades contemporáneas del suroeste asiático en cuanto a escala y grado de diferenciación social y económica interna.

Por lo tanto, el período de Uruk de la llanura aluvial mesopotámica representa un «despegue» espectacular, un cambio decisivo, favorable a la Baja Mesopotamia, respecto al nivel de urbanización, complejidad sociopolítica y diferenciación económica existente en todo el Oriente Próximo antiguo antes del IV milenio. Dado que el origen y las bases del despegue de Uruk se exploran de forma más pormenorizada en un artículo publicado recientemente en la revista Current Anthropology *(Algaze 2001a), aquí me centraré sobre todo en cómo las disparidades de poder y prestigio creadas por aquel despegue posibilitaron la expansión de Uruk, y examinaré de qué modo aquella expansión afectó a las áreas de la periferia de la Baja Mesopotamia en el IV milenio a. C. Además, documentaré las distintas estrategias que utilizaron las sociedades de Uruk para crear, sin proponérselo, lo que, con algunas salvedades, puede considerarse el*

«sistema-mundo» más antiguo del mundo y, posiblemente, su primera incursión imperial.

Guillermo Algaze

Septiembre de 2003

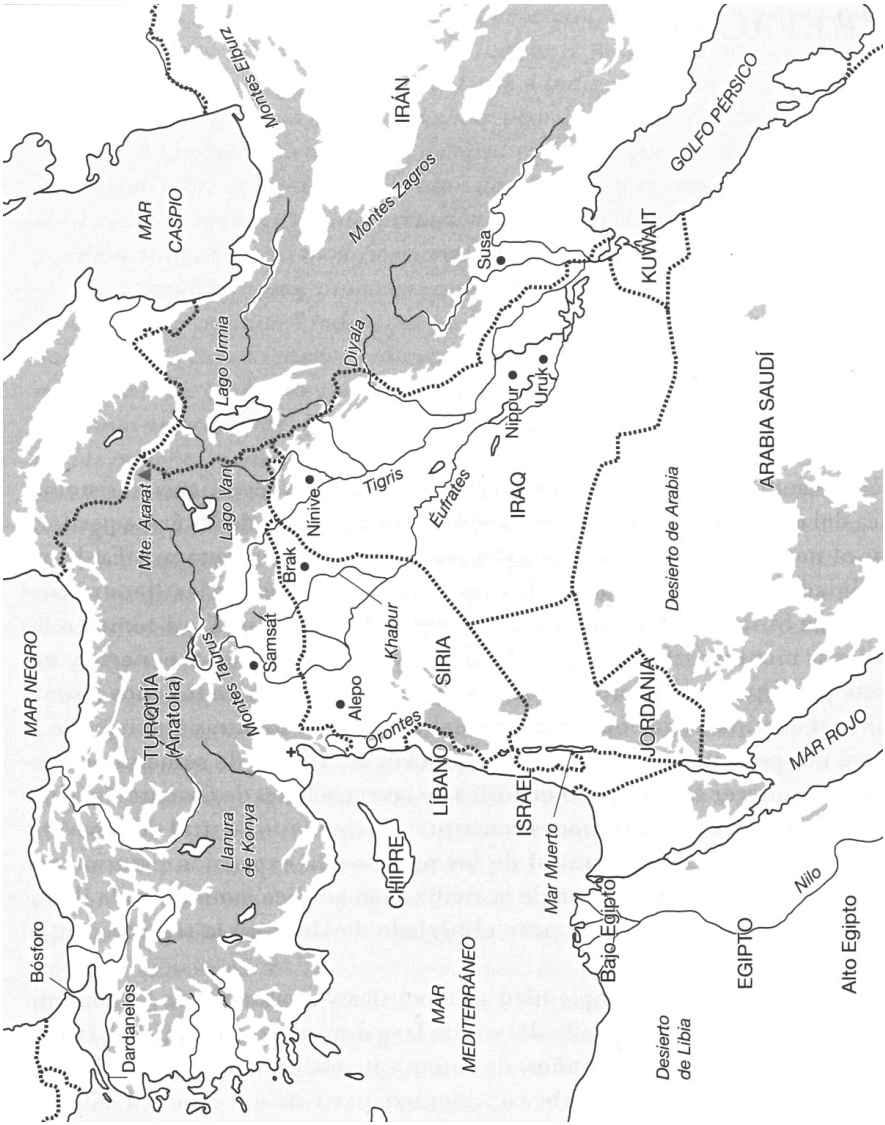
PREFACIO

Sólo recientemente ha sido posible llevar a cabo una investigación sistemática del desarrollo arqueológico y de la historia antigua de las áreas periféricas al norte y este de la llanura aluvial de la Baja Mesopotamia. En la actualidad se están realizando diversas investigaciones en las llanuras del norte de Siria, norte de Mesopotamia y sureste de Turquía, así como en las cadenas montañosas próximas. El corpus de datos que depara el norte y noreste del Khuzestán, junto con la información recabada en los años sesenta merced a la investigación intensiva realizada en las llanuras aluviales de la zona, nos permiten explorar por primera vez cuestiones de suma importancia para conocer el desarrollo histórico de las sociedades de Oriente Próximo antiguo. Una de esas cuestiones constituye el elemento central del presente estudio: el alcance y magnitud de los procesos de expansión exterior que acompañaron la cristalización de la civilización acádico-sumeria en la llanura aluvial mesopotámica durante el período de Uruk en la segunda mitad del IV milenio a. C.

El desarrollo de la complejidad sociopolítica y económica de las comunidades de las llanuras aluviales del sur de Iraq

durante el período de Uruk ha sido objeto, en los últimos años, de intensa investigación, y en muchos aspectos el presente estudio debe considerarse parte de ese esfuerzo. Sin embargo, en lugar de analizar la emergencia de la civilización en la llanura aluvial mesopotámica desde el punto de vista de los cambios acaecidos en el propio epicentro mesopotámico, he optado por centrarme en las manifestaciones y consecuencias externas de ese proceso. Entre ellas, la colonización de la vecina llanura de Susa o susiana en el Khuzestán, y el establecimiento de asentamientos especializados en lugares estratégicos en las llanuras septentrionales y montañas y mesetas adyacentes. Estos fenómenos se analizan desde la perspectiva de los modelos de interacción intercultural derivados en su mayoría de la literatura histórica sobre la penetración en áreas periféricas relativamente poco o nada desarrolladas por parte de las sociedades europeas modernas altamente organizadas. Pese a las evidentes diferencias temporales y geográficas que supone trasladar marcos conceptuales eurocéntricos a un contexto de Oriente Próximo antiguo, los modelos son pertinentes puesto que todos los casos de interacción entre sociedades con niveles de desarrollo socioeconómico muy diferentes parecen ser la norma. Concretamente, supongo explícitamente (1) que, por una serie de razones endógenas aún mal conocidas, las sociedades de Uruk del sur de Iraq habían alcanzado unos niveles de organización sociopolítica bastante más avanzados que las comunidades contemporáneas de su periferia, y (2) que las diferencias en cuanto a dotación de recursos entre las llanuras de Mesopotamia y las montañas adyacentes hicieron que el ulterior desarrollo y perpetuación de las sociedades altamente estratificadas, como las de la llanura aluvial mesopotámica durante el período de Uruk, dependiera de su acceso a una

base de recursos sustancialmente mayor que la de la propia llanura aluvial.



Mapa del Próximo Oriente con los principales yacimientos de Uruk.

Se podría aducir, y con razón, que la información recuperada en la periferia mesopotámica relacionada con la expansión de las sociedades de Uruk es aún demasiado fragmentaria, ambigua e incompleta como para tratar de sistematizar

una interpretación. Pero en este momento ya han aparecido datos suficientes para intentar una primera aproximación. El presente estudio, una amplia reelaboración de mi tesis doctoral presentada en la Universidad de Chicago en 1986, constituye un análisis preliminar de este tipo. Dado que buena parte de las investigaciones pertinentes siguen inéditas y que muchas más están todavía en curso, lógicamente las tesis que aquí se presentan sufrirán seguramente importantes modificaciones a medida que los proyectos de investigación actualmente en curso en el norte de Siria, el norte de Iraq y el sureste de Turquía, y la publicación de los resultados finales del trabajo anterior en el suroeste de Irán, aporten nuevos datos. Mientras tanto, espero que este estudio contribuya a poner de relieve problemas aún poco o mal comprendidos relativos a los procesos de expansión exterior que fueron parte integrante de la aparición de las ciudades-estado en las llanuras aluviales del sur de Iraq durante el período de Uruk.

AGRADECIMIENTOS

No hay muchos autores que no se sientan en deuda con muchos colegas y profesores. Yo me considero afortunado porque mi deuda es mayor que la de muchos. Entre las personas que más han influido en mi evolución profesional e intelectual hay un buen número de profesores y amigos, pasados y presentes, de la Universidad de Chicago: Robert McC. Adams, McGuire Gibson, Helene Kantor y Leon Marfoe. Consciente o inconscientemente, lo mejor de mis ideas sobre la evolución de la civilización mesopotámica se fraguó en sus seminarios, clases, conferencias y conversaciones con cada uno de ellos. Concretamente, muchos de los puntos que se desarrollan en esta monografía derivan, en último término, de las semillas que ellos plantaron en un momento u otro de mis años universitarios. Kantor, Gibson y Adams también leyeron los primeros borradores de este libro y aportaron sugerencias inestimables, tanto de contenido como de forma. En cuanto al enfoque, soy deudor de Marfoe, quien me enseñó que es imposible comprender un sistema, cualquier sistema, de forma aislada.

Las largas conversaciones con colegas de diversas disciplinas han contribuido al desarrollo de las ideas que se presentan en este trabajo. Especialmente influyentes fueron Peter Akkermans de la Universidad de Amsterdam, Virginia Badler de la Universidad de Toronto, Douglas Esse de la Universidad de Chicago, Glenn Schwartz de la Universidad Johns Hopkins, Joanne Scurlock de la Universidad de Chicago, Dietrich Sürenhagen de la Universidad de Heidelberg, Maraa Trentin del Instituto Arqueológico de la Universidad de Londres, Patricia Wattenmaker de la Universidad de Virginia, Harvey Weiss de la Universidad de Yale, Ashhan Yener de la Smithsonian Institution y Richard Zettler de la Universidad de Pennsylvania. Otros me ayudaron a comprender el fenómeno de Uruk invitándome amablemente a seguir los avances de sus excavaciones sobre el terreno o a acceder a los materiales arqueológicos pertinentes, a menudo inéditos. Mi especial agradecimiento a Manfred R. Behm-Blancke (Hassek), Rudolph Dornemann (Hadidi), Richard Ellis (Gritille), Harald Hauptmann (Lidar), Joan Oates (Brak), Mehmet Özdoğan (prospección de Karababa), Alba Palmieri (Arslan Tepe) y Mauritz van Loon (Hamman et-Turkman). Asimismo importantes fueron las contribuciones de otros expertos que se ofrecieron amablemente a comentar los primeros borradores de esta monografía y la tesis doctoral en la que se basa: Maggie Brandt, Mary Evins, Ronald Gorny y Donald Whitcomb de la Universidad de Chicago, Elizabeth Carter de la Universidad de California, Los Angeles, Mario Liverani de la Universidad de Roma y Philip Kohl del Wellesley College. Pero mi deuda más inmediata es con Henry T. Wright, de la Universidad de Michigan, y Gil Stein, de la Northwestern University, que leyeron con ojo crítico las versiones finales del manuscrito. Todos ellos aportaron una crítica lúcida y de-

tallada, señalaron referencias cruciales que se habían omitido y comentarios importantes sobre la edición que, en muchos casos, se han incorporado al presente trabajo. También se han incorporado las sugerencias de los colegas que leyeron una primera síntesis de mis puntos de vista aparecida en *Current Anthropology* (1989). Agradezco profundamente la inestimable contribución de los expertos y amigos que acabo de mencionar, pero los errores de omisión y de interpretación que puedan subsistir son totalmente míos.

Durante todo este tiempo, varias instituciones me han ofrecido apoyo financiero directa o indirectamente relacionado con este estudio. La Universidad de Chicago financió mis años de estudiante con generosas becas. El Instituto Oriental sufragó concretamente el importe del análisis de los datos de las excavaciones de Kurban Ḥöyük, algunos incorporados a esta monografía. Buena parte de la información pertinente procedente de mis propias investigaciones en el Tigris y el Éufrates en Turquía durante 1988, 1989 y 1990 también se ha incorporado aquí. Aquellas prospecciones fueron financiadas por la Smithsonian Institution, la National Geographic Society, la National Endowment for the Humanities, la American Philosophical Society, el American Council of Learned Societies, el Instituto Americano para la Investigación en Turquía, el Instituto Arqueológico Británico de Ankara y varios donantes privados. Las revisiones finales del manuscrito fueron posibles gracias, en parte, a una beca de post-grado de la Fundación Mellon de la Universidad de Chicago. Agradezco sinceramente la contribución de todas estas instituciones.

La mayoría de ilustraciones se deben al inmenso talento de Carlene Friedman de Chicago. Una nota final de reconoci-

miento a mi esposa, Elise Auerbach, que durante todo el proceso aportó una crítica lúcida y el apoyo necesario.

1. INTRODUCCIÓN

Los arqueólogos se muestran cada vez más críticos con las formulaciones neoevolucionistas del desarrollo de la sociedad compleja que priorizan los factores internos... en detrimento de la interacción y el intercambio entre sociedades desiguales con diferentes niveles de desarrollo cultural... Persiste el hecho básico de que... la evolución cultural de una sociedad depende de sus relaciones con otras sociedades; que las culturas son sistemas abiertos, no cerrados, y que los estudios... que no toman en consideración marcos de interacción más amplios son necesariamente incompletos y parciales.

P. L. KOHL, «The Use and Abuse of World Systems Theory».

UNA PERSPECTIVA SUPRARREGIONAL

Los fuertes contrastes geográficos, medioambientales, económicos y culturales existentes entre las llanuras aluviales de la Baja Mesopotamia y las mesetas y montañas de su periferia impusieron una serie de limitaciones duraderas al desarrollo de las sociedades en una y otra zona. Una limitación decisiva fue que las tierras de aluvión mesopotámicas, una tierra prácticamente carente de recursos salvo los básicos derivados de la agricultura y la cría de animales, tenían que importar el grueso de los bienes materiales necesarios para mantener unos sistemas sociales sumamente estra-

tificados (Oppenheim 1976). Los recursos que necesitaban se encontraban, en gran parte, en lejanas áreas de montaña cuyas comunidades se caracterizaban, a juzgar por la evidencia histórica y arqueológica existente, por niveles de integración sociopolítica y económica muy inferiores a los de las ciudades-estado de la llanura aluvial iraquí, al menos antes del III milenio a. C. ¿Cuál es, entonces, el marco más adecuado para estudiar las sociedades de estas áreas tan distintas y, más concretamente, para comprender la génesis de la civilización sumeria en la Baja Mesopotamia en la segunda mitad del IV milenio a. C.?

Algunas aproximaciones recientes a esta cuestión han explorado el rol de los desequilibrios en el seno de las comunidades de la llanura aluvial como causa de los procesos evolutivos que culminaron en la aparición de las ciudades-estado de Uruk. Los estudios individuales se han centrado en el crecimiento de las comunidades urbanas (Adams 1981; Adams y Nissen 1972), en la emergencia de estructuras administrativas jerárquicas complejas (Johnson 1973, 1987; Wright y Johnson 1975), en el aumento de la estratificación social y de la diferenciación política (Zagarell 1986), en la transición de economías basadas en la reciprocidad a economías de redistribución (Polanyi 1957) y, por último, en el impacto de determinadas «causas primeras», como la intensificación agrícola y el crecimiento de la población (Smith y Young 1972), la guerra (Wright *et al.* 1975) o el desarrollo del comercio intrarregional (Johnson 1973; H.T. Wright 1972; Wright y Johnson 1975).

Pese a que todos estos factores tuvieron que ser importantes, es evidente que las complejas modificaciones e innovaciones en materia de organización social, política y económica que propiciaron la aparición inicial de la civilización me-

sopotámica no ocurrieron en el vacío. Al contrario, los procesos que culminaron en la emergencia de las ciudades-estado en la llanura aluvial mesopotámica sólo pudieron tener lugar merced a un trasfondo mucho mayor, un marco en el que los contactos interculturales y el intercambio interregional ocuparon una posición prominente. Es lo que se desprende de la documentación posterior de la propia Mesopotamia. A partir de al menos el III milenio, un variado Corpus de evidencia histórica nos permite identificar el rol que desempeñaron el intercambio y la coerción, las instituciones públicas, tanto seculares como religiosas, y los empresarios privados en la obtención de los codiciados recursos (Larsen 1987[2]). La relativa importancia de cada uno de esos factores varió considerablemente de un período a otro. Pero a pesar de las notables diferencias en el tipo de bienes intercambiados y de los cambios en el tiempo de las estrategias de adquisición de recursos, un elemento permaneció constante: el mantenimiento en el tiempo de organizaciones políticas complejas en la llanura aluvial mesopotámica resulta incomprensible fuera del marco de un universo mayor, un sistema global de relaciones económicas y, a veces, políticas entre esa zona y las áreas donde existían recursos complementarios y sociedades con un nivel de integración socioeconómica sustancialmente distinto.

Por lo tanto, el único marco posible para el estudio de los fenómenos asociados a la emergencia de la civilización mesopotámica es un marco que contemple la posibilidad de que la explicación del desarrollo de la economía política concreta de aquella civilización otorgue igual peso a las causas de desequilibrio externas al sistema aluvial del sur de Iraq como a las causas internas puestas de relieve por algunos estudios recientes. En cierto sentido, los procesos generados por

aquellas variables internas habrían sido una especie de «ventaja inicial» que permitió a las sucesivas sociedades del sur responder activa y creativamente a las condiciones de desequilibrio impuestas por el marco fisiográfico y cultural donde estaban asentadas.

Esa respuesta, a la que hasta ahora no se le ha prestado la debida atención, fue el desarrollo del intercambio de larga distancia y de contactos interculturales entre las sociedades de Uruk de la Baja Mesopotamia y las comunidades de la periferia circundante en un intento de asegurar y regularizar el flujo de los recursos deseados (pero véase Marfoe 1987 y Zagarell 1986). Esta ausencia relativa de atención resulta sorprendente, ya que ha quedado demostrado repetidas veces que el intercambio de larga distancia y la formación del estado están inextricablemente asociados, ya sea directamente a través del control estatal del propio comercio, ya sea indirectamente mediante el control estatal de los bienes destinados al intercambio y de los medios (mano de obra) para producirlos (Adams 1974; Alagoa 1970; Eisenstadt 1979; Terray 1974). Además, en el caso de Mesopotamia, esa escasa consideración resulta problemática, ya que desde hace por lo menos medio siglo existe evidencia clara de estrechos contactos entre las sociedades de la llanura aluvial del sur y las comunidades de las llanuras de la Alta Mesopotamia que preceden en un milenio a la emergencia de las ciudades-estado de Uruk (Tobler 1950); y la investigación más reciente ha validado sólidamente los datos anteriores sobre este punto (por ej., Akkermans 1989; Breniquet 1989; J. Oates 1983).

Estrategias de obtención de recursos y su impacto

Aunque entre las sociedades de la llanura aluvial mesopotámica y las comunidades de las áreas vecinas habían existido contactos de una u otra índole desde los tiempos prehistóricos, su intensidad fue variando considerablemente con el tiempo. Pero históricamente, se constatan algunos factores recurrentes. Los períodos de consolidación y de centralización interna en la llanura aluvial mesopotámica solían venir precedidos de un aumento de las actividades destinadas a la obtención de recursos y seguidos de procesos de expansión con más o menos fortuna que cabe interpretar como intentos de controlar las rutas comerciales estratégicas por las que discurría el tráfico de los preciados recursos.

Un ejemplo particularmente claro y bien documentado de este fenómeno es el del período acádico de la segunda mitad del III milenio, cuando las incursiones esporádicas y las expediciones comerciales de los últimos reyes del Dinástico antiguo fueron institucionalizadas de diversas formas. Entre ellas: 1) el establecimiento de una red de enclaves y bases situada en lugares estratégicos en la confluencia de las líneas de comunicación y transporte que cruzaban las llanuras de la Alta Mesopotamia (Brak, Mari, Nuzi); 2) la extensión del control político directo a la vecina llanura susiana del Khuzestán (Susa) y al área del Alto Tigris (Nínive, Assur); 3) la intensificación y regularización de los contactos comerciales con un círculo cada vez más amplio de comunidades periféricas que iba desde la costa del golfo Pérsico y más allá (Magan, Meluhha, Dilmun) hasta los montes Taurus/Anti-Taurus (Montaña de Plata, Purushkhanda) e incluso hasta las cade-

nas montañosas próximas a las costas de Líbano y Siria (Bosque de los Cedros); y 4) expediciones militares e incursiones periódicas contra comunidades locales reticentes al comercio, como Ebla, Armanum, Subartu, Lullubu y Simurrum (Hirsch 1963; Larsen 1979; Foster 1977; Maeda 1984). Larsen (1979: 97) destaca la estrecha correlación entre la centralización sociopolítica en la llanura aluvial mesopotámica y la expansión exterior, y sugiere que las fases imperiales recurrentes a lo largo de la historia de Mesopotamia pueden considerarse como simples episodios cuando las sociedades de la llanura aluvial mesopotámica adoptaban un rol particularmente activo con vistas a consolidar un flujo regular y fiable de recursos.

Las razones de la imperiosa necesidad de mantener en todo momento un flujo de recursos y, en determinados momentos, incluso por la fuerza, se explican por el contraste entre los recursos naturales disponibles en la llanura aluvial mesopotámica y aquellos presentes en su periferia, y también por las diferencias en materia de estructuras sociopolíticas y económicas de las sociedades de ambos extremos del espectro geográfico. Estas diferencias se infieren a partir de diversas fuentes documentales que datan del III y II milenios, que sugieren que, en casi todos los períodos, los contactos entre ambos tipos de comunidades se basaron en el flujo de materias primas y, a veces, de mano de obra dependiente (esclavos y prisioneros de guerra) del altiplano a las llanuras aluviales. Aquellos recursos periféricos se obtenían a través del tributo o del saqueo, o a cambio de productos elaborados o semielaborados e intensivos en mano de obra de la llanura aluvial mesopotámica (Leemans 1960; Larsen 1987; Yoffee 1981).

Si nos servimos de los actuales estudios históricos y sociológicos del desarrollo y el subdesarrollo como guía, las condiciones de un intercambio asimétrico como el que acabo de describir habrían propiciado dos procesos paralelos e íntimamente relacionados a largo plazo: en la llanura aluvial mesopotámica, el establecimiento de contactos habría reforzado la base económica, social y política de las comunidades en cuestión. Pero en la periferia cabría esperar un primer período inicial de fuerte crecimiento, seguido de un notable debilitamiento de las estructuras socioeconómicas de las comunidades locales. La dicotomía en cuanto al impacto de los contactos en las sociedades aluviales y periféricas se explica por los efectos «secundarios» del contacto en las comunidades implicadas. En la periferia no podía esperarse ningún efecto secundario positivo de la imposición de tributos, ni de la deportación forzosa de una parte de la población productiva como prisioneros de guerra ni del saqueo. Los contactos económicos, en cambio, eran otro cantar. Inicialmente al menos, los primeros intercambios habrían representado un poderoso estímulo para la creación de estructuras sociopolíticas más complejas, especialmente si las sociedades indígenas afectadas se hallaban en el umbral de un proceso de evolución social alimentado por presiones internas.

Hay estudios que ofrecen algunas claves sobre estos procesos. Con frecuencia las élites nativas que controlan o bien los recursos en explotación o bien el acceso a esos recursos aprovechan su rol natural como organizadoras de los medios de producción y (a veces) como intermediarias del intercambio para consolidar y extender su poder, tanto en el seno de sus sociedades respectivas como con relación a sus rivales locales (Paynter 1981). Además, los efectos desestabilizadores del intercambio se traducen a menudo en la profundización

de tendencias preexistentes hacia la diferenciación de clase en el seno de las sociedades indígenas como resultado de la especialización profesional, sea voluntaria o forzosa. En muchos casos, el establecimiento de contactos permite a la élite consolidar su control sobre el abastecimiento de mano de obra y propicia la emergencia de una clase de individuos total o parcialmente coaccionados implicados directamente, de forma permanente o estacional, bien en la extracción de los recursos necesarios para el intercambio, bien en la provisión de la seguridad que ello requiere (Terray 1974). Otro resultado frecuente es la aparición de una clase especializada, por lo general organizada según las líneas de parentesco, cuyo rol es actuar como intermediarios y como agentes del intercambio (Daaku 1970). En otras palabras, a corto plazo, la aparición de relaciones de intercambio asimétricas con las comunidades más avanzadas de la llanura aluvial mesopotámica habría liberado importantes tensiones en el seno de las sociedades periféricas y habría desembocado en un nuevo orden social basado en mejores servicios de almacenamiento y distribución, estructuras administrativas mucho más complejas y exhibiciones rituales necesarias para legitimar los cambios que se estaban produciendo en el ámbito de las relaciones sociales (Adams 1974).

Pese a todo, la fase de fuerte crecimiento inicial en las comunidades periféricas no podía ser duradera porque, a diferencia de los efectos sociopolíticos antes mencionados, los efectos económicos secundarios del intercambio habrían sido relativamente irrelevantes: el comercio en sí mismo no implicaba la creación de nuevos medios de producción relevantes, sino tan sólo la extracción de materias primas sin elaborar. Otra consecuencia para las comunidades periféricas habría sido la pérdida de flexibilidad y de viabilidad de su eco-

nomía, dada la creciente sobre-especialización en la extracción de una cantidad limitada de productos destinados exclusivamente a la exportación. Esa dinámica habría acrecentado la vulnerabilidad de sus economías a medida que se hacían más y más dependientes de un solo mercado (Galtung 1971[3]). De modo que, a largo plazo, el establecimiento de contactos con las comunidades mucho más integradas de la llanura aluvial mesopotámica habría impulsado dos procesos diametralmente opuestos en el seno de las comunidades periféricas: las estructuras sociopolíticas ya presentes se habrían consolidado y reforzado pero, simultáneamente, la base económica necesaria para mantener unas estructuras cada vez más complejas y diferenciadas se habría visto debilitada y cada vez más vulnerable a un posible colapso.

En cambio, en la llanura aluvial mesopotámica, todos los efectos secundarios, sociales, políticos y económicos, habrían sido positivos. Los beneficios para las sociedades receptoras de tributos y beneficiarías del saqueo son más que evidentes, puesto que esos recursos refuerzan la base del poder de las élites militares de forma directamente proporcional al debilitamiento de las fuerzas desplegadas contra ellas. Pero los beneficios derivados de los contactos económicos, aunque similares a los ya mencionados para las sociedades periféricas, serían mucho mayores y más trascendentales. Porque, como ya se ha explicado, el patrón comercial dominante se basaba en gran parte en el intercambio entre bienes total o parcialmente elaborados de la llanura aluvial mesopotámica y materias primas sin elaborar de la periferia. Como afirma la economista Jane Jacobs (1969), las economías basadas en la exportación asimétrica, como las descritas, tienen un importante «efecto multiplicador» sobre las sociedades que la practican. Este efecto multiplicador habría supuesto un in-

cremento del empleo y una mayor expansión económica en el lugar central basados en el procesamiento y distribución de las importaciones, y en una diversificación e intensificación de la producción local destinada a la exportación. La tesis de Jacobs es particularmente pertinente para el caso de Mesopotamia, ya que muchos de los recursos tradicionalmente importados a la llanura aluvial mesopotámica, como la madera, los metales, las piedras exóticas, semipreciosas y utilitarias, y el betún, requerían un alto grado de elaboración previa antes de asumir una forma utilizable para su incorporación a la economía (véase más adelante, cap. 4). Por su parte, las exportaciones, destinadas bien a la distribución en la propia llanura aluvial bien a lejanos mercados, eran intensivas en mano de obra y consistían principalmente en excedentes de grano, objetos de cuero, pescado en salazón, dátiles y telas (Crawford 1973). La producción de un excedente agrícola exportable, por ejemplo, implicaba el empleo de ejércitos de mano de obra y de contingentes de supervisores para construir, mantener y manipular las necesarias redes de irrigación, y para cosechar, aventar y almacenar el grano y embalarlo para su embarque. La salazón de pescado, los dátiles y los productos de cuero también requerían una gran cantidad de trabajadores: hay que pescar el pescado, sazonarlo y empaquetarlo; las palmeras de dátiles tienen que polinizarse y hay que recoger y embalar los dátiles; hay que alimentar, apacentar, esquilar y matar las ovejas y las cabras y sus pieles deben cortarse, curtirse y procesarse. Además, la producción de otros bienes elaborados para la exportación exigía una inversión en trabajo y tiempo aún mayor. Un ejemplo era la industria textil, cuya importancia se destaca en muchos textos económicos del III milenio y principios del II. Todas las grandes ciudades-estado contaban con una industria

textil organizada por el palacio donde miles de mujeres dependientes (y, a veces, sus hijos) procesaban la lana y la transformaban en telas y prendas de vestir (Jacobsen 1953; Maekawa 1980; Waetzoldt 1972). El tiempo y el esfuerzo dedicado a la producción de estas telas destinadas a los mercados exteriores sorprenden por su magnitud. Según Larsen (1987), se tardaba casi un mes en acabar un simple paño, mientras que las piezas más elaboradas podían suponer, a veces, más de tres años de trabajo.

Pero en el caso de Mesopotamia, hubo otro efecto multiplicador de igual importancia. Las distintas actividades relacionadas con los productos de exportación requerían un buen número de burócratas capaces de registrar, almacenar y redistribuir los bienes producidos, y ocuparse asimismo de albergar a los trabajadores y distribuir las raciones de subsistencia. Una vez establecido ese aparato burocrático, las presiones en pro de su autoperpetuación habrían sido enormes, ya que el acceso exclusivo a los recursos y bienes de lujo importados a cambio de bienes manufacturados por los trabajadores dependientes habría estado revestido de gran significado social, político y religioso y utilizado para asegurar la hegemonía de las élites burocráticas y administrativas (Terray 1974). Así que había que asegurar a toda costa un flujo regular de recursos, ya que cualquier interrupción habría provocado disfunciones socioeconómicas políticamente inaceptables: la reproducción y el desarrollo del orden social se basaba en la producción de aquellos excedentes exportables que, en ausencia de guerra, garantizaba el acceso a unos recursos que las llanuras mesopotámicas no poseían. Resulta evidente, pues, por qué las fases de expansión tuvieron lugar sólo en determinadas coyunturas de la historia de Mesopotamia, esto es, en los períodos en que una economía en auge exigía

adoptar medidas activas y gravosas para sostener ese crecimiento.

Huelga decir que estos efectos económicos secundarios descritos para el núcleo aluvial mesopotámico no se dieron en la periferia. Porque aunque la extracción de determinadas materias primas exigiera costos potencialmente considerables en mano de obra, el resultado final de esa explotación no iba a comportar mayores cotas de empleo y de la complejidad administrativa, sino como mucho la perforación del suelo o una ladera desarbolada. En otras palabras, la naturaleza asimétrica del intercambio entre las sociedades periféricas menos desarrolladas y las comunidades altamente integradas de la llanura aluvial mesopotámica habría tendido, con el tiempo, a perpetuar y a magnificar las diferencias preexistentes entre las sociedades de ambos polos del circuito de intercambio (Galtung 1971).

«Impulso hacia el imperio» en el período de Uruk

Pero ¿cuándo exactamente se desarrolló por primera vez un sistema de interacción basado en la capacidad de las sociedades altamente integradas del aluvión mesopotámico para movilizar y acumular recursos procedentes de una periferia lejana? Y sobre todo ¿en qué momento de la historia mesopotámica anterior es posible identificar el fenómeno, estrechamente asociado, de fases imperiales recurrentes?

Estas preguntas tienen hoy respuesta gracias a un corpus cada vez mayor de nuevas evidencias y reinterpretaciones de la historia arqueológica de diversas zonas de la periferia de la llanura aluvial mesopotámica. En estas dos últimas déca-

das, más o menos, la investigación arqueológica ha empezado a trabajar de una forma más sistemática tanto en las fértiles llanuras aluviales del suroeste de Irán, justo al este de la llanura aluvial mesopotámica, como en las montañas y estepas de la Alta Mesopotamia, del norte de Siria y del sureste de Anatolia (a partir de ahora, Siro-Mesopotamia) directamente al norte y noroeste. A pesar de que muchas excavaciones y prospecciones (en las llanuras septentrionales) todavía no se han terminado y gran parte del material sigue inédito o se ha publicado sólo parcialmente, empieza a asomar un panorama bastante más nítido de la evolución arqueológica de partes importantes del Creciente Fértil fuera de la llanura aluvial mesopotámica. En lo que concierne a los siglos finales del IV milenio, estos datos han contribuido a perfilar una idea más precisa del carácter, la intensidad y la variedad de los contactos entre las comunidades de la llanura aluvial mesopotámica y las comunidades de su periferia.

En los próximos capítulos procederemos a un análisis pormenorizado de este nuevo corpus emergente de datos. Pero anticipo ya mis conclusiones y sugiero que los datos muestran un sistema de interacción suprarregional complejo, aunque laxo, similar al del período acádico antes descrito ya presente en tiempos de Uruk, casi un milenio antes. La existencia de este sistema puede demostrarse de manera directa y también indirecta. Directamente a partir de la identificación de los patrones de asentamiento de los yacimientos de Uruk fuera de la llanura aluvial mesopotámica y de la presencia de artefactos característicos de Uruk en yacimientos periféricos indígenas. Indirectamente, su existencia se infiere a partir del impacto demostrable que tuvieron los contactos de las sociedades de Uruk en las comunidades de la periferia. Este im-

pacto puede discernirse en el contexto de los estudios históricos y etnográficos mencionados anteriormente.

Es imposible valorar adecuadamente la importancia cabal de los datos relativos a los contactos entre las sociedades de Uruk del sur de Iraq y del Khuzestán y las comunidades del altiplano de Siro-Mesopotamia y de las mesetas de Irán y Anatolia si la evidencia sobre esas regiones tan dispares no se aborda como un todo. Sólo así es posible discernir un patrón coherente: en la segunda mitad del IV milenio, las sociedades de la llanura aluvial mesopotámica ya estaban inmersas en un intenso proceso de expansión que adoptó diversas formas y que afectó de forma distinta a las áreas implicadas. Cabe considerar este proceso como el ejemplo documentado más antiguo del cíclico «impulso hacia el imperio» que sería un fenómeno recurrente a lo largo de toda la historia milenaria de Mesopotamia (Gibson 1974; Larsen 1979).

UN MARCO CONCEPTUAL PARA ANALIZAR LA EVIDENCIA

No es exagerado afirmar que los arqueólogos y los historiadores no han sabido reconocer los inicios de ese «impulso cíclico hacia el imperio» en el IV milenio a.C. En efecto, la mayoría de los estudiosos han tendido a caracterizar el período formativo de la civilización mesopotámica como una progresión hacia sistemas sociales y políticos cada vez más centralizados y complejos. Y consideran que esta progresión no alcanzó su cenit hasta la segunda mitad del III milenio con la emergencia del imperio acádico, conceptualizado como el primer ejemplo logrado de un nexo bien definido de relaciones formales de dependencia económica y polí-

tica capaz de abarcar varias fronteras geográficas, ecológicas, culturales y étnicas (Larsen 1979; Jacobsen 1957).

Existen varios factores que explican por qué el creciente corpus de datos sobre el impacto de las sociedades de Uruk en las comunidades adyacentes no se ha identificado como evidencia de un sistema de relaciones de dependencia y dominación a escala imperial comparable al del período acádico. En primer lugar, los imperios y los sistemas de interacción suprarregionales son tan diversos como el caleidoscopio de circunstancias históricas y geográficas donde tienen lugar. De ahí que entre los historiadores y los sociólogos no haya habido acuerdo sobre una definición de estos fenómenos, y menos aún entre los expertos que investigan el origen y el desarrollo de las civilizaciones de Oriente Próximo. En segundo lugar, quienes trabajan sobre el terreno se han centrado fundamentalmente en los procesos que se dan en los lugares centrales, sobre los que suele haber documentación histórica relativamente abundante, obviando los procesos de la periferia, a menudo poco o nada documentada (Adams 1984: 81). Además, y en parte como resultado de esta tendencia sesgada, las definiciones que se han aplicado a los datos de Oriente Próximo han tendido a sobrevalorar los aspectos formales de la dominación territorial y política de comunidades antes independientes y a considerarla la característica decisiva de las relaciones imperiales. Los aspectos puramente económicos de las relaciones interculturales de dependencia y dominación o no se han tratado o se han abordado como manifestaciones importantes pero en el fondo secundarias de lo que se concibe esencialmente como un proceso político.

Para dar sentido a la masa de datos aparentemente dispares relativos al impacto de la expansión de Uruk en la periferia se necesita un esquema interpretativo tan amplio como

los propios datos y tan flexible como la variedad de los mismos. El marco más flexible y que mejor se ajusta a los parámetros del enfoque suprarregional planteado en la sección anterior es el marco de los autores que se dedican a temas de desarrollo y subdesarrollo en el mundo actual (por ej., Amin 1976; Baran 1957; Emmanuel 1972; Frank 1967). Pese a que sus respectivas posturas varían considerablemente en cuanto a prioridades y metodología, el trabajo de todos ellos parte de una premisa común: dado un sistema de interdependencia intercultural —como el que sin duda existió a la luz de los obstáculos y limitaciones ya mencionados en el caso de Mesopotamia—, es imposible comprender las transformaciones que tienen lugar en un subconjunto concreto si no se toman también en consideración los cambios asociados en los demás subconjuntos interdependientes. Estos investigadores han adoptado, pues, lo que podría calificarse como un enfoque global del cambio histórico, de indudable valor heurístico para el estudio de los procesos asociados a la emergencia y perpetuación de la civilización de la llanura aluvial mesopotámica. Trasladando la noción marxista de totalidad social (una matriz de determinaciones mutuas que contiene todos los elementos de un único sistema social) a un cuadro intercultural mayor (Aronowitz 1981: 505), estos autores sostienen que los sistemas sociales y sus transformaciones deben de analizarse en el marco de una estructura dinámica de relaciones asimétricas de interdependencia, fundamentalmente (aunque no exclusivamente) de tipo económico, que en muchos casos se originan fuera de una región o grupo concretos.

Un ejemplo típico de esta perspectiva es la obra del sociólogo Immanuel Wallerstein (1974), que explora las grandes y vastas transformaciones que provocó la emergencia del capi-

talismo en Europa y el fenómeno estrechamente relacionado de la expansión colonial europea. Afirma que a finales del siglo XV y principios del XVI d.C. el crecimiento del capitalismo en Europa dio lugar a una nueva y durable forma de interacción intercultural que englobaba distintos modos de producción y distintas formaciones políticas, a la que llamó «sistema mundo» o «economía mundo»:

> Es un «sistema mundo» no porque abarque todo el mundo, sino porque es mayor que cualquier unidad política. Y es una «economía mundo» porque el vínculo básico entre las partes del sistema es económico, aunque ese vínculo aparezca reforzado hasta cierto punto por vínculos culturales y finalmente… por acuerdos políticos (Wallerstein 1974: 15).

Según Wallerstein, aquel sistema de interacción se basaba en una división jerárquicamente organizada de la fuerza de trabajo que posibilitó que determinados grupos de las metrópolis políticamente centralizadas del norte de Europa, con frecuencia en franca rivalidad, se expandieran mucho más allá de las fronteras de Europa y acumularan recursos procedentes de una vasta periferia, sobre todo en partes del Nuevo Mundo, África, Asia y Europa oriental. Dependiendo de las circunstancias locales, aquellas áreas periféricas se caracterizaban bien por gobiernos locales parcialmente dependientes bien por una dominación colonial directa. El lazo qué mantenía unidos los diversos elementos de la jerarquía en toda circunstancia era la interdependencia económica. Los núcleos o metrópolis exportaban productos manufacturados a la periferia, mientras ésta abastecía a las metrópolis de productos agrícolas, lingotes de oro y plata, y otras preciadas materias primas, extraídas bien directamente por medios coercitivos,

mediante tasas e impuestos, bien indirectamente merced al carácter inherentemente asimétrico del intercambio entre ambos grupos.

La obra de Wallerstein ha sido objeto de extensas revisiones críticas desde distintos enfoques metodológicos y teóricos. Desde la perspectiva de quienes pretenden reconstruir los sistemas de interacción intercultural anteriores a la época moderna, esa revisión crítica ha aportado una serie de elementos sumamente interesantes. Acaso el más importante sea el hecho de que Wallerstein no reconoce la aplicabilidad de los procesos de intercambio asimétrico y de interdependencia intercultural que él documenta en áreas del Tercer Mundo transformadas por el imperialismo europeo moderno a períodos anteriores y a pueblos no europeos (Chase-Dunn y Hall 1991; Kohl 1979; Schneider 1977). Este fallo se debería a la rigidez de su conceptualización tanto del comercio como de los imperios antiguos.

Respecto al comercio, Wallerstein (1974: 20-21) establece una dicotomía entre lo que según él es el intercambio antiguo básicamente inmaterial basado fundamentalmente en «bienes de prestigio» y lo que él considera un comercio moderno profundamente desestabilizador basado en materias primas, lingotes de oro y plata y otros bien esenciales. Pero se trata de una dicotomía no sólo falsa sino irrelevante. Es falsa porque, inicialmente al menos, el impulso económico que instigó los primeros viajes de descubrimiento europeos no nacía de una demanda de materias primas y de artículos de primera necesidad, sino de la avidez de las cada vez más prósperas élites europeas de productos exóticos, como especias, azúcar y metales preciosos (Scammell 1989: 53). Y aunque algunos de aquellos productos (el azúcar por ejemplo) se convirtieran luego a su vez en artículos de primera necesidad

(Mintz 1985), la propia transformación era en sí misma una consecuencia de la expansión. Además, el intercambio antiguo no se limitaba en absoluto a lo que Wallerstein considera bienes de prestigio. En el caso de la antigua civilización mesopotámica, por ejemplo, la evidencia de las fuentes arqueológicas y escritas indica que las importaciones consistieron históricamente no sólo en «bienes de lujo» para consumo de las élites sino también en bienes que, como el cobre y la lana, deben considerarse absolutamente esenciales para el mantenimiento de las complejas organizaciones sociales de la llanura aluvial del sur de Iraq, sumamente deficitaria en recursos (véase más adelante, cap. 4).

Pero la dicotomía de Wallerstein es sobre todo irrelevante porque el enorme impacto del intercambio exterior en la evolución social tanto del centro como de las periferias es un hecho demostrable, aún en el caso de que el comercio se base mayoritariamente en el intercambio de bienes de lujo. Ya lo advertía Jane Schneider (1977) cuando sugería que el comercio antiguo de ítems de prestigio, en la medida en que contribuía a cimentar relaciones patrón-cliente en el seno de un grupo de parentesco y a crear alianzas entre distintos grupos sociales, jugó un rol decisivo en la formación y consolidación de las desigualdades sociales. Más concretamente, en el contexto de las relaciones centro-periferia, la exportación de bienes de prestigio elaborados en el centro suele estar directamente relacionada con los intentos por parte del centro de extender su control territorial o económico a determinadas zonas de la periferia a base de ganar y mantener la lealtad de los linajes locales subordinados (Friedman y Rowlands 1977). En la periferia en cambio, la ventaja política obtenida gracias al control monopolista de la importación de objetos de prestigio y de estatus suele jugar un papel decisivo en el estable-

cimiento, mantenimiento y reproducción de las relaciones de poder estatal (Ekholm 1977; Frankenstein y Rowlands 1978). El reino abron de Gyaman, en el noreste de Costa de Marfil, África, es un ejemplo ilustrativo al respecto. Basándose en datos históricos, Terray (1974) pudo demostrar que el desarrollo del estado abron en el siglo XVIII d.C. estaba estrechamente relacionado con el comercio a larga distancia de Ítems de prestigio, no mediante el control directo del propio intercambio sino indirectamente a través de la compra de esclavos y cautivos por parte de las élites con el propósito concreto de producir un excedente exportable para intercambiar por los bienes de lujo que necesitaban.

Una segunda razón, y seguramente la más importante, que explicaría por qué Wallerstein no captó la validez de su modelo de cambio social para épocas muy anteriores a la aparición del imperialismo capitalista es su visión de los imperios antiguos como instituciones esencialmente homeoestáticas «en las que —dice— predomina un solo sistema político en la mayor parte del área, por atenuado que sea su grado de control efectivo» (Wallerstein 1974: 84-85). A partir de esta definición, Wallerstein diferencia entre los «sistemas mundo» modernos y los «imperios mundo» anteriores, y sugiere que mientras en estos últimos las fronteras de la hegemonía política y económica prácticamente coinciden, en los primeros el alcance de la hegemonía económica trasciende con mucho el ámbito del control político. Pero también en este caso las definiciones de Wallerstein son innecesariamente restrictivas. Una mirada más atenta a algunos imperios antiguos no deja lugar a dudas de que en muchos casos el alcance de su hegemonía económica trascendió con mucho los límites de su control político. Un ejemplo extremo pero en absoluto único es el «imperio de los emporios comerciales» de Cartago en el

Mediterráneo occidental anterior al siglo III a.C. Aunque controlaban poco territorio, los marinos cartagineses lograron ejercer una gran influencia en la vida económica del mundo mediterráneo occidental merced a un buen número de enclaves situados estratégicamente y a una red de alianzas con reyes y jefes locales por lo demás independientes (Whittaker 1978).

Existe, sin embargo, una alternativa al enfoque de Wallerstein que también encaja en el marco intelectual de los estudios sobre el desarrollo y el subdesarrollo, y que, al tiempo que evita algunas de las dificultades de su esquema, retiene toda su fuerza. Me refiero a la obra de algunos historiadores que han cuestionado explícitamente y de manera sistemática la forma tradicional de entender los imperios como un sistema de relaciones esencialmente políticas y el imperialismo como el producto de unos procesos que sólo se dan en los lugares centrales imperiales. Estos autores han incorporado, así, una perspectiva amplia sobre los imperios y los fenómenos imperiales que resulta especialmente pertinente para el análisis de la evidencia fragmentaria existente relativa al impacto de la expansión del sur mesopotámico en la periferia durante el período de Uruk ya que, como se verá más adelante, esta evidencia procede casi en su totalidad de yacimientos periféricos y refleja contactos que son básicamente económicos.

Jack Gallagher y Ronald Robinson (1953) publicaron hace cuarenta años un análisis crítico bastante polémico del imperialismo británico del siglo XIX, donde cuestionaban la visión del imperio como un nexo de relaciones fundamentalmente políticas (que desfigura el análisis de Wallerstein y parece mayoritaria entre muchos orientalistas). Ambos autores cuestionan la premisa básica de las interpretaciones más tra-

dicionales sobre el carácter de los imperios y de los fenómenos imperiales afirmando que esas interpretaciones dejan de lado toda una serie de tipos informales de dominación igualmente influyentes, que con frecuencia preceden, acompañan y a veces incluso sustituyen enteramente a unos vínculos políticos más formales. Según estos autores, lo que está en la raíz de las relaciones imperiales es la dependencia. La forma efectiva que adoptan esas relaciones de dependencia, sean políticas o económicas, tiene una importancia secundaria. Consideran el dominio político formal y el dominio territorial solamente como la modalidad de dependencia imperialista más concreta y más fácilmente definible, pero no es ni mucho menos la única, ni siquiera la más corriente. Y sostienen que no en todos los casos se desarrollan necesariamente lazos políticos formales, pero que cuando esos lazos se establecen, casi siempre suele ser después de un proceso de penetración económica «informal» que no deja de ser también una forma de dominación imperialista.

Por lo tanto, para Gallagher y Robinson la negativa o la imposibilidad de utilizar métodos formales de control, es decir, la anexión política, no afecta para nada la capacidad de una sociedad para controlar a otra. Según estos autores, el mínimo común denominador de los sistemas imperiales es el dominio económico. La característica definitoria que comparten todos los sistemas imperiales desde su aparición es la integración de nuevas regiones a una economía en expansión. Según las circunstancias locales concretas, puede que algunos sistemas nunca superen esa fase inicial, mientras que otros pueden desarrollar lazos políticos más formales. Sin embargo, esta yuxtaposición de formas de dominación «formales» e «informales» no son necesariamente fases de un proceso evolutivo lineal mutuamente excluyentes, sino

que representan aspectos complementarios de un continuum.

En una publicación posterior, Gallagher y Robinson (1961) cuestionaron explícitamente lo que según ellos constituía otro fallo de las interpretaciones más tradicionales del imperialismo. Sostenían que las teorías que tratan de analizar las relaciones de dependencia únicamente a partir de la evolución social, política o económica del lugar central obvian una serie de factores tanto o más vitales presentes en la periferia (Robinson 1976). Decían concretamente que la aparición de relaciones de dependencia económica (por ej., un imperio informal) había de provocar a la larga en la periferia una u otra de dos respuestas mutuamente excluyentes: la más frecuente, el colapso del orden político preexistente exigirá la entrada formal del poder imperial para llenar el vacío de poder o bien el abandono definitivo de la zona; la menos frecuente, la potenciación de las estructuras sociopolíticas indígenas hasta que las comunidades locales se hacen a su vez expansivas.

Las bases conceptuales de la obra de Wallerstein, con las oportunas modificaciones ya apuntadas, y el enfoque más amplio de los sistemas imperiales que proponen Gallagher y Robinson, tienen consecuencias importantes para la interpretación de los nuevos datos sobre la dinámica de la expansión de las sociedades de Uruk. Desde la perspectiva del centro, esta dinámica puede verse, interesadamente, como un marco de interdependencia intercultural, de carácter básicamente económico, y de competencia entre comunidades rivales. Ahora bien, desde la perspectiva de la periferia, la expansión de las sociedades de Uruk puede percibirse como un continuum que pasa de una forma de dominación imperial más formal a otra más informal. Los contactos externos durante el período de Uruk obedecieron a distintos enfoques en

función de los cambios geográficos y ecológicos y también de la historia anterior de los asentamientos. En áreas próximas, como el suroeste de Irán, donde el asentamiento indígena estaba en declive y donde era posible la agricultura de regadío, como en la propia llanura aluvial mesopotámica, se evidencia un modo más formal que implica un proceso efectivo de colonización. Pero en zonas más alejadas, donde la base de subsistencia económica difería de la de la llanura aluvial mesopotámica y donde el asentamiento nativo no estaba en declive, como en las llanuras de Siro-Mesopotamia, los asentamientos de Uruk aparecen sólo en lugares estratégicos, principalmente en la intersección de las principales rutas terrestres y marítimas. La práctica política que cabe inferir es un control económico «informal».

Ahora pasaremos a analizar más detalladamente la evidencia relativa a estas estrategias de contacto complementarias. En el capítulo 2 se explora el contexto y el carácter del asentamiento de Uruk en el suroeste de Irán, y en los capítulos 3 al 6 se abordan las distintas estrategias y consecuencias de los contactos entre las sociedades de Uruk y las comunidades indígenas de las llanuras de la Alta Mesopotamia, el norte de Siria y el sureste de Anatolia. Concretamente, en el capítulo 3 se analiza el carácter de los asentamientos sur-mesopotámicos en el norte, la lógica estratégica subyacente a su patrón de asentamiento y su cronología, y el capítulo 4 se centra en su función. El capítulo 5 presenta la evidencia existente relativa al carácter de las sociedades indígenas de la periferia y explora la influencia de las condiciones preexistentes en el diseño de las estrategias de contactos de Uruk con esas sociedades. En el capítulo 6 se pasa revista a la evidencia arqueológica de los distintos yacimientos periféricos con especial atención a los cambios perceptibles en el te-

jido social de las comunidades locales a raíz de la intrusión de elementos sur-mesopotámicos en el área. El capítulo 7 analiza la evidencia de la periferia oriental y septentrional como un todo a partir del marco conceptual que aquí se propone, y explora el significado de los datos a partir de nuestros conocimientos sobre los albores de la civilización de la Baja Mesopotamia. En subsecciones individuales se abordan brevemente algunos problemas pendientes todavía, poco o mal conocidos, relativos a los procesos que acompañaron la expansión de Uruk y se ofrecen algunas sugerencias de cara a futuras investigaciones.

2. YACIMIENTOS DE URUK EN LA LLANURA SUSIANA DEL KHUZESTÁN

Las recientes investigaciones han hecho posible que la historia arqueológica de las llanuras del suroeste de Irán sea una de las mejor conocidas de Oriente Próximo antiguo. Las nuevas excavaciones realizadas en los importantes centros de Susa (Le Brun 1971, 1978a) y Chogha Mish (Delougaz y Kantor, s.f.), las excavaciones en diversos yacimientos vecinos de menor entidad (Johnson 1976; Wright *et al.* 1980), y las numerosas prospecciones practicadas (Adams 1962; Alden 1987; Johnson 1973, 1987) han permitido amplificar y clarificar el marco pionero que Le Breton (1957) había propuesto para la llanura susiana, históricamente la más importante de todas aquellas llanuras. Existen además varias investigaciones complementarias en las llanuras adyacentes (H.T. Wright 1979, 1981a, 1987). Toda esta evidencia pone claramente de manifiesto que durante toda la segunda mitad del IV milenio a.C., en el período de Uruk, las comunidades del suroeste de Irán se desarrollaron de forma cada vez más

análoga a la de las llanuras aluviales del sur de Iraq, el corazón del país sumerio. Aquella convergencia suponía un giro drástico de la tendencia milenaria hacia una creciente diferenciación regional en los conjuntos culturales de ambas áreas e indicaría, en mi opinión, un claro proceso de colonización de las llanuras del Khuzestán por parte de colonos procedentes de la llanura aluvial mesopotámica. Este proceso podría conceptualizarse hasta cierto punto en el marco de la modalidad de relaciones imperiales más formales mencionadas en el capítulo anterior.

MARCO GEOGRÁFICO

Encerradas entre los montes Zagros al este y las llanuras del Tigris-Éufrates al oeste se encuentran las llanuras estrechamente conectadas del suroeste de Irán, de oeste a este: Deh Luran, la susiana, Ram Hormuz, Behbahan y Zuhreh. La mayor y más fértil de todas ellas es la llanura susiana. Representa, a una cota ligeramente más elevada, una extensión oriental de las llanuras aluviales de la Baja Mesopotamia (fig. 1). Concretamente, la llanura susiana está formada por depósitos de aluvión de los ríos Karun, Karkheh y Dez, que colectivamente drenan las cadenas montañosas del Luristán al norte y gran parte del sur y centro de los montes Zagros, al este. El régimen de precipitaciones de la llanura es muy variable, y aumenta a medida que uno se acerca a las faldas de los montes Zagros y decrece a medida que nos aproximamos al suroeste y a la cuenca del Tigris-Éufrates y al golfo Pérsico. Históricamente, el asentamiento en la llanura susiana se concentró en el área al norte del macizo de Haft Tepe, el más cercano a los Zagros y también el más irrigado. Allí la media de precipitaciones anuales se sitúa entre los

250-400 milímetros, y predomina la agricultura de secano, excepto en los años más secos (Fischer 1968; Kirkby 1977). Además, hasta hace relativamente poco tiempo, el rasgo principal de los sistemas fluviales del suroeste de Irán era el de los valles de agradación o aluvionamiento, no el de los valles de incisión, de modo que en el pasado habría sido posible irrigar toda la llanura susiana con poco esfuerzo, tanto en invierno como en verano (Kirkby 1977).

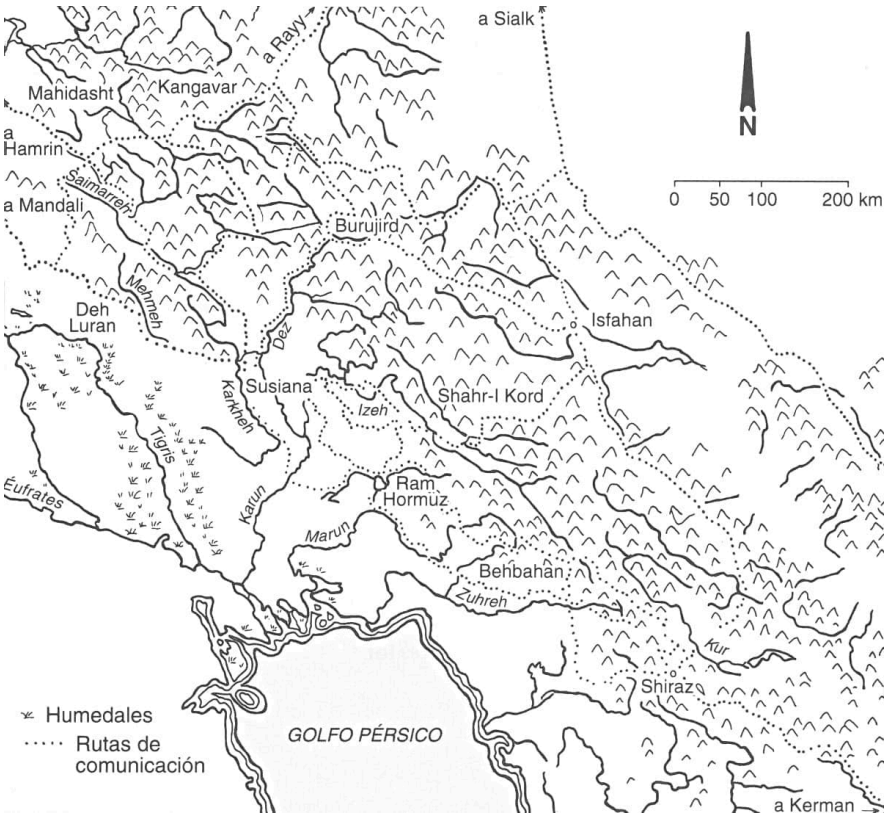


FIGURA 1. Suroeste de Irán: principales llanuras, ríos y rutas de comunicación.

Aunque flanqueado al norte y al este por distintos plegamientos de los montes Zagros, el acceso entre la llanura susiana y la meseta central del Irán es posible a través de una serie de rutas intermontanas de los Zagros y pasos de montaña del interior (fig. 1). Las rutas que transcurren por las lla-

nuras de Ram Hormuz y Behbahan llevan al sureste y desembocan en la cuenca del río Kur en Fars (Hansman 1972; Stein 1940). Al este, las rutas que atraviesan la llanura de Izeh (Malamir) y los montes Bakhtiari permiten acceder a las inmediaciones de Isfahan y, desde allí, a la región rica en minerales de Qum y del Dasht-i Kavir, el Gran Desierto Salado (Zagarell 1982). La comunicación hacia el norte es posible remontando los caminos que discurren junto a los distintos afluentes del Dez y del Karkheh, que atraviesan las cordilleras montañosas del Luristán para desembocar en la llanura de Hamadan. La llanura susiana está separada de la llanura aluvial mesopotámica por humedales y lagunas estacionales sumamente variables donde desemboca el río Karkheh, al oeste, y por una serie de colinas yermas de arenisca y calcáreas con pocos recursos permanentes de agua (Goff 1971; Stein 1940). A pesar de todo, el contacto entre ambas zonas era relativamente fácil, factor que explicaría los estrechos nexos culturales que se observan entre ambas en ciertos períodos. Históricamente, la principal ruta terrestre que une ambas regiones transcurre al norte de los humedales del Karkheh y cruza en diagonal la llanura de Deh Luran antes de bordear el flanco occidental de la cordillera Kabir Kuh y desembocar en la cuenca del río Diyala (H.T. Wright 1981a: 264).

La colonización mesopotámica

La llanura susiana fue el núcleo central del asentamiento de Uruk en el suroeste de Irán. Si bien también hay yacimientos de Uruk en las llanuras cercanas, el asentamiento en esas llanuras parece haber fluctuado en general en proporción directa, y seguramente en respuesta, a los desarro-

llos del núcleo central del área de Susa (Wright 1987). En ella centraremos, pues, los comentarios que siguen.

Los resultados de las distintas prospecciones y excavaciones realizadas en la llanura susiana muestran que en las fases más tardías de la secuencia de Uruk (Uruk medio y reciente en la terminología local) la llanura ya formaba parte del mundo mesopotámico, una extensión oriental de la cultura e instituciones dominantes en las tierras bajas del sur de Iraq. Las prospecciones de Wright y Johnson, sobre todo, documentan de forma precisa el patrón de asentamiento de Uruk en la llanura susiana de entonces: durante el Uruk medio los principales centros fueron Susa y Chogha Mish, situados en los extremos opuestos de la llanura. Susa está situada junto al río Shaur, un afluente menor del Dez, y con sus aproximadamente 25 hectáreas dominaba la parte occidental de la llanura. Chogha Mish también estaba situada junto a un afluente del Dez, el Shureh. Con 18 hectáreas, Chogha Mish era algo menor que Susa y dominaba la parte oriental de la llanura susiana (Johnson 1973, 1987). Rodeando estos asentamientos centrales y diseminados por toda la llanura había numerosos yacimientos y aldeas subsidiarios (fig. 2). Pero en la fase final del período de Uruk ya se habían producido cambios importantes. La densidad global de la región conoció un declive, ya que muchas aldeas situadas en una franja de 15 kilómetros de ancho y más o menos equidistante de ambos centros se abandonaron, propiciando una concentración muy polarizada del asentamiento en ambos extremos de la llanura susiana. Johnson (1987) interpreta estos cambios como un reflejo del inicio de conflictos intrarregionales en la llanura susiana. El tamaño de Susa también se habría reducido en esa época, aunque la cuestión no está demasiado clara[4]. Pero parece que muy poco antes del final de esta fase Chogha Mish se

abandonó o se redujo de forma considerable (Dittmann 1986a: 344[5]).

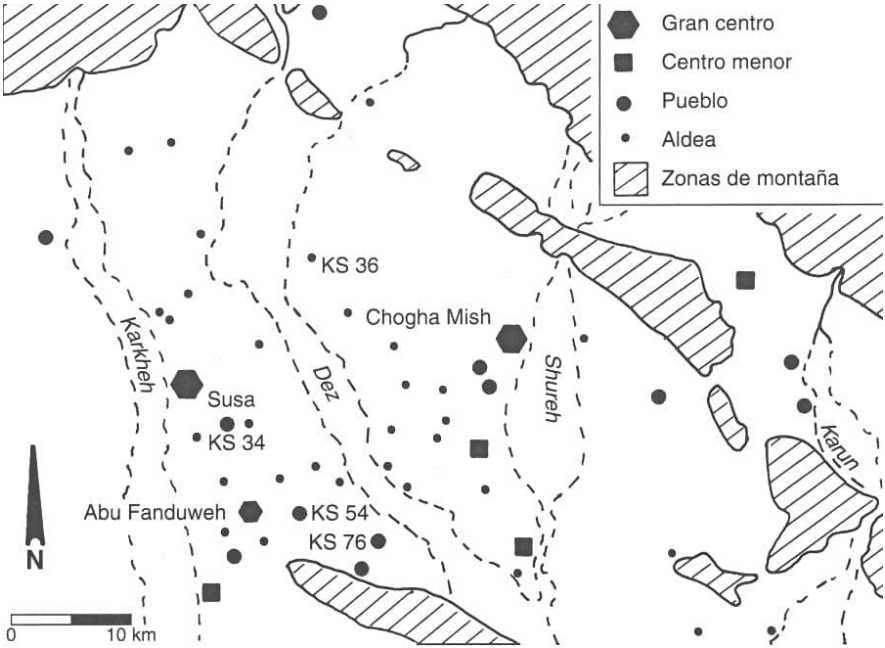


FIGURA 2. La llanura susiana septentrional durante el apogeo de la ocupación de Uruk.

A pesar de los cambios mencionados en el patrón de asentamiento entre las fases del Uruk medio y reciente, se observan pocos cambios en el tamaño estimado para los yacimientos de Uruk de la llanura susiana. En ambas fases se observan numerosas pequeñas aldeas agrícolas de 1-2 hectáreas, diversos poblados de entidad algo mayor, de entre 5 y 7 hectáreas, pequeñas «ciudades» de entre 10 y 12 hectáreas, y los centros urbanos de Susa y Chogha Mish (Johnson 1973). La cultura material de estos yacimientos es homogénea en toda la llanura. Las excavaciones practicadas tanto en los centros mayores como en los yacimientos vecinos más pequeños indican que los conjuntos artefactuales de los yacimientos de Uruk medio y reciente de la llanura susiana y el de los yacimientos contemporáneos de la llanura aluvial mesopotámica

son análogos (Amiet 1986), lo cual nos permite equiparar las secuencias de la Acrópolis de Susa I (Niveles [20?] 19-17) y de Chogha Mish (Protoliterario B) de la llanura susiana con las secuencias de Eanna VI-IV (Warka) y de Inanna XX-XV (Nipur) del sur de Iraq (Strommenger 1980b: 486[6]). Los paralelos entre ambas áreas no se limitan solamente a los conjuntos cerámicos, que son prácticamente idénticos (por ej., fig. 3A-H) —aunque algunos tipos del suroeste de Irán delatan contactos con las tierras altas de alrededor— sino que se aprecian también en las semejanzas evidentes de la glíptica, de los métodos contables (fichas, bolas, *bullae* y tablillas) y de la iconografía. Además, si se nos permite extrapolar a partir de las representaciones de la glíptica de Uruk en la susiana, también la tradición de la arquitectura monumental y religiosa habría sido uniforme en ambas áreas (fig. 3Y-BB).[7]

Estos asombrosos paralelos que se observan entre la cultura material de la llanura mesopotámica y la llanura susiana en la fase final del período de Uruk tienen importantes implicaciones para nuestra conceptualización del desarrollo de la llanura susiana durante la segunda mitad del IV milenio. La semejanza de las prácticas contables y de los sellos en ambas regiones indica la existencia de prácticas administrativas y de archivo y registro uniformes (Schmandt-Besserat 1986) (fig. 3S-X). Lo cual indicaría a su vez la posible existencia de instituciones muy similares —sobre todo si Nissen (1977) tiene razón al considerar los sellos esquemáticos, comunes a ambas áreas (donde a menudo aparecen representadas mujeres con una trenza realizando sus tareas, por ej., fig. 3N, Q), como sellos institucionales de nivel inferior. Las semejanzas iconográficas de la glíptica de ambas áreas también sugieren formas de organización social comparables: en ambos casos se trata de la misma figura masculina, de tamaño mayor que

el resto, con un tocado rematado en un moño que aparece representada en el ápice de la jerarquía administrativa y religiosa (por ej., fig. 3 M, P).[8] Otros paralelos iconográficos evidencian una mitología común (por ej., fig. 3I-L), y posiblemente incluso la existencia de rituales religiosos comunes, tal como dejan entrever las representaciones de las ofrendas aparentemente idénticas que se llevan a los templos (por ej., fig. 3O, R).[9]

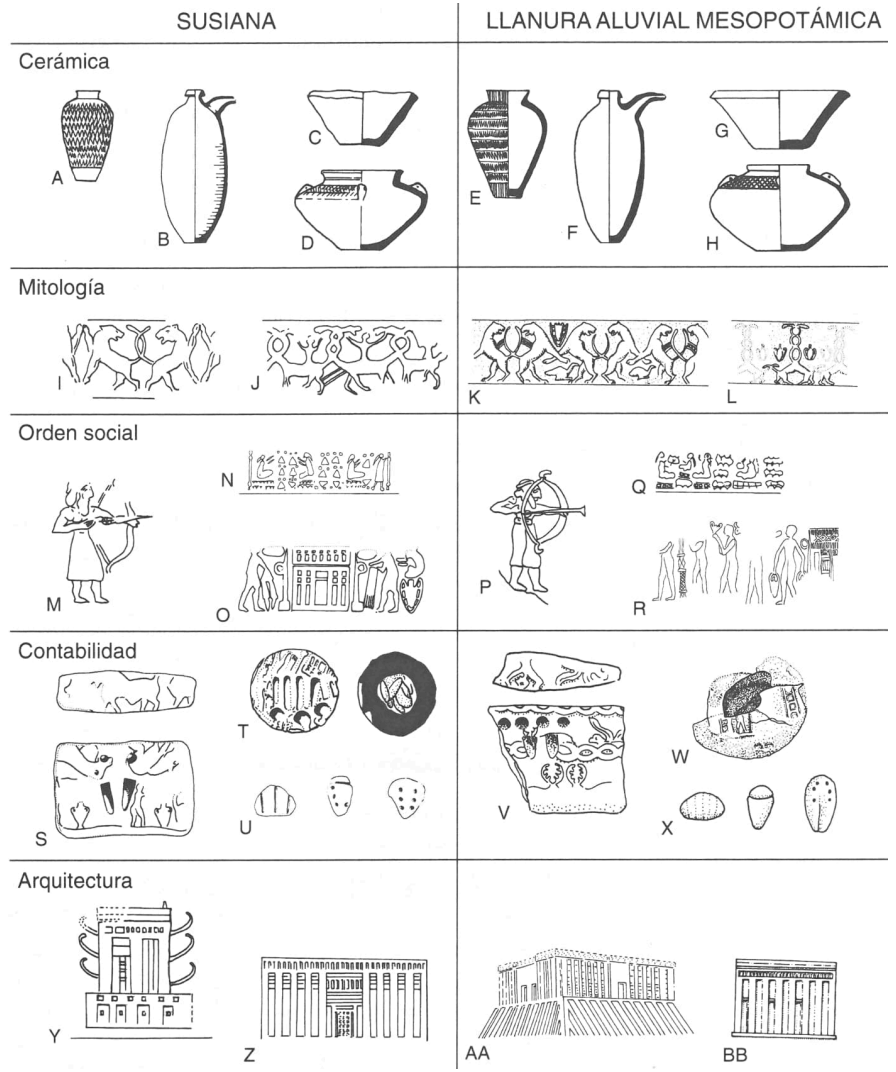


FIGURA 3. Paralelos entre los conjuntos culturales de la susiana y los de la llanura aluvial mesopotámica del Uruk reciente.

La evidencia que acabamos de mencionar demuestra sin lugar a dudas que en la última fase del período de Uruk la llanura susiana era, desde el punto de vista cultural, una parte del mundo mesopotámico tan integral como la propia llanura aluvial. Por lo tanto, toda consideración sobre la emergencia de la civilización de Uruk no puede dejar de tener en cuenta el rol de la llanura susiana en el proceso. ¿Cómo fue posible esta convergencia entre dos áreas culturales anteriormente distintas? Henry Wright y Gregory Johnson lo entienden como el resultado lógico de la interacción a largo plazo entre las sociedades de la llanura susiana y la llanura aluvial mesopotámica durante todo el período de Uruk (Wright y Johnson 1985; Johnson 1987, 1988-1989). Si bien resulta plausible, no definen la clase de interacción que proponen, ni clarifican los mecanismos sociales presentes en el seno de las sociedades de la llanura susiana que desencadenaron los importantes procesos de aculturación. Mientras tanto, es posible otra explicación de la convergencia de la cultura material de ambas áreas: que los elementos de Uruk omnipresentes en la llanura susiana denoten un proceso de colonización por parte de grupos de la vecina llanura aluvial mesopotámica. Uso el término «colonización» en su sentido clásico, que implica un verdadero movimiento de población con vistas a ocupar y conservar el territorio y explotar sus recursos económicos (Finley 1976).

La hipótesis de la colonización es defendida por un número creciente de autores (por ej., Amiet 1986; Lamberg-Karlovsky 1985; Nissen 1983; Sürenhagen 1986a) y en mi opinión es la que mejor encaja con los datos disponibles. En primer lugar, explica el carácter incuestionablemente sumerio de las actividades de la élite y de la cultura mate-

rial de la llanura susiana de la última mitad del IV milenio. En segundo lugar, explicaría que la evolución de la tradición de Uruk en Iraq fuera aparentemente más prolongada que la del Khuzestán. Tradicionalmente se pensaba que la secuencia del Susiana reciente del suroeste de Irán se solapaba con las fases iniciales del Uruk antiguo de la llanura aluvial mesopotámica. Se trata de una tesis sugerida inicialmente por Le Breton (1957: 94) hace más de treinta años basándose en comparaciones estilísticas intuitivas. Su afirmación parece hoy avalada por la ausencia en la llanura susiana de varios tipos cerámicos que sólo aparecen al inicio del Uruk antiguo, en Warka[10], y desaparecen muy poco después (Adams 1981: 60[11]). Otro indicio de un lapso temporal entre el inicio de la tradición de Uruk en una y otra área se basa en la comparación de las fechas de radiocarbono de los niveles del Susiana reciente en Susa y en Jaffarabad, en la llanura susiana, de contextos de la fase Bayat de Tepe Sabz en Deh Luran, y de los niveles Ubaid 4 de Tell el'Ouelli en la llanura aluvial mesopotámica (J. Oates 1983: fig. 9). Calibradas según el mismo estándar, las fechas del Susiana reciente del Khuzestán son efectivamente posteriores en unos pocos siglos a las de los niveles del Ubaid reciente de la llanura mesopotámica, que en cambio son equiparables a los niveles más antiguos de la fase Bayat.

En tercer lugar, la hipótesis de la colonización explicaría la interrupción arqueológica de la secuencia susiana antes e inmediatamente después del período de Uruk. Esta ruptura se refleja en forma de notables cambios en el patrón de asentamiento de la llanura susiana al comienzo de la tradición de Uruk, que de otro modo resultarían difíciles de explicar. Estos cambios contrastan radicalmente con la situación en la llanura aluvial mesopotámica, donde al parecer la norma fue

la continuidad cultural durante la fase de transición entre el período de Ubaid y el período de Uruk (Adams 1981: 59). El mejor ejemplo lo encontramos en el yacimiento meridional de Eridu, donde los templos del Ubaid antiguo dan paso sin interrupción alguna a estructuras de Uruk más monumentales construidas sobre los mismos cimientos (Safar, Lloyd y Mustafa 1981). Pero no ocurre lo mismo en el suroeste de Irán. En Susa, la gran plataforma escalonada en el centro de la acrópolis se abandonó a finales del Susiana reciente. La ocupación del yacimiento se prolongó hasta el período de Uruk (Canal 1978; Wright 1984b) pero sólo en una zona reducida de la acrópolis (Johnson 1973). También se abandonaron varios pequeños yacimientos dependientes de los alrededores (G. Dollfus, citado en Weiss 1983: 42). Un abandono paralelo se observa en Chogha Mish (H.J. Kantor, com. pers. 1987). La desarticulación del asentamiento de Susa y Chogha Mish refleja un patrón de alcance regional. La aparición de la tradición de Uruk en la llanura susiana estuvo marcada por un notable aumento del número de yacimientos, y el área total ocupada se triplicó en su fase inicial, un aumento considerable de población que invirtió la tendencia demográfica de los últimos quinientos años en el área (Wright y Johnson 1975: tabla III). El final de la tradición de Uruk en la llanura susiana es tan abrupto como su comienzo, lo que permite resaltar de nuevo el carácter intrusivo de la presencia de Uruk en la zona. Chogha Mish se abandona una vez más, el tamaño de Susa se reduce de forma considerable por segunda vez (Alden 1987) y, en algunas partes del yacimiento, al menos, se observa una clara ruptura en la secuencia arqueológica y artefactual (Acrópolis I, Niveles 17 y 16; véase Le Brun 1971). Regionalmente, estos cambios vienen acompañados de un súbito declive de toda el área ocupada: el asentamiento se re-

duce hasta ocupar la tercera parte de su tamaño durante el último Uruk y la sexta parte del tamaño alcanzado en el momento álgido del asentamiento de Uruk (Alden 1987).

En cuarto lugar, la hipótesis de la colonización explica el patrón de asentamiento de la llanura susiana durante el período, aún poco conocido, del Uruk antiguo, cuando los asentamientos se concentran en torno a Susa y Abu Fanduweh en la parte occidental de la llanura, la más próxima a la llanura aluvial mesopotámica. En cambio, la parte oriental de la llanura susiana, donde más tarde emergerá Chogha Mish como gran centro regional, aparece escasamente ocupada en esa época, a pesar de contar con un potencial agrícola equiparable al de los alrededores de Susa (Johnson 1987: tabla 21). Por último, la hipótesis de la colonización explica la gama de tamaños de los yacimientos de Uruk y las funciones concomitantes que aparecen en la llanura, así como la homogeneidad de la cultura material de Uruk en toda la región. En todos los yacimientos aparecen materiales mesopotámicos, desde los grandes centros administrativos hasta los poblados más pequeños, cuya ubicación y tamaño no dejan lugar a dudas sobre su inequívoca orientación rural. Si la presencia de Uruk en la llanura susiana no representa un proceso de colonización regional a gran escala como el descrito, entonces debería ser posible descubrir en el área indicios arqueológicamente visibles y espacialmente segregados de una tradición contemporánea pero distinta. De hecho, este tipo de patrón sí aparece en las inmediaciones de los puestos avanzados especializados de Uruk de la periferia mesopotámica (véase el cap. 3) pero no se observa en la región susiana, sin duda una de las más y mejor exploradas de Oriente Próximo.

Creo que la evidencia de una colonización de la llanura susiana por parte de colonos procedentes de la llanura aluvial

mesopotámica en el período de Uruk es convincente. No obstante, se sabe muy poco de los mecanismos del proceso y aún menos de la suerte de los al parecer escasos habitantes indígenas de la zona en el momento de la intrusión de Uruk. Existen dos posibilidades capaces de contribuir a explicar la ausencia de evidencia pertinente. La primera es que una parte de la población original pasara a adoptar una existencia más nómada, prácticamente imperceptible en el registro arqueológico. La segunda es que la población restante fuera parcialmente asimilada. Como Amiet ha apuntado (1979a, 1979b), este último supuesto vendría avalado en parte por la evidencia artefactual de Susa, cuyas tablillas numéricas con un solo pictograma[12], posiblemente en protoelamita, sugieren la existencia de un sustrato nativo debajo del gran estrato de cultura de élite de Uruk revelado por la evidencia arqueológica antes mencionada.

CRONOLOGÍA Y CONCLUSIONES

Hasta que no dispongamos de más información sobre las secuencias del período aún relativamente desconocido del Uruk antiguo en la llanura aluvial mesopotámica y en la llanura susiana, no será posible Conocer con exactitud en qué momento de la secuencia de Uruk se inició la colonización de la susiana. Antes decíamos que en la llanura susiana aparecen varios tipos cerámicos que están presentes en la fase inicial de la secuencia de Uruk en Warka y desaparecen poco después, lo cual sugiere la existencia de un lapso temporal entre la aparición de la tradición de Uruk en el sur de Iraq y su introducción en el suroeste de Irán. La difícil comparación de ambas secuencias se agrava aún más por el hecho de que muchos de los tipos que se han identificado como

«Uruk antiguo» en la catalogación de las muestras recogidas durante las prospecciones de superficie realizadas en la llanura susiana no encuentran paralelos en el profundo sondeo practicado en Warka, que lamentablemente sigue siendo nuestra única referencia para los niveles más antiguos de la secuencia de Uruk en la llanura aluvial mesopotámica[13]. Y si bien los demás tipos del Uruk antiguo de Susa sí aparecen en los niveles más antiguos de la secuencia de Eanna, la mayoría también continúan en los niveles posteriores[14].

Las dificultades cronológicas que surgen al tratar de correlacionar las partes más antiguas de la secuencia de Uruk de la llanura susiana y la de la llanura aluvial mesopotámica hacen que de momento no podamos determinar debidamente el desencadenante que propició la intrusión mesopotámica en la llanura susiana. Sin embargo, se podría avanzar otra hipótesis, bastante atractiva, que habrá que contrastar en el futuro. Y es que la colonización de la susiana podría ser el resultado colateral de la desintegración del asentamiento y de los posibles movimientos de población norte-sur en la llanura mesopotámica durante la primera mitad del período de Uruk impulsados por la desecación de alguno de los grandes afluentes del antiguo Tigris o del Éufrates (Adams 1981; Gibson 1973, 1976).

Fuera cual fuere su origen, es evidente que la intrusión mesopotámica no fue la causa del colapso de las culturas indígenas prehistóricas de la llanura susiana. Más bien parece que se aprovechó un proceso de desintegración interna en esa época seguramente ya muy avanzado. Las diversas prospecciones realizadas en la llanura susiana indican que las densidades de población y del asentamiento alcanzaron su punto máximo en la segunda mitad del v milenio (Susiana medio 3) y ambas iniciaron un declive durante la primera

mitad del IV milenio (Susa I o Susiana reciente) (Wright y Johnson 1975: tabla III). Este proceso endógeno es todavía poco conocido pero coincide con desarrollos similares en la cuenta del río Kur en Fars (Sumner 1977, 1986) y en las estepas que circundan la llanura susiana (H.T. Wright 1987). Paradójicamente, Susa emergió como un centro importante precisamente cuando las densidades de población regionales caían en picado (H.T. Wright 1984a, 1986). Sin embargo, las prospecciones demuestran que al final del Susiana reciente (Susa A de Transición) también Susa había declinado y ya no había en la llanura susiana ni un solo yacimiento dominante (Johnson 1973: fig. 15).

Puede decirse, pues, que en cuanto a su potencial económico y político, la llanura susiana se hallaba en gran medida subdesarrollada al inicio del período de Uruk. De modo que los colonos de Uruk llegaron a un área fértil y potencialmente muy productiva y escasamente poblada, que sin duda opondría una mínima resistencia. Ahora bien, hablar de una intrusión de Uruk y de la colonización de la llanura susiana por parte de colonos de Uruk no implica que hubiera un esfuerzo coordinado por parte de una sola comunidad de Uruk con dominio sobre toda la llanura. Ello sería incompatible con la evidencia presentada por Johnson sobre la guerra interregional en la propia llanura susiana durante la fase final del período de Uruk. Parece, pues, que Susa y Chogha Mish eran independientes una de otra, y seguramente también independientes de las comunidades contemporáneas de la llanura aluvial mesopotámica.

La intrusión mesopotámica en el suroeste de Irán no fue en absoluto un fenómeno aislado. Habría que situarlo más bien en un marco más amplio de análisis capaz de contemplar otros procesos expansivos de las sociedades de la llanura

aluvial mesopotámica en el período de Uruk que la intrusión en la llanura susiana pudo contribuir a alentar. Sin embargo, parece que estos distintos procesos fueron de un orden muy diferente y no implicaron ninguna gran expansión territorial. Uno de estos procesos fue la creación de varios enclaves de Uruk en lugares estratégicos en el norte y noroeste de la periferia de la llanura mesopotámica, estableciendo un vínculo geográfico decisivo entre la llanura mesopotámica, hambrienta de recursos, y gran parte de los altiplanos y estepas adyacentes ricas en preciados recursos.

3. YACIMIENTOS DE URUK EN LAS LLANURAS SIRO-MESOPOTÁMICAS Y MONTAÑAS ADYACENTES

El patrón de asentamiento de los yacimientos de Uruk en las mesetas de la Alta Mesopotamia, el norte de Siria y el sureste de Anatolia, es decir, el área que aquí por conveniencia llamaremos simplemente Siro-Mesopotamia, difiere sustancialmente del área antes descrita de la llanura susiana. Mientras que en la llanura susiana los yacimientos de Uruk se hallan dispersos de forma más o menos uniforme por todo el paisaje y abarcan una amplia gama de tamaños, en las llanuras siro-mesopotámicas sólo aparecen unos pocos enclaves y todos ellos de tamaño urbano. Allí donde la evidencia es más sólida, puede apreciarse que alrededor de estos centros había una concentración de aldeas inmediatamente dependientes ubicadas en lugares de clara importancia estratégica. Cuando los yacimientos de Uruk se encuentran lejos de estas concentraciones, siempre suelen ser pequeños, aislados

y al parecer estrechamente vinculados a rutas terrestres desde y hacia las llanuras septentrionales. Este distinto patrón de asentamiento es indicativo de un conjunto de relaciones con las comunidades indígenas que podría conceptualizarse en el marco de las modalidades de relaciones imperiales más informales (por ej., económicas) mencionadas en el capítulo introductorio y atribuibles sin duda a una serie de factores, entre ellos su lejanía de la llanura aluvial y la historia anterior a la ocupación de esas zonas. Pero hay otro elemento que tuvo una enorme influencia en la configuración del patrón de asentamiento de Uruk en las llanuras septentrionales, y es el rol histórico de la región como lugar de paso, como un puente que conectaba varias áreas dispersas pero cultural y medioambientalmente complementarias. De ahí que antes de proceder a analizar el carácter y la intensidad de los contactos entre la Baja Mesopotamia y su periferia septentrional y noroccidental en el período de Uruk, y la forma en que esos contactos afectaron el desarrollo posterior de las comunidades preexistentes, resulte oportuno revisar la evidencia sobre la geografía y el clima de las llanuras siro-mesopotámicas, factores que determinaron decisivamente el rol histórico del área como un nudo de comunicaciones terrestres.

MARCO GEOGRÁFICO

Basta una somera mirada a la geografía física de Oriente Próximo para darse cuenta de que las montañas y las altas mesetas de Siro-Mesopotamia constituyen una unidad de estudio inusualmente coherente. Esta consistencia se debe, en gran medida, al hecho de que el área posee una topografía, una hidrología y una climatología singulares que con-

trastan radicalmente con las de las regiones circundantes. En otras palabras, Siro-Mesopotamia se caracterizaría por una serie de llanuras onduladas directamente al sur de los montes Taurus/Anti-Taurus de Anatolia que se extienden desde las estribaciones asirias de los Zagros, al este, hasta los montes Amanus y los Jebel Zawiyah que discurren paralelos a la costa mediterránea, al oeste. En ésta extensa área, la elevación del terreno y el régimen de precipitaciones varían considerablemente, ambos rasgos son muy superiores hacia el norte y el noreste en dirección al piedemonte de los Taurus/Zagros. La elevación y la pluviosidad disminuyen gradualmente hacia el sur a medida que las llanuras van perdiendo altura, humedad y centralidad. El límite meridional real de las llanuras siro-mesopotámicas viene, así, marcado más por el descenso del índice de pluviosidad que por el relieve geográfico y, por consiguiente, varía de un año a otro. Pero en años normales, el mínimo necesario para protegerse ante una cosecha catastrófica se situaría en un índice medio de entre 300-350 milímetros.[15] Esa media coincidiría más o menos con un arco imaginario que iría desde el sur y el este de Alepo, pasando por el sur de Karkemish, junto al Éufrates, y el norte de Hassaka, junto al Khabur, hasta el sur de Mosul, junto al Tigris (fig. 4). El asentamiento y la agricultura se concentran al norte de ese arco, y la combinación de precipitaciones relativamente abundantes, de vegetación esteparia irano-turania y de profundos valles y gargantas fluviales, explica el dominio allí del cultivo cerealístico extensivo de secano en torno a las áreas ocupadas y del pastoreo en otras zonas. Al sur de ese arco, el asentamiento humano se rarifica y se reduce a pequeñas manchas junto a las cuencas de las vías fluviales perennes, donde la construcción de presas y canales posibilita el riego local.

Para verlo con mayor detalle, cabe subdividir las llanuras siro-mesopotámicas en tres subregiones. De oeste a este serían: la Siria profunda, las llanuras de la Alta Mesopotamia (el-Jezira), y las llanuras transtigrinas. Pasamos ahora a analizar estas subregiones con más detalle (fig. 4).

La Siria profunda

Al oeste de la costa levantina y de los Amanus y los Jebel Zawijah se encuentran los altiplanos de la Siria profunda, el área que se identifica plenamente con la Siria de las fuentes clásicas[16]. En su extremo noroeste y encajadas entre los montes Amanus y los Jebel Ansariyah están las llanuras de Antioquía e Islahiyeh, las tradicionales puertas de paso entre Siria y el sur de Anatolia. Dada su proximidad a las montañas adyacentes y a la región climática mediterránea, la media anual de precipitaciones en las áreas de Antioquía/Islahiyeh es elevada (400-500 mm), lo que asegura el riego de los cultivos incluso en años inusualmente secos (Braidwood 1937). El resto de la Siria profunda son fundamentalmente tierras fértiles de terra rosa y constituye una región fácil de atravesar gracias a la ausencia de acusadas subdivisiones internas. La mejor manera de describirla es como una gran meseta, relativamente bien regada y salpicada de suaves colinas y valles poco profundos en ligera pendiente de norte a sur desde los montes Taurus/Anti-Taurus y de oeste a este en dirección al Éufrates. La parte norte del área, en los alrededores de Gaziantep, está formada por suaves llanuras surcadas por varios pequeños ríos, como el Suban Su, el Afrin Su, el Nizip Su y la cuenca alta del Sajur Su. Al sur se encuentra la llanura de Alepo, regada por el río Qoueiq. La región de Alepo, sin duda la más importante y la más productiva desde el

punto de vista agrícola de la Siria actual, goza de un régimen de precipitaciones adecuado, que oscila entre los 300 y 400 mm anuales (Dorrell 1981). Pero entre el este y el sur de Alepo hasta el Éufrates, la Siria profunda es cada vez más seca, más erosionada y más marginal a medida que se acerca y se confunde con las estribaciones septentrionales del desierto sirio (Grant 1937). Históricamente, esta área ha sido explotada sobre todo por pastores nómadas o seminómadas, aunque en años buenos pueden cultivarse algunos cereales de secano, sobre todo en torno a la cuenca del Sajur (Almirantazgo Británico 1919, 1943; Wirth 1971).

La Jezira mesopotámica

Separadas de la Siria profunda por el Éufrates, y extendiéndose al este hasta el Tigris, se encuentran los altiplanos de la Alta Mesopotamia, también conocidos por su nombre árabe, el-Jezira. La Jezira inicia una ligera pendiente hacia el sureste desde los montes Taurus, al norte, y el Éufrates, al oeste. Además del Éufrates y el Tigris, también surcan la Jezira los ríos Balikh y Khabur, los dos principales afluentes de la orilla oriental del Éufrates. Dividen el área dos cadenas montañosas paralelas, el Karacadağ/Tur Abdin al norte y el Jebel abd el-Aziz/Jebel Sinjar al sur. De las dos, el macizo del Tur Abdin, de unos 200 kilómetros de largo, es la mayor. La cadena meridional es más modesta y por ella discurre el Bajo Khabur. Ambas cordilleras son ligeramente paralelas a los montes Taurus según un eje este-oeste y dividen efectivamente la Alta Mesopotamia en dos cadenas montañosas paralelas (Wirth 1971; Almirantazgo Británico 1943, 1944). La cordillera principal e históricamente más importante de todas ellas es la llamada tradicionalmente Alta Jezira: una fran-

ja irregular de terreno de suaves ondulaciones situada al norte de la cordillera de abd el-Aziz/Sinjar (Dillemann 1962; Van Liere y Laufrey 1954/1955). La precipitación media anual es elevada y el grado de variabilidad interanual es relativamente bajo. Un registro de entre 400-500 milímetros anuales es corriente al pie del Tur Abdin, mientras que la media normal en la zona de los Jebel Sinjar oscila entre 200-250 milímetros (Wirth 1971: mapa 3). Hacia el oeste y el Éufrates, la Alta Jezira es relativamente yerma excepto en invierno y primavera, y se caracteriza por suaves montañas de piedra calcárea cortadas por ouadis estacionales muy profundos y, a veces, por llanuras aluviales relativamente extensas, como la de Harran (Erinç 1980). Pero el sector oriental de la Ata Jezira está bien regado, ya que por la zona discurren varias corrientes perennes que drenan el flanco sur del macizo del Tur Abdin y constituyen el nacimiento en forma de embudo del río Khabur. Las llanuras de esta región se achatan hacia el sur y el sureste a medida que se aproximan a la cordillera de abd el-Aziz/Sinjar y en general están recubiertas de una fértil tierra aluvial (Dobel 1978).

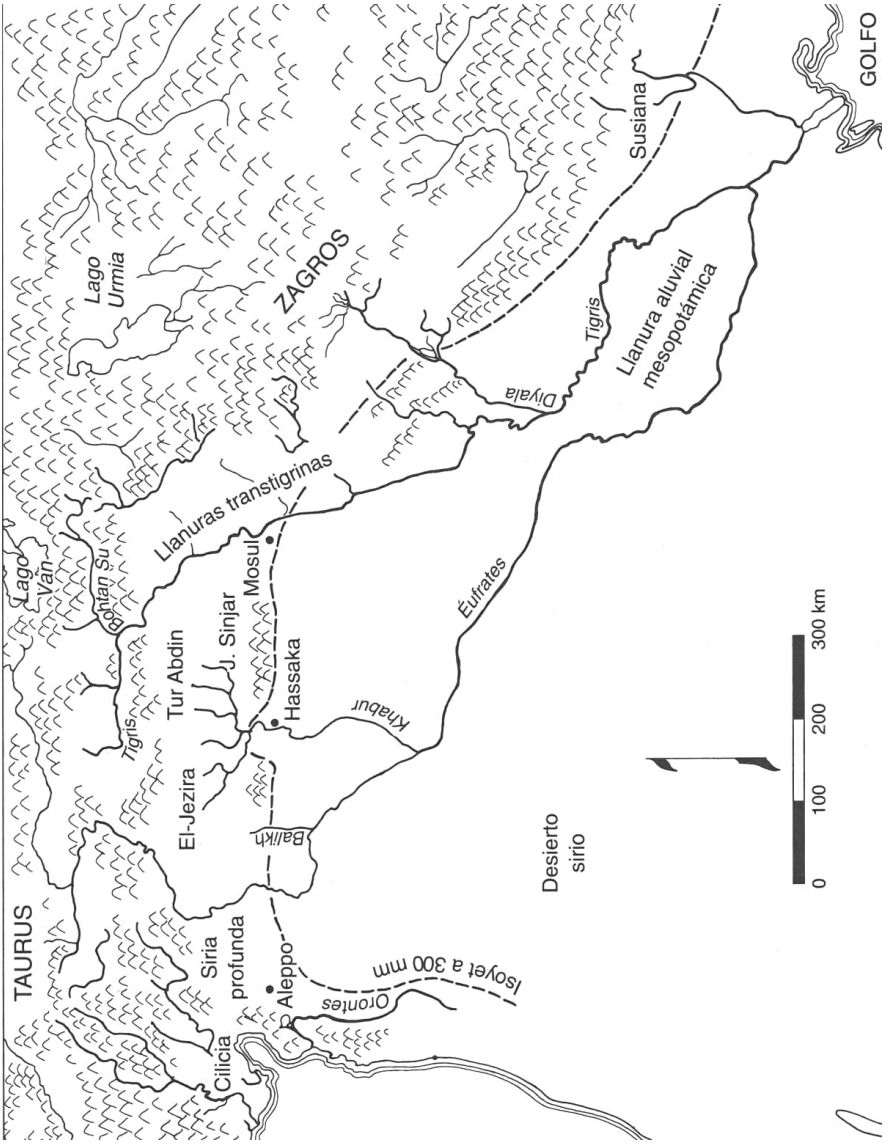


FIGURA 4. Norte de Siria, Alta Mesopotamia y sureste de Anatolia: principales rasgos y subdivisiones geográficos.

A diferencia de la Alta Jezira, rica desde el punto de vista agrícola, la Baja Jezira es una estepa seca, llana y relativamente uniforme que avanza hacia el sur desde los 200-250 milímetros de lluvia anuales y desde la cadena de abd el-Aziz/Sinjar hasta las llanuras aluviales de Babilonia.

Con pocas excepciones —como el área inmediatamente al sur del Jebel Sinjar, con un régimen de precipitaciones mayor gracias a la proximidad de las montañas, y como determinadas depresiones en torno a la confluencia del Balikh, el Khabur y el Éufrates, donde ya es posible usar técnicas simples de irrigación basadas en la ley de la gravedad— la habitación en la Baja Jezira sólo es posible en franjas relativamente estrechas a orillas de los cursos de agua perennes (Almirantazgo Británico 1943, 1944).

Las llanuras transtigrinas

Al este y noreste del Tigris se elevan las llanuras transtigrinas, una estribación en forma de media luna de las montañas de la Alta Mesopotamia hacia los Taurus orientales y el sector kurdo de los Zagros. La región se caracteriza por suaves colinas y depresiones recubiertas de hierba que se hacen más pronunciadas a medida que se acercan a los pliegues inferiores de las montañas. Atraviesan las llanuras transtigrinas varios afluentes de la margen oriental del Tigris que drenan el flanco occidental de los Zagros, siendo los más importantes el Khabur/Hezil Su (oriental), el Khosr, el Gran Zab, el Pequeño Zab, el Adhaim y el Diyala. Todos estos afluentes dividen el área encajada entre el Tigris y las montañas en cinco secciones distintas, todas ellas caracterizadas por una meseta relativamente amplia que se extiende hacia el suroeste desde el punto donde emergen los ríos de las montañas. Estas secciones o llanuras son, de norte a sur, Cizre-Zakho, Mosul, Erbil, Kirkuk y Diyala/Hamrin. A su vez, estas mesetas controlan el acceso a los principales pasos de montaña a través de las montañas circundantes. Aunque la precipitación anual media disminuye cuanto más al sur-

oeste, en general suele ser abundante, especialmente en las llanuras transtigrinas donde oscila entre los 300-400 y los 400-500 mm (Almirantazgo Británico 1944; Weiss 1983: 39-42, figs. 2-3).

El rol de las llanuras siro-mesopotámicas como tierra de paso y de unión de regiones distintas se debe en gran parte a la topografía y al clima de la zona. Las llanuras, al estar relativamente bien regadas y poseer un gran potencial agrícola, garantizan la existencia de pastos naturales susceptibles de usos diversos, como forraje y otros productos necesarios. Salvo dificultades de orden político, estos factores medioambientales convierten las llanuras siro-mesopotámicas en una vía de comunicación natural este-oeste y norte-sur que atraviesa todo el Próximo Oriente. Constituyen el único punto de confluencia de las rutas terrestres procedentes de las mesetas de Anatolia e Irán, la costa mediterránea, la llanura aluvial mesopotámica y el golfo Pérsico para formar una única red (Semple 1930). Antes del uso extensivo del camello como medio de transporte y de la apertura de las rutas de larga distancia a través de las zonas más yermas del desierto siro-arábico, en algún momento de la segunda mitad del II milenio a.C., las rutas terrestres hacia y desde la llanura aluvial mesopotámica tenían que seguir el curso del Tigris o del Éufrates en dirección al norte para poder entrar en Siro-Mesopotamia. La importancia estratégica del área no escapó a las sociedades de la Baja Mesopotamia del período de Uruk, que intentaron con relativo éxito dominar aquellas cruciales líneas de comunicación que atravesaban la región.

ENCLAVES DE URUK EN SIRO-MESOPOTAMIA

Descubrimiento y antecedentes

Sólo recientemente, desde que la investigación ha empezado a ocuparse de forma sistemática de las llanuras siro-mesopotámicas, ha sido posible determinar el patrón de asentamiento de los yacimientos de Uruk en el área. En las últimas dos décadas, gracias al enorme incremento de las prospecciones y de las excavaciones en la zona, se ha producido de hecho una auténtica revolución por lo que a nuestro conocimiento de la historia arqueológica de Siro-Mesopotamia se refiere. Ese nuevo impulso científico se desencadenó sobre todo a raíz de la construcción de diques y presas en los principales ríos de las llanuras siro-mesopotámicas. Por ejemplo, en el Éufrates, la construcción de la presa de Keban a finales de los años 1960 y principios de la década de 1970 abrió partes importantes de las cercanas mesetas anatólicas a la prospección arqueológica, especialmente las llanuras de Malatya, Altinova y Elazig (Whallon 1979). Justo al sur del área del Keban, en la década de 1980 se construyeron otras dos presas adicionales, la de Karakaya y la de Atatürk (antes Karababa). Esta última es la mayor de Turquía y su construcción está ahora en su fase final. La construcción de estas presas permitió prospectar amplias zonas al pie de los Taurus y grandes tramos de las terrazas que flanquean el codo superior del gran recodo del Éufrates en el sureste de Turquía (Özdoğan 1977; Wilkinson 1990a). Y los proyectos para otras dos presas al sur de la región de Atatürk, en Birecik y Karkemish, han permitido explorar gran parte del tramo restante del Éufrates turco hasta

la frontera siria (Algaze 1989a; Algaze *et al.* 1991). Este creciente corpus de información arqueológica procedente del sureste de Anatolia se ha completado con las excavaciones y prospecciones practicadas río abajo en el noreste de Siria a raíz de la construcción de las presas de Tabqa y Tishrin. Esta última presa se está construyendo junto a Menbij, mientras que la primera se erigió hace dos décadas en el codo inferior del gran recodo del Alto Éufrates (Van Loon 1967).

Al este, en las áreas próximas al Khabur y al Tigris, la situación es parecida, si bien la actividad arqueológica no ha sido hasta la fecha tan intensiva. Una presa actualmente en proceso de construcción en el Bajo Khabur ha permitido prospectar y excavar los alrededores de Hassaka (Monchambert 1984). Recientemente también se ha podido explorar bien el Alto Tigris gracias a los proyectos de presas previstos o ya en curso. El proyecto de dos nuevas presas (Ilisu y Cizre) en el Tigris, en el sureste de Turquía, han abierto a la investigación las áreas afectadas junto al propio Tigris y varios de sus afluentes (Algaze 1989a; Algaze *et al.* 1991). Río abajo y justo al otro lado de la frontera de Cizre, la construcción de la presa de Eski Mosul en el norte de Iraq también facilitó las prospecciones y las excavaciones en la cuenca del Tigris justo al norte de Mosul (Demirji 1987). También han sido sumamente importantes las prospecciones asociadas en las áreas destinadas al desarrollo de una agricultura intensiva que se han realizado en la región de Tell Afar, en la Alta Jezira, justo al oeste del Tigris (Ball, Tucker y Wilkinson 1989; Wilkinson 1990b). Por último, la construcción de presas en los años sesenta en el área de Dokan del Pequeño Zab y en la garganta de Darband-i Khan en el nacimiento del Diyala, ambas en el Kurdistán iraquí, permitieron realizar algunas exploracio-

nes en unas mesetas hoy totalmente inaccesibles a los arqueólogos (Abu al-Soof 1964).

En la medida en que el conocimiento de la arqueología de Siro-Mesopotamia ha mejorado, también ha crecido el interés por el área en su conjunto. Ese interés se ha traducido en una serie de prospecciones y excavaciones suplementarias, principalmente en el norte y noreste de Siria y el norte de Iraq. Las áreas exploradas incluyen (1) la cuenca del río Qoueiq en los alrededores de Alepo (Matthers 1981); (2) zonas del río Sajur en Siria al sur de la frontera turca (Sanlaville 1985); (3) partes de la cuenca del Éufrates en Siria al sur de la presa de Tabqa y al norte de la frontera iraquí, sobre todo entre el lago Assad y Raqqa (Kohlmeyer 1985), cerca de Ashara (antigua Terqa) (Simpson 1983), y entre Deir ez Zor y Abu Kemal en los alrededores de Mari (Geyer y Monchambert 1987); (4) la cuenca del Balikh a ambos lados de la frontera turca (Yardimci 1991; Akkermans 1984; van Loon 1988); (5) la cuenca del Bajo Khabur (Röllig y Kühne 1977/78; Monchambert 1984); (6) el ouadi Jarrah (Weiss 1986; Wattenmaker y Stein 1989) y el ouadi Jaghjagh (D. Oates 1977, 1983), afluentes del Alto Khabur; y (7) zonas de la Alta Jezira en el noreste de Siria (Meijer 1986) y el norte de Iraq (Wilkinson 1990b).

Muchas excavaciones y algunas prospecciones están todavía en curso, gran parte del material relevante permanece inédito o publicado sólo parcialmente, y áreas enteras permanecen inexploradas, especialmente algunas zonas de las cuencas del Balikh, Khabur y Tigris, en el sureste de Turquía. A pesar de estas limitaciones, empieza a emerger un panorama inteligible de la historia y la arqueología de amplias regiones de Siro-Mesopotamia, en particular de los desarrollos a orillas de las principales vías fluviales. Los resultados sobre

el Calcolítico reciente de Siro-Mesopotamia (segunda mitad del IV milenio a. C.) y sobre la transición al Bronce antiguo son especialmente importantes. Lo más sorprendente ha sido la evidencia de intensos contactos entre la civilización mesopotámica del período de Uruk y las culturas contemporáneas del norte. El conocimiento de la existencia de este tipo de contactos no era en absoluto nuevo; la novedad estribaba en la evidencia de su intensidad y su carácter.

La localización de los enclaves de Uruk

En términos del desarrollo a largo plazo de las llanuras siro-mesopotámicas, la presencia de yacimientos de tipo urbano con conjuntos plenamente surmesopotámicos originarios de Uruk revela no una ruptura de la secuencia —no se observa en general una sustitución de los yacimientos locales— sino una intrusión altamente selectiva. Esta intrusión se produjo en el contexto de una cultura indígena tardocalcolítica con un largo desarrollo *in situ* a todas luces floreciente. Caracterizados por cerámicas con desgrasante vegetal (*chaff-tempered*) del tipo definido por primera vez por Braidwood para la Fase F de la secuencia de Amuq (más adelante, cap. 5), estos conjuntos preexistentes conocieron una amplia distribución, desde la Siria costera y las llanuras transtigrinas hasta los flancos meridionales de las mesetas de Anatolia, según han demostrado diversas prospecciones y excavaciones. En el marco de este amplio horizonte geográfico, los yacimientos de Uruk son relativamente escasos y sólo aparecen en lugares sumamente selectivos, invariablemente cerca de los puntos de confluencia de las principales vías fluviales norte-sur y las grandes rutas terrestres este-oeste. A juzgar por la evidencia de las excavaciones y prospecciones comple-

mentarias, en estos lugares los yacimientos surmesopotámicos están invariablemente formados por un «enclave» central de tamaño considerable rodeado de un número variable de aldeas satélites de entidad mucho menor. Es muy posible que estas últimas sirvieran de proveedoras a los lugares centrales de productos agrícolas y ganaderos, pero es algo aún no confirmado por los análisis paleobotánicos y paleozoológicos.

Se han descubierto enclaves de Uruk y concentraciones asociadas del tipo descrito a orillas de los tres principales ríos de la llanura siro-mesopotámica. La evidencia es clarísima en el caso del Éufrates, donde hubo como mínimo tres enclaves: el complejo de Habuba Kabira-süd/Tell Qannas/Jebel Aruda, en el codo inferior del gran recodo del río en el área actualmente anegada por la presa de Tabqa, en el norte de Siria, Karkemish y varios yacimientos en sus inmediaciones justo al norte de la frontera entre Turquía y Siria, y Samsat, en el recodo superior del gran recodo del río en el área sumergida por la presa de Atatürk, en el sureste de Anatolia. Hasta el momento se ha identificado un enclave a orillas del Alto Khabur, Tell Brak en el ouadi Jaghjagh, y hubo otro en el yacimiento de la antigua Nínive, en el Alto Tigris próximo a Mosul.

Enclaves del Alto Éufrates. De todos los enclaves del Éufrates, el caso más claro es el recientemente excavado en el área de Tabqa. Este enclave estaba situado en el yacimiento de Habuba Kabira-süd/Tell Qannas, a unos 15 km al norte de Meskeneh. El asentamiento de Uruk en ese lugar ocupaba el borde de una de las terrazas inferiores a unos 7-10 metros encima de la llanura aluvial del río, y lo excavó un equipo conjunto germano-belga: el equipo alemán excavó las partes

inferiores del yacimiento (Habuba Kabira-süd) y el equipo belga la acrópolis asociada (Tell Qannas). Dado que tras el período de Uruk el yacimiento apareció claramente desocupado, fue posible excavar una gran extensión horizontal de los niveles de Uruk, de más de 20 000 metros cuadrados. Aquella excavación sin precedentes reveló que una ocupación anterior, al parecer menor y de corta vida (a juzgar por las escasas renovaciones del revoque de sus muros) había sido sustituida por un asentamiento de tamaño urbano perfectamente planificado, con sus calles bien trazadas y sus barrios residenciales, industriales y administrativos claramente diferenciados, todos ellos construidos al parecer como parte de un gran proyecto urbanístico (fig. 5). El centro religioso-administrativo de la ciudad estaba situado en Tell Qannas, donde se descubrió una serie de edificios monumentales de planta tripartita. Estas estructuras son características de la arquitectura pública del período de Uruk de la Baja Mesopotamia.

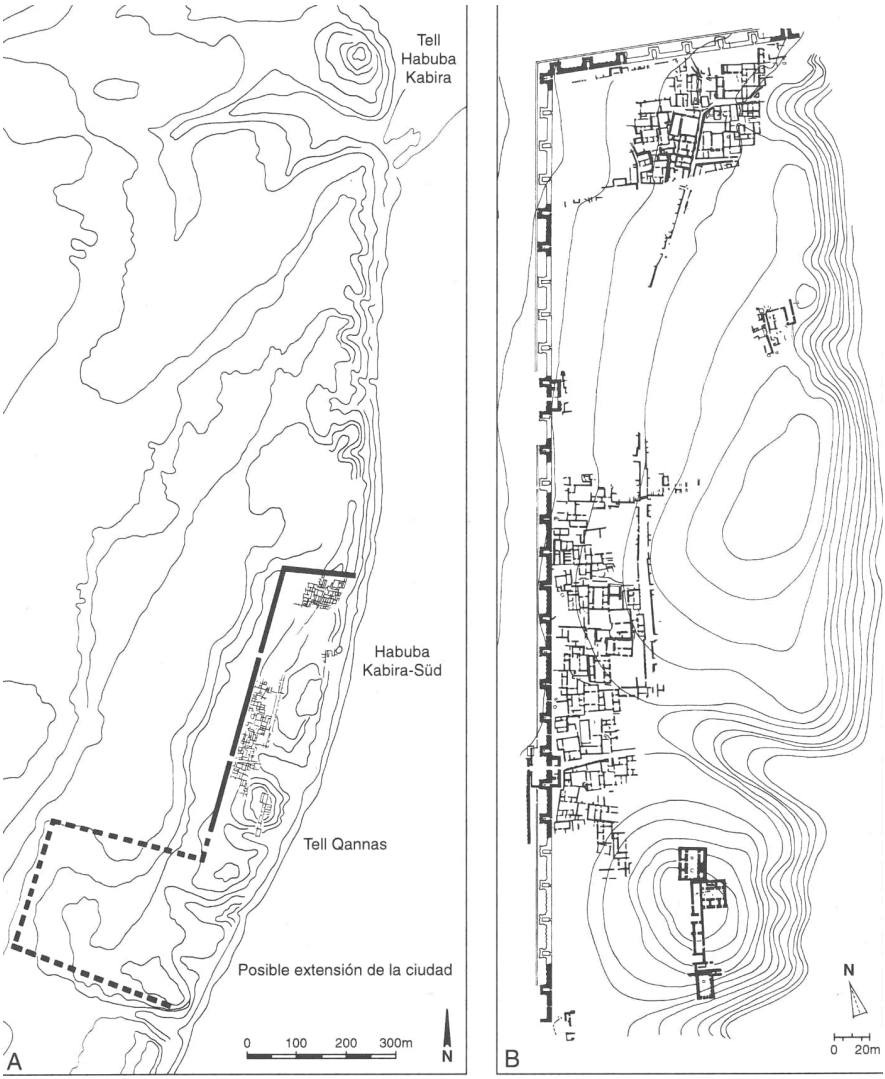


FIGURA 5. Plano de Habuba Kabira-süd y Tell Qannas. (A) Posible extensión de la ciudad; (B) detalle de las áreas excavadas.

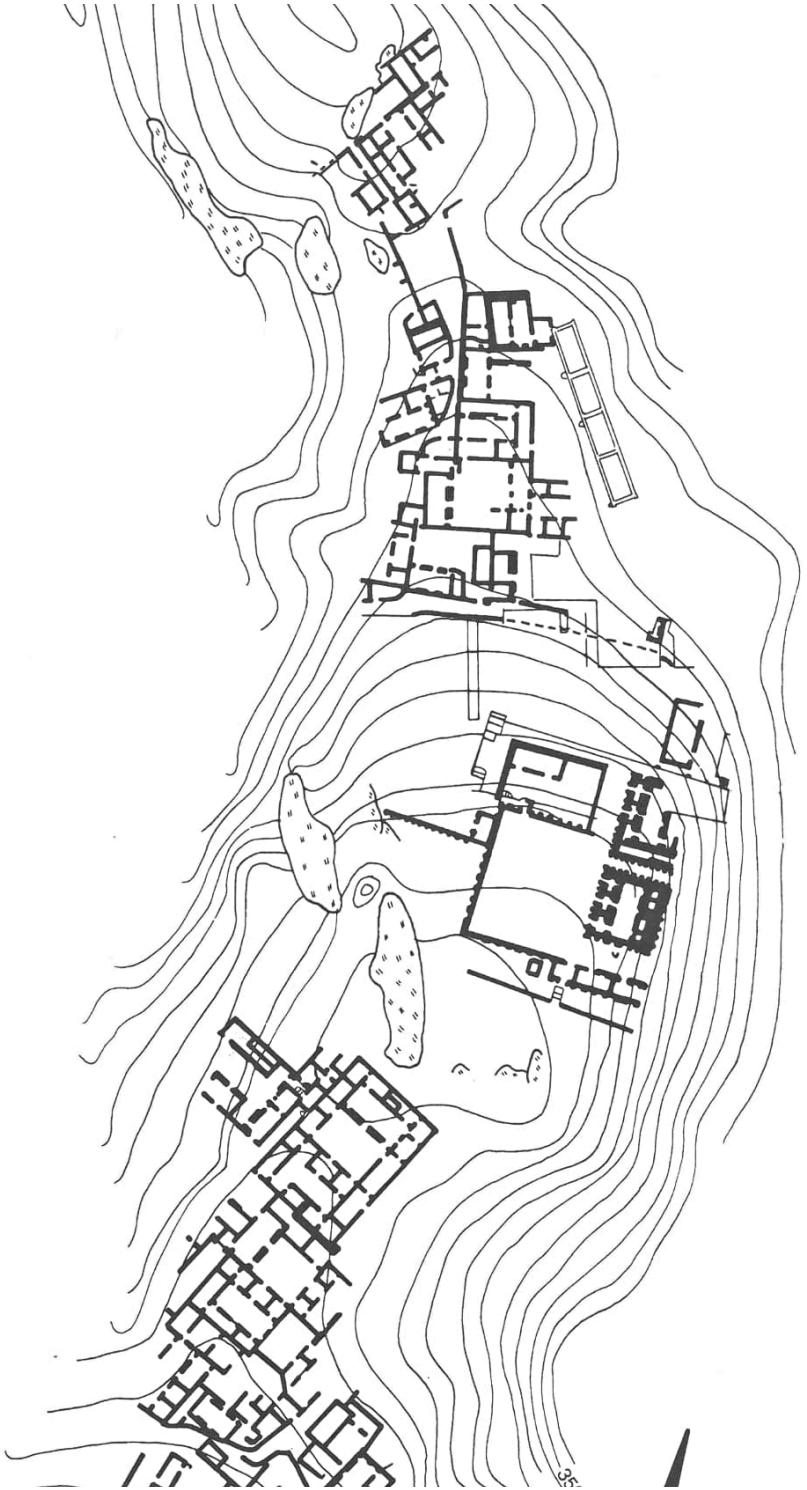
Inmediatamente al norte de la acrópolis de Qannas y conectada a ella por una larga avenida que discurre paralela al río y de la misma longitud que el asentamiento, se hallaba la principal zona residencial de la ciudad. La extensión de aquel barrio, aunque sólo se excavara parcialmente, era impresionante. A ambos lado de la calle principal, y dispuestas de manera regular, había numerosas casas, todas ellas variantes

de la misma planta tripartita de las estructuras más monumentales de Qannas. Todo el asentamiento estaba rodeado de una enorme muralla de fortificación, de la que se han conservado sus lados norte y oeste. La muralla medía 3 metros de ancho y la fachada exterior aparecía tachonada a espacios regulares por torres rectangulares. Se hallaron al menos dos puertas de entrada a la ciudad, ambas en su vertiente occidental (Finet 1979; Ludwig 1979; Strommenger 1980a; Sürenhagen 1986a). Directamente al suroeste de Tell Qannas había una amplia zona monticular que según las prospecciones y algunos sondeos practicados era contemporánea del asentamiento amurallado (Heinrich *et al.* 1973: 9). Sólo se han excavado algunas partes del área, y no se sabe si se hallaba dentro o fuera de las murallas de la ciudad (fig. 5).

Las excavaciones holandesas realizadas en Jebel Aruda, a unos 8 kilómetros al norte de la ciudad de Qannas/Habuba, han descubierto otro importante asentamiento de Uruk, al parecer de naturaleza distinta y bastante más pequeño que el de Habuba/Qannas. Situado estratégicamente en una cresta de piedra calcárea a unos 60 metros de altura respecto al nivel de la llanura adyacente, la instalación de Uruk en Jebel Aruda presentaba en el centro dos edificios monumentales con hornacinas y contrafuertes y la típica planta tripartita y terrazas elevadas asociadas, similares a las descubiertas en Tell Qannas. Sin embargo, las estructuras de Aruda no estaban aisladas del resto del asentamiento como en el caso de Qannas. Flanqueando el área central del Temenos, aparecían a ambos lados estructuras asociadas de carácter aparentemente residencial (Van Driel y Van Driel-Murray 1979, 1983). También aquí la planta de los complejos residenciales individuales era similar a la de los hallados en Habuba Kabira-süd, pero algunos eran mayores, lo que sugería la presencia de vi-

viendas de élite conectadas de alguna manera a las estructuras monumentales contiguas (fig. 6). La relación entre el pequeño asentamiento de Aruda y la gran ciudad de Uruk río abajo sigue siendo un misterio. De todos modos, es posible que Strommenger (1980a) esté en lo cierto cuando sugiere que Aruda pudo servir de centro administrativo para el conjunto de los vecinos yacimientos de Uruk. Esta hipótesis vendría avalada por la posición defendible del asentamiento, situado en una cresta, y por el carácter elitista de sus estructuras.

La escala de la concentración de Uruk en el área de Tabqa puede inferirse a partir del enclave principal de Habuba süd/Tell Qannas. El área urbana protegida por la muralla preservada es de unas 10 hectáreas (600×170 m). Pero no hay duda de que el asentamiento tuvo que ser mayor que la zona amurallada, porque el sector meridional de la muralla había prácticamente desaparecido por efecto de la erosión y, como se recordará, justo al suroeste de Tell Qannas había una importante zona ocupada del período de Uruk no protegida por la muralla de la ciudad. De modo que la extensión mínima del asentamiento tuvo que aproximarse a las 18 hectáreas (Strommenger 1980a: 33). Pero tampoco es imposible que tuviera un tamaño cercano a las 40 hectáreas, puesto que al norte del asentamiento amurallado, en la superficie de una franja de unos 200 metros de ancho y un kilómetro de largo también se encontraron restos de cerámicas de Uruk (Sürenhagen 1974-1975: 45) (fig. 5). Y a ello habría que añadir las dos hectáreas del área ocupada de Jebel Aruda.



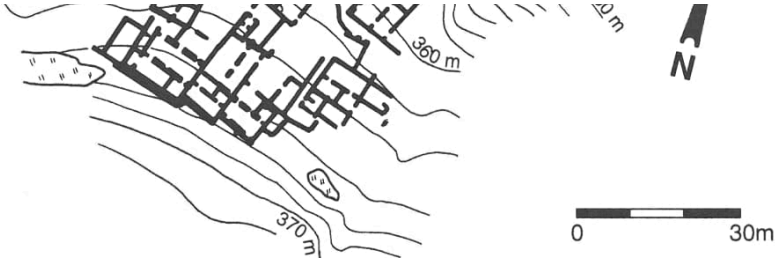


FIGURA 6. Temenos central y estructuras asociadas de Uruk en Jebel Aruda.

Además, es evidente que Habuba/Qannas y Aruda no fueron los únicos asentamientos de Uruk junto al tramo inferior del gran recodo del Éufrates. Se han identificado con absoluta certeza conjuntos de Uruk en otros cinco yacimientos excavados en el área alrededor del enclave de Habuba/Qannas. Se trata de (1) Tell Habuba Kabira, a un kilómetro de distancia al norte de Habuba (Strommenger 1980a: 69); (2) Tell el-Hajj, a unos 5 kilómetros al norte de éste último (Stucky *et al.* 1974: 45-49); (3) Tell Hadidi, a unos 9 kilómetros río arriba de el-Hajj (Dornemann 1988: 18); (4) Tell Mureybit, a unos 10 kilómetros río abajo de Habuba y en la margen opuesta (éste) del río (Van Loon 1968: 277); y (5) Tell Sheikh Hassan, un pequeño asentamiento justo enfrente de Habuba y que ha deparado una secuencia sorprendentemente larga de depósitos de Uruk (Boese 1986/1987). También se documentan cerámicas de Uruk en al menos otros tres tells próximos, aunque las excavaciones no lo han confirmado[17]. Fuera cual fuere el número total de ocupaciones en esa época, es evidente que en el área de Tabqa nos hallamos no sólo ante un asentamiento central de Uruk de tamaño considerable sino también ante una concentración, en las inmediaciones, de asentamientos menores posiblemente dependientes (fig. 7).

Los otros enclaves de Uruk junto al Éufrates se han excavado mucho menos y el conocimiento que tenemos de ellos

es relativamente pobre. Pero extrapolando los datos disponibles de las excavaciones y prospecciones, es probable que también constituyeran grandes asentamientos similares a sus homólogos de Tabqa. Hubo otra concentración de yacimientos de Uruk a unos 80 kilómetros del área de Tabqa río arriba, donde las terrazas que flanquean el Éufrates se ensanchan creando grandes manchas de tierra llana, en general irrigable. Esta concentración, que se ha identificado sólo recientemente gracias a las prospecciones realizadas en el sureste de Turquía (las áreas de las presas de Birecik y Karkemish) y en el noreste de Siria (el área de la presa de Tishrin), se extiende desde las afueras de la moderna ciudad de Birecik, en Turquía, hasta la periferia de Jerablus, en Siria, justo al otro lado de la frontera turca y a unos 30 kilómetros al sur (fig. 8).[18] Hasta ahora se han identificado dieciocho yacimientos de Uruk, todos ellos con cuencos de borde biselado y, en función del tamaño de la muestra, con todo o parte del típico repertorio cerámico con desgrasante calcáreo (*grit-tempered*) de Uruk, radicalmente distinto del conjunto con desgrasante vegetal típico de los yacimientos tardocalcolíticos circundantes. La mayoría de los yacimientos de Uruk del área de Birecik-Jerablus son relativamente pequeños, de tamaño no mayor que una aldea, y están situados en las terrazas inferiores de la ribera del río, con frecuencia al borde de la primera curva de nivel dominando la llanura aluvial. Sólo cuatro yacimientos al norte de la frontera turco-siria son de tamaño mayor (Algaze *et al.* 1991). Estos yacimientos mayores forman parte, sin duda, de uno o más enclaves comparables a los descubiertos en el área de Tabqa.

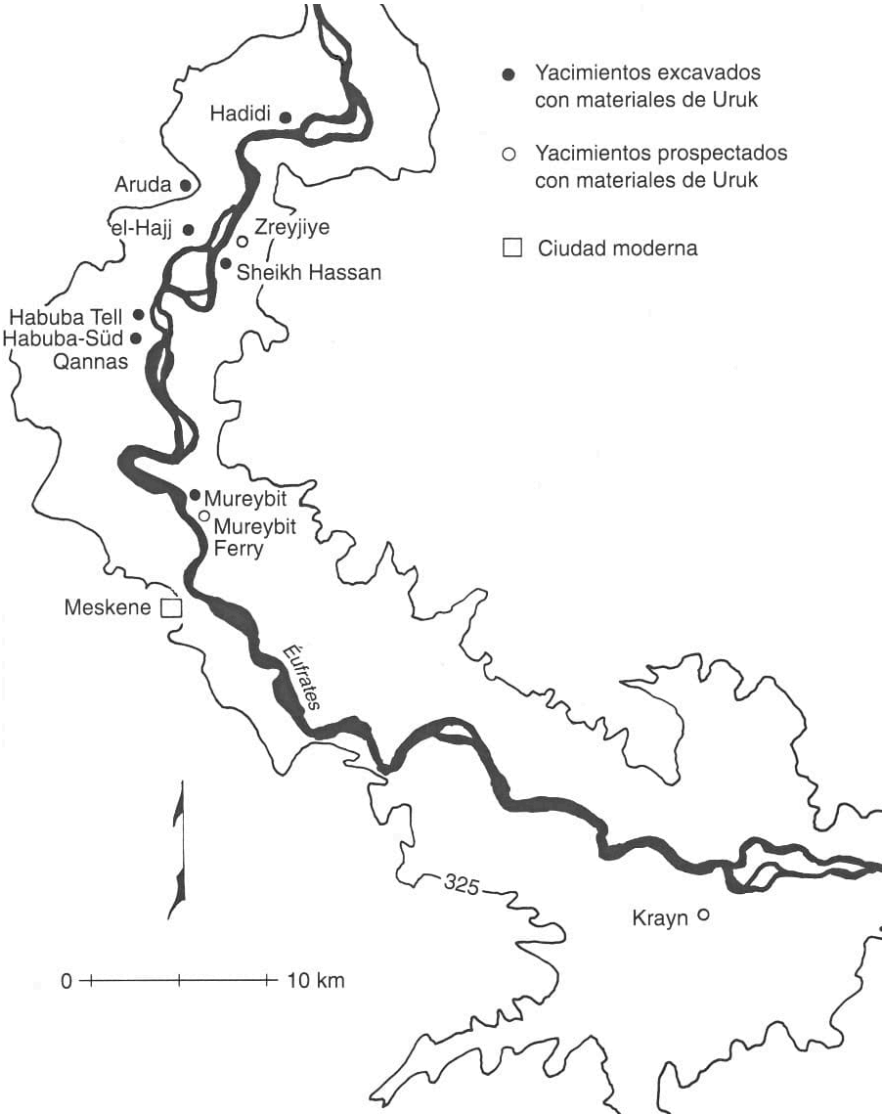
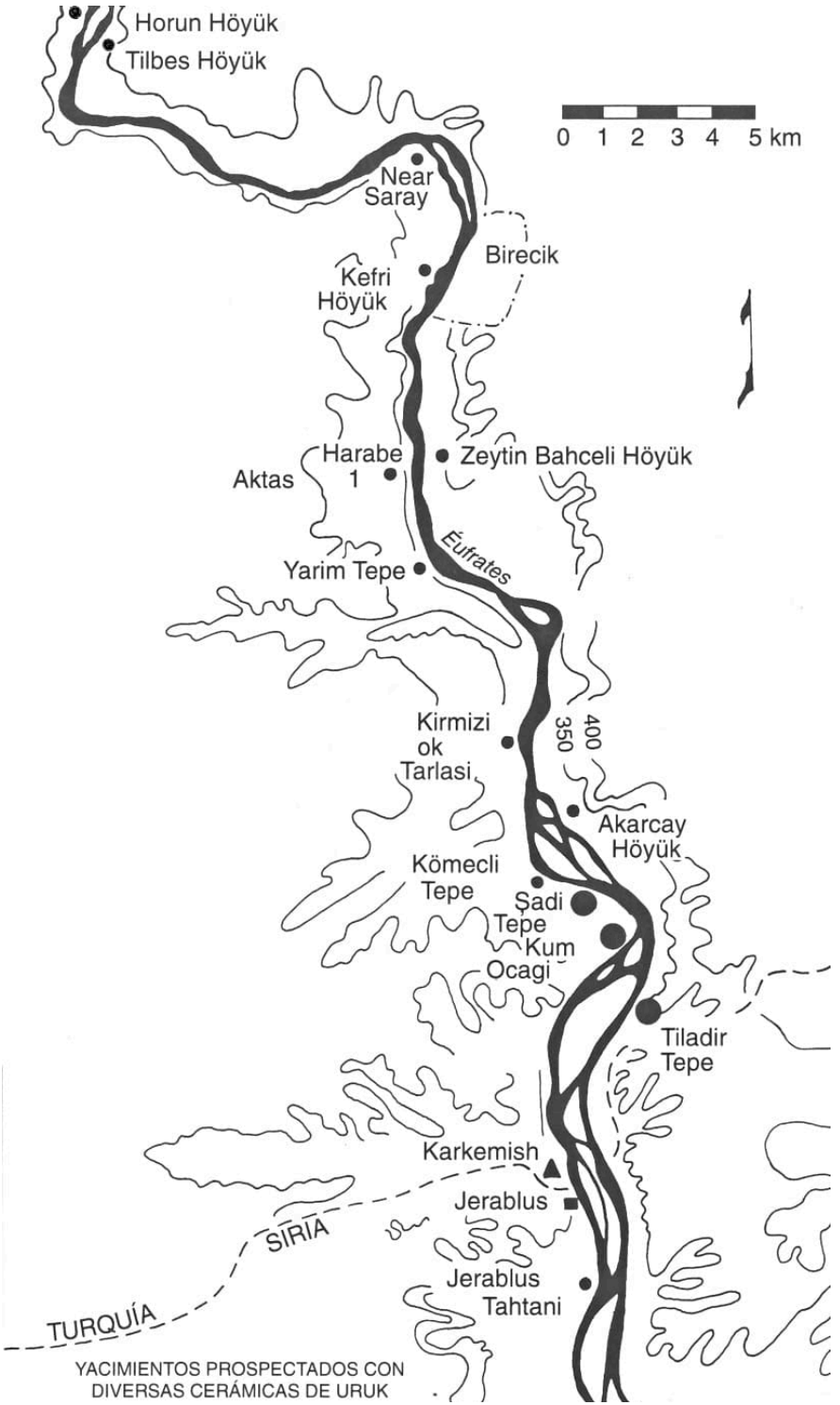


FIGURA 7. Noreste de Siria: yacimientos en el área de la presa de Tabqa donde se han descubierto o identificado materiales de Uruk.

Un componente del complejo de asentamientos de Uruk del área de Birecik-Jerablus fue el importante yacimiento de la antigua Karkemish (fig. 9). Antiguos sondeos británicos practicados en la acrópolis del tell revelaron varias cerámicas de Uruk (fig. 10), al menos un típico cilindro-sello de estilo geométrico con tres hileras superpuestas de peces del que

existen numerosos paralelos en otros yacimientos de Uruk[19], e indicios de lo que parecía un largo período de ocupación de Uruk, de por lo menos 3 metros de profundidad, encima de los estratos del Calcolítico reciente[20]. Pero los escasos hallazgos obtenidos en Karkemish y las limitaciones inherentes a los métodos de excavación empleados no permiten conocer ni el tamaño aproximado ni el carácter del yacimiento del período de Uruk en aquella época.



YACIMIENTOS PROSPECTADOS CON DIVERSAS CERÁMICAS DE URUK

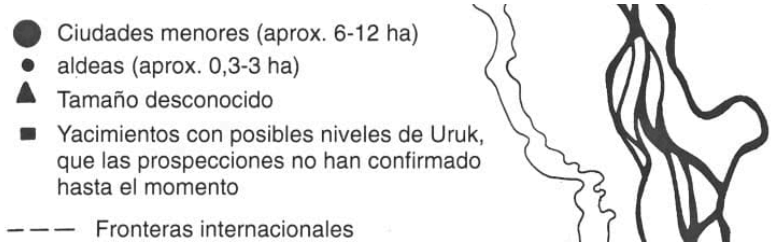


FIGURA 8. Sureste de Anatolia y noreste de Siria: yacimientos en el área de Birecik-Jerablus donde se han descubierto o identificado materiales de Uruk.

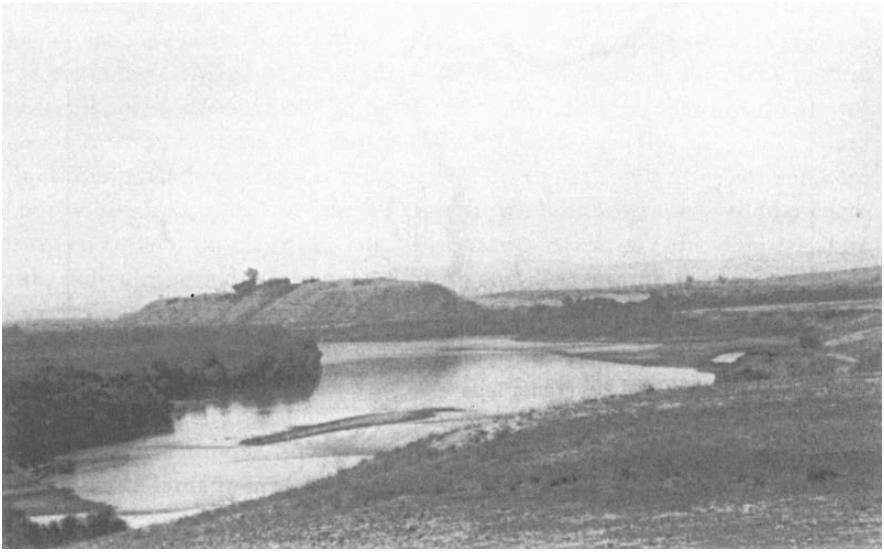


FIGURA 9. Acrópolis de Karkemish y terrazas inferiores: vista desde el norte.

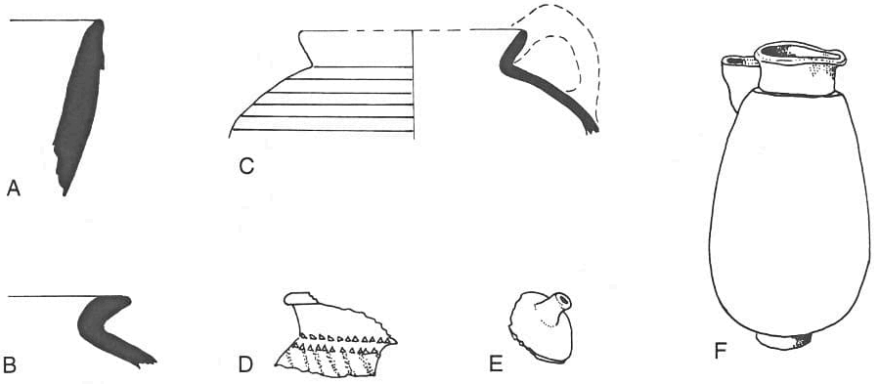


FIGURA 10. Cerámicas de Uruk del tell de la acrópolis de Karkemish.

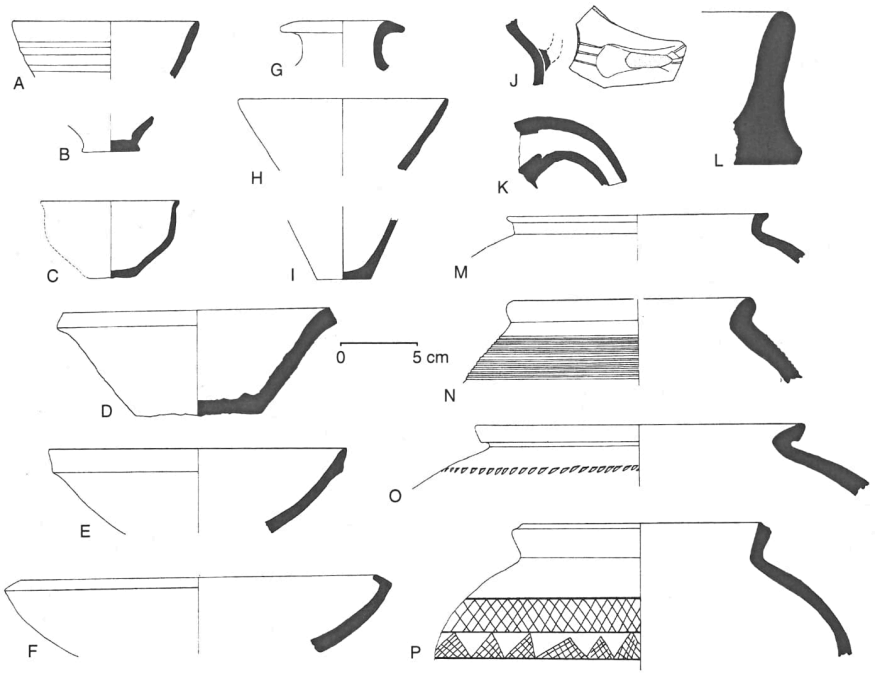


FIGURA 11. Cerámicas de Uruk de Tiladir Tepe, Şadi Tepe, Komecli, Ḥöyük y Kum Ocağı.

Varios asentamientos de Uruk descubiertos hace poco en las inmediaciones de Karkemish han deparado datos más fiables. Se identificaron tres de ellos en un solo grupo en la margen occidental del río, a unos 6-9 kilómetros al norte de Karkemish. En el centro de aquella concentración se hallaba Şadi Tepe, el mayor y más importante de los tres. El asentamiento de Uruk en Şadi Tepe medía unas 8 hectáreas de extensión (320×200 m además de un área contigua algo más elevada de 100×100 m) y estaba situado en la cima de un alto reborde de piedra calcárea a una altura de 40-50 metros sobre el nivel de la llanura circundante (fig. 12). Ocupaba, pues, una posición defensiva comparable a la de Jebel Aruda. Şadi Tepe se abandonó tras el período de Uruk y en la superficie se encontraron numerosos cuencos dispersos de borde biselado y otros tipos cerámicos de Uruk (por ej., fig. 11G, K). Tí-

pico también de Uruk era el conjunto de lascas de piedra, que incluía hojas de tipo cananeo y raspadores de sílex. Igual que Aruda, Şadi Tepe parece haber sido el centro de un asentamiento de carácter seguramente administrativo, a juzgar no sólo por su posición estratégica dominando toda la llanura circundante sino también, y más directamente, por la presencia de conos murales de terracota recubiertos de betún (Algaze 1989a: 281, fig. 36, parte inferior izquierda) y por los albañales cilíndricos de cerámica para canalizar las aguas residuales hallados en la superficie, indicadores de la existencia de importantes edificios públicos.

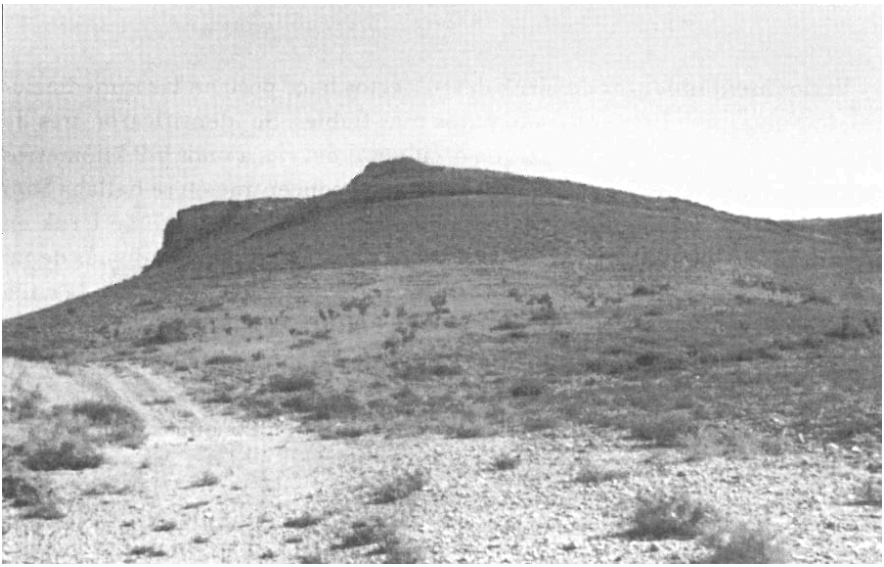


FIGURA 12. Şadi Tepe: visto desde el oeste.

Flanqueando Şadi Tepe al norte y al sur había otros dos asentamientos de Uruk, ambos situados en la terraza inferior dominando la llanura aluvial del Éufrates. En ambos se halló asimismo evidencia de un repertorio completo de cerámicas de Uruk (fig. 11B-F, H-I, L-P). El mayor era el de Kum Ocağı, a unos 2 kilómetros al sur de Şadi Tepe. Lamentablemente, cuando este yacimiento fue descubierto por primera vez en 1989 ya apareció en gran parte destruido por una cantera de

grava, pero aún se pudo estimar su extensión: 6,3 hectáreas (420×150 m). Se constató que el asentamiento se había fundado sobre suelo virgen y que su vida fue relativamente efímera, ya que en una zona removida sólo se identificaron 1-1,5 metros de deposición. El segundo asentamiento era Komecli Ḥöyük, a menos de un kilómetro de distancia al norte de Şadi Tepe. Como en tantos otros yacimientos a orillas del Éufrates en las áreas de las presas de Karkemish-Birecik, en Komecli también han entrado las excavadoras para abrir un campo de algodón, pero en 1989 aún fue posible apreciar que el tamaño del yacimiento era la mitad que el de Kum Ocağı (250×110 m) pero similar en cuanto a su forma alargada y posición ribereña. Además, también revelaba una ocupación efímera, ya que sólo se identificaron unos 2 metros de deposición en la sección oriental del yacimiento, atravesada por el río (Algaze *et al.* 1991).

FIGURA 13. Tiladir Tepe: visto desde el noroeste.

El mayor enclave de Uruk identificado en los alrededores de Karkemish es el de Tiladir Tepe. El yacimiento se halla más o menos a mitad de camino entre Karkemish y Şadi Te-

pe, aunque situado en la otra orilla (oriental) del Éufrates al borde de un acantilado y dominando la llanura aluvial del río (fig. 13). Aunque gran parte de Tiladir Tepe estaba ocupado por niveles del Bronce medio, su extensión en el período de Uruk era evidente. La gran cantidad de cuencos de borde biselado y otros tipos característicos de Uruk (fig. 11 A, J) hallados en la superficie de la profunda sección occidental del asentamiento revelaron una ocupación anterior de sus 600 metros de longitud, y los fragmentos cerámicos de Uruk hallados en la superficie del yacimiento indican que ese asentamiento ocupó gran parte de los 200 metros de ancho del reborde donde está emplazado. Por lo tanto, Tiladir Tepe alcanzó un tamaño de unas 12 hectáreas. Se excavaron unos 4 metros de depósitos en la sección de Tiladir. Pero debido a la sobrecarga posterior, no se pudo determinar el alcance de la contribución de Uruk en esos depósitos (Algaze *et al.* 1991).

Al norte de Birecik, el Éufrates discurre por una estrecha garganta durante unos 100 kilómetros. Y vuelve a abrirse justo al norte de la zona donde se construyó la presa de Atatürk, no muy lejos de la antigua metrópolis helenístico/romana de Samosata/Samsat (fig. 14). Aquí se descubrió precisamente otro enclave de Uruk. La prospección llevada a cabo por Özdoğan (1977) permitió conocer la extensión de la ocupación de Uruk en Samsat, donde el autor registró numerosos cuencos de borde biselado y algunos tipos cerámicos de Uruk en las laderas del alto tell circular. Ello sugiere que la ocupación de Uruk habría abarcado como mínimo la totalidad de las 17,5 hectáreas (350×500 m) del tell. Pero esta estimación no tiene en cuenta la posibilidad de un asentamiento contemporáneo en la terraza inferior contigua, que quedó enterrada bajo los depósitos de los períodos clásicos y que nunca se ha explorado. Los niveles de Uruk en Samsat se al-

canzaron en un pequeño corte preliminar practicado en la ladera occidental del tell, y, a partir de los informes disponibles, es posible avanzar algunas observaciones preliminares sobre los hallazgos. En el corte se detectaron restos de una muralla de fortificación alrededor del asentamiento (Mellink 1989: 114), y es probable que en el yacimiento hubiera importantes edificios (públicos) de Uruk, porque el sondeo permitió recuperar conos murales de arcilla típicos de Uruk, aunque lamentablemente no *in situ*. Se conocen algunos detalles del conjunto asociado, que incluía numerosos cuencos de borde biselado (Mellink 1988: 110), una vasija carenada típicamente mesopotámica con engobe rojo bruñido (Özten 1984: fig. 1), y algunos cilindro-sellos; al menos uno de ellos presenta una franja de animales recostados con la cabeza vuelta hacia atrás y motivos escalonados, imitando tal vez una cerca o una red (Özğuç 1987: fig. 8). Aunque el grabado del sello parece local (H.J. Kantor, com. personal, 1988), el motivo en sí es característico de la glíptica del Uruk reciente[21].

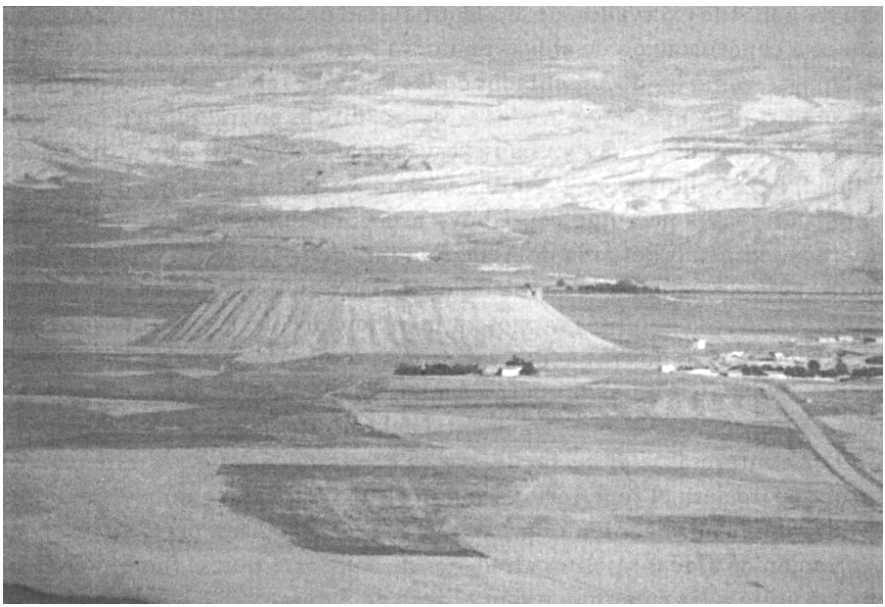


FIGURA 14. El gran tell de Samsat: visto desde el oeste.

Las prospecciones revelan que varios yacimientos menores de las inmediaciones de Samsat depararon materiales del período de Uruk. Pero en la región de Atatürk, estos materiales suelen aparecer en yacimientos que deparan una mezcla de conjuntos exógenos de Uruk y de conjuntos indígenas con desgrasante vegetal. A este grupo pertenecerían seis tells de pequeño tamaño (tipo aldea) en las inmediaciones de Samsat y una pequeña ocupación cerca de Bozova, a unos 25 kilómetros de distancia (fig. 15[22]). Tres de ellos aún no han sido excavados, de ahí la dificultad de determinar si representaban una concentración de aldeas de nueva fundación alrededor del enclave de Samsat, como los documentados en las áreas de Tabqa y Birecik-Jerablus, o si se trata de ocupaciones locales tardocalcolíticas en interacción con Samsat. Los yacimientos que sí se han excavado parecen avalar esta última posibilidad. El más importante de ellos es el de Kurban Ḥöyük, que reveló una importante secuencia que contribuye a documentar cambios en los yacimientos indígenas del área de Atatürk a raíz de la intrusión de Uruk. Este yacimiento será analizado con detalle en el capítulo 5. Además de los yacimientos con los conjuntos mixtos ya mencionados, frente a Samsat se han identificado otros dos pequeños yacimientos con materiales de Uruk (Wilkinson 1990a: figs. B6, B26: 10-13). Ambos están situados junto al Incesu, un pequeño afluente de la margen oriental del Éufrates (fig. 15: yacimientos 15 y 39). Es interesante el hecho de que en ninguno de estos yacimientos del Incesu apareciera el repertorio tardocalcolítico con desgrasante vegetal que se documenta en yacimientos próximos. Tal vez formaban parte de una concentración de aldeas satélites alrededor de Samsat, o quizás fueran bases situadas junto a las rutas que unían el área de Sam-

sat y la cuenca del Balikh (más adelante). Por último, también se descubrió un grupo de otros tres yacimientos con materiales de Uruk e indígenas en la periferia septentrional de la región de Atatürk, a unos 50 kilómetros al norte de Samsat[23]. Las excavaciones en uno de ellos, Hassek Ḥöyük, demostraron que se trataba de una pequeña base aislada de Uruk próxima a un vado del río. Esta base también se analizará luego con más detalle.

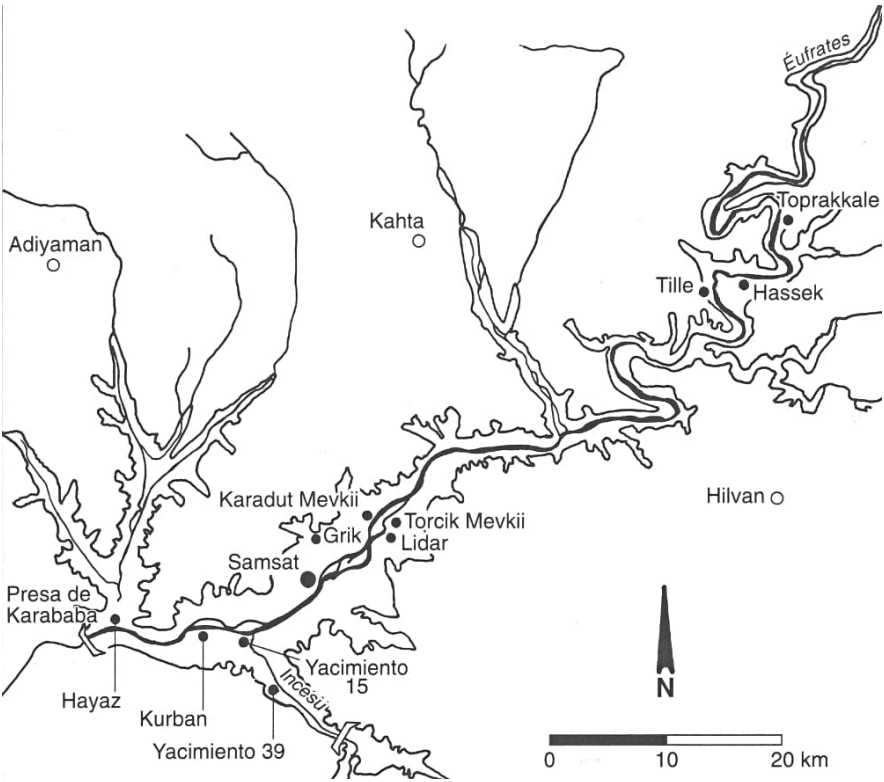


FIGURA 15. Sureste de Turquía, área de la presa de Atatürk: Samsat, Hassek Ḥöyük y yacimientos próximos con cerámica de Uruk.

Enclaves del Alto Khabur. Aunque la escala del asentamiento intrusivo de Uruk en el Éufrates parezca de gran alcance, no es ni mucho menos excepcional. Lo demuestran los resultados de las excavaciones y de las prospecciones británicas en el área del Alto Khabur, en cuyos principales tells las

cerámicas de Uruk son corrientes (D. Oates 1977: 234), lo que sugiere un intenso patrón de contactos con el mundo de Uruk y, seguramente, la existencia de varios enclaves. Uno de esos enclaves se ha identificado en Tell Brak, un gran tell multiperíodo junto al Jaghjagh ligeramente al norte de la moderna ciudad de Hassaka. La extensión total del asentamiento de Uruk en Brak, parcialmente excavado por Mallowan hace unos cincuenta años, sólo se ha conocido recientemente a raíz de las nuevas excavaciones británicas. Sus resultados indican la presencia de niveles de Uruk en las 40 y tantas hectáreas del yacimiento y depósitos del período de una media de unos 2 metros de grosor en todo el tell (D. Oates 1982: 14). Además, el yacimiento aparece rodeado de asentamientos menores donde también se han identificado materiales de Uruk, asentamientos que podrían representar o bien una extensa ciudad baja o bien varios centros satélites directamente dependientes. Tanto en un caso como en otro, el tamaño global del enclave de Uruk en Brak tuvo que alcanzar bastante más de las 40 hectáreas y pico del yacimiento en sí. Además, el enclave de Brak no estaba aislado, porque los materiales de Uruk aparecen en once yacimientos situados en las partes inferiores del Jaghjagh en Siria (Fielden 1981a: 261 ss.), una situación directamente comparable a la de los enclaves del Éufrates ya comentados.

Enclaves del Alto Tigris. Parece que el sitio de Nínive frente a Mosul en el Alto Tigris constituyó un enclave mesopotámico comparable, en importancia y envergadura, al de Brak o al de Tabqa en el oeste. Conocemos la existencia de vestigios de Uruk en Kuyunjik, el mayor tell de Nínive, desde hace mucho tiempo, desde los resultados del profundo sondeo realizado por Mallowan, que revelaron 5-6 metros de depósi-

tos del período (Campbell Thompson y Mallowan 1933: lám. LXXIII). Que este tipo de depósito no fue algo excepcional en el yacimiento lo demuestra ahora una reciente revisión de las excavaciones practicadas en el área del Templo de Ishtar. Lo más interesante de esta revisión ha sido la identificación de algunos restos arquitectónicos como parte de un gran complejo de techos abovedados, posiblemente un almacén (fig. 16). Aunque inicialmente los excavadores creyeron que se trataba de una serie de tumbas abovedadas aisladas del III milenio, este complejo es atribuible con muchos visos de probabilidad al período de Uruk, porque en la planta baja del interior del edificio se hallaron cuencos de borde biselado. Aunque sólo se excavaron partes de los dos laterales, todo apunta a un complejo de gran tamaño: el edificio tuvo que medir forzosamente más, tal vez mucho más, de los 300 metros cuadrados que se lograron sacar a la luz (Algaze 1986b). Cerca de la estructura se descubrieron también partes de otra estructura del período de Uruk, asimismo con cuencos de borde biselado en el nivel del suelo. Por desgracia, el informe publicado no permite determinar la extensión ni la naturaleza de estos restos (Algaze 1986b), pero se puede inferir el tamaño de la ocupación de Uruk en Kuyunjik a partir de las referencias dispersas que aparecen en todos los informes de excavación originales, que indican que se hallaron depósitos de Uruk en varias zonas dispersas del yacimiento, de profundidad y naturaleza lamentablemente indeterminadas (Campbell Thompson y Hutchinson 1931: 81 n. 2; Campbell Thompson y Hamilton 1932: 88-89). Mallowan sí comenta que los cuencos de borde biselado de Nínive «aparecían de un extremo a otro de la ciudad» (1947: 222), lo que sugiere que gran parte de las cuarenta y pico hectáreas de Kuyunjik estuvieron ocupadas en el período de Uruk.

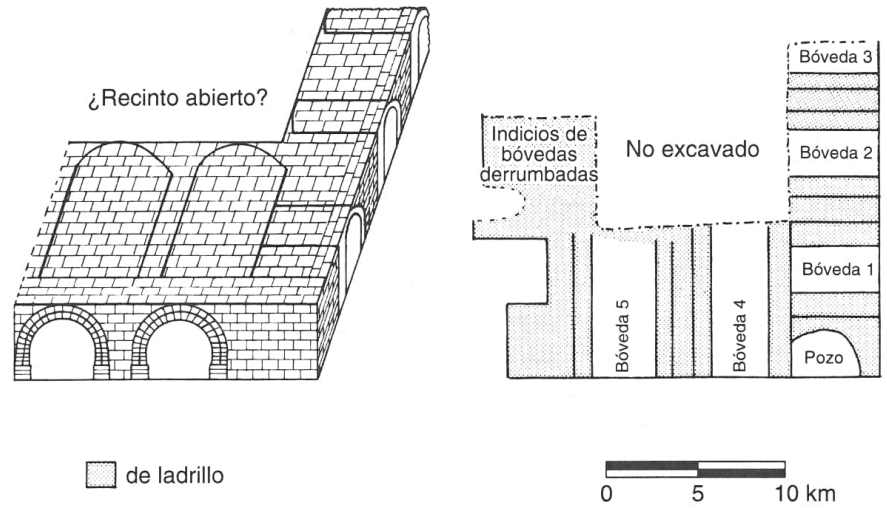


FIGURA 16. Plano de la estructura abovedada del período de Uruk en Nínive.

Si la falta de prospecciones exhaustivas en los alrededores del yacimiento y de excavaciones en el tell menor del complejo de Nínive, Nebi Yunus, empañan nuestra perspectiva global sobre el comportamiento de la periferia inmediata de Nínive en el período de Uruk, las nuevas prospecciones y excavaciones llevadas a cabo en el área de la presa de Eski Mosul al norte del yacimiento han revelado un patrón posiblemente comparable al observado en el Éufrates, en el área de la presa de Atatürk donde se encuentra Samsat: en varios yacimientos aparentemente locales existe evidencia de contactos con los enclaves de Uruk situados entre ellos. Aunque el grueso de la evidencia pertinente todavía permanece inédito, el avance preliminar de las excavaciones de al menos dos yacimientos en Eski Mosul, Mohammed Arab y Karana 5, indica la presencia de conjuntos cerámicos de fabricación local que reproducen algunos tipos de Uruk, sobre todo las jarras de cuatro asas, asociados a una tradición por lo demás básicamente local (Killick 1986; Fales *et al.* 1987). El mismo patrón aparece más al norte, remontando el Tigris. Una prospección reciente en la llanura de Cizre-Zakho, en el sureste

de Turquía, muestra que los cuencos de borde biselado suelen aparecer dispersos en yacimientos donde, por lo demás, domina el típico conjunto indígena con desgrasante vegetal del Calcolítico reciente (por ej., fig. 24; Mehmetcik y Rubaikale). Pero los tipos cerámicos con desgrasante calcáreo típicos de Uruk sólo aparecieron en un yacimiento, en Basorin Ḥöyük (fig. 24). Además de los cuencos de borde biselado y otros tipos típicamente locales con desgrasante vegetal, Basorin deparó algunas copas cónicas de Uruk y al menos un borde de la típica jarra de borde saliente (Algaze *et al.* 1991[24]).

Naturaleza de los enclaves de Uruk

A falta de descubrimientos representativos, poco puede decirse sobre la índole de la ocupación de Uruk en yacimientos como Samsat, Karkemish y los recién descubiertos emplazamientos de Uruk en el área de Karkemish-Birecik. A pesar de todo, la evidencia que acabamos de resumir relativa al complejo de Habuba/Qannas/Aruda demuestra claramente que al menos esta concentración de asentamientos representa un puesto colonial avanzado de proporciones auténticamente urbanas. Tell Brak y Nínive podrían representar algo similar (pero teniendo en cuenta las recomendaciones de cautela de Wattenmaker [1990]). En cualquier caso, no hay duda de que los planificadores y probablemente una parte importante de los habitantes del enclave de Tabqa eran originarios de la Baja Mesopotamia. Ese origen se refleja en las plantas arquitectónicas y en las técnicas de construcción, claramente meridionales (Ludwig 1979), en las cerámicas diagnóstico y en los procedimientos de fabricación de la cerámica (fig. 17A-J), en pequeños objetos característicos, en

una glíptica y una iconografía familiares, y en los sistemas de contabilidad y registro, incluidas las tablillas numéricas y las bolas incisas, todo ello típicamente meridional (Strommenger 1980a; Sürenhagen 1974/1975; Topperwein 1973). Esta múltiple evidencia apunta a un proceso que va más allá de la aculturación. Porque no sólo las estructuras o los propios artefactos son idénticos, sino que la ideología y la economía subyacentes también lo son. Los claros paralelos con la arquitectura monumental de los yacimientos de la presa de Tabqa y con estructuras similares de los yacimientos de la Baja Mesopotamia (fig. 17W-Z), por ejemplo, son sin duda indicativos de prácticas administrativas comunes. Tanto o más importante es la iconografía común que se observa en la glíptica, prueba asimismo de una mitología y de unas creencias religiosas comunes (fig. 17O-V). Por último, las semejanzas advertidas en los procedimientos de registro y archivo son igualmente reveladoras, ya que dejan entrever la uniformidad esencial tanto de las actividades económicas realizadas como del aparato administrativo que las controlaba (fig. 17K-N). Es decir que, sea cual sea la estimación que se baraje sobre el tamaño del enclave de Habuba/Qannas, es indudable que la rápida transformación del asentamiento de una pequeña aldea amorfa a una ciudad perfectamente planificada tuvo que implicar un episodio de emigración masiva procedente de la llanura aluvial, un auténtico caso de implantación urbana (Schwartz 1988a; Sürenhagen 1986a). Los arqueólogos de Habuba-süd creen, de hecho, que la población del yacimiento pudo oscilar entre 6000 y 8000 habitantes (Strommenger 1980a: 34).

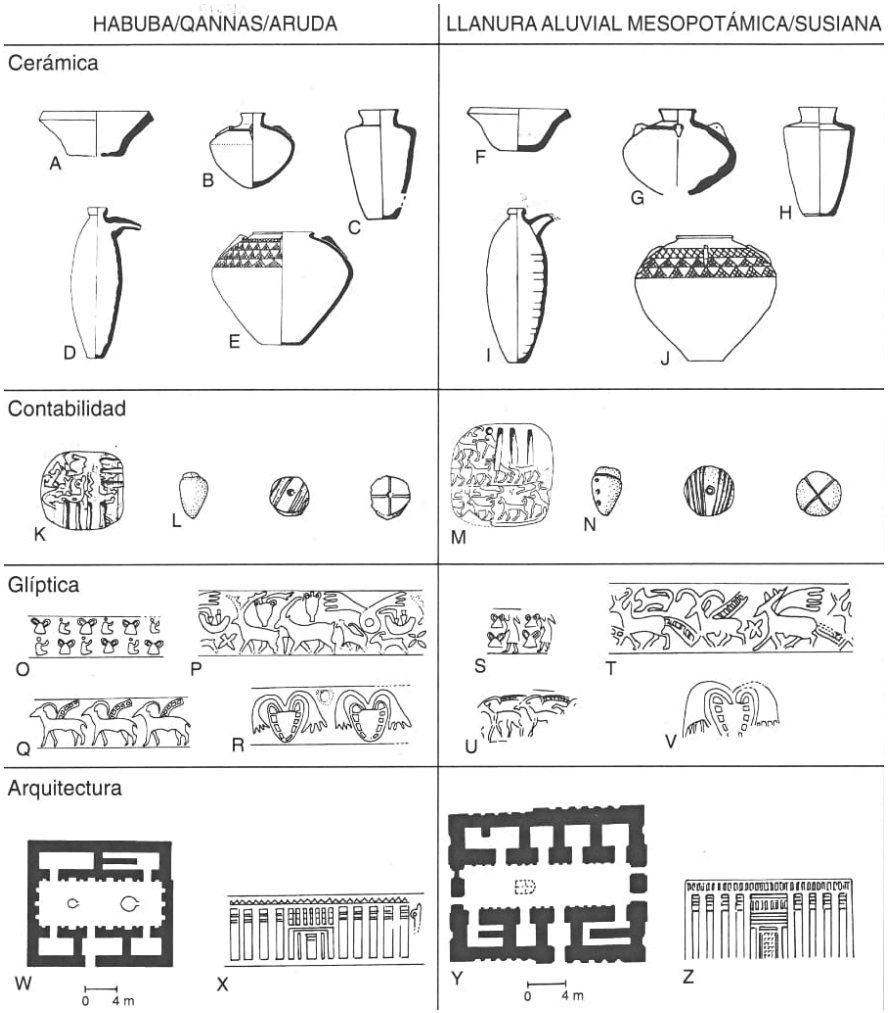


FIGURA 17. Paralelos entre los conjuntos culturales de Habuba/Qannas/Aruda y los centros de Uruk en el sur de Iraq y el suroeste de Irán del Uruk reciente.

La situación de Brak y de Nínive parece ser la misma, aunque la evidencia disponible es menos exhaustiva. Viejas campañas de excavación británicas en Tell Brak descubrieron una serie de estructuras monumentales justo debajo del palacio-almacén del rey acadio Naram-Sin. Estas estructuras se atribuyeron inicialmente al período Jemdet Nasr debido a una errónea interpretación de la secuencia cronológica de gran parte del conjunto asociado y de muchos paralelos ar-

quitectónicos. Pero diversas evidencias apuntan en realidad al período de Uruk[25]. Se pudieron identificar cuatro edificios distintos, aunque sólo el último, el llamado «Eye Temple», fue objeto de una excavación relativamente sistemática. Erigido sobre la gran plataforma compacta formada en parte con los restos de estructuras inmediatamente anteriores, el templo es de origen claramente sur-mesopotámico, pese a su singular ala oriental (para una opinión distinta, véase Weiss 1985: 86-89). Especialmente reveladoras son su planta tripartita y la fachada exterior, con sus contrafuertes y sus pilastras-nichos (fig. 18A), todo ello típico de la arquitectura monumental de Uruk. De hecho, la disposición y las dimensiones del santuario central del Eye Temple son muy similares a las de los templos contemporáneos de la llanura aluvial mesopotámica, como por ejemplo los de Warka (fig. 17Y) y Tell Uqair. También se observan estrechos paralelos con los templos descubiertos recientemente en Tell Qannas (fig. 17W) y Jebel Aruda (fig. 6). Los objetos asociados son asimismo de inequívoco estilo sur-mesopotámico (Mallowan 1947), especialmente el extraordinario friso de oro, plata y piedras semipreciosas descubierto que decora el podio del Eye Temple, los conos murales, las placas que imitan conos murales, las rosetas y la decoración mural asociada (fig. 18H), muchos amuletos (figs. 18G; 18F, I) y parte de la glíptica (fig. 18E). En el yacimiento también se recuperaron otros muchos artefactos de tipo Uruk, aunque descontextualizados. Entre ellos cabe mencionar cilindro-sellos e improntas de sello (fig. 18F), una tablilla numérica sin sellar (fig. 18J), dos tablillas pictográficas únicas (fig. 18I) además de un repertorio completo de tipos cerámicos característicos de Uruk (por ej., fig. 18B-D).[26]

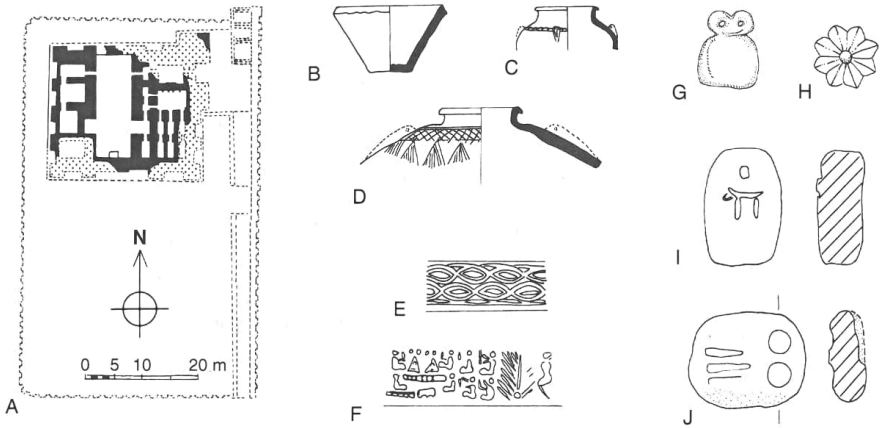


FIGURA 18. Elementos de la cultura de Uruk en Tell Brak.

Nínive también posee, como los enclaves de Tabqa y de Khabur, todo un complemento de cultura material típica del período de Uruk, si bien el ya aludido edificio abovedado no tiene paralelos conocidos en la Baja Mesopotamia y representa una tradición arquitectónica septentrional. Las excavaciones en el área del Templo de Ishtar depararon el típico repertorio cerámico de Uruk (por ej., fig. 19A-H) y otras evidencias que indican que la glíptica, la iconografía y los métodos contables del yacimiento son también de origen sur-mesopotámico. Por ejemplo, una *bulla* reeditada no hace mucho y descubierta dentro de un foso lleno de cuencos de borde biselado lleva una impronta que representa un león atacando a un par de toros de espaldas, un motivo idéntico al de la glíptica de Uruk de otros yacimientos (fig. 19J[27]). En Kuyunjik se halló descontextualizada una tablilla numérica típica de Uruk con otra impronta, posiblemente del mismo sello (fig. 191, K). También de origen incierto pero de la misma época son otros dos cilindro-sellos hallados en el yacimiento. En uno, grabado en un estilo local, aparece un venado y un ibex perseguidos por dos perros y un cazador y en medio un par de leones con sus cuellos cruzados (fig. 19M). Aunque este sello no tiene paralelos exactos por lo que a su

composición se refiere, algunos aspectos concretos de su iconografía aparecen también en el corpus de la iconografía glíptica mesopotámica del período de Uruk, sobre todo la escena de caza y los animales con los cuellos cruzados[28]. El segundo sello es de un tipo geométrico simple y en él se observan franjas de óvalos que representan posiblemente peces u ojos, un motivo familiar ya aludido al hablar de Karkemish y que posee numerosos paralelos (fig. 19L, compárense asimismo las (figs. 18E; 27I-J; 29D[29]).

En las tablas 1 y 2, al final de este capítulo, se destaca la índole y la fiabilidad de la evidencia disponible sobre los enclaves de Uruk y las concentraciones asociadas.

LA LÓGICA ESTRATÉGICA DEL ASENTAMIENTO DE URUK EN SIRO-MESOPOTAMIA

El emplazamiento ribereño de los enclaves de Uruk descritos anteriormente parece sugerir que un factor determinante en la elección de su emplazamiento fue la voluntad de controlar los grandes ríos. En efecto, esta consideración tuvo que ser importante, ya que históricamente el Tigris y el Éufrates constituyeron auténticas arterias comerciales norte-sur (Finet 1969). Sin embargo, un análisis detallado de la ubicación concreta de los enclaves revela que también se orientan según un eje este-oeste dominando las rutas de comunicación terrestres que atraviesan Siro-Mesopotamia. Esto resulta evidente cuando se compara la posición de cada uno de los enclaves con toda la evidencia histórica disponible sobre la estructura de las rutas terrestres a través de las llanuras siro-mesopotámicas en las distintas épocas. Disponemos de un corpus de información insólitamente sólido y

amplio sobre el comercio internacional y las rutas de comunicación en época helenística, romana y bizantina, cuando el oeste de Asia constituía un puente terrestre entre Europa y Asia. Estos datos nos permiten reconstruir las grandes líneas de la red de rutas terrestres que atravesaban las llanuras siro-mesopotámicas en aquellos períodos y por lo tanto un mayor conocimiento de lo que Fernand Braudel (1972) llamaba el «marco geográfico de la civilización» de Siro-Mesopotamia y las distintas formas en que las antiguas sociedades explotaron ese marco, se adaptaron a él y, a veces, lo circunvalaron. La premisa implícita de la que partimos presupone que los mismos obstáculos que condicionaron e influyeron en la geografía histórica de Siro-Mesopotamia en la época clásica habrían sido en general muy similares a los del IV milenio a. C. Por lo tanto, antes de pasar a examinar las circunstancias de la situación de los enclaves de Uruk, es preciso repasar brevemente la evidencia clásica relativa a las estructuras de comunicación en las zonas de Siro-Mesopotamia donde se establecieron los enclaves[30].

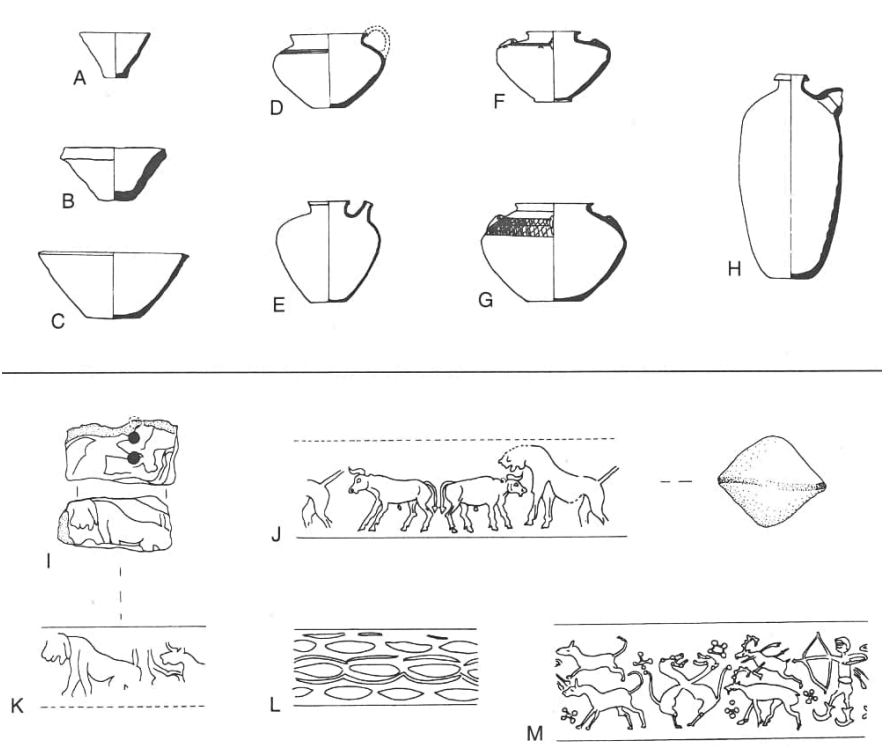


FIGURA 19. Elementos de la cultura de Uruk en Nínive.

Las rutas terrestres de Siro-Mesopotamia en la época clásica

En la época clásica, las altas llanuras de Siro-Mesopotamia constituyeron efectivamente el centro de comunicaciones de Oriente Próximo (fig. 20), por donde discurría una extensa red de rutas perfectamente documentadas. Las principales rutas este-oeste entre el Éufrates y el Tigris eran las siguientes (Dillemann 1962; Miller 1962; Poidebard 1934):

1. Una ruta septentrional que cruzaba el Éufrates en Zeugma (8 km río arriba de la moderna Birecik) o en Samosata (Samsat) y, bordeando el flanco meridional de las mesetas de Karacadağ/Tur Abdin, discurría hacia el este pasando por Edessa (Urfa), Constantia (Viranşehir), Amuda y Nisibis (Nu-

seybin). Desde Nisibis se documentan dos rutas alternativas. Una continuaba hacia el este pasando por Erbil y las llanuras transtigrinas y cruzaba el Tigris en Bezabde, junto a Cizre[31], mientras que la otra se dirigía al sureste y, bordeando la orilla occidental del Tigris, cruzaba el río en los alrededores de Mosul (fig. 20: Ruta 2).

2. Una ruta central que vadeaba el Éufrates bien en Zeugma bien en la zona de Europus (Karkemish/Jerablus) y discurría hacia el este vía Carrhae (Harran) por el Alto Balikh y Resaina (Ras el'Ain) en el Alto Khabur. En Resaina se documentan tres rutas alternativas. Un ramal partía hacia el norte para unirse a la ruta septentrional ya descrita. Un segundo ramal discurría hacia el este, cruzando el ouadi Khanzir en Chagar Bazar para alcanzar el Tigris en Mosul, mientras que el tercer ramal se dirigía hacia el sureste, cruzando el Jaghjagh en los alrededores de Brak antes de cruzar el Jebel Sinjar o bordear su flanco sur. Esta ruta se unía al Tigris en Mosul (fig. 20: Ruta 3).

3. La ruta más meridional cruzaba el Éufrates en el área de Europus y discurría hacia el este bien a través de Carrhae bien por Ain el'Arus, ambas junto al Balikh. Difiere de las otras rutas en que evitaba completamente la cuenca del Alto Khabur, manteniéndose al sur del Jebel abd el-Aziz y del Jebel Sinjar. A partir de la ciudad de Singara, en la cara sur de la cadena del Sinjar, la ruta llegaba al Tigris por dos vías: una ruta septentrional que se unía a la ruta central antes citada para vadear el río en Mosul, y otro ramal que acortaba el camino cruzando el Bajo Jezira en diagonal siguiendo el ouadi Tharthar en dirección a Hatra antes de alcanzar el Tigris cerca de Assur (fig. 20: Ruta 4).

Conectadas con las rutas este-oeste que acabamos de mencionar existían diversas rutas norte-sur siguiendo el curso de

los ríos. La combinación de ambos sistemas viarios aseguraba la comunicación entre la llanura aluvial mesopotámica y Siro-Mesopotamia, y permitía múltiples accesos alternativos a través de las llanuras septentrionales. La ruta terrestre norte-sur paralela al curso del Éufrates (fig. 20: Ruta 5) aparece detallada en el itinerario de viaje de Isodoro de Charax, que atravesó toda la Partía y llegó hasta Bactria y China a finales del siglo I a.C. o principios del siglo I d.C. (Tarn 1938: 53-54). Tras cruzar el Éufrates en Zeugma, Isodoro se dirigió al este hacia el Balikh y desde ese río hacia el sur (fig. 20: Ruta 8). Al sur de la confluencia del Balikh y el Éufrates la ruta de Isodoro seguía de cerca el curso del Éufrates, primero por su margen oriental hasta la confluencia del Khabur y luego por su margen occidental hasta Hit, donde vadeaba de nuevo el río y atajaba hacia el este para llegar a Ctesifonte, a orillas del Tigris (Isodoro de Charax 1914). Las exploraciones aéreas y las prospecciones de superficie documentan otra ruta. Esta ruta partía de la confluencia del Éufrates y el Khabur hacia el norte siguiendo el curso inferior de este río hasta alcanzar Hassaka y, desde allí, se pueden identificar varias rutas subsidiarias remontando el curso de los varios afluentes que forman la cuenca del Alto Khabur (fig. 20: Ruta 7). Varios de estos caminos convergen en Nisibis, entre ellos uno que atraviesa el Jaghjagh cerca de Brak. Por último, había otra ruta subsidiaria hacia al norte que partía de Hassaka y pasaba entre el ouadi Awaj y el ouadi Khansir. Bordeando Nisibis alcanzaba la ruta este-oeste más septentrional cerca del Amuda y, cruzando el sinclinal entre el Karacadağ y el macizo de Tur Abdin, se dirigía al norte hacia Mardin, Diyarbakir y por último Malatya (fig. 20: Ruta 1) (Gregory y Kennedy 1985; Poidebard 1934).

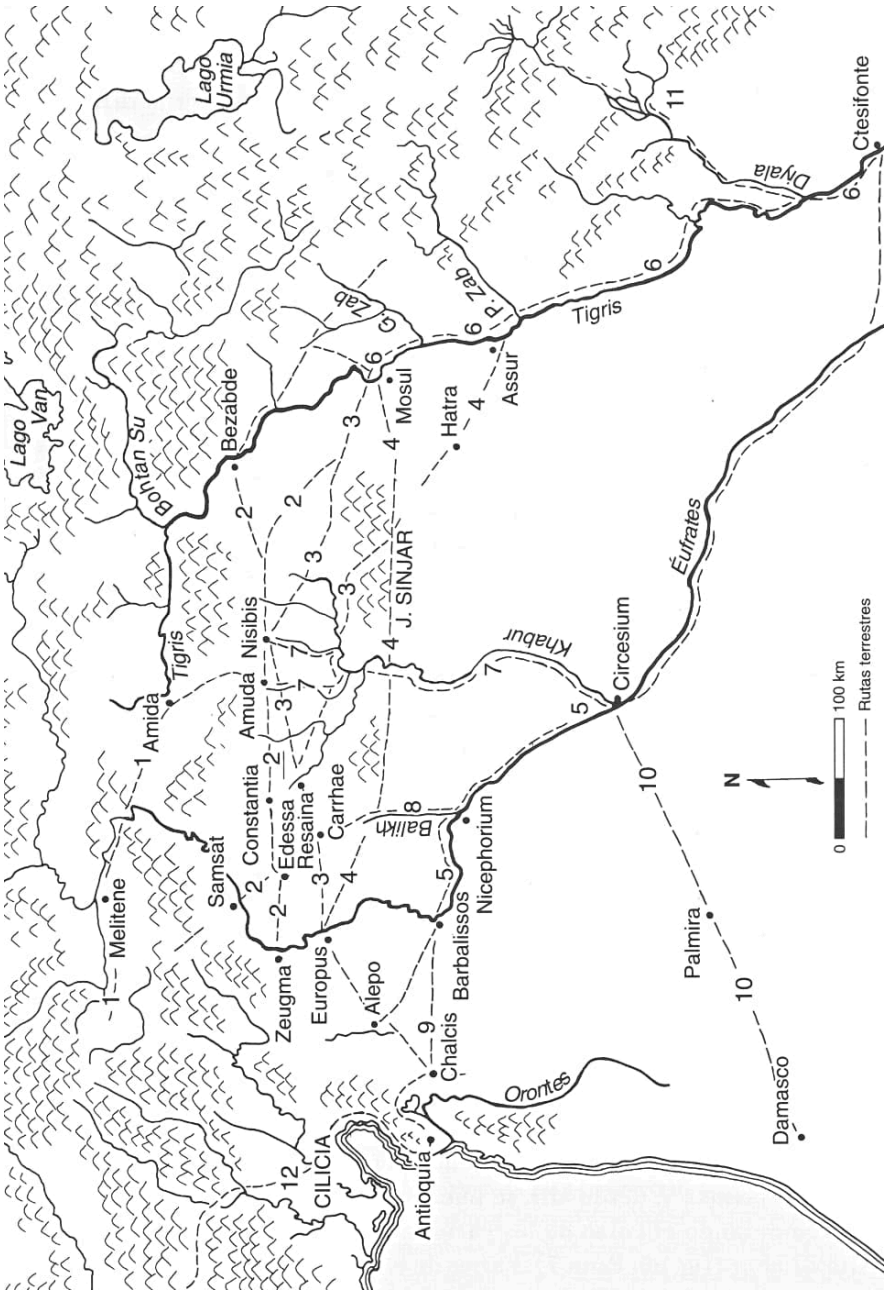


FIGURA 20. Principales yacimientos y rutas del Próximo Oriente durante el período clásico.

Existían asimismo diversas rutas terrestres, tanto o más importantes, que conectaban con la red de rutas este-oeste

de la Alta Mesopotamia siguiendo el curso del Tigris, complementando las que bordeaban el Éufrates (fig. 20: Ruta 6), [32] y accedían a las principales rutas este-oeste de la Alta Mesopotamia a través de tres vados naturales del Tigris: Bezabde, donde finalizaban las rutas septentrionales circunvalando el Tur Abdin; Mosul, históricamente el vado más importante del Alto Tigris; y Assur, la meta de las rutas que cruzaban el Bajo Jezira y el Jebel Sinjar siguiendo el ouadi Tharthar (Dillemann 1962; D. Oates 1968).

La red de rutas que cruzaban la llanura de la Alta Mesopotamia no era ni mucho menos un sistema cerrado. Al oeste, el acceso a la Siria profunda y, a través de ella, al suroeste de Anatolia y la costa levantina era posible cruzando diversos vados del Éufrates (fig. 20). El más septentrional de todos ellos era el de Samsat, situado en el tramo superior del gran recodo del Éufrates. En el tramo medio, donde el río fluye de norte a sur, estaba el de Zeugma, el más importante de los vados clásicos, y Europus (Karkemish/Jerablus). El último de los vados clásicos era Barbalissos (Meskeneh), situado mucho más al sur, en el codo inferior del gran recodo del río justo donde el Éufrates, empujado por el Jebel Bishri, gira bruscamente hacia el este e inicia su descenso suroriental hacia el golfo Pérsico (Jones 1971; 231-232).

El emplazamiento de Samsat, Zeugma y Europus distaba mucho de ser aleatorio. Todos ellos estaban situados en lugares donde las rutas este-oeste de la Alta Mesopotamia confluían en el río para luego adentrarse en la Siria profunda, en general a través de puentes (Estrabón: 16.2.3; Wagner 1976: 107-109). A diferencia de los vados más septentrionales, Barbalissos no conectaba con ninguna de las grandes rutas este-oeste de la Alta Mesopotamia. Históricamente, el codo inferior del gran recodo del Éufrates era la meta natural de

las caravanas terrestres que seguían el curso del río antes de adentrarse en la Siria profunda para llegar a Alepo (Dussaud 1931) (fig. 20: Ruta 9).

Al norte, el acceso a la meseta de Anatolia, y desde allí al valle del Meander y al Mediterráneo, pasaba por la puerta natural que forma el Éufrates cuando emerge de las montañas hacia la llanura de Malatya. Recordemos que una importante ruta de la Alta Mesopotamia partía de Amuda, en la llanura del Alto Khabur, y llegaba hasta Malatya vía Diyarbakir (fig. 20; Ruta 1). Al este, se podía alcanzar la meseta iraní a través de algunos pasos de los Zagros. Aunque mayor que los montes Taurus, en realidad la cordillera de los Zagros no constituye una barrera a las comunicaciones, ya que sus pliegues más antiguos y regulares están situados a intervalos más regulares y por ellos discurren mayor número de ríos. De hecho, todos los grandes afluentes de la margen oriental del Tigris son una entrada natural hacia las montañas (Almirantazgo Británico 1917; Devine 1973, 1974a). La más importante de ellas era la Ruta de Khorasán, que aún hoy sigue siendo la principal ruta de conexión entre Bagdad y Kermanshah (fig. 20: Ruta 11). Esta ruta remonta el curso del río Diyala hasta las montañas y discurre por los Zagros centrales a través de varios valles intermontanos antes de emerger en la meseta iraní cerca de Hamadan (Devine 1974a).

Modelos históricos y evidencia arqueológica

El análisis anterior de las rutas de comunicación y de comercio de la época clásica puede servir para ilustrar las distintas posibilidades, y como tal resulta útil para abordar los datos puramente arqueológicos disponibles sobre el

patrón situacional de los enclaves de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas de finales del IV milenio a. C. Pero antes de ocuparnos de la evidencia en cuestión es preciso aclarar algunos puntos.

El primero es que todas las épocas han contado con varias rutas alternativas y la preferencia por una u otra depende de dos consideraciones básicas: los suministros y la seguridad. Un determinado itinerario puede resultar desaconsejable debido al peligro de expolio por parte de las aldeas, tribus o estados situados a lo largo del recorrido. O se puede elegir una ruta por razones logísticas. Un ejemplo revelador de la influencia de las limitaciones medioambientales y logísticas en la elección del itinerario es la expedición de Alejandro a Babilonia. Tras cruzar el Éufrates en Thapsacus, junto al codo inferior del gran recodo del río en Siria, en el mes de agosto, en plena canícula, Alejandro no siguió el curso del Éufrates hacia el sur sino que continuó hacia el este a través de la Alta Mesopotamia y sólo viró hacia el sur tras cruzar el Tigris. Las razones de aquel «rodeo» de Alejandro las explica con suma claridad Arriano (III.7.3), el cronista de Alejandro:

> Continuó Alejandro su avance tierra adentro a través de Mesopotamia, dejando a su izquierda el río Éufrates y los montes de Armenia; prefirió no el camino recto a Babilonia por el curso del Éufrates, sino este otro [cruzando el Alto Jezira y siguiendo el curso del Tigris], pues por él le resultaba más fácil obtener provisiones para su ejército, forraje para la caballería, y porque además se trataba de una zona menos calurosa.

Cuando se trata de intercambios, la seguridad es otra de las consideraciones mayores. Un ejemplo especialmente evi-

dente es la emergencia, en los primeros siglos del I milenio d.C., de la región de Palmira (la estribación septentrional del desierto sirio) como gran ruta comercial este-oeste, un rol íntimamente relacionado con la desintegración del imperio Seleúcida tras el ataque combinado de los romanos en el oeste y los partos en el este, que transformó gran parte de la Alta Mesopotamia y zonas del noreste de Siria en una especie de zona de nadie o fronteriza entre los combatientes. Aquella situación impulsó la creación de varios pequeños reinos en Siro-Mesopotamia, cuya depredación hacía más atractivas las rutas a través del desierto de la región de Palmira (Rostovseff 1972).

Un último punto es que, aun cuando el «marco geográfico de la civilización» limita efectivamente el abanico de posibilidades, y por lo tanto condiciona la conducta humana de forma similar en todas las épocas, los cambios políticos o tecnológicos, en cambio, pueden conspirar para alterar sustancialmente ese abanico de posibilidades. Un ejemplo serían los esfuerzos romanos para eludir el control parto de las rutas terrestres hacia la India y la China mediante la explotación de las rutas marítimas a oriente desde Egipto y el Mar Negro. Así iniciaron un proceso que sólo alcanzaría su máximo potencial al comienzo del período islámico, cuando la navegación desplazó al comercio terrestre de larga distancia a través de Asia occidental en términos de importancia económica (Charlesworth 1924; Spuler 1970; Whitehouse y Williamson 1973).

Estos estudios de caso históricos ilustran la compleja interacción entre los factores geográficos, políticos y económicos que en última instancia determinan algo tan simple como la elección de una ruta y no otra, e incluso si se abre una ruta completamente nueva con una orientación distinta. Aun-

que las circunstancias concretas cambiaran sustancialmente en el tiempo, la interacción de distintos factores documentada en las fuentes históricas es sin duda igual de relevante para el IV milenio a.C. que para el I milenio d.C.

Ahora pasamos a ocuparnos más detenidamente de la evidencia disponible sobre los patrones de asentamiento de los enclaves de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas y la relación de ese patrón con las estructuras de comunicación del área.

Enclaves de Uruk en nodos estratégicos de las líneas de comunicación

El emplazamiento de los principales enclaves de Uruk en el norte no se debe al azar: cada enclave y cada concentración circundante controlaba los puntos claramente estratégicos de confluencia entre las principales rutas y los ríos. Samsat, por ejemplo, controlaba el principal paso fluvial que comunicaba las altas estepas de la Siria profunda y el Anti-Taurus kurdo (Commagene) y la Alta Mesopotamia a través de la ruta este-oeste más septentrional de la época clásica. Esa ruta discurría por el valle del Incesu hacia Urfa, y luego cruzaba la llanura de Harran y las estribaciones septentrionales del Balikh y el Alto Khabur (fig. 20: Ruta 2; y fig. 21). Al sur de Samsat, el área de Karkemish/Jerablus constituía otro de los vados históricos que conectaba la estepa del norte de Siria y los alrededores de Alepo con las llanuras de la Alta Mesopotamia al este del Éufrates siguiendo la ruta central este-oeste de época histórica (fig. 20: Ruta 3; y fig. 21). Esta ruta cruzaba la Alta Mesopotamia hasta Mosul y el Tigris siguiendo las estribaciones medias del Balikh (Ain el'Arus) y el Alto Khabur (Ras el'Ain). Y, por último, el área

de Tabqa, situada junto al codo inferior del gran recodo del Éufrates representaba el último vado importante antes de entrar en el desierto sirio, la meta tradicional de las caravanas terrestres que seguían el curso del Éufrates antes de girar al oeste hacia Hama junto al Orontes o, si no, hacia el noroeste a través de la estepa siria hasta Alepo, el Amanus y finalmente Cilicia y el suroeste de Anatolia (figs. 20-21).

La localización de los enclaves mesopotámicos en las cuencas del Alto Khabur y el Alto Tigris también se entiende mejor en función de una lógica estratégica destinada a asegurar el control de las rutas terrestres. Situado a unos 100 kilómetros al sur del nacimiento del Jaghjagh y de las mesetas metalíferas de la región de Diyarbakir, Tell Brak estaba en muy buena posición para controlar el tráfico terrestre norte-sur del Éufrates y el Khabur (fig. 20: Ruta 7; y fig. 21). En efecto, algunas prospecciones han detectado vestigios de una vía romana bordeando el Jaghjagh no lejos de Brak (Gregory y Kennedy 1985), y cerca del yacimiento hay un *castellum* romano (Poidebard 1934: láms. CXXII-CXXXVIII). Pero la importancia estratégica del emplazamiento de Brak también procedía de su proximidad a uno de los escasos pasos de acceso entre la cuenca del Alto Khabur y las llanuras del Sinjar, al este, que no presentaba excesivas dificultades (D. Oates 1977: 236). No es, pues, ninguna sorpresa comprobar que el enclave de Uruk en Brak estaba situado en la confluencia entre el Jaghjagh y una de las principales rutas de las llanuras normesopotámicas, la que atajaba por Ras el ʻAin hacia el Tigris vía el Jebel Sinjar (fig. 20: Ruta 3; y fig. 21).

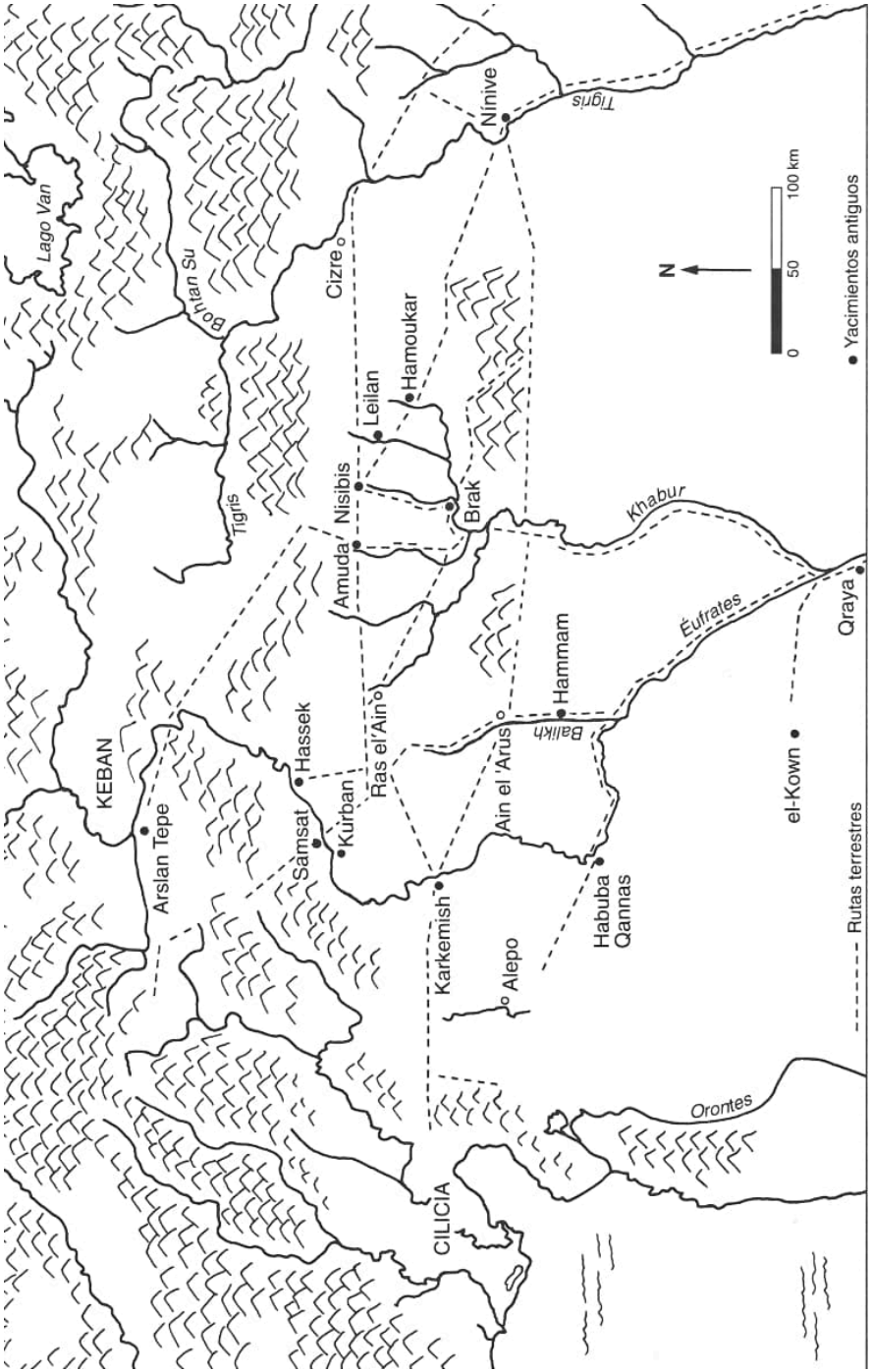


FIGURA 21. Principales yacimientos y rutas mencionados en el texto.

En el Alto Tigris, tampoco es accidental la ubicación de un enclave de Uruk en Nínive. Históricamente, el área de Nínive/Mosul constituía el vado más importante del Tigris, y Nínive estaba situada en la intersección del río y varias grandes rutas terrestres este-oeste desde el Éufrates vía el Balikh, el Alto Khabur y el Jebel Sinjar. Además, tradicionalmente el Tigris ha sido una importante vía de navegación norte-sur. La confluencia de estas rutas complementarias hacía de Nínive un punto ideal de transbordo para el tráfico terrestre procedente del oeste, que podía canalizarse luego río abajo sin dificultad y a bajo costo. En los meses estivales más secos, cuando el nivel del río descendía y la navegación resultaba difícil, las rutas del oeste podían conectar con la ruta terrestre norte-sur hacia y desde la llanura aluvial siguiendo el curso del Tigris. Esta ruta discurría por la margen oriental del río y lo vadeaba precisamente en los alrededores de Mosul/Nínive (fig. 20: Ruta 6; y fig. 21) (D. Oates 1968: 21).

Bases de Uruk junto a las líneas de comunicación

Además de los enclaves ya citados situados en lugares estratégicos, también había puestos avanzados o «bases» de Uruk de mucha menor entidad junto a los principales cursos fluviales de las llanuras siro-mesopotámicas, que históricamente constituían el principal medio de comunicación norte-sur a través del área. Por ejemplo, al sur del complejo de Habuba/Qannas/Aruda, siguiendo el curso del Éufrates, hay algunos pequeños yacimientos de Uruk junto a las márgenes del río. Estos yacimientos representan sin duda vínculos de una ruta norte-sur que precisamente discurre paralela a las rutas clásicas posteriores (fig. 20; Ruta 5). Todavía no emerge un patrón claro de la espaciación de las bases de

Uruk reconocidas hasta ahora junto al Éufrates, pero ello podría deberse al carácter irregular de las prospecciones realizadas. Kohlmeyer (1985) identificó cuatro de estos asentamientos en una reciente prospección de la cuenca del Éufrates entre la presa de Tabqa y Raqqa (fig. 22: yacimientos 99, 96, 55, 1).[33] Como estos yacimientos están todos ellos situados en la margen oriental del río, es posible que la ruta de Uruk, al menos desde su confluencia con el Balikh, discurriera por la margen izquierda del Éufrates y cruzara el río cerca de Meskeneh. Se han identificado otras bases de Uruk en ambas márgenes del Éufrates al sur de la confluencia con el Balikh. Una de ellas es Tell Qraya, en la margen occidental del río, al norte de Ashara (antigua Terqa). El yacimiento, de unas 1,8 hectáreas de extensión, está aislado en un reborde que domina todo el tramo del valle fluvial. Se reconocieron al menos 3 metros de depósitos del período de Uruk durante las excavaciones, que depararon evidencia de un vasto repertorio típico de Uruk, como cerámica, pequeños objetos, glíptica y material de contabilidad. Entre los restos excavados había partes de al menos dos habitaciones, al parecer de índole doméstica, y un área calada con varios hornos de alfarero (Reimer 1989; Simpson 1988). Otra pequeña base de Uruk situada junto a la ruta del Éufrates es la de Tell Ramadi, descubierta no hace mucho durante las prospecciones practicadas en los alrededores de la antigua ciudad de Mari. El yacimiento está situado en la misma margen del río que Qraya, pero a unos 50 kilómetros al sur, no muy lejos de la frontera iraquí. También aparece aislada en un promontorio que domina el valle del río, y en la superficie se hallaron varios tipos cerámicos típicos de Uruk (Geyer y Monchambert 1987: 318, figs. 8, 10). Por último, se documenta otra base de Uruk a unos 100 kilómetros al sur de Tell Ramadi, en la margen oriental

del río cerca de Rawa, en Iraq (M. van Loon, com. personal, 1986). Al igual que Qraya y Ramadi, este pequeño yacimiento también está situado en un reborde desde donde se domina el valle del río (fig. 22). Sin embargo, las prospecciones realizadas en el área de la presa de Haditha en un tramo de 60 kilómetros del río entre Ana y Haditha no han identificado otros yacimientos de Uruk inmediatamente al sur de Rawa (Abdul Amir 1988).

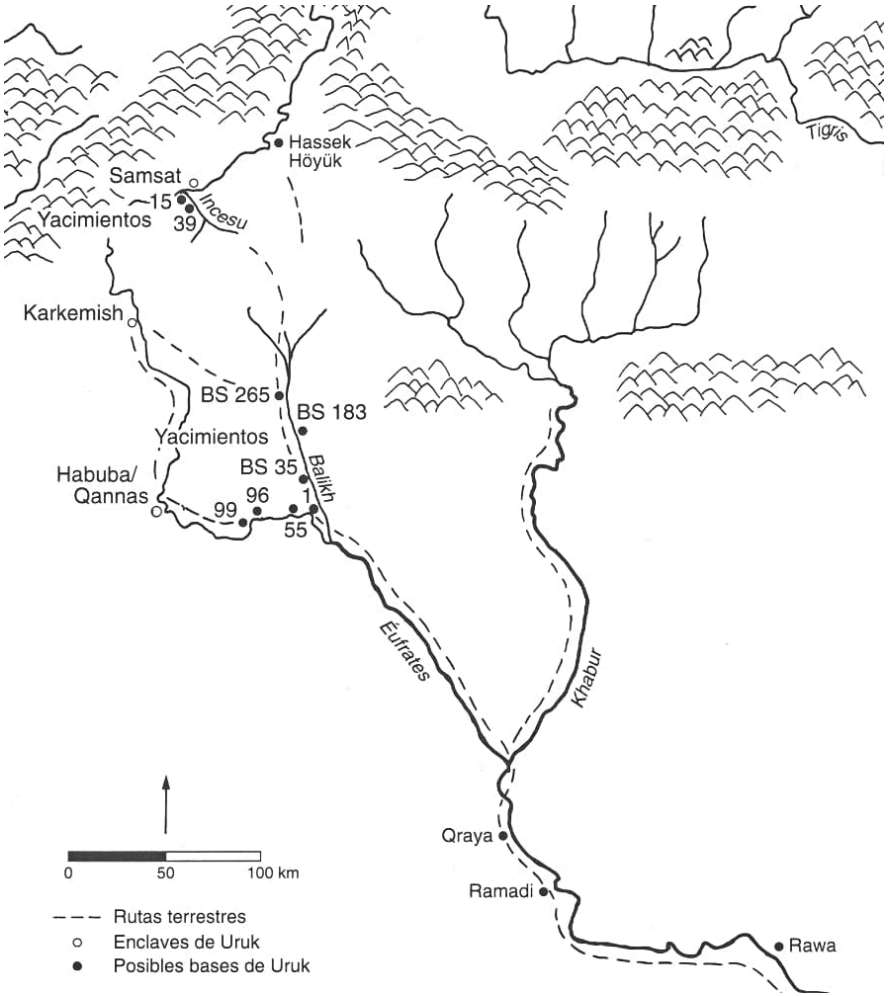


FIGURA 22. Posibles bases de Uruk junto al Éufrates y el Balikh.

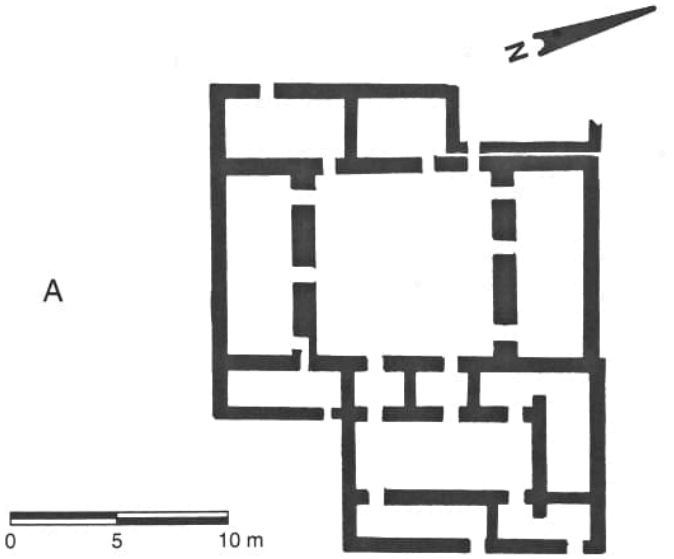
Conectadas a las rutas del Éufrates existían asimismo unas rutas secundarias que bordeaban el Balikh y el Khabur. Estas rutas también se han podido identificar gracias a la evidencia aportada por las recientes prospecciones y excavaciones. Junto al Balikh, y ya en la Siria actual, se descubrieron cerámicas de Uruk, al parecer no asociadas a materiales tardocalcolíticos contemporáneos, en tres pequeños yacimientos situados a orillas del río (Akkermans 1984) (fig. 22: BS 265, BS 182; BS 35). Dado que el río Balikh sirvió con frecuencia de vínculo entre las rutas este-oeste central y septentrional de la Alta Mesopotamia (fig. 20; Rutas 2-3) y la ruta terrestre hacia y desde la llanura aluvial mesopotámica que seguía el curso del Éufrates (fig. 20: Ruta 5), es posible que algunos de estos yacimientos, si no todos, representen otras tantas bases como las que se han identificado en el Éufrates, aunque aún no se haya excavado ninguno de los yacimientos en cuestión. Pero como señala Akkermans (1988b), lo extraño es que todos estos yacimientos menores del Balikh con restos de Uruk estuvieran situados cerca de un yacimiento indígena tardocalcolítico algo mayor. Por lo tanto, es posible que estos pequeños asentamientos desempeñaran un rol ya no sólo como «bases», sino como intermediarios entre los centros regionales indígenas y los lejanos enclaves de Uruk del Éufrates y el Alto Khabur. Pudo haber otras bases de Uruk orientadas hacia el Balikh en el valle del Incesu, un río que, como se recordará, se utilizaba tradicionalmente como nexo entre el área de Samsat y el sureste. Los dos pequeños yacimientos antes citados con cerámicas de Uruk situados junto a la boca del río frente a Samsat (fig. 22: yacimientos 15 y 39) son dos posibles candidatos a este rol.

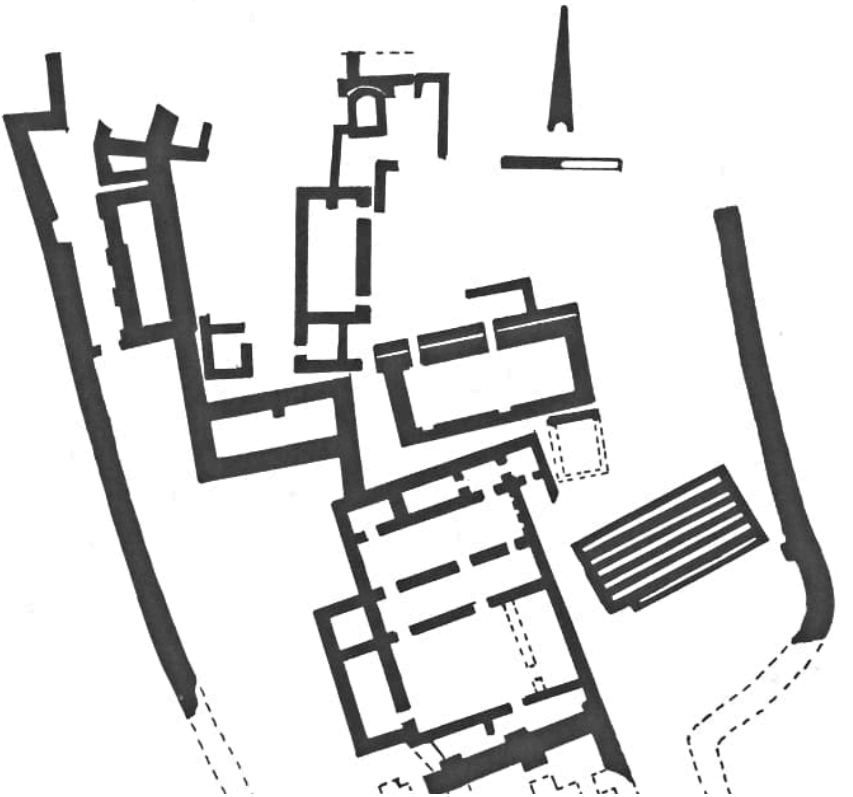
También orientada hacia la ruta del Balikh hay una base de Uruk en Hassek Ḥöyük descubierta por arqueólogos ale-

manes y que forma parte del ya citado grupo de yacimientos con materiales de Uruk del Éufrates al norte de la región de la presa de Atatürk. Situada a unos 50 kilómetros al norte de Samsat, Hassek controla lo que seguramente era y sigue siendo un importante vado del Éufrates que comunica el piedemonte del Anti-Taurus con las llanuras de la Alta Mesopotamia al este del Éufrates (figs. 15, 22). Al igual que las posibles bases del Balikh en Siria, Hassek Ḥöyük parece relativamente pequeña, de unas 1,5 hectáreas de extensión. Dado que los niveles de los períodos posteriores eran de escasa entidad y espacialmente reducidos, se pudo acceder a tramos relativamente extensos de los niveles del IV milenio, que revelaron un pequeño asentamiento fortificado, de forma más o menos ovalada, centrado en torno a dos casas adosadas tripartitas del tipo Mittelsaal (fig. 23B), muy parecidas a las de Habuba Kabira-süd (fig. 23A). Alrededor de aquella doble estructura se descubrieron varias estructuras monocelulares, áreas artesanales e instalaciones para almacenar grano. Como en el caso del enclave de Uruk del área de la presa de Tabqa, mucho mayor, la pequeña base de Uruk en Hassek estuvo ocupada poco tiempo: fundada sobre suelo virgen, fue construida de una sola vez, aunque se detectan algunas modificaciones y subfases menores. Pero a diferencia de Habuba, donde el conjunto asociado era todo él de Uruk, el esquema arquitectónico mesopotámico de Hassek aparece en el contexto de un conjunto donde se mezclan los tipos artefactuales y cerámicos de Uruk y la cerámica indígena con desgrasante vegetal (Behm-Blancke 1989; Behm-Blancke *et al.* 1981, 1984). Este conjunto es relevante en cuanto a cronología y se abordará con mayor detalle en el capítulo 5.

No es seguro que en las cuencas del Khabur existieran bases como las identificadas en el Éufrates y el Balikh. Recor-

demos que las nuevas prospecciones británicas muestran que los materiales de Uruk son corrientes en el ouadi Jaghjagh y en las áreas algo más al oeste, pero se carece todavía de información concreta sobre el número exacto de yacimientos, su localización precisa, su tamaño y configuración, la gama de tipos de Uruk presentes y conjuntos asociados. También se ha identificado cerámica de Uruk en algunos yacimientos menores situados a orillas de varios subafluentes del Alto Khabur al este del Jaghjagh, pero también aquí la información es insuficiente (Meijer 1986: 6, 8, fig. 16h-i) (fig. 24).


N
A
0
5
10 m



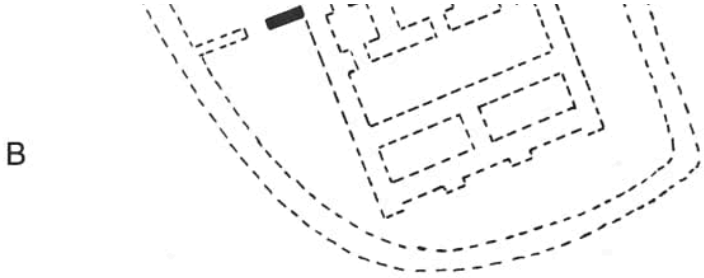


FIGURA 23. Planta de una casa de estilo Mittelsaal de Habuba Kabira-süd (A) y del asentamiento de Uruk en Hassek Ḥöyük (B).

La situación en la cuenca del Bajo Khabur, donde también aparecen materiales de Uruk, es asimismo imprecisa, ya que sólo existen publicaciones preliminares de las prospecciones y excavaciones pertinentes. No obstante, se han identificado al menos cuatro, y acaso cinco, yacimientos con algo de cerámica de Uruk en la zona que pronto quedará anegada por la presa de Hassaka (fig. 24; yacimientos 1, 7, 26, 40 y 58[34]). Estos yacimientos aparecen en parejas, unos frente a otros en orillas opuestas del río, lo que no deja de ser interesante. Uno de los yacimientos de la orilla oriental, Umm Qseir, se ha podido excavar. Los informes preliminares indican que representa una pequeña ocupación de como mucho media hectárea. Debido a alteraciones posteriores, no se pudieron identificar estructuras del período de Uruk, pero sí un conjunto completo de tipos cerámicos de Uruk (Hole y Johnson 1986/1987; F. Hole, com. personal, 1991). Río abajo también se documentan materiales de Uruk en otros dos yacimientos, Tell Ahmar-sur y Tell Fadgami (Röllig y Kühne 1977-1978: 125-126) (fig. 24), y a orillas del ouadi ʻAgig se han hallado cuencos de borde biselado y una copa con asa de cuerda de Uruk en lo que parece ser un campamento efímero de pastores (Pfälzner 1984: 182, fig. 76: 3-4). De todos ellos, Tell Fadgami, un pequeño yacimiento situado en la margen oriental del río, a unos 60 kilómetros al sur de Hassaka, es

quizás el mejor candidato a representar una base mesopotámica en la zona, y ello por dos razones. La primera es el hallazgo en la superficie de numerosos cuencos de borde biselado y una gran variedad de tipos cerámicos clásicos de Uruk (Röllig y Kühne 1977-1978: 125-126; Johnson 1988-1989: 601, n. 1). La segunda es su emplazamiento (Musil 1927: 85): Fadgami está situado en la confluencia de la ruta terrestre romana norte-sur que bordea el Khabur (fig. 20: Ruta 7) y la ya citada ruta este-oeste más meridional (fig. 20: Ruta 4) del Éufrates al Tigris.

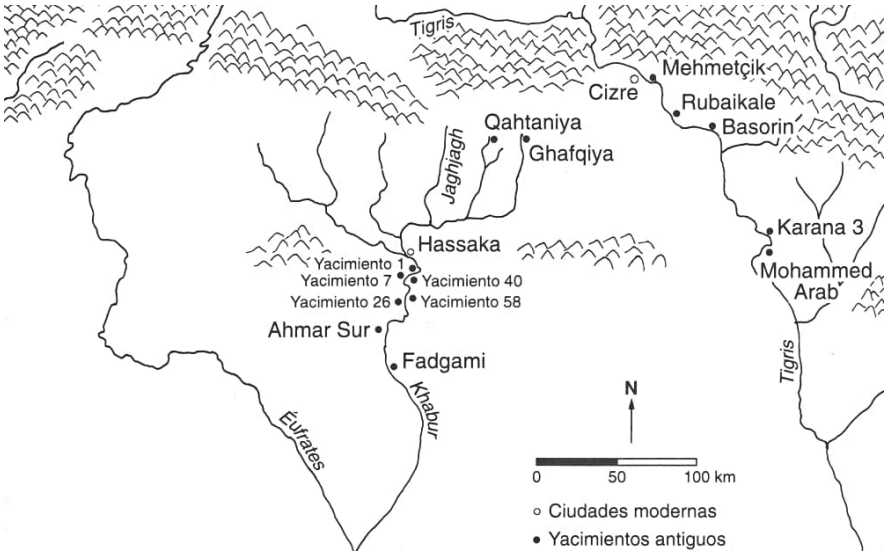


FIGURA 24. Posibles bases de Uruk junto al Khabur y yacimientos del Calcolítico reciente en el Alto Tigris con materiales de Uruk.

Aunque la ruta terrestre del Éufrates fuera importante, no hay duda de que la ruta del Tigris lo fue tanto o más. Lo demuestra la presencia de un enclave de Uruk en el área de Nínive/Mosul, el vado históricamente más importante del Alto Tigris. Y, como decíamos, también se ha documentado la presencia de algunas cerámicas de Uruk en algunos yacimientos del Tigris al norte de Nínive, en Iraq, y en al menos uno del sureste de Turquía (Basorin). Estos yacimientos están situa-

dos junto a la ruta tradicional de Mosul a Cizre que se desviaba del Tigris al norte de Eski Mosul para acceder a la región de Cizre a través del Khabur (oriental) cerca de Zakho (Almirantazgo Británico 1917: Ruta 90). Esta evidencia sugiere un nivel de interacción y de comunicación sólo explicable si en el período de Uruk hubiera habido otros vados del Tigris al norte de Nínive/Mosul. De hecho, exceptuando el enclave de Habuba/Qannas/Aruda, la situación de los enclaves mesopotámicos identificados hasta ahora en el norte revela su función de nexo con la ruta del Tigris. Se recordará que el área de Karkemish/Jerablus y de Samsat no sólo estaba orientada hacia las rutas norte-sur del Éufrates (vía el Balikh) sino que también era el término de importantes rutas este-oeste procedentes del Tigris. Brak constituía también un importante nudo de las rutas este-oeste hacia el Tigris. En otras palabras, al margen de otras posibles conexiones, Karkemish y yacimientos adyacentes, Samsat y Brak, también formaban parte de una red de rutas cuyo término era Nínive, junto al Tigris.

En este momento no es posible confirmar ni descartar la existencia de otros enclaves y bases de Uruk junto a las rutas terrestres este-oeste lejos de los ríos mejor explorados; habrá que esperar a futuras investigaciones. Es cierto que en la superficie de algunos yacimientos de las rutas este-oeste a su paso por las llanuras del Sinjar del norte de Siria y el norte de Iraq se han encontrado unos pocos tipos cerámicos de Uruk, y algunos de estos yacimientos podrían, al menos potencialmente, representar asentamientos de Uruk. Pero lo cierto es que la mayoría de estos yacimientos eran claramente locales. Las excavaciones realizadas en diversos yacimientos del Calcolítico reciente de las llanuras siro-mesopotámicas indican que no es infrecuente encontrar

rasgos aislados de Uruk en conjuntos abrumadoramente indígenas (véase más adelante, cap. 4). Estos rasgos se interpretan como evidencia de contactos e intercambios entre las sociedades indígenas y Uruk, contactos sin duda mediatizados a través de los enclaves y las bases de Uruk en el norte.

Las tablas 1 y 2, al final de este capítulo, resumen la situación, la orientación y las asociaciones de las bases de Uruk identificadas hasta la fecha y destacan la naturaleza y la fiabilidad de la evidencia disponible sobre ellas.

Puestos avanzados de Uruk en la periferia

Fuera del horizonte geográfico de las llanuras siro-mesopotámicas delimitado por las cuencas del Tigris y del Éufrates, y que constituye efectivamente el núcleo central del asentamiento de Uruk en el norte, ya no aparecen grandes enclaves urbanos ni concentraciones asociadas. Lo que sí aparece, a veces, son puestos avanzados aislados mucho más pequeños situados asimismo cerca de las confluencias de las rutas de comunicación terrestres, en este caso de las que van y vienen de Siro-Mesopotamia y el Khuzestán. Estos puestos avanzados se caracterizan por una amplia gama de elementos de la cultura material típica de Uruk. Debido a su posición aislada en medio de comunidades indígenas, su tamaño es similar al de las bases de Uruk reconocidas hasta ahora, sobre todo a las del Éufrates.

Hasta la fecha se han reconocido dos y posiblemente tres puestos avanzados. Los dos casos seguros se hallan en la meseta iraní, y son Godin Tepe y Tepe Sialk, mientras que el caso más dudoso se encuentra en la región de Palmira, la Palmirene, un pequeño yacimiento en el oasis de el-Kowm (fig.

21). De los dos yacimientos iraníes, el caso más claro es Godin Tepe. El yacimiento está situado estratégicamente en el extremo sureste del valle de Kangavar, junto a la entrada natural que forma el río Gamas Ab. En su punto más alto se ha descubierto un puesto avanzado fortificado (fig. 25) del período de Uruk (Godin V). El fuerte estaba ubicado en medio de un asentamiento indígena mayor (Godin VI). El propio fuerte fue construido en un estilo no-Uruk conforme a los cánones locales, y un porcentaje importante (en torno al 50 por ciento) de la cerámica allí descubierta también era de estilo y fabricación locales. Pero dentro de la estructura también se descubrió una serie de artefactos típicos de Uruk, como diversos tipos cerámicos (fig. 26A-E), glíptica (fig. 26F-G) y tablillas numéricas (fig. 26H-I), todos en un estilo típico del final de la secuencia del período de Uruk tal como hoy la entendemos (Weiss y Young 1975; Young 1986). Estos elementos mesopotámicos intrusivos, así como la posición dominante de la estructura fortificada donde se encontraron, indicarían la presencia de extranjeros en el lugar, posiblemente mercaderes de Susa, según los arqueólogos (Weiss y Young 1975), aunque su procedencia exacta sigue siendo dudosa (Young 1986: 220-221). Lo que es incuestionable es que quienquiera que dominara el fuerte en la cima del tell de Godin controlaba también un importante tramo de la Ruta de Khorasán, que comunicaba el valle del Diyala con la meseta central iraní y oriente (fig. 20: Ruta 11; fig. 30). Parece que el fuerte de Uruk de Godin estaba aislado en el valle de Kangavar, ya que las prospecciones intensivas del valle no han deparado evidencia alguna de más puestos avanzados, aunque se han descubierto cuencos aislados de borde biselado en al menos tres yacimientos próximos (Young 1986: 218). Es posible que hubiera otros puestos avanzados similares al de Go-

din en distintos lugares de la Ruta de Khorasán. Por ejemplo, en tres yacimientos identificados a raíz de una prospección en el valle del Mahidasht (al oeste de Kangavar y cerca del nacimiento del Diyala), se hallaron numerosos cuencos de borde biselado, que al parecer constituían una parte considerable del total del conjunto recuperado (Levine y Young 1987: 40; Young 1986: 219[35]).

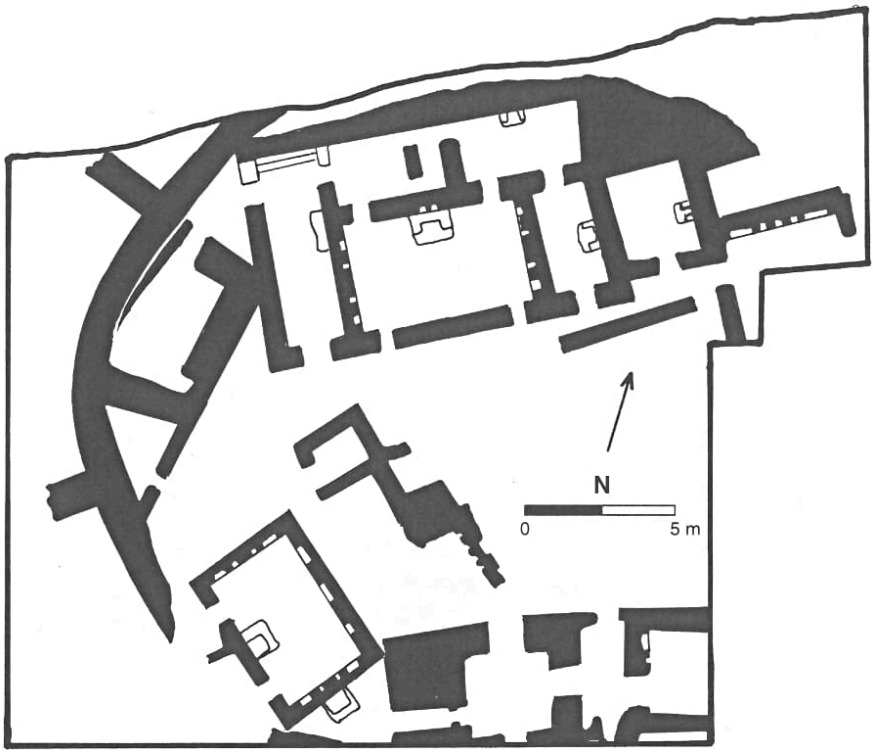


FIGURA 25. Planta del «Fuerte» del Nivel V de Godin Tepe.

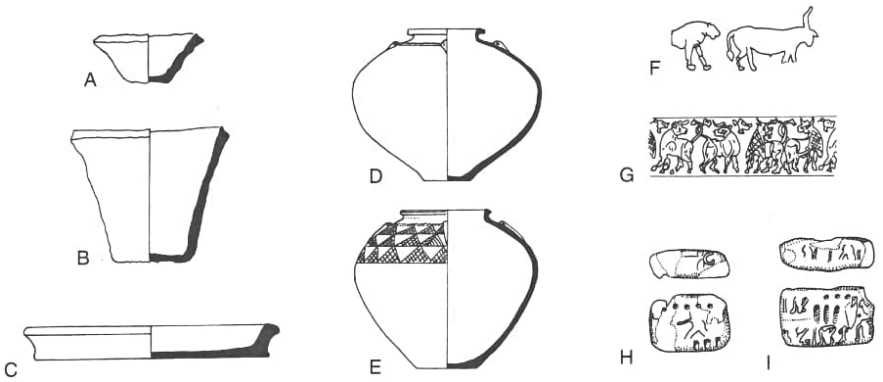


FIGURA 26. Elementos de la cultura de Uruk en Godin Tepe.

Hacia el interior de la meseta iraní, entre los pliegues interiores de los Zagros y las estribaciones del Dasht-i Kavir, cerca de la moderna ciudad de Kashan, hay otro puesto avanzado de Uruk similar en muchos aspectos al descubierto en el valle de Kangavar. Construido en la cima del tell meridional de Tepe Sialk en una posición muy parecida a la del fuerte de Godin, este segundo puesto aparece en la fase más antigua de las dos atribuidas al Período IV del tell (IV. 1) y está representado por una estructura bien construida sólo parcialmente excavada (Ghirshman 1938: 58-59, lám. LX; Amiet 1985[36]). Como en Godin, se hallaron cerámicas típicas de Uruk (fig. 27B, E-H), pequeños objetos asimismo característicos (fig. 27A), cilindro-sellos (fig. 27J-L), improntas de cilindro-sellos (fig. 271[37]), y tablillas numéricas (fig. 27M).

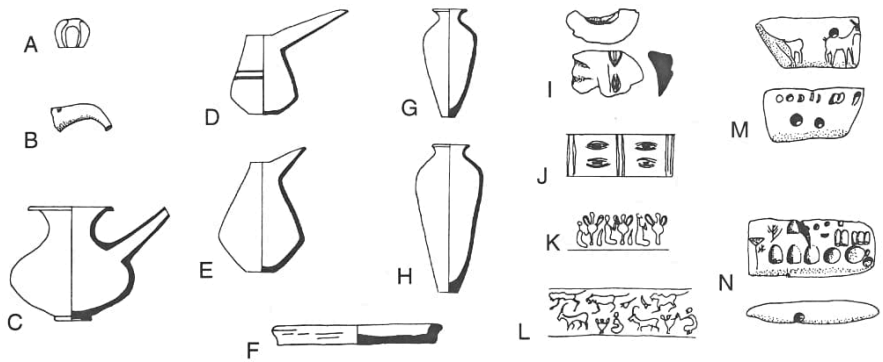


FIGURA 27. Elementos de la cultura de Uruk del suroeste de Irán en Tepe Sialk.

Debido a la excavación limitada realizada en el tell meridional de Sialk, no es posible saber si aquel puesto avanzado estaba o no rodeado de un asentamiento indígena, como en Godin. En los informes publicados, las estructuras más antiguas de Sialk IV.1 son posteriores al nivel más tardío del Período III (7) y ambos estratos están separados por un grueso estrato de ceniza que traduce una fase de destrucción (Ghirshman 1938: lám. XLIX). Pero si las excavaciones de Godin, en lugar del tell contiguo, hubieran explorado sólo la secuencia de la acrópolis, se habría inferido lógicamente que Godin V era a todas luces posterior a Godin VI, lo que hubiera sido una conclusión errónea. La posibilidad de que también Sialk IV.1 fuera parcialmente contemporánea de un asentamiento indígena en sus inmediaciones se debe a la presencia de la típica cerámica del Período III en el interior de estructuras y sepulturas del Período IV.1 (Amiet 1986: 307-308, (figs. 9-11). Esto coincide precisamente con la situación hallada en el interior del fuerte de Godin V, donde se descubrieron cerámicas locales asociadas a tipos de Uruk. En otras palabras, la diversa evidencia de una serie de materiales típicos de Uruk en Sialk IV. 1 indicaría, como ocurre en el caso de Godin, su función de puesto avanzado. Esta conclusión vendría avalada por la ubicación del yacimiento. Al igual que Godin, Sialk está estratégicamente situado en un lugar que domina una importante ruta de la meseta central iraní, en este caso, la principal ruta norte-sur de Afganistán al Khuzestán (Majidzadeh 1982). Esta ruta se desvía de la Ruta de Khorasán en la llanura de Rayy cerca de Teherán y, tras cruzar Isfahan, discurre por el Khuzestán oriental a través de distintos pasos de los Zagros meridionales (fig. 1).

El único puesto avanzado de Uruk identificado hasta ahora en Siria lejos de la cuenca del Éufrates también se halla situado en un lugar estratégico. Se trata de un pequeño yacimiento (el-Kowm 2 Caracol) de la Palmirene, donde se ha recuperado una gran variedad de cerámicas de Uruk (Cauvin y Stordeur 1985). El yacimiento está situado en el oasis el-Kowm, que es una posta natural de la tradicional ruta de caravanas que atraviesa las estribaciones septentrionales del desierto sirio y que conecta (vía Palmira) el Medio Éufrates y el Orontes y más allá (fig. 20: Ruta 10; fig. 21). Por lo tanto, el puesto avanzado de el-Kowm estaba bien situado junto a una importante vía de paso. Sin embargo, la ocupación de Uruk de el-Kowm parece radicalmente distinta de las de la meseta iraní antes descritas. En primer lugar, porque se han identificado muy pocos restos de estructuras y, en segundo lugar, porque el pequeño asentamiento no parece que fuera más que un campamento temporal. Pero la diferencia más importante entre el-Kowm 2 y los puestos avanzados de los Zagros es que no se encontraron sellos, ni improntas de sello, ni bolas, ni *bullae*, ni tablillas ni nada que denunciara su participación en un intercambio regional y de larga distancia.

La índole y la fiabilidad de la evidencia disponible sobre los puestos avanzados de Uruk reconocidos hasta la fecha se destacan en las tablas 1 y 2, al final.

La cronología del asentamiento de Uruk en la periferia

Los enclaves

En el horizonte geográfico de las llanuras siro-mesopotámicas y desde el punto de vista del control de las estructuras de comunicación y transporte del área, los enclaves urbanos de Uruk y sus bases asociadas fueron efectivamente nodos de una «red» sorprendentemente amplia. Seguramente el crecimiento de la red fue orgánico, aunque debido a la insuficiencia de datos cronológicos pertinentes, no conocemos sus detalles. Pero a partir de la glíptica y de la evidencia epigráfica de yacimientos como Habuba-süd/Qannas, Jebel Aruda, Nínive y, en menor medida, Tell Brak, es posible correlacionar su apogeo y ulterior colapso con determinados desarrollos de la llanura aluvial mesopotámica y de la llanura susiana. Aunque las secuencias cronológicas disponibles no siempre son representativas ni totalmente comparables, los cilindro-sellos y las improntas de sello, las bolas, las *bullae* y las típicas tablillas numéricas y las fichas complejas descubiertas en los enclaves septentrionales corresponden a un momento cronológico muy concreto que puede relacionarse con las secuencias del período de Uruk de yacimientos como Warka y Susa[38]. Estos paralelos situarían el apogeo de la red en torno a finales de la secuencia del período de Uruk tal como se entiende actualmente, más o menos equivalente a los Niveles VI-IV de la secuencia de Eanna en Warka y a los Niveles (19?) 18-17 de la secuencia de la Acrópolis I de Susa, más fiable (Strommenger 1980b: 486; Nissen 1986b: 328[39]). Si, como suponemos, los procedi-

mientos contables de los enclaves periféricos reflejaban las prácticas del lugar central contemporáneas, entonces el colapso de la red puede fecharse utilizando las mismas categorías de evidencia. Aparte de las dos tablillas de Brak con un solo pictograma, tan poco frecuentes y sin paralelos (fig. 18I), la ausencia general de pictogramas en las tablillas numéricas recuperadas en los yacimientos septentrionales (al menos en Habuba, Aruda y Nínive) sugiere que el abandono de la red es anterior a la última subfase del período de Uruk en la llanura aluvial mesopotámica, Eanna IVa, cuando aparece la más antigua de las tablillas arcaicas (Nissen 1986b).

Pero no todos los enclaves habrían protagonizado necesariamente el mismo crecimiento explosivo que se documenta en el asentamiento de Habuba/Qannas/Aruda. Algunos tal vez se establecieron en una fase anterior del período de Uruk y crecieron de forma más lenta en el tiempo. Esto es evidente incluso en el área de Tabqa. Las excavaciones recientes y continuadas en Tell Sheikh Hassan han revelado una superposición de al menos dieciocho niveles distintos de Uruk (Boese 1986-1987), lo que hablaría de una presencia sur-mesopotámica en la región de Tabqa muy anterior a los enclaves de Habuba/Qannas/Aruda del otro lado del río. Además, algunos enclaves de Uruk de otras zonas también revelan una secuencia bastante larga. Los casos más claros son Brak y Nínive, aunque en Karkemish también se infiere la presencia de depósitos de Uruk de notable potencia. Como se recordará, el llamado Eye Temple de Brak sólo era la última de cuatro estructuras aparentemente similares ubicadas en el mismo lugar. Sin duda también la más antigua de esas estructuras (el «Eye Temple Rojo») data del período de Uruk, ya que se encontraron cuencos de borde biselado directamente asociados (Mallowan 1947: 222). Estas estructuras tu-

vieron que estar situadas en la acrópolis del tell, y su secuencia representa al menos 6 metros de depósitos (Mallowan 1947: 50). No se conoce la potencia exacta de los depósitos del período de Uruk fuera de la acrópolis de Brak pero, como decíamos, las recientes prospecciones británicas sugieren una media de unos 2 metros de grosor del tell. Y a juzgar por la incidencia de los cuencos de borde biselado en el corte, el profundo sondeo realizado en Nínive muestra que posiblemente el yacimiento también contenía unos 5-6 metros de depósitos del período de Uruk (Campbell Thompson y Mallowan 1933: lám. LXXIII). Pero en el caso de Nínive, en el material publicado no hay indicios del carácter funcional del área contenida en el profundo sondeo.

Los puestos avanzados

Mientras que la evolución de algunos de los enclaves de tipo urbano de las llanuras siro-mesopotámicas fue relativamente prolongada en el tiempo, los puestos avanzados aislados, mucho más pequeños, descubiertos en la periferia parecen haber tenido un desarrollo cronológico mucho más breve, que coincide sólo con el período de vida de la red de enclaves, e incluso podría ser posterior. Poco puede decirse del puesto avanzado de el-Kowm, ya que su función es incierta y sólo se halló cerámica[40]. En cambio, en el caso de los puestos avanzados iraníes es posible una mayor precisión, ya que tanto en Godin (V) como en Sialk (IV.1) la evidencia es más sustancial. Desde el punto de vista cronológico, son especialmente importantes las tablillas numéricas convexas halladas en ambos yacimientos, fechadas a finales de la secuencia del Uruk reciente de Susa. Con la única excepción de la tablilla incisa con un pictograma (fig. 261), en

las tablillas de Godin sólo hay numerales grabados a base de cuñas y puntos, y algunas presentan además improntas de un solo cilindro-sello de estilo Uruk (Weiss y Young 1975: 8-9, figs. 4-5). En Sialk se han descubierto tablillas idénticas (por ej., fig. 27M[41]). Estas tablillas coinciden plenamente con los ejemplares de Susa hallados tan sólo en el Nivel 17 de la secuencia Acrópolis I (Le Brun y Vallat 1978: 30). Pero, al igual que la singular tablilla de Godin, algunas tablillas de Sialk (por ej., fig. 27N) también presentan pictogramas aislados que tipológicamente las sitúan en una época más tardía que las tablillas del Nivel 17 de Susa (Amiet 1986: 68[42]). De modo que existe la posibilidad de que las ocupaciones de Godin y de Sialk fueran posteriores al Nivel 17 de Susa. Pero no hay que correlacionar estas ocupaciones con el período protoelamita de Susa y el período de Jemdet Nasr de la vecina llanura aluvial mesopotámica, ya que la tablilla de Godin y las de Sialk con pictogramas aislados son definitivamente más antiguas que las tablillas administrativas protoelamitas del Nivel 16 de Susa y del Período IV.2 de Sialk. Es más, como afirma Dittmann (1986b: 171), la subfase más tardía descubierta a raíz del sondeo de la Acrópolis I de Susa (Nivel 17A) no representa necesariamente el final de la ocupación del período de Uruk en el yacimiento, sino más bien un alejamiento del asentamiento respecto a las estructuras excavadas, que se habrían abandonado a su suerte (Le Brun 1971: 210-211). En consecuencia, es posible que hubiera una ocupación ulterior anterior al período protoelamita, aunque aún no se haya podido aislar estratigráficamente en la secuencia de Susa. Con esta mal definida subfase habría que correlacionar las ocupaciones de Godin V y Sialk IV.1[43].

Pero ¿con qué finalidad se establecieron enclaves, bases y puestos avanzados mesopotámicos en la periferia? De ello

nos ocupamos en el capítulo 4.

TABLA 1. Tipos de asentamiento de Uruk en la periferia mesopotámica

Yacimiento	Tipo de asentamiento	Bases asociadas (figs. 22, 24)	Concentraciones circundantes (figs. 7,8,15)	Tamaño (en ha)	Emplazamiento	Orientación (fig. 20)	Regiones accesibles	Recursos accesibles
Habuba/ Qannas/ Aruda	Enclave		5 yacimientos seguros	18-40	Éufrates	N-S, Ruta 5 O, Ruta 9	Siria profunda Cilicia	madera del Amanus;
		yacimiento 96	3 yacimientos posibles		Éufrates			minerales de Bolkardağ,
		yacimiento 99			Éufrates			madera de Malatya,
		yacimiento 55			Éufrates			metales de
		yacimiento 1			Éufrates			Keban/Altinova
		Qraya			Éufrates			
		Ramadi			Éufrates			
		Nr. Rawa			Éufrates			
Área de Karkemish	Enclave		18 yacimientos	28 +	Éufrates	N-S, Ruta 5 E-O, Ruta 3	Siria profunda Alta	igual que el anterior
Tiladir Tepe, Kum Ocağı Şadi Tepe		BS 265			Balikh	N-S, Ruta 8	Mesopotamia montañas de Anatolia	
		BS 183			Balikh			
		BS 35			Balikh			
Samsat	Enclave		6 yacimientos	17.5?	Éufrates	N-S, Ruta 8 E-O, Ruta 2	montañas de Anatolia	madera de Malatya,
		Hassek			Éufrates		Alta Mesopotamia Siria profunda	plata de Keban, cobre de Ergani
		yacimiento 15			Incesu			
		yacimiento 39			Incesu			
		BS 265			Balikh			
		BS 183			Balikh			
		BS 35			Balikh			
Tell Brak	Enclave		11 yacimientos?	43+	Alto Khabur	N-S, Ruta 7 E-O, Ruta 3	Alta Mesopotamia Taurus Este	plata de Keban, cobre de Ergani
					Bajo Khabur			
		Fadgami? etc.?			Bajo Khabur			
		Qraya			Éufrates			
		Ramadi			Éufrates			
		Nr. Rawa			Éufrates			
Nínive	Enclave		?	40?	Alto Tigris	N-S, Ruta 6 E-O, Ruta 2 E-O, Ruta 3	Alta Mesopotamia	cobre de los Zagros, lapislázuli, oro?, piedras; plata de Keban; cobre de Ergani
Godin Tepe (V)	Puesto avanzado	N.A.	N.A.	pequeño	Interior, valle de Kangavar	E-O, Ruta 11 Ruta de Khorasán N-S, Susiana-Rayy	Meseta central iraní	cobre de los Zagros, plata, plomo,oro?, lapislázuli, piedras
Tepe Sialk (IV.1)	Puesto avanzado	N.A.	N.A.	pequeño	Interior junto a Kashan	N-S, Susiana Rayy	Meseta central iraní	igual que el anterior
El-Kowm 2 Caracol	Puesto avanzado?	N.A.	N.A.	pequeño	Interior oasis El-Kowm	E-O, Ruta 10	desierto sirio valle del Orontes	?

Nota: N.A = No aplicable

TABLA 1. Tipos de asentamiento de Uruk en la periferia mesopotámica.

TABLA 2. Naturaleza y fiabilidad de los datos sobre los asentamientos de Uruk en la periferia mesopotámica

Yacimiento	Tipo	Clase de evidencia	Principales referencias
		ÉUFRATES	
Near Rawa	Base	Prospección: cerámicas (r?)	M. van Loon, com. personal
Tell Qraya	Base	Excavación: cerámicas (+), glípticos, e iconografía, objetos para calcular	Reimer 1989; Simpson 1988
Tell Ramadi	Base	Prospección: cerámicas (+)	Geyer y Monchambert 1987
Yacimientos 1, 55, 96, 99	Bases	Prospección: cerámicas (r?)	Kohlmeyer 1985
CONCENTRACIÓN DE TABQA			
Habuba-süd/ Qannas/Aruda	Enclave	Excavación: arquitectura, objetos para calcular, tablillas numéricas, cerámicas (+); glípticos e iconografía, amuletos de piedra, objetos pequeños	Strommenger 1980a Finet 1979 Sürenhagen 1974/75; Töpperwein 1973; Ludwig 1979; Van Driel y Van Driel-Murray 1979, 1983; Van Driel 1982, 1983.
Sheik Hassan	Enclave antiguo? Agrup. de yacimientos	Excavación: arquitectura, objetos para calcular, glíptica e iconografía, vasta gama de cerámicas	Boese 1986/87
Tell Habuba K.	Agrup. de yacimientos	Excavación: cerámicas (r?)	Strommenger 1980a
Tell el Hajj	Agrup. de yacimientos	Excavación: cerámicas (+)	Stucky *et al.* 1974
Tell Hadidi	Agrup. de yacimientos	Excavación: cerámicas (–)	Dornemann 1988
Tell Mureybit	Agrup. de yacimientos	Excavación: cerámicas (–)	van Loon 1968
Mureybit Ferry	Agrup. de yacimientos?	Prospección: cerámicas (?)	van Loon 1967
Zreyjiye-sur	Agrup. de yacimientos?	Prospección: cerámicas (?)	van Loon 1967
Tell Kreyn	Agrup. de yacimientos?	Prospección: cerámicas (?)	van Loon 1967
CONCENTRACIÓN DE BIRECIK-JERABLUS			
Jerablus	Agrup. de yacimientos?	Prospección: cerámicas (r?)	Strommenger 1980a
Jerablus Tahtani	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (+)	G. Stein, com. personal
Karkemish	Enclave?	Excavación: cerámicas (+), iconografía	Woolley 1921, 1952
Tiladir Tepe/ Kum Ocağı/ Şadi Tepe	Enclaves	Prospección: conos murales de terracota, trozos anchos de cerámicas	Algaze 1989a; Algaze *et al.* 1991
Komeçli Höyük	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (+)	Algaze *et al.* 1991
Akarçay Höyük	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (–)	Algaze *et al.* 1991
Şavi Höyük	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (–)	Algaze *et al.* 1991
Şeraga Höyük	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (–)	Algaze *et al.* 1991
Kirmizi Ok	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (–)	Algaze *et al.* 1991
Yarim Tepe	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (–)	Algaze *et al.* 1991
Zeytin Bahçeli	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (–)	Algaze *et al.* 1991
Aktaş H. #1	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (–)	Algaze *et al.* 1991
Kefri Höyük	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (–)	Algaze *et al.* 1991
Near Şaray #1	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (–)	Algaze *et al.* 1991
Tilbes Höyük	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (–)	Algaze *et al.* 1991
Horun Höyük	Agrup. de yacimientos	Prospección: cerámicas (–)	Algaze *et al.* 1991
CONCENTRACIÓN DE SAMSAT			
Samsat	Enclave	Prospección y excavación: cerámicas (+); iconografía glíptica; conos murales de terracota	Özdoğan 1977, Özğuç 1987; Mellink 1988, 1989; Özten 1984

Yacimiento 15	Agrup. de yacimientos? Base?	Prospección: cerámicas (+)	Wilkinson 1990a
Yacimiento 39	Agrup. de yacimientos? Base?	Prospección: cerámicas (–)	Wilkinson 1990a
Hassek Höyük	Base	Excavación: arquitectura, iconografía glíptica, conos murales de terracota, vasta gama de cerámicas, pequeños objetos y amuletos	Behm-Blancke *et al.* 1981; Behm-Blancke *et al.* 1984; Behm-Blancke 1989
		BALIKH	
Samsat	Enclave	Prospección y excavación: cerámicas (+); iconografía glíptica, conos murales de terracota	Özdoğan 1977; Özğuç 1987; Mellink 1988, 1989; Özten 1984
Tell Brak	Enclave	Excavación: arquitectura, decoración arquitectónica, vasta gama de cerámicas, glíptica e iconografía, amuletos de piedra, pequeños objetos	Mallowan 1947; Fielden 1981a; D. Oates 1977, 1982, 1983, 1985; J. Oates 1985, 1986
Yacimientos 1, 7, 26, 58	Bases?	Prospección: cerámicas (r?)	Monchambert 1984
Umm Qseir	Base?	Excavación: cerámicas (+)	Hole y Johnson 1986/87
Tell Fadgami	Base?	Prospección: cerámicas (+)	Johnson 1988/89; Röllig y Kühne 1977/78
		TIGRIS	
Nínive	Enclave	Excavación: glíptica e iconografía, tablillas numéricas, vasta gama de cerámicas	Campbell Thompson y Hutchinson 1931; Campbell Thompson y Hamilton 1932; Campbell Thompson y Mallowan 1933; Algaze 1986b; Collon y Reade 1983
		ZONAS DE MONTAÑA	
Godin Tepe (V)	Puesto avanzado	Excavación: glíptica e iconografía, tablillas numéricas, vasta gama de cerámicas	Weiss y Young 1975
Sialk (IV.1)	Puesto avanzado	Excavación: glíptica e iconografía, tablillas numéricas, vasta gama de cerámicas	Ghirshman 1938; Amiet 1985
		DESIERTO DE SIRIA	
El-Kowm 2	Puesto avanzado	Excavación: cerámicas (+)	Cauvin y Stordeur 1985

Nota: los datos (¿) son poco fiables, los datos (-) son fiables pero la gama de tipos es pequeña; los datos (+) son fiables y la gama de tipos es amplia; y la gama (r?) de tipos se desconoce

TABLA 2. Naturaleza y fiabilidad de los datos sobre los asentamientos de Uruk en la periferia mesopotámica.

4. La función de los asentamientos de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas y montañas adyacentes

Comunidades «de paso»

El patrón de asentamiento de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas y en las montañas es indicativo de la función de esos yacimientos. El aislamiento de los enclaves de Uruk en *hinterlands* extraños suele darse en situaciones de un primer contacto colonial entre sociedades con niveles de evolución sociopolítica muy distintos. Estos lugares centrales, que los geógrafos suelen describir como centros dendríticos, son característicos de los sistemas de distribución verticales que trascienden las fronteras políticas y culturales y aseguran a las comunidades políticamente bien or-

ganizadas máximo acceso y mínimo costo a periferias menos desarrolladas (Smith 1976). De hecho, la ubicación singular de los enclaves mesopotámicos en el norte en nodos estratégicos de las estructuras de comunicación que atraviesan el área es muy similar a los modelos elaborados por los geógrafos para explicar la formación y la distribución de asentamientos en paisajes no homogéneos cuando el comercio de larga distancia tiene una importancia económica decisiva. En estas condiciones, los modelos proponen que el intento de controlar el acceso a los recursos y de regularizar su flujo tiende a impulsar la creación de asentamientos «de paso» bien junto a los pasos naturales entre dos regiones muy diferenciadas implicadas en el intercambio, o bien en lugares de «considerable importancia para el transporte», en puntos cruciales junto a una ruta de transporte o en lugares propicios para la carga y descarga de mercancías (Burghardt 1971; Hirth 1978).

La lógica estratégica subyacente al emplazamiento de los enclaves de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas, comentada en el capítulo anterior, habla claramente de la función de los enclaves como antiguas «comunidades de paso». Su posición parece idónea para controlar el acceso de y hacia la llanura aluvial mesopotámica y el flujo de recursos y mercancías en ambas direcciones. Aunque algunos enclaves tal vez explotaron, y seguramente lo hicieron, el gran potencial agrícola de los alrededores, su dispersión geográfica indicaría que el objetivo principal no era ni la conquista de grandes extensiones territoriales (imperio formal) ni la efectiva explotación a gran escala de los recursos agrícolas locales (para un punto de vista contrario, véase Schwartz 1988a). La explotación de los recursos agrícolas siro-mesopotámicos habría requerido una configuración radicalmente distinta de la

observada, es decir, un patrón de asentamiento mucho más extenso en áreas de gran productividad agrícola, como las cuencas del Alto Khabur y el Alto Tigris. Y en estas áreas habría sido lógico descubrir toda una serie de yacimientos de Uruk de diverso tamaño ocupando un vasto paisaje lejos de los ríos y de las rutas principales, en otras palabras, un patrón de asentamiento similar al que se observa en la llanura susiana. También el control político habría exigido un patrón de asentamiento distinto al existente. Aunque algunas circunstancias fueran radicalmente distintas, tal vez los datos de que disponemos sobre la estructura del control imperial neoasirio en Siro-Mesopotamia durante el I milenio a.C. (Malbran-Labat 1982) nos sirvan para inferir la posible estructura del control político de Uruk sobre algunas partes de la misma zona. Este control habría exigido la presencia de instalaciones administrativas y de guarniciones dispersas de Uruk en los principales centros indígenas tardocalcolíticos situados en los *hinterlands* siro-mesopotámicos, y también el emplazamiento de bases y de almacenes a distancias regulares a lo largo de las principales rutas terrestres que cruzaban el área de este a oeste.

La prueba de que el emplazamiento de los enclaves de Uruk en el norte no perseguía el control del territorio ni de los recursos agrícolas está en el enclave de Habuba/Qannas/Aruda, situado en la región de Tabqa, un área donde la pluviosidad anual media es, en el mejor de los casos, marginal (150-250 mm) y donde las torrenteras de los ríos impiden la irrigación fuera de la llanura aluvial del Éufrates. De hecho, tal como sugieren algunos estudios modernos de la región de Tabqa, allí sólo es posible una buena cosecha de secano una vez cada diez años (Métral 1987: 112, n. 6). Por lo tanto, y a menos que se suponga un valle de incisión mucho

menos profundo en la época de Uruk que en la actualidad, o una pluviosidad más abundante, o un abastecimiento regular por parte de los enclaves mejor situados de Anatolia, capaces de compensar las carencias del área de Tabqa, a la larga la posición del enclave de Habuba/Qannas/Aruda y de los yacimientos de Uruk cercanos habría sido difícil ante una oposición local capaz de bloquear el acceso al grano y a otros productos agrícolas de las fértiles llanuras sirias de la región de Alepo, al noroeste[44].

Los principales asentamientos de Uruk en el área de Tabqa deparan diversas claves que avalan la tesis de que, en la época en que se establecieron los asentamientos, la cooperación de los grupos nativos se daba por hecho. En primer lugar, ni en Habuba-süd, ni en Tell Qannas ni en el Jebel Aruda se han hallado instalaciones para almacenar grano, pese a las importantes excavaciones que se practicaron en estos tres yacimientos[45], que además produjeron muy pocas herramientas agrícolas. Sólo se documentaron algunas hoces en Habuba-süd (Strommenger 1980a: 55), y el informe de Aruda constata la «práctica ausencia» de las típicas láminas de sílice pulimentadas o denticuladas de uso agrícola (Hanbury Tenison 1983: 27). En cambio Sürenhagen identificó en el yacimiento indicios de importación de grano procedente del *hinterland* sirio. La evidencia se basa en varias jarras de almacenamiento del tipo Amuq F halladas en Habuba, algunas con restos de grano (Sürenhagen 1986a: 21-22). Estas ánforas son muy comunes en los yacimientos tardocalcolíticos contemporáneos de las llanuras siro-mesopotámicas y no se fabricaban en Habuba. Tuvo que existir algún tipo o grado de contacto y de intercambio pacífico que garantizara un acceso permanente a los recursos agrícolas locales sin los cuales el

enclave de Tabqa, con sus monumentales murallas, no habría podido subsistir durante mucho tiempo.

Otro caso relevante es la distribución de posibles bases de Uruk en el Balikh a lo largo de lo que sin duda fue una importante ruta terrestre. Como se recordará, estos yacimientos estaban situados cerca de importantes centros indígenas, y fuera cual fuese su función, no habrían podido existir u operar sin el consentimiento implícito de los jefes locales. Pero lo más revelador de la probable colaboración entre las comunidades locales y los asentamientos de Uruk es el emplazamiento de los puestos avanzados mesopotámicos en los Zagros y, posiblemente también en los montes Taurus, de los que Godin y Sialk son los únicos ejemplos excavados. El caso de Godin es el más contundente. En el contexto del asentamiento tardocalcolítico de Godin (Godin VI), el pequeño fuerte de Uruk situado en la cima (Godin V) representa una réplica en miniatura en las llanuras septentrionales de los grandes enclaves sur-mesopotámicos. En ambos casos, los puestos avanzados intrusivos están engarzados en un *hinterland* extraño, y en el caso de Godin es aún más evidente. Pero fuera originario de la llanura aluvial mesopotámica o, como han afirmado los arqueólogos, de la llanura susiana, en esa época estrechamente asociada, es indudable que el emplazamiento del puesto avanzado de Godin en la cima de la montaña habría sido insostenible de existir una oposición local activa. La supervivencia de los puestos avanzados como el de Godin o Sialk implica que las comunidades de las montañas donde estaban situados se mostraron bien dispuestas a participar en una red de intercambio más amplia vinculada a las llanuras aluviales del sur de Iraq y del Khuzestán.

Materiales de Uruk en el piedemonte y montañas adyacentes

La presencia de enclaves de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas y de puestos avanzados en los Zagros sugiere con fuerza que se explotaban recursos de las tierras altas para el mercado de la llanura aluvial. La presencia de materiales típicos de Uruk en numerosos yacimientos locales al pie de los Zagros/Taurus y en las montañas avala esta interpretación. La mayoría de estos yacimientos están por excavar, por lo tanto poco puede decirse sobre el contexto intrayacimientos de muchos objetos. Pero al menos los artefactos intrusivos revelan la existencia de contactos interculturales entre las comunidades de las montañas y las comunidades de Uruk. La distribución de estos artefactos nos proporciona asimismo importantes claves sobre la intensidad y la dirección de aquella interacción. Es posible que algunos yacimientos que han deparado artefactos típicos de Uruk (en muchos casos sólo contamos con la evidencia de prospecciones limitadas) representen otros tantos puestos avanzados de Uruk del tipo Godin V o Sialk IV.1. Pero sin duda la mayoría fueron ocupaciones indígenas. Estos yacimientos suelen ser los mayores del lugar y suelen estar situados en sitios que dominan el acceso a las rutas de montaña (fig. 30) o a los recursos conocidos de las montañas (fig. 35).

Rutas de montaña

La distribución de los artefactos de Uruk en yacimientos que controlan el acceso a las rutas de montaña es sumamente evidente en el caso de las rutas este-oeste que cru-

zan los Zagros septentrionales y centrales. En esas áreas se encuentra con frecuencia cerámica aislada de Uruk en yacimientos indígenas que dominan los valles que conducen y atraviesan las montañas. En el piedemonte de los Zagros septentrionales del Kurdistán iraquí, por ejemplo, se han identificado elementos culturales mesopotámicos en varios yacimientos, todos ellos bien situados para controlar las principales rutas que comunican las llanuras transtigrinas y las montañas. Como se recordará, estas rutas siguen el curso de los principales afluentes de la orilla izquierda del Tigris a su paso por los Zagros (Levine 1973, 1974a). Un caso relevante es el tell del Calcolítico reciente de Qalinji Agha (hoy en los arrabales de Erbil). Allí se descubrieron dos casas de tipo Mittelsaal flanqueando una plataforma con contrafuertes irregulares (fig. 28) que sugieren un cierto grado de interacción con el mundo de Uruk (Abu al-Soof 1969; Hijara 1973[46]). Lo cual no resulta sorprendente, por cuanto Erbil/Qalinji Agha está situado en la llanura transtigrina entre los ríos Gran Zab y el Pequeño Zab, donde confluyen tradicionalmente las rutas que se dirigen al piedemonte siguiendo el curso de ambos ríos. Las rutas del Alto Gran Zab llevan a Ruwandiz para emerger posteriormente en el valle del Solduz y el área de Qazvin, mientras que las del Alto Pequeño Zab cruzan la llanura de Rania para llegar a Hamadan (fig. 30). De hecho, las prospecciones y excavaciones practicadas en el área de Rania han documentado al menos cuatro yacimientos del Calcolítico reciente con un pequeño surtido de cerámicas de Uruk mezcladas con conjuntos locales. Los tipos de Uruk documentados incluyen cuencos de borde biselado y las típicas vasijas con pitorro (fig. 29L-M), piriformes (fig. 29K) y con asa de cuerda (Abu al-Soof 1985). Resulta revelador que todos estos yacimientos (Qarashina, Basmusian,

Kamarian y Tell Shemshara) estén situados junto al camino principal que alcanza los Zagros a través de la llanura de Rania (Abu al-Soof 1970).

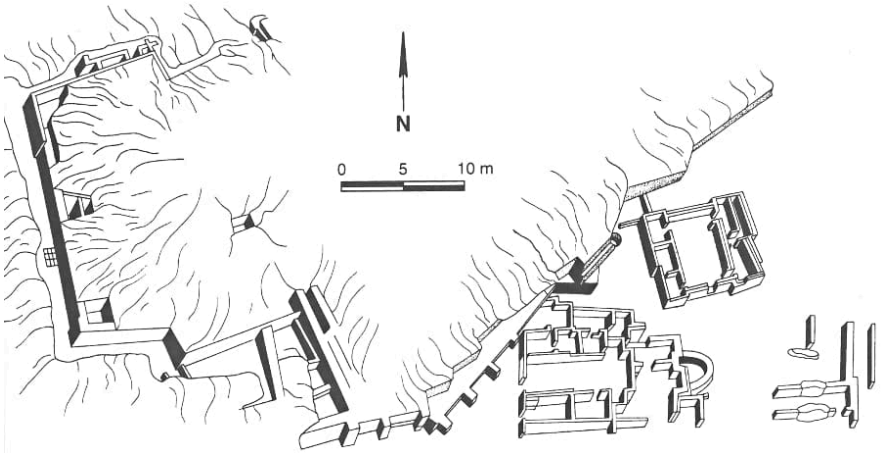


FIGURA 28. Plano de la terraza con contrafuertes y casas asociadas de Qalinj Agha.

En la llanura de Kirkuk, no muy lejos del nacimiento del río Adhaim en las montañas, se encuentra el yacimiento de Nuzi. También allí un sondeo profundo permitió identificar estratos con cuencos de borde biselado y otros tipos cerámicos típicos de Uruk (por ej., fig. 29G, I-J). Otro sondeo practicado en Nuzi permitió descubrir numerosas estampillas con toscos motivos perforados (por ej., fig. 29A-B) y cuatro cilindro-sellos (fig. 29C-D) (Starr 1939), uno de ellos con el motivo característico de finales del IV milenio a base de hileras de óvalos perforados (fig. 29D), ya mencionado en los capítulos anteriores. A su vez, las estampillas son muy parecidas a los ejemplares hallados en la secuencia del Eye Temple de Brak[47]. Nuzi también está bien situado para controlar las rutas hacia el piedemonte, concretamente las que se dirigen a la llanura de Shahrizur, en el nacimiento del Diyala y el área de Sulemaniyah, que posteriormente cruzan la llanura de Hamadan por Sanandaj (fig. 30). Por ello no sorprende

que al menos tres yacimientos excavados en el área de Shahrizur (Bakr-i-Awa, Dwanza Imam, Gerdi Resh) hayan deparado una serie limitada de cerámica típica de Uruk (fig. 29E, F, H, N), también en contextos de cerámicas locales (Abu al-Soof 1985; Hijara 1976).

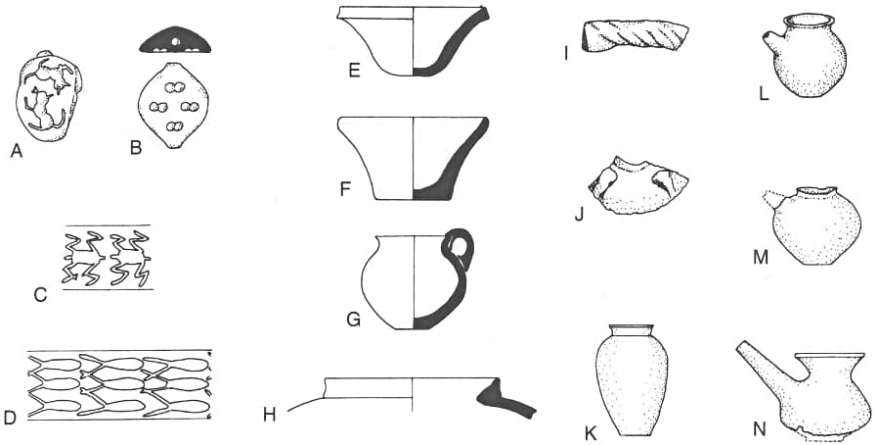


FIGURA 29. Elementos de la cultura de Uruk en yacimientos de las llanuras transtigrinas y en el Kurdistán iraquí, al pie de los Zagros.

Pero donde la interacción entre las comunidades de Uruk y las de las montañas parece haber sido más intensa, y la distribución de materiales de Uruk en yacimientos indígenas estratégicamente situados resulta más evidente es en los Zagros centrales siguiendo la Ruta de Khorasán desde las llanuras del Diyala y Hamrin hasta la meseta iraní (fig. 30). Las prospecciones realizadas en los Zagros de Irán muestran que no es infrecuente descubrir cerámicas aisladas de Uruk en yacimientos situados en diversos valles intermontanos por los que discurre la Ruta de Khorasán. Se han identificado cuencos de borde biselado y una limitada cantidad de otros tipos cerámicos de Uruk no sólo en el valle de Kangavar, donde se encuentra Godin, sino también en al menos once yacimientos de los valles de Shahabad y Mahidasht, más próximos al Diyala (Levine y Young 1987; Young 1986). Al sur

de la Ruta de Khorasán, en el valle intermontano del Luristán, la evidencia de contactos es menor (Goff 1971; Young 1966), aunque ello podría ser tan sólo un reflejo de la mayor intensidad y fiabilidad de las prospecciones del norte. Los valles y llanuras que cruzan el Luristán están aislados de Mesopotamia por la impresionante cadena del Kabir Kuh, donde hay muy pocos pasos practicables (Goff 1968). Por lo tanto, las comunicaciones se orientan longitudinalmente hacia el Khuzestán, y las rutas conocidas siguen el curso río arriba del Karkekh y del Dez y sus afluentes (Goff 1971; Stein 1940). Se han hallado cuencos aislados de borde biselado en al menos dos yacimientos del valle del Hulailan (Chia Patela y Chasmeh Sardeh), que enlazan con rutas que remontan el río Saimarreh, un afluente del Karkekh (Goff 1971; Mortensen 1976). Por último, también se documentan cuencos de borde biselado (Dyson 1965) y un solo vaso de cuatro asas (Contenau y Ghirshman 1935: lám. 68, superior derecha) en Tepe Giyan, en el valle del Nehavand, que está estrechamente conectado con las rutas norte-sur a través del Dez y con el sistema de la Ruta de Khorasán (fig. 1, arriba; fig. 30).

Las prospecciones arqueológicas realizadas en los pasos de los Zagros meridionales han sido hasta la fecha menos intensas que las practicadas en los pasos del norte. Sin embargo, es evidente que durante el período de Uruk también hubo contactos entre las montañas y los valles de los Zagros meridionales. Por ejemplo, una prospección realizada en la llanura de Shahr-i Kord, en la región de Bahtiyari al noreste del Khuzestán, permitió descubrir dos yacimientos a un kilómetro escaso uno de otro (posiblemente ocupaciones sucesivas) con algunas cerámicas de Uruk en la superficie (Zagarell 1982: 39, 64, figs. 7, 25, 27-28). Ambos yacimientos están situados junto a una vía importante que enlaza la llanura su-

siana (a través de la llanura de Izeh) con la meseta central, la misma que enlaza más adelante con los puestos avanzados de Sialk. Aunque, aparte de las viejas prospecciones realizadas por Stein (1936, 1940), todavía se desconocen las rutas que, más al sur, cruzaban los Zagros en dirección a Fars, Kerman y Sistan (fig. 1), es evidente que estas rutas tuvieron que ser importantes, puesto que las prospecciones realizadas en los yacimientos del Banesh antiguo de Fars, en la cuenca del Kur, depararon abundantes materiales de Uruk (Alden 1979; Sumner 1986). Entre los tipos documentados figuran cuencos de borde biselado (fig. 31 A), vasijas de almacenaje con bordes exvasados, las típicas jarras de cuatro asas con improntas en el hombro (fig. 31E-F), botellas con pitorro y borde en banda (fig. 31G), un surtido de los típicos pitorros inclinados o abocinados (fig. 31H), botellas piriformes (fig. 311), conos murales (fig. 31J) y pesas de piedra (?) con hendiduras cruciformes (fig. 3IB[48]).

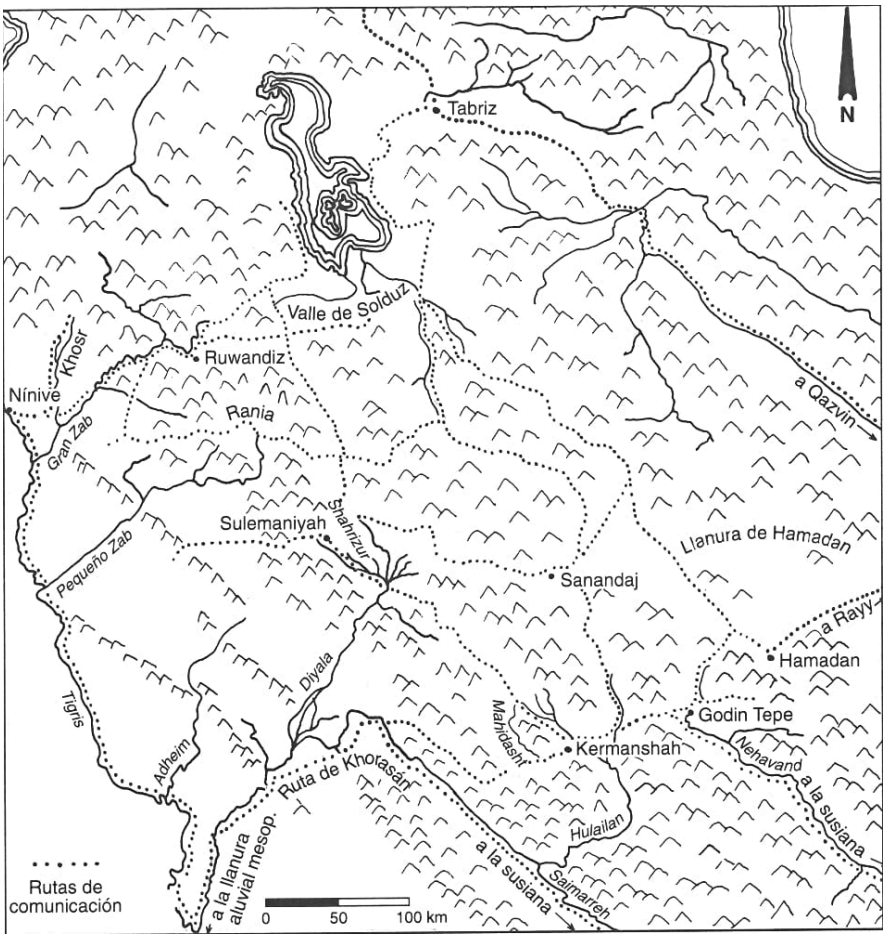


FIGURA 30. Yacimientos de las llanuras transtigrinas y valles intermontanos del norte y centro de los Zagros con materiales de Uruk.

Alden (1982) interpreta los materiales de Uruk de Fars como prueba de un proceso de colonización protagonizado por gentes del Khuzestán. Pero a falta de una excavación coherente de los niveles del Banesh antiguo capaz de revelar la naturaleza del conjunto cultural asociado, la evidencia disponible también podría ser indicativa de un proceso de aculturación propiciado por el inicio de intensos contactos con las sociedades de Uruk de la llanura susiana, posiblemente relacionados con la apertura de nuevas rutas hacia el sureste. En cualquier caso, la interacción entre Fars y el mundo de Uruk

tuvo que ser un proceso de largo alcance temporal, puesto que ya se encuentran cuencos de borde biselado en los niveles del período Lapui terminal en al menos un yacimiento de la cuenca del Kur, en Tal-i Kureh (Alden 1979: 155). Es revelador que los yacimientos del Banesh antiguo se concentren en la orilla occidental de la cuenca (Alden 1982: 620; Sumner 1986), junto a las rutas del Khuzestán que cruzan las llanuras de Ram Hormuz y Behbahan (Hansman 1972; Stein 1940). Pero en el extremo opuesto (noreste) de la cuenca del Kur, en un estrecho desfiladero que parece indicar una ruta hacia el área septentrional de Isfahan, Stein descubrió un alijo de vasijas, entre ellas varios tipos inconfundibles de Uruk (por ej., fig. 31C-D).[49] Pero a partir de la información publicada es imposible saber a ciencia cierta si estos vasos indican una ocupación real o simplemente uno o varios enterramientos.

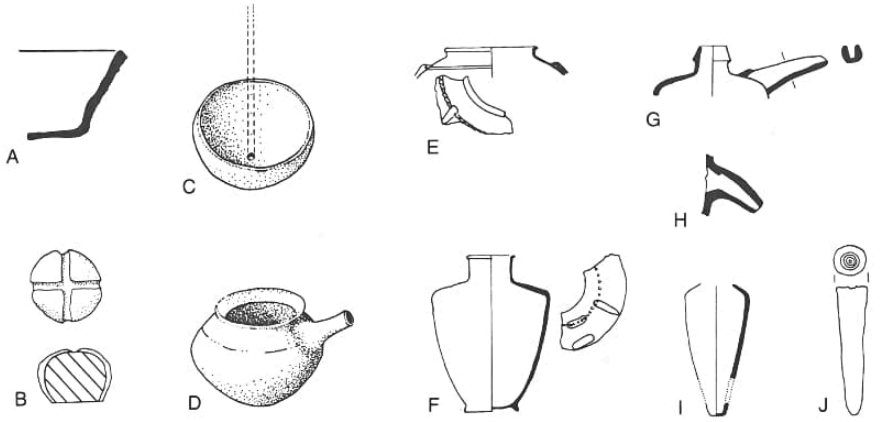


FIGURA 31. Elementos de la cultura de Uruk del suroeste de Irán, en la provincia de Fars.

En los yacimientos locales del sureste de Anatolia y de la región del Taurus se observa un patrón muy similar de distribución de materiales de Uruk. Los yacimientos con evidencia de elementos culturales sur-mesopotámicos también aparecen en la parte más alta de los asentamientos locales y por lo general en lugares que controlan el acceso a las rutas

de montaña. Parece que una de esas rutas fue el propio río Tigris y sus afluentes. Se han reconocido cuencos de borde biselado en el yacimiento de Çattepe, en la confluencia del Tigris y el Bohtan Su, un importante afluente del Tigris al sureste de Siirt (Algaze 1989a: 254). La posición estratégica de este yacimiento, a caballo de una ruta tradicional siguiendo el curso del Bohtan hasta los Taurus orientales y el Paso de Bitlis (Almirantazgo Británico 1917; Ruta 85), lo demuestra el hecho de que Çattepe fuera más tarde el emplazamiento de un importante fuerte de *equites* tardorromano en la frontera oriental del imperio romano (Lightfoot 1986), cuyos restos todavía son visibles en la actualidad. Río arriba, en la zona de captación del Tigris, también se han recuperado cuencos de borde biselado en Gre Migro, un inmenso tell (45 metros de alto) junto al río Batman. Situado a 22 kilómetros al norte de la confluencia de este río y el Tigris, Gre Migro es el tell multiperíodo más importante de la cuenca del Batman (Algaze 1989a). Además, los vestigios de un puente de un período clásico (?) al pie del tell revelan la perfecta situación de este yacimiento respecto a las rutas tradicionales de la región (fig. 32).

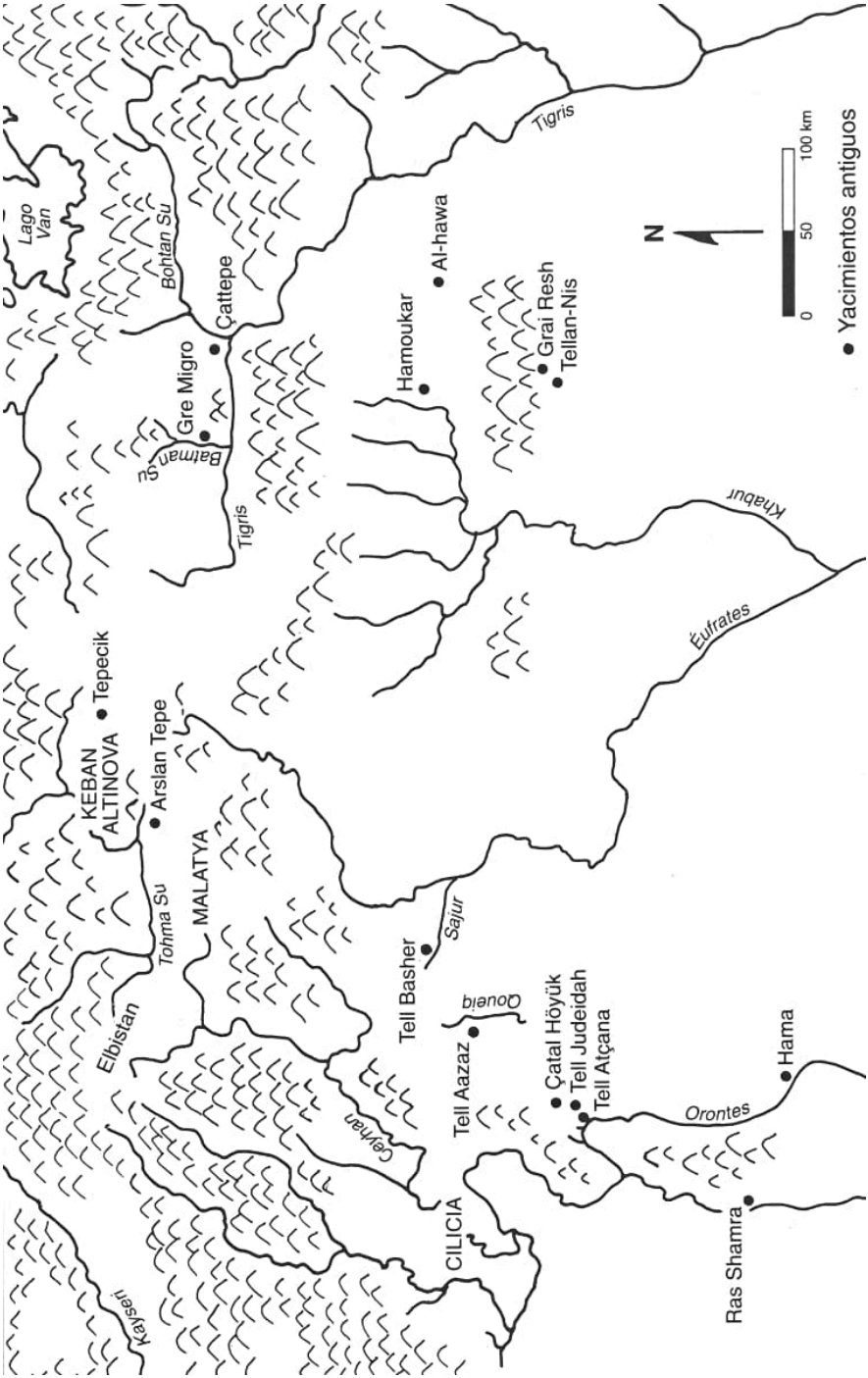


FIGURA 32. Yacimientos tardocalcolíticos en la llanura siro-mesopotámica y en las montañas del sureste de Anatolia con materiales de Uruk.

El mejor ejemplo conocido hasta ahora en Anatolia de la correlación entre la presencia de materiales de Uruk y yacimientos nativos estratégicamente situados es Arslan Tepe, en el área de Malatya, en los Taurus orientales (fig. 32). Las recientes excavaciones italianas realizadas en este yacimiento han dejado al descubierto un gran complejo arquitectónico del Calcolítico reciente (véase fig. 45 abajo) caracterizado por un conjunto fundamentalmente indígena (Arslan Tepe VIA) que veremos con más detalle en los próximos capítulos (Frangipane y Palmieri 1988). Por el momento, basta decir que en este complejo se encontraron algunos artefactos de Uruk de importación e imitaciones de fabricación local de tipos cerámicos y sellos de Uruk. Especialmente importantes son algunas vasijas y botellas con pitorro de tipo y fabricación incuestionablemente de Uruk (fig. 33D-E) recuperados ¿A *situ* en depósitos de almacenamiento (Palmieri 1989: fig. 3: 5-7). Entre los demás tipos de Uruk, o parecidos a Uruk, que se encontraron en el complejo cabe destacar un puñado de cuencos de borde biselado (fig. 33C), una jarra ovoide decorada con una franja sombreada y una zona de reserva de engobe con motivos diagonales en el hombro (fig. 33G), pequeñas vasijas de cuatro asas (fig. 33A), pitorros inclinados (Palmieri 1973: fig. 72: 10) y vasijas de almacenaje globulares con improntas pisciformes y zona de reserva de engobe con decoración diagonal en el hombro (fig. 33F). En el complejo también se descubrieron improntas de unos pocos cilindro-sellos de producción local con un repertorio iconográfico que recuerda con fuerza la glíptica de Uruk (por ej., fig. 44A-D más adelante). La presencia en Arslan Tepe de artefactos asociados a Uruk no es mera coincidencia. Las prospecciones indican que el yacimiento es el mayor de la llanura de Malatya y de la cercana cuenca del Tohma Su. Además,

el área de Malatya domina un importante paso a través de los montes Taurus e históricamente ha constituido el punto de confluencia natural de las rutas procedentes de la llanura de Kayseri y de la Anatolia central (vía Elbistan o el Tohma Su) y las rutas del este de Anatolia y de las llanuras siro-mesopotámicas (Yakar y Gürsan-Salzmann 1979).

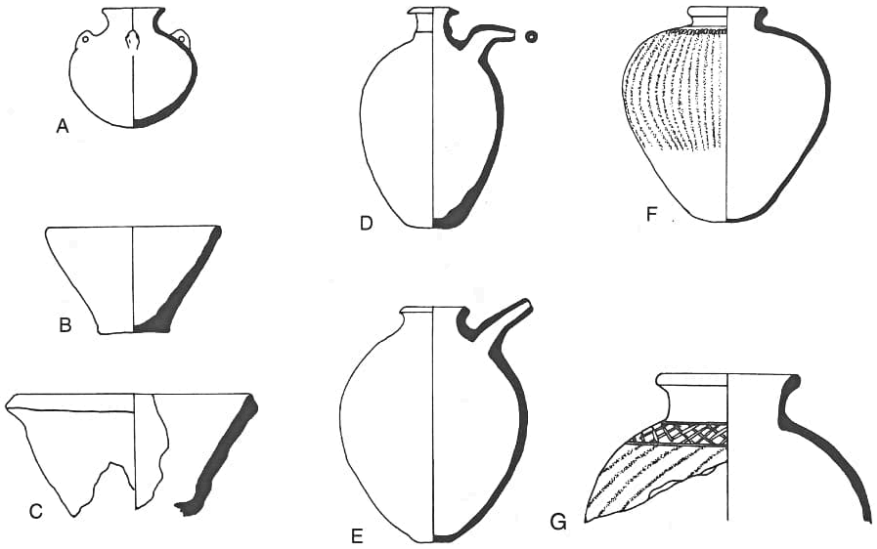


FIGURA 33. Cerámicas originarias de Uruk o de tipo Uruk de los niveles del Período VIA de Arslan Tepe.

Los recursos de las montañas

No sólo se encuentran materiales de Uruk en yacimientos que controlan el acceso a importantes rutas de montaña, sino que también aparecen con frecuencia en yacimientos indígenas que explotan conocidos depósitos de preciados recursos de las montañas. Esos yacimientos también están situados en lugares próximos a importantes rutas de comunicación. Este patrón es patente en el caso de los metales, sobre todo el cobre. En los montes Taurus, por ejemplo, se han descubierto indicios de fundición de cobre en los es-

tratos del Calcolítico reciente en yacimientos de la región del Keban, muy cerca de las grandes minas de cobre de Ergani y con acceso al área del Alto Khabur, en la Alta Mesopotamia, por las rutas que cruzan el macizo de Karacadağ/Tur Abdin. Dos de estos yacimientos, Tepecik y Norşuntepe, depararon gran cantidad de escoria de cobre (Esin 1975; Hauptmann 1975), indicativa de la existencia de una floreciente industria nativa posiblemente anterior pero ciertamente contemporánea de la red de enclaves de Uruk en el norte. El hecho de que se hayan documentado cerámicas de Uruk en uno de esos yacimientos, en Tepecik (fig. 34), no deja de ser interesante. Estos materiales no se descubrieron en el propio yacimiento principal, donde se realizaba la fundición, sino concentrados en una estructura aislada en la ladera suroccidental del tell (Esin 1982).

También existen importantes depósitos de cobre en la meseta iraní (J.R. Caldwell 1967; Wertime 1973; Berthoud *et al.* 1982). Allí también se documenta la presencia de varios tipos cerámicos de Uruk en el contexto de yacimientos locales que dominan el acceso a algunas de las principales minas de cobre de la zona (fig. 35). Por ejemplo, en Tepe Ghabrestan (Niveles IV. 1-3) se hallaron numerosos cuencos de borde biselado y algunas copas cónicas de Uruk (Majidzadeh 1976a). El yacimiento está situado cerca de las minas de cobre de la llanura de Qazvin, y es muy probable que fuera un importante centro metalúrgico desde por lo menos el v milenio a.C. (Majidzadeh 1979). Las sociedades de Uruk podían acceder a Ghabrestan a través de la Ruta de Khorasán o también por una ruta menor este-oeste hacia la Alta Mesopotamia a través del valle del Solduz y el Pequeño Zab.

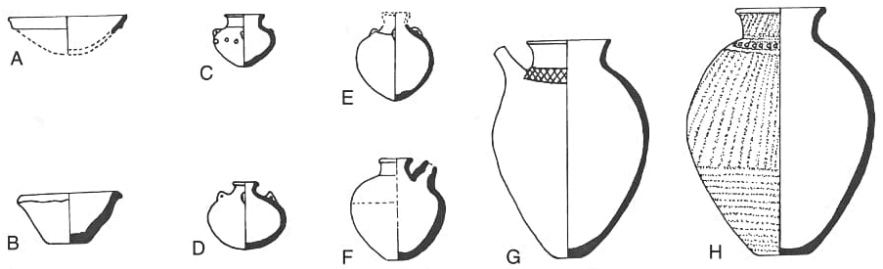


FIGURA 34. Cerámicas tipo Uruk de Tepecik.

Algo parecido ocurre con Tepe Sialk. Como se recordará, allí se estableció un puesto avanzado de Uruk cerca de la principal ruta norte-sur que cruzaba la meseta iraní. En un nivel anterior al puesto avanzado[50] se hallaron dos típicas botellas con pitorro de Uruk (fig. 27C), pero Amiet sugiere (1985, 1986), tras revisar la evidencia, que habría otros artefactos de Uruk, atribuidos inicialmente en la publicación original al Sialk IV, que podrían corresponder a niveles anteriores (fig. 27D, F, K). Sialk, al igual que Ghabrestan, estaba cerca de importantes minas de cobre (fig. 35), y ya era un gran centro metalúrgico mucho antes de que se documentara su primer contacto con las sociedades de Uruk (Majidzadeh 1976a). Es posible que en el área de Veshnoveh, en las inmediaciones de Sialk, ya hubiera minas a finales del IV milenio, aunque la evidencia no es concluyente (Holzer, Momenzadeh y Gropp 1971). Con todo, el análisis de los objetos de cobre de Susa y Sialk demuestran que en el período de transición del V al IV milenio, si no antes, ya se explotaban las minas de Anarak, las mayores de Irán y a sólo unos 100 kilómetros al este de Sialk, en el Dasht-i Kavir (Berthoud *et al.* 1982).

Por último, también hay importantes minas de cobre en la región de Kerman (Berthoud *et al.* 1982; J.R. Caldwell 1967). Aquí vuelven a aparecer algunos materiales de Uruk en yacimientos situados estratégicamente cerca de esas minas. Es el caso de Tal-i Iblis, en las inmediaciones de un gran depósito,

y de Tepe Yahya, cerca de minas menores (fig. 35). El caso de Iblis es el más claro. Situado en el valle del Bardsir, a unos 80 kilómetros al suroeste de Kerman, Iblis fue en el V milenio un importante centro metalúrgico indígena comparable a Ghabrestan o Sialk (J.R. Caldwell 1967). En los depósitos de finales del IV milenio del yacimiento (Iblis IV) se identificaron cuencos de borde biselado, jarras de cuatro asas y otros tipos de Uruk (J.R. Caldwell 1967: 25-25, figs. 24, 26, 45: 5). El caso de Yahya, a unos 200 kilómetros al sur de Kerman, es más ambiguo, ya que el único tipo de Uruk recuperado en niveles contemporáneos (Yahya Va) es un cuenco de borde biselado, y de él sólo pequeños fragmentos (Beale 1978: 301[51]). Los recursos del área de Kerman procesados en Iblis o Yahya eran accesibles a las sociedades de Uruk del Khuzestán, bien directamente por las rutas que atravesaban el centro y el sur de los Zagros y la cuenca del Kur, bien indirectamente desde el área de Sialk/Kanshan y a través de las rutas que flanqueaban el extremo occidental del Dasht-i Kavir y el Dasht-i Lut (J.R. Caldwell 1967: 26).

La distribución de los artefactos de Uruk en los montes Zagros/Taurus indica que los enclaves de Uruk en Siro-Mesopotamia y los estados de Uruk del Khuzestán controlaban el flujo de recursos y bienes de y hacia la llanura aluvial mesopotámica, pero que el control de las propias fuentes de materias primas y de las rutas a las llanuras estaba en manos de las comunidades indígenas abiertas al comercio. La evidencia arqueológica excavada en una de estas comunidades procede de Tepe Gawra, situado a unos 20 kilómetros al noreste de Nínive y próximo a una de las rutas que cruzan la llanura transtigrina siguiendo el curso del río Khosr hacia los Zagros (Almirantazgo Británico 1917; Ruta 67a). La evidencia del yacimiento es algo ambigua: en el

contexto de lo que apareció publicado como un pequeño tell, de unas dos hectáreas de extensión, se encontraron indicios de diferenciación espacial y social no del todo compatibles con nuestras hipótesis sobre la estructura social de los pequeños asentamientos de tamaño comparable al que se supone para Gawra. Por ejemplo, la singular estructura circular descubierta en el Nivel XI y las grandes estructuras tripartitas de los Niveles IX y VIII (Tobler 1950) sugieren un grado de movilización de mano de obra superior a los recursos normalmente asociados a una pequeña aldea. Una conclusión análoga cabe extraer de la presencia en el yacimiento de numerosas estampillas, que hablarían de bienes procedentes del área circundante (Rothman 1988). También sorprende la gran cantidad de recursos exóticos recuperados en algunas tumbas tardocalcolíticas de Gawra en el contexto de un asentamiento tan pequeño (Tobler 1950).

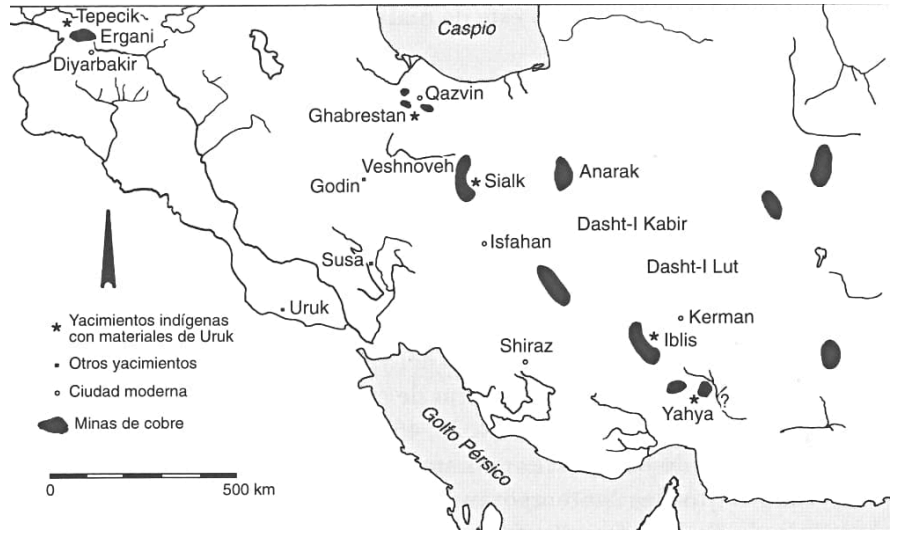


FIGURA 35. Principales depósitos de cobre del sureste de Anatolia, la meseta iraní y el oeste de Afganistán, y yacimientos próximos con materiales de Uruk.

Las discrepancias observadas en Gawra podrían deberse tal vez a la existencia de una terraza inferior alrededor del tell que habría pasado desapercibida a los arqueólogos.

(McG. Gibson, com. personal, 1986). Por lo tanto, es posible que Gawra, tal y como hoy la conocemos, represente sólo la acrópolis de un yacimiento bastante más grande. Pero también hay otros escenarios posibles (que no tienen por qué excluir el anterior). Rothman sugiere (1988), por ejemplo, que Gawra pudo ser un pequeño centro ceremonial y administrativo independiente, al servicio de grupos seminómadas de las llanuras transtigrinas y del piedemonte de los Zagros. Otra posibilidad sería que Gawra fuera un asentamiento especializado, tal vez un eslabón importante en la cadena de comunidades locales implicadas en el comercio entre la montaña y el llano. Desconocemos el posible rol, si es que lo hubo, de los grupos seminómadas en esos intercambios, pero esta última hipótesis explicaría la riqueza relativa de los niveles tardocalcolíticos del yacimiento por lo que se refiere a recursos exóticos de importación, tales como piedras preciosas y semipreciosas (turquesa, jade, hematites, lapislázuli, cornalina, diorita, mármol, alabastro, yeso, serpentina, esteatita, cuarzo), conchas marinas, marfil, obsidiana, cobre, plata y oro (Rothman 1988; Tobler 1950). Además, esta hipótesis del eslabón del intercambio también permitiría explicar las estrechas conexiones con las montañas plasmadas en gran parte de la cultura material de los niveles tardocalcolíticos de Gawra. Esta relación es especialmente estrecha en la glíptica y en el repertorio cerámico del yacimiento. La tradición glíptica de Gawra, con sus típicas escenas de animales astados y antitéticos (Tobler 1950) tiene paralelos idénticos en la tradición de las estampillas de yacimientos contemporáneos de los Zagros (D.H. Caldwell 1976) y de la meseta de Anatolia (Frangipane y Palmieri 1988). En las montañas también aparecen claros paralelos de las típicas cerámicas finas incisas de los Niveles IX XI (Tobler 1950: lám. LXXXa), documentadas

en varios yacimientos de Anatolia, sobre todo en Norşuntepe, en el área de Altinova de los Taurus orientales (Hauptmann 1979: lám. 30). También se observan conexiones con el área de Altinova en las prácticas funerarias de los habitantes del Calcolítico reciente de Gawra. Un ejemplo relevante son las tumbas rectangulares de adobe de los niveles VIII-IX (por ej., Tobler 1950: lám. XLVIa), que se corresponden perfectamente con las de Korucutepe (van Loon 1978: 10-11, lám. 9).

Materiales de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas

En muchos yacimientos tardocalcolíticos de las llanuras siro-mesopotámicas se han recuperado tipos cerámicos de Uruk dispersos y, con menor frecuencia, sellos. Estos materiales constituyen nuestra única evidencia del alcance y orientación de los contactos entre los emplazamientos ribereños de Uruk y las comunidades de las llanuras adyacentes.

Al este del Éufrates (fig. 32), por ejemplo, se documentan tipos cerámicos de Uruk aislados en (1) el importante yacimiento de Tell Hamoukar en el noreste de Siria (Sürenhagen, citado en Weiss 1983: 44); (2) varios pequeños yacimientos explorados en las llanuras al norte del Jebel Sinjar en el noroeste de Iraq (Wilkinson 1990b); (3) el gran yacimiento de Tell al-Hawa, también en las llanuras del Sinjar de Iraq (Rail, Tucker y Wilkinson 1989); y (4) varios yacimientos del flanco meridional del Jebel Sinjar en Iraq, entre ellos Tell Gudri (Abu al Soof 1985), Tell an-Nis (Lloyd 1938) y Grai Resh (Lloyd 1940). Al oeste del río (fig. 32) han aparecido cuencos de borde biselado en el importante yacimiento de Hama, junto al Orontes, donde se documentó una larga secuencia de

estos cuencos (Thuesen 1988: 114, tabla 26), y en tres yacimientos de la llanura de Antioquía, Alalakh (Woolley 1955b), Çatal Ḥöyük (fig. 36A) y Tell Judeidah (Braidwood y Braidwood 1960: 234). También se han encontrado algunos tipos de Uruk (por ej., fig. 36B-C) en Judeidah, concentrados en el suelo del final de la Fase F y principios de la Fase G (Braidwood y Braidwood 1960). Se han descubierto jarras con pitorro inclinado en una sepultura saqueada del Calcolítico reciente de Eski Oren (Archi, Pecorella y Salvini 1971: fig. 90), un pequeño tell junto al río Afrin en el área de Gaziantep. Por último, también aparecen tipos inespecíficos de cerámica de Uruk en un pequeño yacimiento del Calcolítico reciente cerca de Karatepe, junto al río Ceyhan, en el piedemonte meridional de los Taurus occidentales (M. Özdoğan, com. personal, 1988).

Menos corrientes pero también documentados en las llanuras al oeste del Éufrates, en el sureste de Turquía y Siria (fig. 32), son los cilindro-sellos grabados en versión local de la glíptica de Uruk claramente dependientes del uso del punzón. La mayoría son de procedencia desconocida, adquiridos en el mercado de antigüedades (por ej., fig. 36E[52]). Pero algunos de estos sellos pueden atribuirse con distintos grados de fiabilidad a yacimientos concretos. Especialmente interesantes son (1) un sello con una franja de animales astados contra un fondo de motivos escalonados (fig. 36D), posiblemente descubierto en Bas Shamra (antigua Ugarit); (2) cuatro sellos con diversos motivos de Tell Judeidah y Çatal Ḥöyük (por ej., fig. 36F[53]); (3) un sello que representa una manada de animales ante un santuario que recuerda con fuerza los sellos de Warka (Buchanan 1966: n.° 22; Heinrich 1936: lám. 19c), acaso procedente de Tell Aazaz, en la cuenca del Qoueiq al norte de Alepo; y (4) dos sellos con una versión lo-

cal del motivo de la franja de animales de Uruk (Buchanan 1966: n° 707, 715), procedentes de Tell Basher, un gran tell junto al río Sajur a medio camino entre Gaziantep y Karkemish (Archi, Pecorella y Salvini: 1971: 95-97).

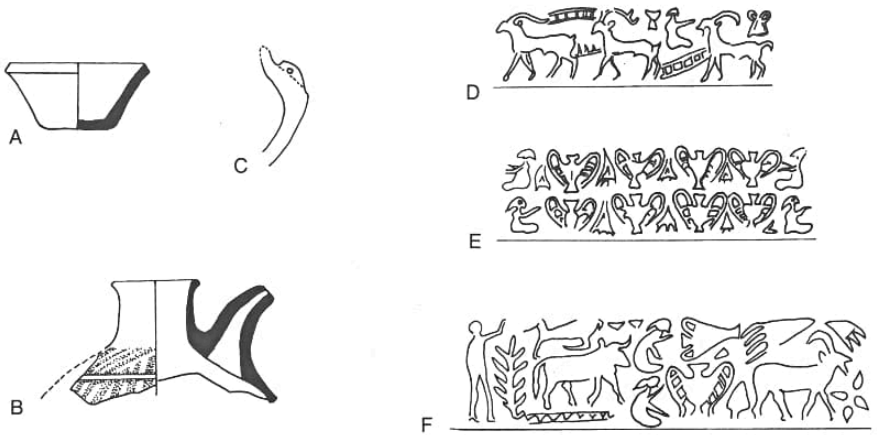


FIGURA 36. Cerámicas de tipo Uruk de la llanura de Antioquía y muestras de sellos de Uruk del norte de Siria.

En general, la distribución de los yacimientos tardocalcolíticos de las llanuras siro-mesopotámicas en los que se documentan artefactos de Uruk aislados no es tan fácil de caracterizar como la de los materiales de Uruk en los yacimientos de las montañas y del piedemonte citados anteriormente. El patrón más claro aparece al este del Éufrates, con algunos yacimientos que parecen haber sido relativamente importantes en sus lugares respectivos y otros situados junto a importantes rutas terrestres. Esto es manifiesto en el caso de los yacimientos del Sinjar. Los situados en el flanco meridional del Jebel Sinjar aparecen claramente alineados junto a la más meridional de las grandes rutas que comunican el Alto Tigris y el Alto Éufrates (fig. 20; Ruta 4; y fig. 21), mientras que los de las llanuras al norte del Jebel se alinean junto a las rutas más septentrionales (fig. 20; Ruta 3; y fig. 21). La reciente prospección realizada por Wilkinson en las llanuras septen-

trionales del Sinjar lo confirman. Este autor advirtió que pese a la abundancia de asentamientos del Calcolítico reciente, sólo una minoría de ellos deparó unos pocos fragmentos con desgrasante calcáreo de Uruk. Y lo más relevante del caso es que los yacimientos que depararon materiales de Uruk estaban en general situados junto a las rutas terrestres este-oeste de la zona (Wilkinson 1990b: fig. 6, yacimientos subrayados). Al oeste del Éufrates, en cambio, la distribución de los yacimientos locales con materiales de Uruk no está tan clara, dada la gran dispersión geográfica de los yacimientos en cuestión, y dada también la inexistencia, en muchos casos, de estudios exhaustivos de sus alrededores. La naturaleza de los asentamientos indígenas de Siro-Mesopotamia en la época de la intrusión de Uruk se abordará con detalle en el capítulo 5.

LOS BIENES DE INTERCAMBIO

A largo plazo, el intercambio intercultural y un cierto nivel de colaboración indígena son las únicas hipótesis que explican de manera satisfactoria la evidencia disponible sobre la presencia de Uruk en la periferia mesopotámica. Más concretamente, estas hipótesis explican (1) el patrón de emplazamiento de los enclaves de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas, (2) la posición por lo demás marginal de la concentración de Habuba/Qannas/Aruda, (3) los pequeños yacimientos de Uruk próximos a los grandes centros locales junto a la ruta del Balikh, (4) la posición aislada de los puestos avanzados de Uruk en los altos valles de los Zagros, (5) la distribución dispersa de artefactos de Uruk en yacimientos indígenas de montaña próximos a los recursos metalíferos y,

por último, (6) la riqueza material de algunos yacimientos locales como Gawra.

Exportaciones

No es mucho lo que se conoce sobre el tipo de bienes intercambiados, pero si la documentación de finales del III milenio y de principios del II puede servirnos de guía, la mayoría de bienes y productos exportados desde la llanura aluvial mesopotámica habrían sido perecederos, y este tipo de bienes no dejan huellas, o muy pocas, en el registro arqueológico. El principal artículo de aquella exportación habría sido los tejidos y telas acabadas. En efecto, todos los prerrequisitos para la manufactura y exportación de este tipo de productos textiles ya estaban presentes en las ciudades-estado mesopotámicas del período de Uruk (véase más adelante, cap. 7), aunque la evidencia física de tejidos en los yacimientos periféricos deberá esperar al desarrollo de técnicas de recuperación arqueológica más sofisticadas. Existen más dudas sobre si el excedente de grano fue un producto de exportación importante de la llanura aluvial mesopotámica. Lo cierto es que en la épica sumeria, cuando se habla de los reyes Enmerkar y Lugalbanda (Kramer 1952; Wilcke 1969), se mencionan las exportaciones de grano de la ciudad-estado de Uruk a la ciudad-estado de Aratta, situada en algún lugar de la meseta iraní, posiblemente en los alrededores de Kerman (Majidzadeh 1976b). Este dato llevó a Kohl (1978: 472) a sugerir que algunas comunidades del altiplano quizás dependían del grano aluvial para su subsistencia, aunque otros autores cuestionan esta tesis (por ej., Possehl 1986: 85). En cualquier caso, la idea de una exportación regular y sistemática de grano a larga distancia es muy poco probable,

porque a largo plazo el transporte terrestre de productos en gran cantidad y volumen, y a base de muías, entre la llanura aluvial mesopotámica y las montañas iraníes o anatólicas habría sido sencillamente antieconómico (Bairoch 1988: 11-12).

No sabemos si los diversos tipos cerámicos de Uruk recuperados en el altiplano se adquirieron por su contenido. La respuesta depende seguramente de la función de cada uno de los tipos implicados, lo cual está todavía por determinar. Además de los cuencos de borde biselado, las formas de Uruk más corrientes en los yacimientos periféricos son las jarras con pitorro, las vasijas de cuatro asas, las piriformes, los recipientes con asa de cuerda, y las vasijas de almacenaje con borde exvasado (fig. 29, 31, 33, 34, 36), aunque no todos los yacimientos presentan toda esta constelación de tipos, ni todos los ejemplares tienen por qué ser de importación. A primera vista resulta difícil entender la comercialización de los toscos cuencos de borde biselado que constituyen nuestra evidencia más frecuente de contactos interculturales. Esta inferencia viene ahora avalada por los resultados del análisis por activación neutrónica de cuencos de borde biselado recuperados en los alrededores de Samsat, en la región de la presa de Atatürk, en el sureste de Anatolia, que demuestran que esos cuencos tan característicos se fabricaron a base de arcillas locales típicas del yacimiento (Evins 1989). Las, al parecer, más valoradas por su contenido son las botellas con pitorro de Uruk halladas en almacenes de Arslan Tepe VIA. Como se verá más adelante, estos vasos permiten aventurar que Uruk también pudo exportar preciados líquidos (vino y aceite).

Aunque la mayoría de las improntas de cilindro-sellos halladas en Arslan Tepe con iconografía asociada a Uruk se deben a sellos de producción local (véase más adelante, cap. 6),

es posible que algunas de esas improntas fueran de origen mesopotámico y llegaran al yacimiento asociadas a bienes de intercambio. Por ejemplo, en el mismo almacén se encontró un tapón desechado correspondiente a una botella de Uruk con la impronta de un cilindro-sello todavía no publicado (Palmieri 1985: 32). En cambio, las improntas de estampilla encontradas en algunos enclaves de Uruk en el norte y en ciudades de Uruk en el sur pudieron producirse en yacimientos periféricos y llegar asociadas a bienes de un tipo hasta ahora no identificado. Por ejemplo, una impronta circular procedente de la plataforma del Eye Temple de Brak (Mallowan 1947lám. XXIV: 20) representa un venado en un estilo típico de la glíptica calcolítica de varios yacimientos del norte.[54]: Y algunas improntas de estampilla y sellos de Warka también podrían ser originarios del norte o de las montañas. La mayoría de estos sellos e impresiones son de origen desconocido (por ej., Jakob-Rost 1975: n.os 18, 20, 22, 32, 35; Heinrich 1936: lám. 20d), pero algunos del área del Ziggurat de Anu se recuperaron en niveles atribuidles con toda certeza al período de Uruk (por ej., fig. 37A-D).[55]

Importaciones

Pero ¿qué tipo de recursos se canalizaban hacia la llanura aluvial mesopotámica gracias al control por parte de Uruk de las estructuras comerciales de larga distancia en las llanuras siro-mesopotámicas a finales del IV milenio a. C., y qué recursos se adquirían a través de los estados de Uruk del Khuzestán? Cabe sugerir varias posibilidades según (1) el patrón de emplazamiento de los enclaves de Uruk en el norte y de los puestos avanzados en las montañas, (2) el patrón de distribución observado de los artefactos de Uruk en yaci-

mientos periféricos indígenas, y (3) la evidencia directa de recursos procedentes de la periferia recuperados en los yacimientos de Uruk de la llanura aluvial mesopotámica y la llanura susiana[56].

El emplazamiento de los puestos avanzados de Uruk en Godin Tepe y Tepe Sialk a lo largo de las principales rutas este-oeste y norte-sur que atraviesan la meseta central iraní es sin duda revelador de la importancia para las sociedades de Uruk de los recursos de la meseta y zonas más alejadas. Uno de esos recursos era el cobre, un bien esencial que ya predomina en las tablillas pictográficas más antiguas (Eanna IVa y III) de Warka (Nissen 1985b: 358). En contextos del período de Uruk, los objetos de cobre suelen ser frecuentes. En Uruk-Warka, por ejemplo, en la llanura aluvial mesopotámica, se documentan claramente numerosos vasos y útiles de cobre en los niveles anteriores al Templo Blanco del área del Ziggurat de Anu (Moorey 1985: 24-25), en el inventario del llamado *Riemchengebäude*[57] (Eanna IV; Lenzen 1958, 1959) y en el *Sammelfund* o «Depósito» (Eanna III, pero con reliquias anteriores; Heinrich 1936: 47). En Warka también se hallaron numerosos fragmentos de mineral de cobre (Heinrich 1938: 25) y lo que sin duda parece una antigua instalación de fundición de metales (Nissen 1970: 114). En yacimientos de Uruk del Khuzestán también son corrientes los útiles de cobre (por ej., Le Brun 1978a). Ya se ha destacado en la sección anterior que existe considerable evidencia de la explotación de depósitos de cobre en la meseta iraní mucho antes del período de Uruk. Pero es probable que a finales del IV milenio esa explotación ya se orientara, al menos en parte, a satisfacer las necesidades de los emergentes centros urbanos de Uruk. Esta posibilidad se infiere no sólo de la distribución de la cerámica de Uruk en los yacimientos locales

que controlaban el acceso a los recursos de cobre conocidos sino también, y sobre todo, de la implantación de un puesto avanzado de Uruk en Sialk. Además, la explotación del cobre iraní destinado a los centros de Uruk puede demostrarse de hecho en Susa. El análisis de los objetos de cobre de los niveles de Uruk (y anteriores) de este yacimiento demuestra que el cobre utilizado procedía de las minas de Anarak, del Dasht-i Kavir, muy cerca de Sialk (Berthoud *et al.* 1982).

FIGURA 37. Estampillas e improntas de estampillas de los niveles de Uruk de Warka.

La meseta central iraní también es rica en otros metales exóticos explotados por las sociedades de Uruk. Como mínimo cabe mencionar el oro, la plata y el plomo. La plata y el plomo suelen encontrarse en los mismos depósitos y ambos,

al igual que el cobre, se extraen de las minas de Anarak. También hay minas de plata en el Dasht-i Lut, cerca de la moderna ciudad de Yazd (J.R. Caldwell 1967). Se ha descubierto plata en yacimientos de Uruk, así como abalorios, colgantes y brazaletes de plata en Sialk en tumbas atribuibles al nivel del puesto avanzado de Uruk (IV. 1) (Amiet 1985: 308), y joyas de plata en tumbas de Uruk en Susa (Le Breton 1957: 109). En la llanura aluvial mesopotámica se han recuperado artefactos de plata en Warka, tanto en el *Riemchengebäude* (Lenzen 1958, 1959) como en el «Depósito» o *Sammelfund* (Heinrich 1936). Un indicio importante de que la plata de la meseta iraní llegaba a las sociedades de Uruk es su presencia en el puesto avanzado de Sialk. Otro indicio es que en el puesto avanzado de Sialk también aparece el plomo, un subproducto de la extracción de la plata (Amiet 1985: 297), y que Susa importaba durante el Uruk reciente (De Mecquenem 1943: fig. 14) para fabricar jarras con pitorro imitando formas cerámicas contemporáneas (Le Brun 1978a: fig. 24: 9-10).

En cambio, la explotación del oro de la meseta central durante el período de Uruk no es tan evidente. Existen importantes depósitos en la zona entre Qum y Golpayegan, no muy lejos de Tepe Sialk (J.R. Caldwell 1967). Existe muy poca evidencia disponible sobre el nivel de explotación de esos depósitos en la antigüedad, pero se han recuperado algunos abalorios de oro en el puesto avanzado de Sialk (Amiet 1985: 308). También es posible que se extrajera oro de las minas de los Zagros centrales en los alrededores de Nehavand y Hamadan, ambas con fácil acceso a la Ruta de Khorasán y el valle de Kangavar (Maxwell-Hyslop 1977: 85). Una última posibilidad es que el oro, y también el lapislázuli, se extrajera de minas afganas (Maxwell-Hyslop 1977: 85). En yacimientos de Uruk del Khuzestán se ha encontrado oro (Johnson 1987:

127), aunque no parece algo habitual. Sin embargo, se recuperaron algunos objetos de oro en yacimientos contemporáneos del sur de Iraq, por ejemplo en los estratos anteriores al Templo Blanco de Warka (Heinrich 1937: 53; 1938: lám. 29B), en el *Riemchengebäude* (Lenzen 1958) y en el «Depósito» o *Sammelfund* (Heinrich 1936: 47). El lapislázuli, como el oro, también surgió de una forma bastante repentina en el período de Uruk, y se han documentado numerosos ejemplares en Susa (Hermann 1968) y en Warka (Heinrich 1936; Lenzen 1958). En el Afganistán actual, el lapislázuli sólo se obtiene en las minas del lejano Badakhshán, y lo más probable es que llegara a las llanuras mesopotámicas o por la Ruta de Khorasán o a través de rutas transiraníes vía Kerman y Fars y la llanura susiana (Majidzadeh 1982). También son posibles rutas más septentrionales a través de Anatolia, ya que se encontraron trozos de lapislázuli sin elaborar en Jebel Aruda, junto al Éufrates (van Driel y van Driel-Murray 1979).

Mientras las sociedades de Uruk accedían al cobre, el oro, la plata, el plomo y el lapislázuli de la meseta central y más allá a través de los enclaves septentrionales o del Khuzestán, el acceso a otras materias que aparecen en los yacimientos de Uruk tuvo que hacerse a través de los dominios de Uruk del Khuzestán que controlaban las rutas a y del sureste de Irán que discurrían por el centro y sur de los Zagros. Estas rutas están bien documentadas en el III milenio a.C., y su utilización desde finales del IV milenio viene avalada, como se recordará, por la presencia de cerámica de Uruk en la llanura de Shar-i Kord y en la cuenca del Kur. Una de esas materias procedentes del sureste era la esteatita/clorita de la región de Kerman (Beale 1973; Kohl 1978), utilizada para fabricar cilindro-sellos (Asher-Greve y Stern 1983) y vasos rituales de intrincados grabados, como los de Warka y Ur (por ej.,

Moortgat 1969: láms. 15-16; Strommenger 1962: n.° 28). Cabe mencionar también diversas piedras preciosas y semipreciosas, a menudo utilizadas para engastes, abalorios, colgantes o amuletos. Las más frecuentes son la cornalina y el ágata, tal vez originarias de depósitos de la India occidental o de Afganistán central (Allchin 1979), pero que también se encuentran en la meseta central iraní. La mayor diversidad y cantidad apareció en el «Depósito» o *Sammelfund* (Heinrich 1936: 41-42), aunque las piedras exóticas también son corrientes en los contextos más antiguos de Susa (Le Brun 1978a; Steve y Gasche 1971) y de Warka. Entre los objetos del *Riemchengebäude*, por ejemplo, había un singular arcón en forma de trono con intrincadas incrustaciones de piedra calcárea, alabastro y lapislázuli de varios colores. También en Brak se encontraron varias piedras exóticas, utilizadas en pequeños amuletos y sellos, y en la decoración arquitectónica del friso del Eye Temple (Mallowan 1947).

Así como el emplazamiento de los puestos avanzados de Uruk en los Zagros y la distribución de los objetos de Uruk en los yacimientos traducen la importancia para las sociedades de Uruk de los recursos de la meseta central iraní, la situación de los enclaves mesopotámicos en las áreas siro-mesopotámicas del Alto Tigris, el Alto Khabur y el Alto Éufrates próximas a las rutas de y hacia las montañas del sureste de Anatolia y del noroeste de Irán es sin duda indicativa de la importancia de los recursos de esas regiones. Es indudable que algunos de los recursos más importantes fueron la madera y productos derivados, unos bienes esenciales pero difíciles de identificar. Las montañas kurdas del extremo oriental de Anatolia e Iraq aún estaban pobladas de densos bosques en el IV milenio a. C., y entre las especies explotables del área estaban el pino, las juníperas y el roble (Zohary

1973: 188-198; Willcox 1992). La madera de los Zagros transportada río abajo por el Tigris y sus afluentes puede ayudar a explicar Nínive, aunque lo cierto es que carecemos todavía de evidencia directa de la explotación de madera de los Zagros en el período de Uruk. Pero en el caso de Anatolia pisamos terreno más firme. Históricamente, la zona del nacimiento del Éufrates en el sureste de los Taurus ha sido la fuente principal de madera para las sociedades de la llanura aluvial mesopotámica, pobre en madera, un rol que se explica por las limitaciones del transporte: los troncos talados en el área de Malatya se tiraban al río y se dejaban flotar río abajo, asegurando así un transporte fácil y barato (Rowton 1967). Aunque la evidencia disponible no es concluyente, es probable que la exportación de madera desde el nacimiento del Éufrates al mercado de la llanura aluvial se iniciara ya en el período de Uruk con el fin de satisfacer las necesidades arquitectónicas del fulgurante crecimiento de los centros urbanos de Uruk (Margueron 1992). Existe cierta evidencia paleobotánica, aunque circunstancial, que avalaría esta hipótesis. Un estudio reciente de los materiales carbonizados hallados en los contextos arqueológicos de la región de Keban/Altinova sostiene que hubo un proceso de deforestación gradual en la antigüedad y que ese proceso se inició durante el Calcolítico reciente (Willcox 1974), que coincide con el establecimiento de los enclaves de Uruk en las llanuras septentrionales.

Además de la madera, los Taurus orientales también son ricos en diversos metales básicos y preciosos, como el cobre, la plata, el plomo y el oro. La importancia de las áreas de Keban/Altinova y de Ergani como fuente potencial de recursos metalíferos o de productos metálicos acabados para las sociedades de la Baja Mesopotamia viene confirmada por las re-

cientes prospecciones en las zonas metalíferas de esas áreas y su posible explotación en la antigüedad (De Jesús 1980; Yener 1983; Seeliger *et al.* 1985). De hecho, las excavaciones realizadas no hace mucho en la región de Keban/Altinova indican que esos recursos ya se explotaban a finales del IV milenio. Ya se ha mencionado el descubrimiento de considerable evidencia de fundición de cobre en los niveles tardocalcolíticos de yacimientos excavados en los Taurus orientales. Por consiguiente, es muy posible un origen anatólico de parte al menos del cobre hallado en los yacimientos de Uruk de la llanura aluvial mesopotámica, sobre todo dada la frecuencia de los útiles de cobre en algunos enclaves de Uruk en el norte, como por ejemplo en Habuba-süd (Strommenger 1980a), Jebel Aruda (Van Driel y Van Driel-Murray 1979) y Tell Brak, donde el cobre se utilizó para revestir una parte de los muros del santuario central del Eye Temple (Mallowan 1947: 32).

Las importantes minas polimetálicas del área de Keban/Altinova (Yener 1983; Seeliger *et al.* 1985) también son un origen posible de la plata y el plomo mesopotámicos del período de Uruk. La presencia de numerosos objetos de plata en sepulturas del Calcolítico reciente en Korucutepe, no muy lejos de las minas de Keban, sugieren que en la época de la expansión de Uruk las minas de plata del área se explotaron extensivamente (Brandt 1978; Van Loon 1978) y se documenta plata en el cercano enclave de Brak, en el Alto Khabur (Mallowan 1947: 95). Es muy probable que los objetos de plomo hallados en contextos septentrionales también tengan un origen anatólico. Es el caso de un cuenco de plomo hallado en depósitos del período de Uruk en el pequeño yacimiento de Umm Qseir, junto al Bajo Khabur, en Siria (Hole y Johnson 1986-1987: 183). En los Taurus orientales también había oro (Maxwell-Hyslop 1977) y la presencia de gran cantidad

de este metal en el friso del Eye Temple de Brak (Mallowan 1947: 93) sugiere la explotación de minas anatólicas para el mercado de Uruk. Por último, otra posible materia importada por la llanura aluvial mesopotámica desde los Taurus orientales es la obsidiana. Se hallaron numerosas laminillas de obsidiana en los *Riemchengebäude* (Lenzen 1959) de Warka. También del período de Uruk es un alijo de finos vasos de obsidiana recuperados en los estratos anteriores al Templo Blanco, también en Warka (Heinrich 1937: lám. 59; Jordán 1932: lám. 20A). Varios de esos vasos se parecen mucho a los ejemplares hallados en las tumbas del Calcolítico reciente de Tepe Gawra (Tobler 1950: lám. LIIIB-C) y pudieron importarse como productos acabados.

Aunque seguramente las concentraciones de Habuba/Qannas y de Birecik-Jerablus jugaron un papel en el control del tráfico fluvial de materias primas desde las montañas anatólicas hasta la llanura aluvial mesopotámica, no hay que olvidar que aquellos yacimientos también se orientaban hacia las rutas terrestres que cruzaban la Siria profunda y hacia el oeste. Esta orientación sugiere la posible explotación de recursos del suroeste de Anatolia y de las montañas del Líbano/Anti-Líbano y de los montes Amanus. La región del Amanus constituyó, lógicamente, una importante fuente de madera en el III milenio (Rowton 1967). El gran rey acadio Naram-Sin fue el primero de los muchos gobernantes mesopotámicos documentados en enviar expediciones para hacerse con los preciados cedros del Líbano (Hirsch 1963), pero aún no es posible saber con certeza si en tiempos de Uruk ya se realizaba la explotación forestal de los importantes recursos madereros del Amanus y del Líbano. Los recientes descubrimientos de minas polimetálicas en la región de Bolkardağ del Taurus, cerca de las Puertas Cilicias, también podrían ser

relevantes, sobre todo porque estas minas ya se explotaban en el Calcolítico reciente (Yener *et al.* 1989: 491). Aunque no disponemos de evidencia directa de la explotación de las minas de Bolkardağ para el mercado mesopotámico, la presencia ya citada de cerámica dispersa de tipo Uruk en la llanura de Antioquía a lo largo de la cuenca del río Ceyhan sugiere un cierto nivel de contactos entre las comunidades locales que controlaban el acceso a los recursos del Amanus y los Taurus occidentales y los asentamientos de Uruk del Éufrates.

Además de los recursos ya comentados conectados a rutas específicas, en el registro arqueológico de los yacimientos de Uruk se documentan otros materiales de importación que no pueden asociarse a un origen concreto. Uno de esos materiales era el betún, que se obtiene a partir de sustancias naturales en varios lugares del suroeste de Irán al pie de los Zagros, en la región del Medio Éufrates cerca de Hit, y en la región del Alto Tigris cerca de Mosul y Kirkuk (Marschner y Wright 1978). El betún se mezclaba con materia mineral y vegetal para producir una especie de asfalto que se utilizaba como mortero y también para impermeabilizar contextos arquitectónicos. Se utilizaron grandes cantidades de asfalto en las estructuras de Uruk en Warka (Heinrich 1937) y Tell Uqair (Lloyd y Safar 1943).

La piedra corriente fue otro de los productos importados, que en general tampoco puede vincularse a un origen concreto. Una de esas piedras era el yeso, abundante en las canteras al pie de los Zagros/Taurus (H.T. Wright, com. personal, 1992) y en las gargantas de los cursos del Tigris y del Éufrates en la Alta Mesopotamia y el sureste de Anatolia (H.E. Wright 1955: 85). En el período de Uruk, y luego con menos frecuencia, el yeso se calentaba para producir una es-

pecie de revoque para enlucir las paredes de los edificios más importantes. El revoque de yeso también se utilizaba, aunque con menos frecuencia, para fabricar los conos que luego se usaban como decoración mural en la arquitectura monumental, como en Eridu (Safar, Lloyd y Mustafa 1981: 240). Por último, el revoque de yeso también se utilizaba para fabricar ladrillos corrientes y mortero, destinados a la construcción. Esta peculiar práctica se documenta en varios yacimientos (Warka, Eridu, Tell Uqair, Ur y Mereijib; Hout y Maréchal 1985) y sugiere que en el período de Uruk el suministro de yeso importado fue especialmente abundante en los centros aluviales. Las ciudades de Uruk también importaron grandes cantidades de piedra calcárea en bloques, y esos bloques de piedra se destinaban a la construcción, una práctica que también desaparece o se documenta muy raramente después del período de Uruk. Algunos importantes edificios públicos del período de Uruk en Warka, por ejemplo, tenían basamentos de piedra, y una estructura singular y por lo que parece subterránea (*Steingebäude*) fue construida enteramente de piedra (Boehmer 1985). Los bloques de piedra calcárea también se utilizaron como fachada de la plataforma de los sucesivos edificios públicos del período de Uruk de Eridu (Safar, Lloyd y Mustafa 1981). La piedra calcárea se extraía de las canteras del desierto occidental no muy lejos de Warka y Eridu (Boehmer 1985). Pero no hay que descartar la posibilidad de que la piedra calcárea se extrajera de las canteras de las montañas siro-mesopotámicas y se transportara río abajo por el Tigris o el Éufrates, dadas las indudables ventajas del transporte fluvial para desplazar productos pesados o voluminosos.

Otra piedra importada fue el sílex. Abunda en el desierto occidental y también al pie de los Zagros y en las llanuras

septentrionales. Se habría importado como materia prima para la producción local de útiles, como indicaría el caso de Warka, ya que allí, en los *Riemchengebäude*, se encontraron varios núcleos y sus correspondientes hojas trapezoidales ya talladas (Eichmann 1987). Los útiles de sílex importados en forma de objetos acabados son más fáciles de identificar. Por ejemplo, se han recuperado raspadores tabulares en muchos yacimientos levantinos contemporáneos, y es evidente que se fabricaron para su exportación al Negev (Rosen 1983). Se han encontrado ejemplares dispersos en yacimientos tan distantes entre sí como Jebel Aruda, en Siria, y Chogha Mish, en el Khuzestán (Sürenhagen 1986a: 19-20). En Aruda también se han descubierto hojas cananeas de manufactura no local (Hanbury Tenison 1983), posiblemente importadas del Alto Éufrates, en Anatolia, ya que se han identificado talleres especializados en la fabricación de hojas cananeas para su distribución regional en Hassek Ḫöyük, una base de Uruk al norte de Samsat (Behm-Blancke *et al.* 1984: 35). Seguramente también se importaron como útiles acabados varias laminillas de cristal de roca, descubiertas como parte del ya mencionado alijo de artefactos de piedra laminada en los *Riemchengebäude* (Eichmann 1987).

En el período de Uruk también se importaron otras piedras exóticas de origen incierto. Entre las variedades más raras cabe mencionar las piedras calizas bituminosas de color, el cuarzo, la calcedonia, la amazonita, la amatista, la diorita, la aragonita, el cristal de roca y el jaspe (Heinrich 1936). Pero más frecuentes, aunque también raras, eran las piedras traslúcidas, como el alabastro y el yeso, su variante más estrecho aunque más tosco. El alabastro, el más espectacular de todos, se utilizaba para objetos rituales esculpidos, como el famoso vaso del Sammelfund de Warka (Moortgat 1969: lám.19), el

abrevadero de Warka actualmente en el Museo Británico (Moortgat 1969; láms. 17-18) y los cientos de amuletos ovales de Brak (Mallowan 1947: lám. XXV: 1-9). Más corrientes en los yacimientos de Uruk son los cilindro-sellos (Asher-Greve y Stern 1983) y diversos objetos utilitarios y votivos hechos de calcita o mármol, que presentan una amplia distribución, tanto en yacimientos de la llanura aluvial y del Khuzestán como en los enclaves y puestos avanzados de Uruk en la periferia. Entre estos objetos cabe mencionar las pesas macizas o cabezas de maza (?) con las típicas ranuras cruciformes (fig. 38A-C), diversos amuletos zoomorfos y estampillas (por ej., fig. 38D-I)[58] y varios recipientes y vasijas zoomorfas (por ej., fig. 38J-M).[59]. La manifiesta uniformidad de estos artefactos distintivos en áreas tan distantes es asombrosa, y sugiere la existencia de centros especializados dedicados a la fabricación de productos de exportación normalizados a la medida de las necesidades de los estados mesopotámicos del IV milenio, que recuerda mucho al comercio posterior de mediados del III milenio de las vasijas de clorita/esteatita grabadas en un «estilo intercultural» estudiadas por Kohl (1978, 1979). Si es así, entonces es muy posible que estos centros de producción estuvieran situados en las proximidades de las conocidas canteras de calcita y de yeso de alta calidad de la meseta central iraní (Beale 1973) o del Khuzestán, como Susa (Le Breton 1957: 109) o Tal-i Ghazir, donde Henry Wright (com. personal, 1992) descubrió numerosos fragmentos de cuencos de piedra inacabados dispersos en la superficie del área.

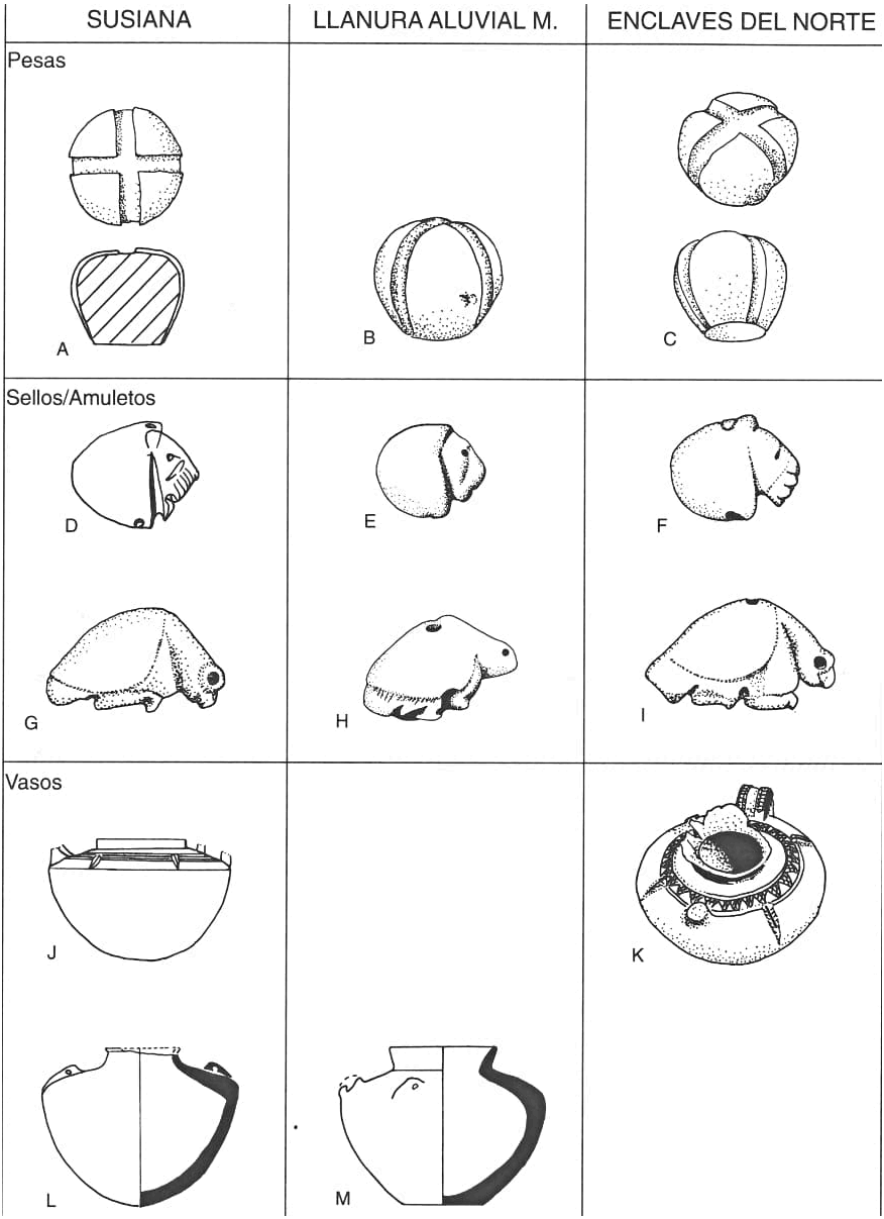


FIGURA 38. Paralelos en los objetos de piedra en yacimientos de Uruk de la susiana, la llanura aluvial mesopotámica y Siro-Mesopotamia.

Existe evidencia de comercio intercultural de vasijas acabadas de piedra entre la meseta iraní y el mundo mesopotámico durante el período de Uruk. Entre los lugares del período Banesh explorados por Alden en la cuenca del Kur había

un yacimiento (8G38) que databa del Banesh antiguo y antiguomedio, y que en el período de Uruk pudo ser un centro local de distribución y un punto de transbordo de vasos de piedra entre el este iraní y la llanura susiana. Son varios los factores que así lo sugieren. En primer lugar, se observan paralelos precisos entre las vasijas halladas en el yacimiento y las vasijas de los niveles de Uruk del Khuzestán y de la llanura aluvial mesopotámica[60]. En segundo lugar, en la superficie del yacimiento se encontraron cientos de fragmentos de cuencos fabricados con una piedra no accesible localmente, que presentaban fisuras, indicio de que los cuencos se rompieron en algún otro lugar y se tiraron al azar en el yacimiento. Por último, en el yacimiento no se encontraron ni restos ni huellas de fabricación, lo que indicaría que los cuencos se fabricaron en otro lugar (Alden 1979: 114).

En el período de Uruk también se importaron piedras semipreciosas y piedras corrientes, con una amplia distribución, para su transformación en objetos de expresión artística, vasos rituales, artefactos utilitarios y demás. Cabe citar como mínimo (1) el basalto originario del sureste de Anatolia (área de Karacadağ) o del norte de Siria (Jebel Haas) (Meyer 1981: 25-26), utilizado a veces en bajorrelieves como, por ejemplo, la famosa estela de la Caza del León de Warka (Moortgat 1969: lám.14), pero sobre todo para fabricar piedras de moler y artefactos asociados; (2) la piedra calcárea bituminosa procedente de los estratos oleaginosos de las montañas de Irán y del norte de Iraq, utilizada en la fabricación de vasos rituales, como los que aparecen habitualmente asociados a la arquitectura religiosa en Warka (por ej., Heinrich 1937: lám. 60; 1938: lám. 29A), y a la escultura en general, como la cabeza naturalista de carnero de Warka atribuible al período de Uruk según criterios estilísticos (Moortgat

1969: láms. 22-23); (3) el mármol, que se encuentra en el desierto sirio pero que es más corriente en los Zagros y en la meseta central iraní (Beale 1973), utilizado en vasos rituales (Lenzen 1958: lám. 40A-B) y también en el arte plástico, como la famosa cabeza femenina de Warka (Moortgat 1969: lám. 26); y (4) la serpentina de diferentes colores de origen desconocido, con la que se producían abalorios, amuletos, estampillas y cilindro-sellos (Asher-Greve y Stern 1983; Brandes 1979).

Otra posible importación de la llanura aluvial mesopotámica procedente de la periferia fue la mano de obra dependiente, basada en esclavos adquiridos a cambio de otros productos pero sobre todo y fundamentalmente en calidad de prisioneros de guerra. En las Tablillas Arcaicas de Warka ya se reconocen los signos que representan a los esclavos, hombres y mujeres, y es digno de mención que en ellas se dice explícitamente que aquellos primeros esclavos eran de origen extranjero (por ej., de las montañas) (Vaiman 1976: 24). Como afirma Weiss (1989) basándose en la investigación de Gelb (1976), seguramente los esclavos extranjeros nunca fueron el principal componente de la fuerza de trabajo del sector público en la Mesopotamia histórica. Pero es indudable que a veces se utilizaron esclavos extranjeros como trabajadores dependientes al servicio del estado, sobre todo tratándose de prisioneros de guerra recién capturados (Gelb 1973).

En la tabla 3 se resume la evidencia disponible sobre los recursos periféricos importados por las sociedades de Uruk y algunas sugerencias sobre las distintas fuentes.

Muchas de las importaciones mencionadas en la sección anterior se documentan en el registro arqueológico de muchos yacimientos de la Baja Mesopotamia siglos, si no mile-

nios, antes del período de Uruk. La novedad de finales del IV milenio es, pues, el aumento de la variedad —y seguramente de la cantidad— de los bienes importados, resultado sin duda de la creación de una red de enclaves y puestos avanzados de Uruk en lugares estratégicos fuera del área nuclear mesopotámica. En su apogeo, esta red tuvo que ejercer un considerable poder económico sobre todo el comercio de larga distancia de las llanuras siro-mesopotámicas y de las montañas circundantes. Los dominios de Uruk del Khuzestán tuvieron que desempeñar un rol similar respecto a las montañas periféricas del este de Irán. Estos roles implican que las comunidades indígenas de la periferia se mostraron hasta cierto punto proclives a participar en aquella gran red de intercambio creada por los asentamientos intrusivos de Uruk.

Pero además del rol desempeñado en el intercambio interregional, los enclaves de Uruk también habrían participado en el comercio intrarregional de la periferia. Es lo que da a entender la presencia de jarras de Uruk en los almacenes de Arslan Tepe VIA. A menos que se considere que las jarras se importaban por su valor intrínseco, es evidente que esos recipientes demuestran la implicación de Uruk en la circulación de líquidos muy apreciados, como el vino o el aceite. Pero en este caso, estos productos tuvieron que proceder de algunos de los enclaves de Uruk del norte, ya que la llanura aluvial mesopotámica no exportaba ni vino ni aceite (Pettinato 1972). Los candidatos más probables para este rol son los enclaves del Éufrates. Como se ha visto, aquellas instalaciones tuvieron que tener acceso al grano del interior de Siria para asegurar su supervivencia, y el vino y el aceite de la región de Gaziantep-Alepo, tradicional productora de estos bienes, pudieron formar parte de los productos adquiridos. Estos preciados líquidos podían luego embarcarse río abajo

hasta la llanura aluvial mesopotámica y reenvasarse para su exportación a todo el norte, como indica la evidencia de Arslan Tepe. La posterior documentación escrita de Mari menciona un posible paralelo: a principios del II milenio, Mari hizo las veces de *entrepôt* (puerto franco) indígena y desempeñó el rol de centro de recepción, reembalaje y transbordo de productos agrícolas procedentes del área de Alepo hacia occidente (Finet 1969: 44).

A pesar de todo, los detalles de la relación entre los asentamientos intrusivos y las comunidades tardocalcolíticas preexistentes siguen siendo borrosos, debido a las limitaciones inherentes a la interpretación de la evidencia puramente arqueológica a nuestra disposición. Sin embargo, es posible especular sobre esa relación comparando la evidencia descrita sobre la naturaleza, la lógica estratégica y la función de los enclaves de Uruk en el norte con toda la evidencia disponible acerca de las comunidades indígenas del Calcolítico reciente entre las que se establecieron. Ahora pasamos a abordar esa evidencia.

TABLA 3. Posible origen de los recursos importados por el núcleo mesopotámico en el período de Uruk

Recursos	Amanus (vía Habuba)	Taurus occidentales (vía enclaves del Éufrates)	Taurus orientales (vía enclaves del Éufrates)	Taurus orientales (vía Brak/ Ninive)	Montañas siro-mesopotámicas (vía enclaves septentrionales)	Meseta central iraní (vía Kurdistán, Ninive)	Meseta central iraní (vía Ruta de Khorasán, directa)	Meseta central iraní (vía Sialk Susiana)	Sureste de Irán (vía la Susiana)	Suroeste de Irán (vía la Susiana)	Desierto occidental (directo)	Procedencia desconocida
MANO DE OBRA/ esclavos					x							
MADERA												
Madera	x?		x			x?						
METALES												
Cobre			x	x		x	x	x	x			
Plata/Plomo		x	x	x				x				
Oro				x?		x?*	x?	x?	x?*			
PIEDRAS PRECIOSAS												
Lapislázuli			x			x*	x*	x*	x*			
Cornalina								x				
Ágata								x				
Calcedonia											x	
Amazonita											x	
Amatista											x	
Aragonita											x	
Jaspe											x	
Otras											x	
PIEDRAS SEMIPRECIOSAS												
Clorita								x				
Obsidiana		x		x		x						
Cristal de roca											x	
Cuarzo											x	
Alabastro					x		x	x				
Yeso				x	x	x	x	x	x			
Mármol						x	x	x				
Diorita											x	
Serpentina											x	
Piedra calcárea					x				x			
PIEDRAS COMUNES												
Basalto					x							
Piedra calcárea					x					x		
Sílex					x				x	x		
Útiles de sílex					x							
OTROS												
Betún					x				x			

Nota: * = origen alógeno.

TABLA 3. Posible origen de los recursos importados por el núcleo mesopotámico en el período de Uruk.

5. EL CALCOLÍTICO RECIENTE EN SIRO-MESOPOTAMIA

Comparados con la información disponible sobre los asentamientos sur-mesopotámicos del norte, nuestros conocimientos sobre las comunidades indígenas ya establecidas allí en la época de la intrusión de Uruk son escasos. Las excavaciones practicadas en yacimientos del Calcolítico reciente en Siro-Mesopotamia han sido escasas, lo mismo que los restos descubiertos, con la excepción de los yacimientos de Tepe Gawra, Qalinj Agha y Grai Resh. Los datos obtenidos sobre los patrones de asentamiento regionales a raíz de las prospecciones realizadas en algunas zonas de las llanuras siro-mesopotámicas son más consistentes, aunque no siempre fácilmente comparables. Pero antes de pasar a analizar la evidencia sobre la naturaleza de las comunidades locales del norte, es preciso abordar la relación cronológica entre los asentamientos indígenas y los intrusivos, ya que sólo así podremos valorar el impacto de la intrusión mesopotámica en las comunidades locales.

Cronología

Hasta no hace mucho, toda la información relativa a la relación cronológica entre la intrusión de Uruk y las culturas tardocalcolíticas preexistentes procedía de las excavaciones practicadas en unos pocos yacimientos remotos de las llanuras siro-mesopotámicas. La secuencia más relevante era la de Kuyunjik, el gran tell de Nínive, cerca de Mosul, explorado por los arqueólogos británicos a finales de la década de 1920 y principios de los años treinta (Campbell Thompson y Hutchinson 1931; Campbell Thompson y Hamilton 1932; Campbell Thompson y Mallowan 1933[61]). Las excavaciones realizadas en el área del Templo de Ishtar, y un profundo sondeo realizado cerca de allí revelaron al menos 14 metros de depósitos que abarcaban desde el Calcolítico reciente (Nínive III) y Uruk (Nínive IV) hasta la transición al Bronce Antiguo (Nínive V). Aquel sondeo parecía evidenciar que la relación entre el conjunto tardocalcolítico indígena, con su cerámica de desgrasante vegetal y su tradición glíptica de la estampilla, y el conjunto del período de Uruk, con su inconfundible cerámica con desgrasante calcáreo fabricada en serie y su glíptica asociada al cilindro-sello, era excluyente: el conjunto intrusivo surmesopotámico parecía sustituir a los materiales preexistentes.

La secuencia tardocalcolítica de Nínive aparecía yuxtapuesta a la secuencia del cercano yacimiento de Tepe Gawra, presumiblemente contemporáneo aunque mucho más pequeño, excavado por una expedición americana muy poco después de finalizadas las excavaciones de Nínive (Speiser 1935; Tobler 1950; Rothman 1988). La importancia de Tepe Gawra se debe, en gran medida, a que fue excavado, registrado y

publicado con extrema meticulosidad (para su tiempo). Permite una visión muy amplia de los niveles del Calcolítico reciente, de hecho mucho más amplia que la que ofrecen los niveles comparables de Nínive. Pero a diferencia de este último yacimiento, donde se observaron vastas conexiones con el período de Uruk, en Tepe Gawra se halló un conjunto local sin relación aparente con los materiales de la Baja Mesopotamia documentados en Nínive.

Esta antítesis manifiesta entre el yacimiento de Nínive y el de Gawra se repetía en otros yacimientos y regiones de las llanuras siro-mesopotámicas. Las claras conexiones con Uruk observables en Nínive eran similares a las descubiertas en Tell Brak muy poco después del final de las excavaciones en el área del Tigris[62]. Pero la evidencia de Brak contrastaba con las secuencias arqueológicas de varios yacimientos con depósitos tardocalcolíticos de la Siria profunda excavados más o menos por la misma época, sobre todo Tabara el-Akrad (Hood 1951), Tell Atcana (Woolley 1955b), Tell es-Sheikh (Woolley 1953), Tell Judeidah y Tell Dhabab (Braidwood y Braidwood 1960), todos ellos en la región de Antioquía, y Coba Ḥöyük al este de Gaziantep (Du Plat Taylor, Seton Williams y Waechter 1950). La secuencia más reveladora de todas ellas fue la de Tell Judeidah, un yacimiento explorado por el Instituto Oriental (Braidwood y Braidwood 1960). La excavación de los niveles pertinentes de ese yacimiento deparó un conjunto local con desgrasante vegetal similar, de hecho, al de los niveles del Calcolítico reciente de Nínive (Nínive III) y Gawra (XI-VIII). Pero, como decíamos en el capítulo anterior, en ese conjunto también se identificaron algunos tipos de Uruk.

En otras palabras, las distintas líneas de evidencia enumeradas presentaban un cuadro aparentemente confuso de la

relación cronológica entre los yacimientos tardocalcolíticos y los yacimientos de Uruk en las llanuras siromesopotámicas. Estos dos conjuntos ¿constituyen fenómenos contemporáneos pero mutuamente excluyentes, como parecían revelar las diferencias entre Nínive y Gawra, o bien representan dos tradiciones contemporáneas en interacción, como parecía apuntar la evidencia del área de Antioquía, o acaso dos etapas diferentes de un mismo continuum de evolución cultural, como parecía sugerir la secuencia de Nínive? Esta confusión se refleja perfectamente en el intento de Speiser (1935: 153) de correlacionar la secuencia tardocalcolítica de su yacimiento, Tepe Gawra, con la del yacimiento vecino de Nínive, dos secuencias que, según la correcta observación de este autor, efectivamente no coincidían. Pero el problema de la correlación de Speiser no era arqueológico sino conceptual, y desaparece tan pronto se aprehende la naturaleza radicalmente distinta de ambos yacimientos. Pero ese conocimiento habría de esperar los resultados de ulteriores investigaciones.

La relación cronológica entre los yacimientos indígenas tardocalcolíticos del norte y los yacimientos con un abrumador componente sur-mesopotámico se ha podido clarificar no hace mucho gracias a las nuevas investigaciones y a las concienzudas excavaciones realizadas en el área de la presa de Atatürk en el Éufrates, en el sureste de Turquía, donde los dos conjuntos aparecieron por primera vez claramente asociados. Especialmente importantes son las excavaciones llevadas a cabo en Hassek Ḫöyük y en Kurban Ḫöyük, ambos a orillas del río, pero a unos 60 kilómetros de distancia uno de otro. De los dos yacimientos, Hassek Ḫöyük, una pequeña base de Uruk junto a un vado del río, es el más extenso, pero no ha deparado ninguna secuencia. Como se apunta en el capítulo 3, la única fase de Uruk en Hassek se encontró directa-

mente encima de la roca virgen. Pero se trata de una fase de enorme importancia desde el punto de vista cronológico, porque en ella los elementos de la cultura material de Uruk aparecen al lado de un conjunto local del Calcolítico reciente, dejando así bien patente que ambos conjuntos son en alguna medida contemporáneos. La cerámica, por ejemplo, incluye varios tipos característicos de Uruk (fig. 39[63]), aunque son sólo una parte del conjunto total cerámico del yacimiento, que contiene además un importante componente de formas indígenas con desgrasante vegetal del Calcolítico reciente[64]. La evidencia glíptica de Hassek también aparece mezclada: algunas estampillas de estilo local aparecen asociadas a cilindro-sellos locales de tipo mesopotámico[65]. Pero el origen de otros artefactos del yacimiento es inconfundiblemente de Uruk. Como se recordará, la estructura central del asentamiento es típica de Uruk y tiene paralelos concretos en Habuba Kabirasüd (fig. 23A-B). Aquella estructura presentaba una decoración a base de conos murales de terracota y de placas que imitaban conos (Behm-Blancke 1989), un tipo de decoración arquitectónica bastante habitual en las estructuras públicas de Uruk[66]. Hay una impronta de cilindro-sello con un grifo que también corresponde a un estilo que sólo aparece en la glíptica del período de Uruk, sin duda impresa por un sello mesopotámico (Behm-Blancke *et al.* 1984: lám. 12: 5). Entre los demás objetos claramente mesopotámicos del yacimiento había asimismo un ídolo oculado (Behm-Blancke *et al.* 1981: lám. 12: 5).

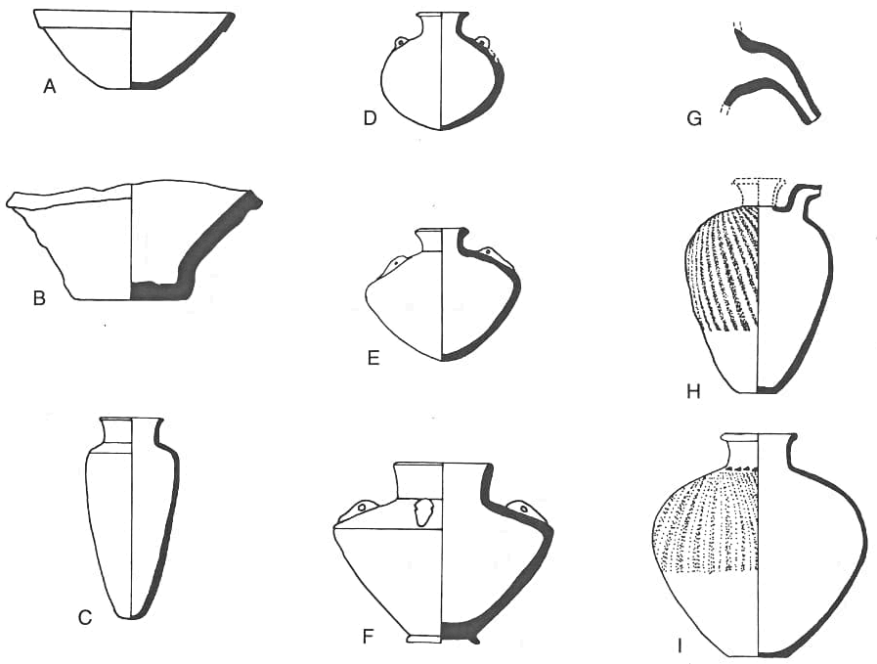


FIGURA 39. Cerámicas de Uruk de Hassek Ḥöyük.

Pero la secuencia clave del Calcolítico reciente en el área de la presa de Atatürk es la descubierta en las recientes excavaciones realizadas por el Instituto Oriental en Kurban Ḥöyük, un yacimiento indígena en las inmediaciones de Samsat, donde se identificaron cinco fases superpuestas del Calcolítico reciente. Por consiguiente, el yacimiento proporciona lo que ningún otro yacimiento siro-mesopotámico junto al Éufrates o el Khabur ha podido ofrecer hasta la fecha: una secuencia estratificada que no sólo se correlaciona con el momento del inicio de la influencia de Uruk en la zona, sino que además es también anterior a él[67]. Como el yacimiento ya se describe con detalle en otro momento (Algaze *et al.* 1990), aquí tan sólo presentaremos un breve resumen de la evidencia pertinente del Calcolítico reciente.

Kurban Ḥöyük es un yacimiento multiperíodo de doble cono con una extensión máxima de unas 6 hectáreas. La ocu-

pación principal del yacimiento data de la segunda mitad del III milenio a. C. y el grosor de los depósitos situados directamente encima de los niveles del Calcolítico reciente es considerable. Así pues, sólo se han podido excavar porciones relativamente pequeñas de este último período. En los tres cortes verticales practicados, bastante espaciados unos de otros, se recuperaron los estratos pertinentes: en el Área A, un corte de 3,5×60 metros en el flanco norte del tell meridional mayor; en el Área COI, una prospección de 3×9 metros en el centro del tell septentrional menor; y en el Área F, un sondeo de 4×4 metros en la zona deprimida entre ambos tells, aunque sólo se identificaron depósitos de ocupación en las áreas A y COI (fig. 40).

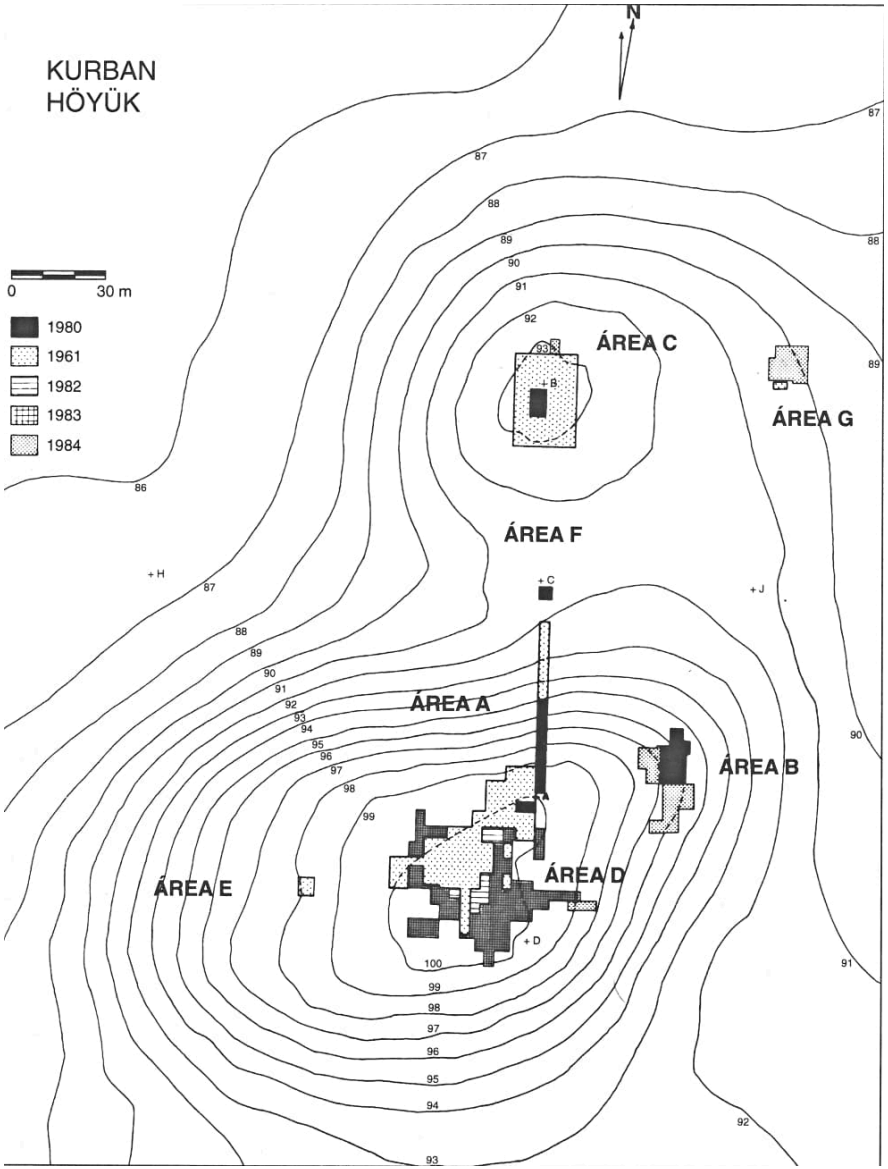


FIGURA 40. Planta de Kurban Ḥöyük con la situación de las áreas excavadas.

De las tres áreas mencionadas, sólo en el Área A se identificó una secuencia del Calcolítico reciente: se excavaron unos 1,9 metros de depósitos en un corte de unos 30 metros cuadrados, con un volumen total excavado de unos 58 metros cúbicos. Se identificaron cinco fases del Calcolítico re-

ciente. La definición de la más antigua presentó dificultades, ya que contenía estratos de relleno amorfo asociado a una superficie exterior donde se encontró un hogar. Pero las fases inmediatamente posteriores fueron más fáciles de identificar, ya que contenían una arquitectura mucho mejor definida. Lamentablemente, la naturaleza funcional de los restos hallados en estas fases más tardías no está clara, ya que aquel estrecho corte sólo permitió acceder a partes de las estructuras. Aun así, se obtuvo una clara secuencia de muros superpuestos asociados a sus respectivos suelos y superficies interiores y exteriores.

En la fase más antigua de las cinco etapas tardocalcolíticas del Área A (Fase 6: Período VIB) se descubrió un conjunto indígena formado mayoritariamente por cerámicas con desgrasante vegetal del tipo definido por primera vez por Braidwood en el Amuq (fig. 41T-EE) y un pequeño componente de cerámicas con desgrasante calcáreo de repertorio limitado (por ej., fig. 4IR, S).[68] En esta fase, la típica cerámica de Uruk aparece sólo en cantidades estadísticamente irrelevantes y se supone intrusiva[69]. Pero en las cuatro fases más tardías (Fases 7-10: Período VIA) se introdujeron varias cerámicas de origen incuestionablemente sur-mesopotámico en porcentajes en general cada vez mayores, aunque siguen apareciendo las formas indígenas con desgrasante vegetal identificadas ya en los niveles inferiores. Entre los tipos característicos de Uruk en estas fases más tardías aparecen muchos tipos documentados en Hassek Ḥöyük, como, por ejemplo, cuencos de borde biselado (fig. 41E), jarras de cuatro asas (fig. 41G-H), jarras con asa de cuerda (fig. 41F, K-L), pitorros inclinados y abocinados (fig. 41P, Q), jarras ovoides con pitorro con zona de reserva de engobe y decoración diagonal (fig. 411), jarras con pitorro alargado de boca estrecha (fig. 41M-O), vasijas de

almacenaje con bordes exvasados (fig. 41J), copas cónicas de base cortada a cordel (fig. 41A-C), y cuencos con bordes en banda (fig. 41D).

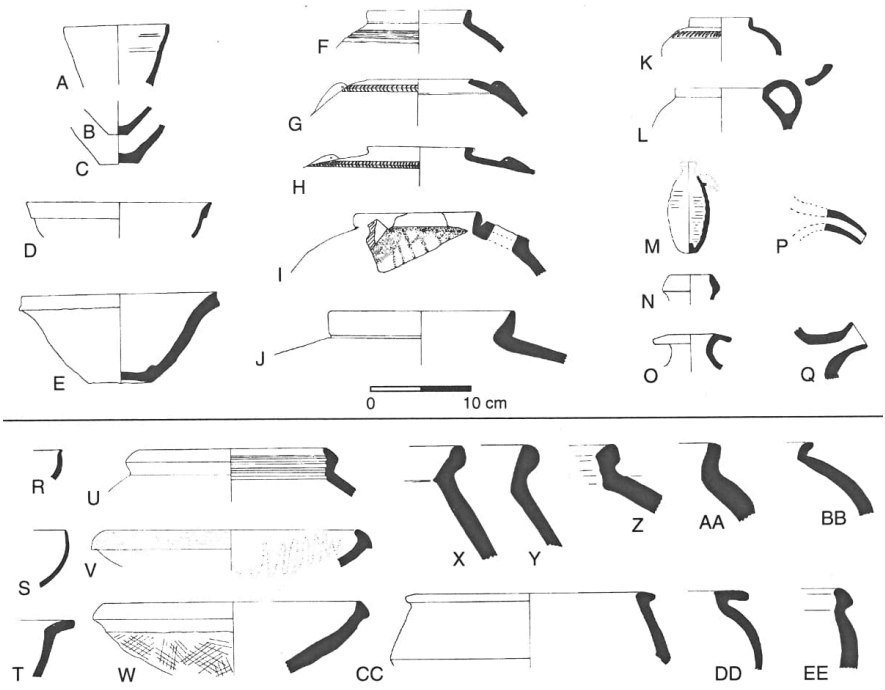


FIGURA 41. Cerámicas de Uruk y cerámicas con desgrasante vegetal indígenas de los niveles tardocalcolíticos de Kurban Ḥöyük.

Cabe discernir un cambio en el conjunto cerámico de las cuatro fases atribuidas al Período VIA: en cada fase sucesiva, aumenta el porcentaje relativo de cerámicas con desgrasante calcáreo, muchas de afiliación meridional, al tiempo que decrece la proporción de las formas indígenas con desgrasante vegetal. En las dos fases más tardías, el conjunto con desgrasante calcáreo es ya mucho más corriente que la tradición con desgrasante vegetal a la que sustituye. Los datos pertinentes aparecen resumidos en la figura 42, que detalla el peso y las frecuencias relativas del conjunto con desgrasante vegetal indígena respecto a la tradición exógena con desgra-

sante calcáreo en cada una de las fases tardocalcolíticas del Área A en Kurban Ḥöyük (Algaze *et al.* 1990).

La evidencia recuperada en el Área A de Kurban Ḥöyük complementa y amplía la de Hassek Ḥöyük, en la medida en que revela la existencia de una ocupación indígena del Calcolítico reciente en el área de la presa de Atatürk anterior al inicio de los contactos con las comunidades de Uruk. Además, los datos de Kurban concuerdan con los de Hassek a la hora de demostrar la contemporaneidad parcial de los yacimientos tardocalcolíticos del norte y el proceso de expansión de Uruk en la zona. Si el profundo sondeo realizado en el área del Templo de Ishtar en Nínive se hubiera excavado con más cuidado, esta conclusión se habría podido alcanzar hace tiempo. La nueva evidencia aportada por las excavaciones italianas en Arslan Tepe, en Malatya, por las excavaciones de la Universidad de Yale en Tell Leilan, en el Alto Khabur, y por la reinterpretación por parte del Instituto Oriental de antiguas excavaciones en Tell Judeidah demuestran que la nueva secuencia del Calcolítico reciente en la cuenca de Atatürk es representativa de toda Siro-Mesopotamia, e incluso también de las montañas.

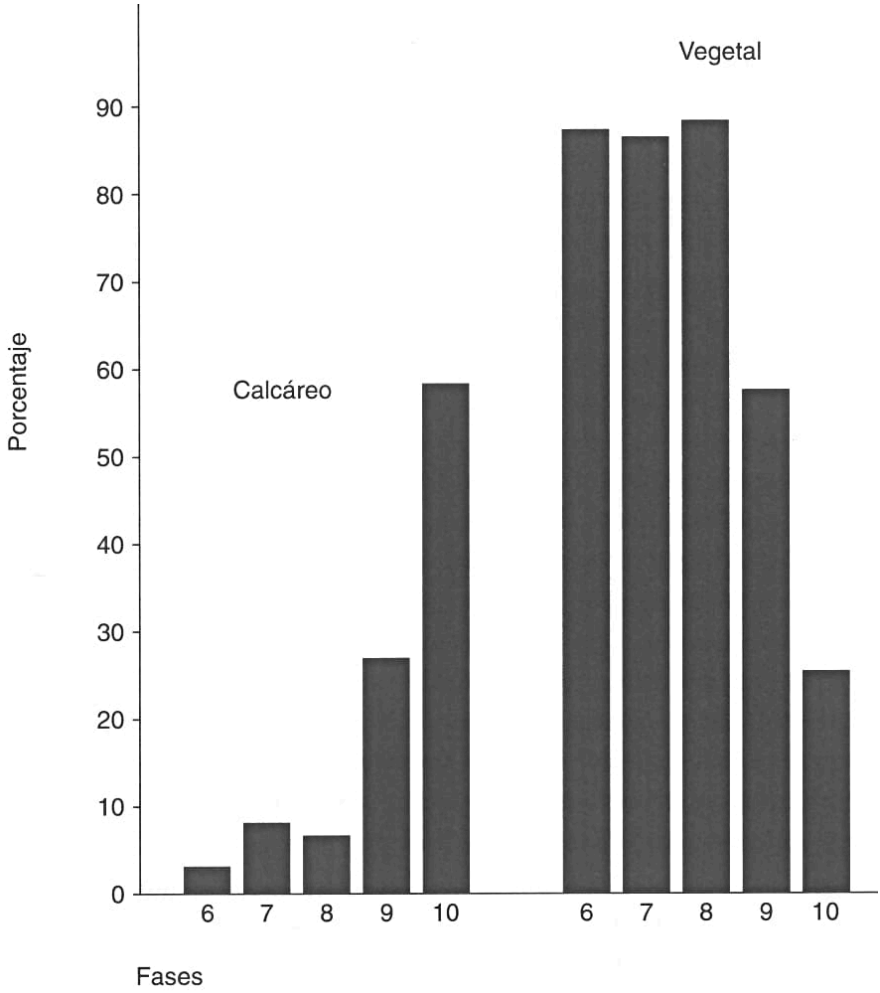


FIGURA 42. Frecuencias relativas de la cerámica indígena con desgrasante vegetal y cerámica lisa de los niveles tardocalcolíticos del Área A de Kurban Ḥöyük.

En Arslan Tepe, el nivel tardocalcolítico más antiguo (Período VII) reveló un conjunto relacionado con el Amuq F, similar en muchos aspectos al de la fase inferior del Calcolítico reciente de Kurban Ḥöyük: la abrumadora mayoría de ambos conjuntos cerámicos contiene desgrasante vegetal y sólo una cantidad irrelevante de cerámicas lisas, ninguna de ellas en los estilos típicos de Uruk. Pero en el nivel siguiente del yacimiento, del Período VIA, el conjunto con desgrasante vegetal

más antiguo aparece sustituido por un conjunto mixto con un importante componente de cerámica bruñida roja/negra regional así como una industria local de cerámica lisa fabricada en serie con claras afinidades mesopotámicas (Palmieri 1973, 1981; Frangipane y Palmieri 1988). También asociados se hallaron varios tipos cerámicos inconfundibles de Uruk, ya mencionados en el capítulo 4 (fig. 33). Según Sürenhagen (1985), algunos de estos tipos son claramente de importación. El carácter de la transición entre los Períodos VII y VIA de Arslan Tepe es incierto, porque sigue sin descubrirse un nexo estratigráfico. Sin embargo, a grandes rasgos, la secuencia de Arslan Tepe coincide con la de Kurban Ḥöyük en que, en ambos yacimientos, el conjunto con desgrasante vegetal del tipo Amuq F se ve sustituido por una tradición cerámica producida en serie en la que se observa cierto grado de influencia mesopotámica.

Las recientes excavaciones en Tell Leilan ofrecen un corpus complementario de materiales que demuestra el largo proceso de desarrollo *in situ* que conocieron los yacimientos indígenas del Calcolítico reciente antes de iniciarse los contactos con la llanura aluvial mesopotámica. En Leilan, el corte de la Operación 1 ha revelado una secuencia de depósitos tardocalcolíticos mucho más larga que la de Kurban Ḥöyük. En siete estratos (Período V: estratos 44-51) aparecen conjuntos con desgrasante vegetal del tipo Amuq F y sólo pequeños restos de cerámica con desgrasante calcáreo. Estos conjuntos son, por lo tanto, inmediatamente comparables al de la fase inferior de los depósitos tardocalcolíticos de Kurban (Período VIB) o Malatya (Período VII). Los siguientes tres estratos de Leilan (Período IV: estratos 41-43) contienen un conjunto similar, además de cuencos de borde biselado (Schwartz 1988b). Aunque el aumento de la frecuencia de las

cerámicas con desgrasante calcáreo fabricadas en serie de las fases tardocalcolíticas de Kurban, y en menor medida de Arslan Tepe VIA, aún no ha deparado paralelos en Leilan, la presencia de cuencos de borde biselado en los estratos de Leilan IV permite correlacionar estos estratos con las fases tardocalcolíticas más tardías tanto de Kurban Ḥöyük (Período VIA) como de Arslan Tepe (Período VIA[70]).

La secuencia tardocalcolítica local de Tell Judeidah es asimismo muy similar a la que acabamos de describir para las áreas del Éufrates, Malatya y el Alto Khabur, aunque esta semejanza no se reconociera inmediatamente en la publicación original. Como ocurría en la fase tardocalcolítica más antigua de Kurban Ḥöyük (VIB), en los materiales del Período VII de Malatya, y en el conjunto del Período V de Leilan, en el pavimento tardocalcolítico más antiguo del sondeo JK3 de Judeidah (22) se descubrió un conjunto con desgrasante vegetal con algunos restos de cerámica con desgrasante calcáreo. En cambio, el pavimento inmediatamente posterior (21) deparó un conjunto mixto que recuerda al de las fases tardocalcolíticas más tardías de la secuencia de Kurban Ḥöyük: un predominio de la cerámica con desgrasante vegetal pero asociado a un componente importante de cerámicas con desgrasante calcáreo (13-18 por ciento) (Braidwood y Braidwood 1960: 228, 264, tabla III). Este conjunto mixto caracteriza asimismo los siguientes tres pavimentos de la secuencia (20-18), todos ellos atribuidos en la publicación a principios del Bronce antiguo (Amuq G). Pero en mi opinión, los pavimentos 20-18 del sondeo JK3 marcan el final del Calcolítico reciente. Esta opinión se basa en varios factores[71]. El primero, ya mencionado, es que un porcentaje importante de cerámicas con desgrasante vegetal de Amuq F (17-23 por ciento del total) aparece en todos los suelos hasta el más antiguo de

Amuq G (20). Otro factor es que, al igual que ocurre en las fases tardocalcolíticas más tardías de Kurban y en los nivele del Período VIA de Arslan Tepe, los pavimentos 20-18 del sondeo de Judeidah depararon varias cerámicas típicas del período de Uruk, entre ellas cuencos de borde biselado, pitorros inclinados, zona de reserva de engobe con decoración en diagonal y asas nasiformes alargadas (fig. 36A-C).

En suma, la evidencia procedente de Kurban Ḥöyük, Arslan Tepe, Tell Leilan y Judeidah permiten clarificar la relación cronológica entre los yacimientos indígenas tardocalcolíticos del norte y los enclaves de Uruk. La intrusión de elementos sur-mesopotámicos en las estepas del norte tuvo lugar sólo después de una larga evolución *in situ* de las culturas locales del Calcolítico reciente. Por lo tanto, cabe concluir que los yacimientos de Uruk y los del Calcolítico reciente del norte son sólo parcialmente contemporáneos.

La cultura del Calcolítico reciente y la integración social

Dado que, en términos comparativos, poseemos más información sobre la naturaleza de los enclaves intrusivos de Uruk en el norte que sobre el medio cultural donde se establecieron, cuanto se diga acerca de las comunidades preexistentes es casi exclusivamente una inferencia a partir de sus contrastes con, y por referencia a, los enclaves mejor conocidos. Yo sugiero que estos enclaves fueron notablemente mayores y seguramente más complejos desde el punto de vista social, político y económico que el mayor de los yacimientos indígenas de su entorno. Esta deducción se basa en las excavaciones y prospecciones realizadas en las llanuras siro-mesopotámicas.

La evidencia sobre la naturaleza de la cultura y la integración social del Calcolítico reciente en el norte es, en el mejor de los casos, ambigua. Las diversas prospecciones y excavaciones realizadas en Siro-Mesopotamia han revelado un grado sorprendente de homogeneidad de la cultura material en un área muy extensa. Ese dato se basa en la distribución del típico conjunto cerámico con desgrasante vegetal (Amuq F) del período, que aparece en todo el arco este-oeste, desde la costa y el norte de Siria hasta la Alta Mesopotamia y las llanuras transtigrinas. En el norte, este conjunto se extendía al menos hasta el flanco meridional de las montañas de Anatolia. Dentro de este amplio horizonte geográfico, cabe trazar paralelos bastante estrechos, por ejemplo, entre los conjuntos cerámicos de Tell Judeidah, en la llanura de Antioquía (Amuq F), de Nínive, junto al Tigris (Nínive III), y de Arslan Tepe (VII), en la región de Malatya de las montañas anatólicas, por mencionar sólo algunos de los yacimientos mejor conocidos y más alejados entre sí. Pero siguen sin conocerse áreas enteras, y se han excavado relativamente pocos tells, de modo que carecemos de un corpus de evidencia sólido y concluyente. Pero existen algunos indicios de que, al menos en las riberas del Éufrates y, al oeste, en las llanuras sirias, los yacimientos del Calcolítico reciente fueron relativamente pequeños y dispersos.

Una reciente prospección de la cuenca del río Qoueiq, en los alrededores de Alepo, a cargo del equipo dirigido por Matthers, por ejemplo, muestra que durante el Calcolítico reciente el área acotada por la prospección estuvo densamente poblada en términos relativos, ya que se reconoció un total de treinta y dos tells (Mellaart 1981: 152-153).[72] Pero no está clara la distinción de una jerarquía de asentamientos dentro del área explorada, ya que solamente conocemos indicios del

tamaño global de catorce de los ochenta yacimientos registrados, y no hubo ningún intento de identificar patrones espaciales a partir de la distribución de la cerámica de la superficie de los yacimientos prospectados. A juzgar por los mapas topográficos publicados de los hasta ahora escasos lugares con restos del Calcolítico reciente, la mayoría de los tells del período parecen no superar la categoría de aldea, aún en el caso de que en aquella época toda la superficie del tell estuviera ocupada, algo altamente improbable[73]. Sólo uno de los yacimientos con ocupación tardocalcolítica del área del Qoueiq prospectada es relevante: Tell Berne, un asentamiento multiperíodo de 12 hectáreas formado por al menos tres tells distintos y situado cerca del punto donde el Qoueiq se pierde en marismas salinas (Matthers 1981: fig. 42).

También se registran materiales del Calcolítico reciente en un número menor de yacimientos de la región de Alepo, fuera de los límites de la prospección del Qoueiq. Se han identificado las típicas cerámicas con desgrasante vegetal del período al pie del gran Tell Mardikh/Ebla (Matthiae 1980: 52), pero en Mardikh todavía no se han encontrado materiales pertinentes *in situ*, y se desconoce el tamaño del asentamiento de la época. Quizás el pequeño yacimiento de Tell Abu Danné, a medio camino entre Alepo y el río Éufrates, a unos 25 kilómetros del área de Tabqa, sea representativo de las condiciones de la región de Alepo. Aunque sólo se han sondeado los estratos del Calcolítico reciente (Abu Danné VII) en un área limitada, es evidente que el yacimiento representa un asentamiento indígena que, sorprendentemente, parece haberse fortificado (Tefnin 1979). No se han identificado cerámicas de Uruk en la región de Alepo, aunque, como ya se ha dicho, al otro lado de la frontera, en Turquía (Tell-Basher), se han recuperado sellos aislados incisos en versión local de

estilo Uruk junto con restos tardocalcolíticos en yacimientos de tamaño a veces considerable, y también se encontró cerámica dispersa del período en la llanura de Antioquía.

La evidencia prospectada disponible tampoco permite distinguir claramente las condiciones de la región de Antioquía durante el Calcolítico reciente. Es evidente que el área estuvo densamente ocupada en esa época, puesto que se identificaron cerámicas del período en al menos 26 yacimientos, desde los más pequeños hasta los tells multiperíodo. Pero es difícil hacer generalizaciones sobre la naturaleza de los yacimientos del área, porque sólo contamos con las medidas globales de aquellos yacimientos que pudieron finalmente excavarse, es decir, de 4 de los 173 yacimientos prospectados. Respecto a estos yacimientos, es posible estimar la extensión de la ocupación del Calcolítico reciente, aunque no sea representativa del área en su conjunto. Algunos, como Tell Judeidah, pudieron ser relativamente grandes, ya que se encuentran cerámicas del período en los cortes practicados en los extremos opuestos de aquel tell de 9 hectáreas[74]. La entidad de los otros tells excavados con ocupación del Calcolítico reciente era mucho menor, por ejemplo, Tell Dhahab (Braidwood y Braidwood 1960: 13-14).

La situación en el área de la presa de Atatürk, en el Bajo Éufrates turco, es más clara que la de Alepo o la de Antioquía, ya que poseemos estimaciones muy detalladas de los yacimientos. La prospección de Özdoğan (1977) reveló un total de doce yacimientos con restos del Calcolítico reciente. Nueve de ellos depararon evidencia de cerámica con desgrasante vegetal tardocalcolítica y de cerámica con desgrasante calcáreo del período de Uruk. Por lo tanto, estos yacimientos datan de finales del Calcolítico reciente en el área de Atatürk, como revelaron las excavaciones en Kurban y en Has-

sek Ḥöyük (fig. 15[75]). En cambio, en los otros tres yacimientos sólo había cerámica con desgrasante vegetal, pero ni rastro de tipos de Uruk. Estos yacimientos parecen correlacionarse, pues, con la fase más antigua del Calcolítico reciente del área, de nuevo según los datos recuperados por las excavaciones realizadas en Kurban Ḥöyük[76]. A excepción de Samsat, los yacimientos prospectados con restos de una ocupación tardocalcolítica son pequeños, aún en el caso de que en esa época estuviera ocupada toda la extensión de cada yacimiento, una hipótesis tan improbable en el área de la presa de Atatürk como en otras zonas[77]. De los yacimientos excavados, seguramente Kurban Ḥöyük era el mayor, aunque resulta difícil estimar con precisión el tamaño de la ocupación tardocalcolítica del yacimiento. En los dos principales cortes verticales practicados en los extremos opuestos del tell (Áreas A y COI) se alcanzaron los depósitos ocupacionales del período tardocalcolítico, pero en cambio en el área intermedia (Área F) estaban ausentes, lo que hace suponer que el área ocupada en esa época era inferior al tamaño máximo de 6 hectáreas del yacimiento (fig. 40).

Al sur de la región de la presa de Atatürk, en las riberas del Éufrates turco, se observa una situación muy parecida. Sólo se identificaron unos pocos yacimientos del Calcolítico reciente en el área prospectada de Karkemish-Birecik (unos 80 kilómetros cuadrados) y todos son igual de pequeños. El mayor y más importante era Hacinebi Tepe, de algo más de 3 hectáreas de extensión. Está situado en una escarpadura de fácil defensa, de piedra calcárea que domina el río al norte de Birecik. Las cerámicas de superficie son casi todas de tipo Amuq F, aunque la presencia de una cantidad nada desdeñable de cuencos de borde biselado y de un puñado de fragmentos de cerámica con desgrasante calcáreo de Uruk indi-

can conexiones con algunos yacimientos intrusivos de Uruk en el área de Birecik-Karkemish (Algaze *et al.* 1991).

En la región de Keban/Altinova, en las montañas de Anatolia, se observa una situación prácticamente análoga. Pero allí la fiabilidad de los datos es mucho mayor gracias a la existencia de medidas detalladas de los yacimientos, de conjuntos de superficie controlados, y a la excavación, de mayor o menor envergadura, de un número considerable de yacimientos pertinentes. Estos factores permiten proceder a realizar estimaciones de la ocupación del período tardocalcolítico más precisas que en las otras áreas prospectadas antes mencionadas. El patrón de asentamiento de las regiones de Keban/Altinova durante el Calcolítico reciente no fue especialmente intensivo: se identificaron catorce yacimientos dentro de un área prospectada que abarcaba unos 323 kilómetros cuadrados. Los asentamientos de mayor extensión eran Norşuntepe y Tepecik, ambos excavados en alguna medida. Ninguno de ellos parecía superar las dos hectáreas en aquella época (Whallon 1979: 264, 266-268, tabla 11), aunque la extensión de la primera ocupación de Norşuntepe quedaba quizás un tanto oscurecida por los gruesos depósitos posteriores del tell.

Comparado con la solidez de la evidencia procedente de las áreas comentadas, nuestro conocimiento de las condiciones en las llanuras de la Alta Mesopotamia al este del Éufrates es escaso. Salvo la prospección realizada por Meijer en el Alto Khabur al este del Jaghjagh, en el noreste de Siria, de publicación reciente, las prospecciones en la cuenca del Balikh y en las secciones iraquí y turca de las cuencas del Khabur y del Tigris o bien son inaccesibles, o aún no se han terminado, o sólo se han publicado sus prolegómenos. De modo que no se sabe si el patrón de pequeños yacimientos disper-

sos que se observa en la región de Alepo, en la zona de la presa de Atatürk, en las áreas de Birecik/Karkemish y en las llanuras de Keban/Altinova es también extrapolare a las llanuras de la Alta Mesopotamia, aunque cierta evidencia sugiere un patrón divergente con una jerarquía de asentamientos más marcada.

La ambigüedad obedece, en gran medida, al hecho de que pese a la presencia de materiales tardocalcolíticos en distintos yacimientos y su identificación en otros muchos durante distintas prospecciones, los informes publicados en general no ofrecen información sobre la extensión de la ocupación en esos yacimientos durante el período. Por ejemplo, las excavaciones holandesas en Tell Hammam et-Turkman, a orillas del Balikh, han descubierto restos de un edificio monumental del Calcolítico reciente que corona una larga secuencia de estructuras anteriores, al parecer domésticas, del período, que se analizarán con más detalle en el capítulo 6. Pero, aun cuando Hammam et-Turkman era un tell de considerables dimensiones para la época, se desconocen las dimensiones de la ocupación tardocalcolítica en el yacimiento de 25 hectáreas (Van Loon 1988). También se desconoce la extensión de la ocupación tardocalcolítica en los principales yacimientos excavados en el Alto Khabur; pero allí donde existe evidencia, se demuestra que las ocupaciones fueron bastante menores que el tamaño máximo de los yacimientos en cuestión. Por ejemplo, en Tell Leilan, un yacimiento impresionante de 75 hectáreas junto al ouadi Jarrah, sólo se han recuperado materiales tardocalcolíticos en el corte abierto frente a la acrópolis del tell. Dado que esos materiales no aparecen en la terraza inferior, mucho más extensa, es evidente que la ocupación tardocalcolítica del yacimiento no

pudo sobrepasar el tamaño de la propia acrópolis, de unas 15 hectáreas (Schwartz 1988b).

También se han descubierto materiales tardocalcolíticos en Grai Resh (Niveles II-IV), uno de los yacimientos ya mencionados junto al flanco más meridional del Jebel Sinjar. Antiguas excavaciones británicas en este yacimiento descubrieron un pequeño asentamiento indígena y una casa de planta tripartita con una larga sala central cruciforme (Nivel II). Aun cuando el estilo arquitectónico de la casa recuerda la *cella* central del Eye Temple de Brak y presenta paralelos generales con Habuba Kabira-süd,[78] el conjunto asociado es similar al de Leilan IV, por cuanto se hallaron cuencos de borde biselado en el contexto de un repertorio mayoritario de cerámica local con desgrasante vegetal (Lloyd 1938, 1940). Con seis hectáreas de extensión máxima, Grai Resh no pudo ser un gran asentamiento tardocalcolítico. Pero también estaba fortificado, como Tell Abu Danné, en las llanuras al oeste del Éufrates (Lloyd 1940: 13). Al este, en dirección al Tigris, hay un grupo de tells llamado Telul eth-Thalathat. Allí, en el Tell II, el más pequeño de todos con menos de una hectárea de extensión (Egami 1958), sólo se descubrió cerámica tardocalcolítica, al parecer de principios del período (Dunham 1983).

Todo apunta a que los yacimientos excavados en las llanuras transtigrinas con niveles tardocalcolíticos también eran pequeños, a excepción de Nínive, que seguramente ya era un tell de gran tamaño antes incluso de la intrusión de Uruk. Se hallaron materiales pertinentes en Tepe Gawra (Niveles XI-VIII), Qalinj Agha (Niveles III-IV) y Nuzi (pozo L4; Niveles X-VII). El tamaño de todos estos yacimientos parece claro. Tepe Gawra, mencionado antes con cierto detalle, parece que fue una pequeña aldea, de 1-2 hectáreas de extensión.

Qalinj Agha, con importantes niveles del período tardocalcolítico, no es mucho mayor que Gawra, unas 3,3 hectáreas (Abu al-Soof 1985: 82). Puede que Nuzi fuera algo mayor, de unas 4 hectáreas (Weiss 1983: 49, fig. 11), suponiendo que la mayoría del yacimiento estuviera ocupado en esa época.

Pero si se analizan conjuntamente los resultados de las prospecciones y de las excavaciones regionales, aparece una jerarquía de asentamientos más marcada. Sólo existe evidencia publicada pertinente de las llanuras al este del ouadi Jaghjagh y al norte del Jebel Sinjar; los resultados de las prospecciones realizadas en el noreste de Siria (Meijer 1986) pueden combinarse con los de las nuevas excavaciones y prospecciones centradas en Tell al-Hawa, al otro lado de la frontera en el norte de Iraq (Ball, Tucker y Wilkinson 1989; Wilkinson 1990b). La inmensa mayoría de yacimientos con indicios de ocupación tardocalcolítica del noreste de Siria son relativamente pequeños, de menos de 2 hectáreas como mucho. Pero algunos son mayores: al menos 6 yacimientos corresponden a la categoría de 6-12 hectáreas; un yacimiento que excava un equipo italiano, Tell Barri, ocupa unas 20 hectáreas, mientras que otro, Tell Farfara, es incluso mayor (106 hectáreas[79]). Aunque en ausencia de cerámicas controladas de superficie resulte difícil determinar la extensión de muchos de estos yacimientos durante el Calcolítico reciente, es posible que algunas ocupaciones fueran considerables, como sugiere la nueva evidencia procedente de al-Hawa. Allí, la combinación de prospecciones de superficie y de excavaciones intensivas está empezando a revelar lo que parece ser una gran ocupación indígena como mínimo parcialmente contemporánea de algunos enclaves de Uruk (Wilkinson 1990b).

La evidencia analizada, si bien fragmentaria y de fiabilidad variable, es suficiente para indicar que en las llanuras septentrionales donde se establecieron las sociedades de la llanura aluvial mesopotámica del período de Uruk habitaban culturas tardocalcolíticas que ya habían conocido un largo proceso de desarrollo previo. En general, parece que los yacimientos tardocalcolíticos existentes eran relativamente pequeños, en muchos casos del tamaño de una aldea. Esto es particularmente claro allí donde el corpus de la evidencia es más sólido, sobre todo en las riberas del Éufrates del sureste de Anatolia y del norte de Siria, y en las llanuras interiores del norte de Siria. Pero pese a la ausencia de publicaciones exhaustivas de las prospecciones, hay indicios reveladores de un patrón divergente en las llanuras de la Alta Mesopotamia al este del Éufrates, puesto que allí los yacimientos parecen ser mayores y la jerarquía de asentamientos más compleja.

Aun siendo fragmentaria, la anterior evidencia sobre el tamaño de los yacimientos indígenas tardocalcolíticos en Siro-Mesopotamia ha desvelado la dicotomía entre esos yacimientos y aquéllos con un componente mayoritariamente sur-mesopotámico. Ambos grupos representan tipos funcionales claramente distintos. El nivel de planificación comunitaria que se observa en un yacimiento como Habuba/Qannas, la gran cantidad de recursos requeridos para lo que parece haber sido un desarrollo sumamente acelerado, y la lógica estratégica subyacente muestran que éste y posiblemente otros enclaves del norte representan efectivamente un caso de implantación urbana, es decir, apéndices de unas comunidades con una organización sociopolítica de nivel estatal que había alcanzado una organización propia de nivel muy similar. Pese a la evidencia que depara Tepe Gawra sobre la existencia de un grado importante de diferenciación

social, incluidas las comunidades locales supuestamente pequeñas, parece que los enclaves de Uruk se incorporaron a un *milieu* cultural de comunidades políticas indígenas con un nivel de desarrollo social y, sobre todo político, menos avanzado. Es lo que cabe inferir del tamaño de los yacimientos tardocalcolíticos. Aunque existe evidencia de algunas comunidades tardocalcolíticas del norte de dimensiones considerables *contemporáneas* de los enclaves mesopotámicos, incluso los yacimientos más impresionantes, como Tell Hammam et-Turkham junto al Balikh y Tell al-Hawa junto al Alto Khabur, palidecen comparados con los grandes enclaves de Uruk. Pero el hecho más significativo es que sencillamente no hay yacimientos en Siro-Mesopotamia o en las montañas *anteriores* a la intrusión de Uruk comparables en tamaño, complejidad y nivel de diferenciación interna a los documentados en los enclaves mesopotámicos.

A juzgar por la diferencia de tamaño entre los enclaves meridionales de entidad urbana del norte y el mayor de los yacimientos indígenas del Calcolítico reciente, es indudable que la complejidad de las estructuras sociales y administrativas de aquellos enclaves representó un salto cuantitativo respecto a las comunidades indígenas donde se ubicaron, más pequeñas y numerosas. Además, el emplazamiento estratégico cuidadosamente escogido de los enclaves meridionales traduce un sistema económico mucho más complejo que el de las comunidades tardocalcolíticas del entorno, cuyo pequeño tamaño y patrón de asentamiento disperso reflejan una estructura económica más simple y una orientación básicamente agrícola. Estas distintas evidencias sugieren que las comunidades locales habrían representado ejemplos de esa fase de complejidad sociopolítica intermedia que los sociólogos suelen llamar «sociedades patrimoniales» y los an-

tropólogos «jefaturas complejas», una hipótesis que encaja con los indicios de una posible jerarquía regional de asentamientos tardocalcolíticos en la Alta Mesopotamia y que ayuda a explicar la evidencia de estratificación social, de diferenciación espacial y de segregación funeraria en pequeños yacimientos indígenas como Tepe Gawra[80].

Las relaciones entre los enclaves de Uruk y las comunidades indígenas

A partir de la argumentación anterior, es posible especular sobre el carácter de las relaciones entre los asentamientos intrusivos de Uruk y las comunidades indígenas. Gran parte de la evidencia sugiere que los enclaves tuvieron que ejercer un poder considerable en sus respectivos emplazamientos y, en algunos casos, es posible que desestabilizaran las estructuras sociopolíticas preexistentes. Inicialmente al menos, es posible que su establecimiento implicara un cierto grado de coerción. ¿Cómo si no interpretar la ubicación de los enclaves mesopotámicos en medio de grandes asentamientos previamente ocupados como Samsat, Karkemish, Brak y Nínive? Además, como se recordará, varios yacimientos manifiestamente tardocalcolíticos de las llanuras siro-mesopotámicas estaban fortificados. Si, en efecto, la coerción fue un elemento importante en el establecimiento de algunos, si no todos, los enclaves meridionales en el norte, una involuntaria pero importante consecuencia de ese proceso habría sido el flujo de prisioneros de guerra para ser utilizados como mano de obra dependiente en las industrias de los estados aluviales emergentes. No olvidemos que en las Tablillas Arcaicas más antiguas de Warka ya aparecían indi-

cios de la presencia de esclavos y esclavas de origen extranjero.

La dificultad de evaluar plenamente el rol de la coerción como factor de la formación de la red de enclaves de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas es evidente, puesto que carecemos de pruebas concluyentes de que la fortificación de algunos yacimientos locales menores fuera una respuesta directa a la intrusión de Uruk, y tampoco disponemos de información sobre la extensión de la ocupación tardocalcolítica indígena en los centros regionales ya habitados donde se establecieron los enclaves de Uruk. De todos modos, a la vista del desarrollo histórico ulterior de esos centros (Samsat, Karkemish, Brak y Nínive), es probable que en tiempos prehistóricos ya ocuparan una posición dominante a la cabeza de las jerarquías regionales. Los resultados de la prospección de Özdoğan en Samsat (1977: 133) indican que las dimensiones del tell ya eran considerables en los períodos Halaf y Ubaid; y en Brak, la presencia de grandes estratos fechables en el período de Uruk indica la importancia del tell mucho antes del período tardocalcolítico (D. Oates 1982: 196), aunque todavía no se han excavado los estratos pertinentes. El sondeo del Templo de Ishtar de Nínive reveló asimismo la presencia de varios metros de depósitos del Calcolítico reciente (Nínive III) anteriores a la intrusión de Uruk (Campbell Thompson y Mallowan 1933), y las excavaciones en Karkemish también han demostrado la existencia de niveles tardocalcolíticos, pero cuya potencia, carácter y extensión lamentablemente se desconoce (Woolley 1952). En cambio, el asentamiento de Uruk en el área de la presa de Tabqa y en zonas del río inmediatamente al norte de Karkemish parece producirse en lugares sin ocupación tardocalcolítica relevante.

Los patrones divergentes que representan los enclaves de las áreas de Tabqa y Karkemish, y los enclaves en lugares previamente habitados, como Samsat, Brak y Nínive, sugieren que las diferencias preexistentes modelaron y determinaron los contactos de la Baja Mesopotamia con las llanuras septentrionales. En áreas donde ya existía una jerarquía local de asentamientos, la penetración mesopotámica comportó la asunción del control de los asentamientos indígenas situados en la cima de la jerarquía. Pero en las zonas sin este tipo de ocupación, la penetración de Uruk constituyó un proceso de implantación urbana. Es muy probable que una parte importante de la población de las comunidades de nueva fundación —como la concentración de Tabqa— fuera de origen meridional, pero en otros enclaves, como Nínive, seguramente el contingente de colonos que se impusieron a la población local fue mucho más limitado. Pero en ningún caso parece detectarse un intento de controlar los *hinterlands* alejados de los lugares estratégicos donde se establecieron los asentamientos. Estos *hinterlands*, como ya he mencionado, permanecieron bajo el control de las comunidades locales abiertas al comercio. Cuando se descubren asentamientos de Uruk de menor entidad lejos de los principales enclaves, más que puestos avanzados para controlar el territorio representan bases en las rutas comerciales.

En resumen, la expansión mesopotámica hacia la periferia septentrional durante el período de Uruk no fue un proceso de colonización como el que tuvo lugar en la susiana del Khuzestán. El objetivo era más bien apoderarse de determinados lugares que facilitaran a las sociedades de la llanura aluvial mesopotámica la explotación de las redes comerciales ya existentes entre el llano y la montaña controladas por las comunidades indígenas, como el caso de Gawra. De este mo-

do, los enclaves de Uruk podían derivar ese comercio hacia una nueva red comercial de larga distancia (o más bien una red mayor y mejor organizada) orientada a la llanura aluvial mesopotámica y controlada por sus comunidades políticas. Por lo tanto, los enclaves de Uruk en el norte pueden verse como un fenómeno perfectamente homologable con los parámetros del modelo imperial informal aludido en la introducción. En efecto, los enclaves situados en lugares estratégicos dominaron el comercio a larga distancia e incluso pudieron ejercer un cierto grado de control político sobre los alrededores inmediatos, como revelan los numerosos y pequeños yacimientos de Uruk situados alrededor de los principales enclaves de las áreas de Tabqa y Karkemish-Birecik, pero no ejercieron ningún control político sobre Siro-Mesopotamia. En general, no intervinieron en los *hinterlands*, aunque lógicamente éstos no quedaron al margen. Es perfectamente posible que hubiera un cierto grado de dependencia política entre determinados enclaves del norte y algunos estados de la llanura mesopotámica, pero en general los vínculos entre la periferia septentrional y la llanura aluvial mesopotámica durante el período de Uruk fueron económicos, no políticos.

Por razones sobre las que sólo cabe especular, la fase expansiva de las antiguas sociedades mesopotámicas acabó abruptamente a finales del período de Uruk, en algún momento de los últimos siglos del IV milenio a.C. Sin embargo, la intrusión de Uruk iba a tener importantes repercusiones en el desarrollo ulterior de las comunidades de la periferia mesopotámica siglos después de que se abandonaran los enclaves de Uruk de las llanuras septentrionales y los puestos avanzados de las montañas adyacentes. Esas repercusiones y las posibles causas del colapso de Uruk se exploran en el próximo capítulo.

6. CAMBIO SOCIAL EN LA PERIFERIA SEPTENTRIONAL Y EL COLAPSO DE LA EXPANSIÓN DE URUK

EL IMPACTO EN LAS SOCIEDADES INDÍGENAS

Implantados en la cúspide de las jerarquías regionales de asentamientos preexistentes, los enclaves de Uruk situados en lugares estratégicos habrían controlado efectiva, aunque indirectamente, la economía del comercio de larga distancia de las llanuras siro-mesopotámicas y del altiplano. Por lo tanto, la intrusión de Uruk tuvo que tener un impacto profundo, inmediato y duradero en la evolución sociopolítica y económica de las sociedades indígenas de su entorno. Este impacto es discernible en algunos yacimientos recientemente excavados en la periferia septentrional.

Los estudios históricos y etnográficos mencionados en el capítulo introductorio sostienen que cuando sociedades con niveles muy distintos de integración sociopolítica y económica entran en estrecho contacto, cabe esperar un cierto grado de reestructuración institucional del tejido social en las comunidades implicadas. Pero invariablemente el impacto de los contactos suele ser mucho mayor en las comunidades de menor complejidad. Se recordará que en estas comunidades este tipo de contactos pueden llegar a representar una poderosa fuerza desestabilizadora en la medida en que las élites locales aprovechan su rol natural de mediadoras para potenciar su propia posición social en el seno de sus respectivas comunidades y en detrimento de sus rivales locales. Además, el efecto se magnifica cuando la propia sociedad menos diferenciada está iniciando un proceso de evolución social alimentado por las presiones internas (Paynter 1981: 124-125). La historia de la penetración occidental en Asia y en África iniciada en el siglo XVI hasta el siglo XIX, por ejemplo, está llena de casos de colaboraciones y alianzas entre los jefes indígenas y los poderes coloniales europeos mediante un pacto faustiano para mantener o mejorar su posición en el orden tradicional. Explotando las rivalidades locales en tierras políticamente fragmentadas, geográficamente muy extensas y de gran diversidad cultural, los europeos lograron un control de las comunidades locales desproporcionado respecto a sus propias capacidades económicas y militares (Robinson 1976; Scammell 1980).

La transformación de las sociedades del sureste asiático en los primeros siglos del I milenio d.C. a raíz de la incorporación de la zona a la gran esfera comercial de los mercaderes del subcontinente indio puede servir de modelo para ayudarnos a comprender mejor los procesos que operaron en la pe-

riferia septentrional de Mesopotamia durante el Calcolítico reciente. Se cree que aquella transformación fue tan profunda que suele describirse como la «indianización» del sureste asiático. Estudios basados en diversas fuentes arqueológicas, históricas y literarias han documentado detalladamente los cambios acaecidos en las sociedades del sureste asiático a raíz de los contactos con los mercaderes indios cuyo objetivo último era el comercio con China. Uno de esos estudios es el de Wheatley (1975), que combinando evidencia histórica de fuentes chinas y tradiciones literarias nativas demuestra que, muy poco después de iniciarse los primeros contactos, las comunidades locales adoptaron concepciones del orden social explícitamente indias. Concretamente, Wheatley logra identificar la aparición de sistemas políticos complejos centrados en torno a la figura de un rey en comunidades donde antes prevalecían relaciones sociales más simples e igualitarias, y muestra asimismo el desarrollo de estructuras económicas cada vez más sofisticadas basadas en la movilización y en la redistribución centralizadas de los recursos donde antes prevalecían mecanismos económicos menos complejos basados en la reciprocidad.

Un caso relevante es el del estado del sureste asiático más antiguo que se conoce, Punan, en la costa meridional de Indochina. Las excavaciones en una de las ciudades de Punan, en el gran yacimiento de Oc Eo, actualmente en el Vietnam, han aportado evidencia de vastas conexiones comerciales marítimas, como, por ejemplo, artefactos romanos, sasánidas, chinos e indios (Higham 1989: 249-254). Los registros chinos indican que Punan desempeñó un importante rol de intermediario en los intercambios entre el subcontinente indio y la China, gracias a su posición estratégica frente a la península Malaya y el estrecho de Malaca, puntos de convergencia de

las rutas marítimas de la India y la China. Existe evidencia sobre procesos simultáneos de integración política y económica en las comunidades locales del sureste asiático a raíz de su participación en aquella red de intercambio. Fuentes chinas fechadas en el siglo II d.C., por ejemplo, revelan que un siglo después de la llegada de los primeros comerciantes indios a Indochina ya había en Punan una monarquía hereditaria. Y que esa transformación constituía toda una revolución lo demuestra el origen mitológico de los reyes de Funan que registran las mismas fuentes: la monarquía se remonta a una figura original de linaje indio entroncada por matrimonio con el linaje de las jefaturas locales (Hall 1985). Ese mito viene a demostrar que en el contexto de las sociedades del sureste asiático, el concepto mismo de monarquía es explícitamente de origen indio.

La transformación política que acabo de describir tuvo claras implicaciones económicas. Las prospecciones realizadas en el delta del río Mekong indican que la emergencia del estado de Funan coincidió con la construcción de una red de grandes canales que conectaban los principales asentamientos y con el desarrollo de un sistema agrario avanzado basado en el uso intensivo del delta destinado al cultivo del arroz (Hall 1985; Higham 1989). Además, el cambio de ideología política no fue un hecho aislado, sino parte de un proceso más amplio de aculturación. Diversos documentos chinos revelan la presencia de funcionarios brahmanes y de monjes budistas en la corte de Funan. Desde al menos el siglo III, el sánscrito se había convertido en la lengua escrita de funan (aunque seguramente no en la lengua hablada). También el arte y la arquitectura de funan traducen la adopción de rituales religiosos indios en un contexto por lo demás eminentemente local: las estatuas de buda son de producción local, y

los templos locales son una imitación de los santuarios rupestres indios incluso en zonas inadecuadas para ello. En el siglo VI el budismo no sólo se había generalizado en todo el sureste asiático sino que ya había hecho importantes incursiones en China (Hall 1985).

La coincidencia temporal de estos cambios políticos, económicos y culturales en las antiguas sociedades del sureste asiático no es accidental. Esta convergencia es más bien indicativa del profundo impacto que puede suponer la participación en una red de intercambio suprarregional en la estructura socioeconómica de comunidades con una organización sociopolítica preestatal (Kipp y Schortman 1989). Con este modelo de posibilidades *in mente*, ahora pasaremos a analizar la evidencia arqueológica disponible sobre el impacto de la intrusión de Uruk en las sociedades indígenas de la periferia mesopotámica.

En el capítulo anterior decíamos que dados los diferenciales observados en cuanto al tamaño de los yacimientos entre los enclaves de Uruk y las comunidades tardocalcolíticas de Siro-Mesopotamia, y dada la lógica estratégica subyacente al emplazamiento de los enclaves, cabía concluir que (1) los enclaves fueron vástagos de unas comunidades con un nivel de organización sociopolítica estatal, y que los propios enclaves se habrían organizado de modo similar, y (2) se implantaron en un *milieu* cultural propio de comunidades políticas nativas en una fase menos desarrollada, seguramente jefaturas complejas. En cuyo caso lo lógico sería descubrir en las sociedades locales evidencia arqueológicamente identificable de cambios institucionales derivados de las fuertes presiones sociales internas desencadenadas tras el inicio de contactos con los complejos enclaves meridionales. Pero el problema que se plantea a la hora de reconocer tales cambios es la difi-

cultad que supone correlacionar de forma precisa yacimientos concretos de Uruk y yacimientos tardocalcolíticos del norte, ya que en muchos casos ambos tipos de yacimientos son mutuamente excluyentes, como se ha visto en Tepe Gawra y Nínive. De todos modos, hay evidencia de contactos suficiente para establecer algunas correlaciones. La evidencia más clara procede de Tell Hammam et-Turkman, junto al Balikh, de Kurban Ḥöyük, en el Bajo Éufrates turco, y de Arslan Tepe, en la llanura de Malatya, en las montañas de Anatolia.

Hamman et-Turkman

Las recientes excavaciones holandesas en Tell Hammam et-Turkman han dejado al descubierto partes de un edificio monumental con pilastras-nichos muy elaborados (fig. 43) que corona una larga secuencia ininterrumpida de estructuras domésticas tardocalcolíticas mucho menores, reconstruidas varias veces. En la parte que se ha preservado, la estructura de Hamman presenta estrechos paralelos con los estilos arquitectónicos mesopotámicos de los períodos Ubaid y Uruk[81], pero la ubicación estratigráfica de la estructura, las cerámicas con desgrasante vegetal tipo Amuq F asociadas, y diversas fechas de radiocarbono (aprox. 3400-3200 a.C.) indican contemporaneidad sólo con el último período mencionado (Meijer 1988). De hecho, pueden trazarse paralelos precisos entre el edificio de Hammam y las estructuras monumentales tripartitas de los niveles contemporáneos de varios yacimientos de Uruk de la llanura aluvial mesopotámica y con el cercano enclave de Uruk en el área de la presa de Tabqa, al oeste[82]. El análisis de los conjuntos asociados a la estructura de Hammam (Hammam VB) muestra que el

complejo arquitectónico mesopotámico aparece en el contexto de un yacimiento por lo demás eminentemente local. No se halló asociada la típica cerámica de Uruk, ni allí ni en ningún otro lugar del tell (Akkermans 1988b: 318), aunque, como ya se ha mencionado, se han documentado cerámicas de Uruk en un pequeño yacimiento de los alrededores de Hammam et-Turkman. Pero existe evidencia de contactos entre las élites de Hammam et-Turkman y algunos enclaves de Uruk cercanos, posiblemente junto al Éufrates o al Khabur, evidencia basada en el cuello de una vasija con la impronta de un sello confeccionado en una versión local de estilo Uruk, hallada en la superficie del yacimiento situado en la ladera inmediatamente debajo de la estructura de Hammam VB (Van Loon 1983: 3, fig. 5).

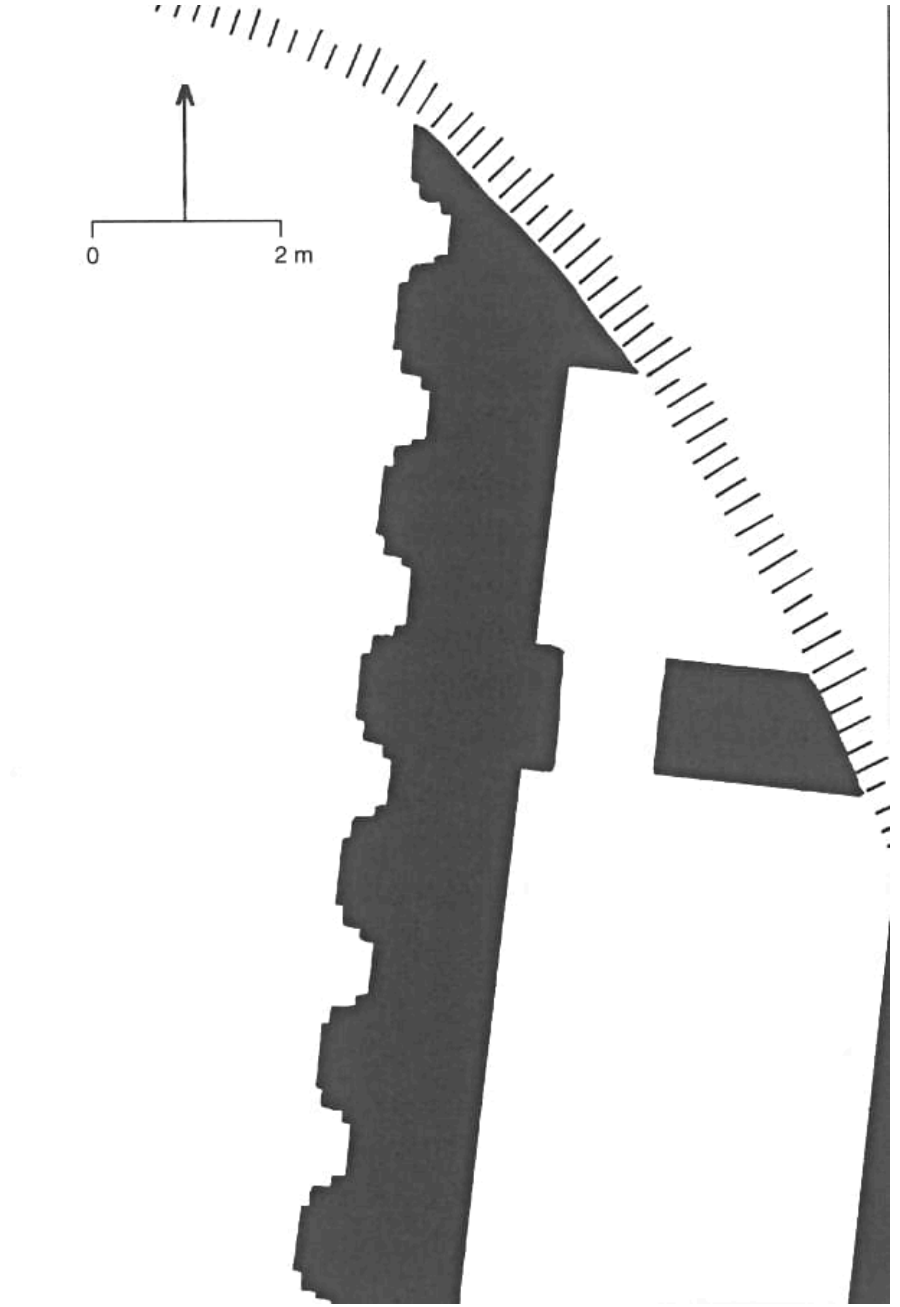


FIGURA 43. Planta del edificio público tripartito del Calcolítico reciente de Hammam et-Turkman.

Creo que la evidencia de Hammam podría interpretarse como la adopción por parte de un grupo social local no sólo

de un estilo arquitectónico de origen típicamente meridional sino posiblemente de algunas parcelas de la ideología que en el contexto de las sociedades de Uruk iba asociada a esa estructura concreta, de un modo muy parecido a cómo en el antiguo sureste asiático las comunidades indígenas incorporaron y adaptaron elementos de la cultura india a la medida de las necesidades locales. Bajo este enfoque, la transformación del carácter funcional, de doméstico a público, del área excavada en Hammam en tiempos de la intrusión de Uruk, no es en absoluto accidental: representa un caso de cambio social e ideológico en el seno de un grupo social menos complejo súbitamente en situación de intenso contacto con un sistema social más avanzado. Concretamente, creo que la estructura de pilastras-nichos de Hammam sugiere la adopción por parte de las élites locales de ideas más complejas sobre el gobierno, formas de integración social y manifestaciones rituales concomitantes introducidas en el norte por los enclaves mesopotámicos. Esta adopción se tradujo concretamente en la utilización de una forma arquitectónica que en la sociedad mesopotámica constituía el paradigma de todas las actividades administrativas y religiosas que se pretendían emular. Este fenómeno sólo tiene sentido si el poder creciente de las élites nativas procedía de su rol como intermediarias en los contactos con los enclaves meridionales y como movilizadoras de recursos locales e importados, seguramente con vistas al comercio, y posiblemente también a los impuestos.

Desde la perspectiva de la periferia mesopotámica en su conjunto, sin duda el caso de Hammam y sus implicaciones no es único. Representa una faceta —ideológica— de lo que tuvo que ser un amplio espectro de interacciones entre las comunidades indígenas y los enclaves mesopotámicos asentados entre ellas. Otra faceta complementaria es que esa in-

teracción también se revela cuando se analizan los datos de otros yacimientos del Calcolítico reciente del norte, sobre todo Kurban Ḥöyük y Arslan Tepe. Estos yacimientos ofrecen evidencia sobre la naturaleza de los cambios económicos que en las comunidades preexistentes habrían acompañado a los cambios ideológicos documentados en Hammam.

Kurban Ḥöyük

Situado en las inmediaciones de Samsat, Kurban Ḥöyük deparó una secuencia estratificada donde es posible documentar algunos de los cambios económicos acaecidos a raíz del inicio de contactos con aquel enclave sur-mesopotámico. Como ya se ha mencionado en el capítulo 5, la principal secuencia tardocalcolítica del yacimiento consta de cinco fases superpuestas: la inferior es anterior a la intrusión de elementos de Uruk en el área, mientras que las otras cuatro son contemporáneas de la intrusión. En la secuencia es posible observar el cambio gradual desde una industria cerámica local a una de origen exógeno, la primera con vasos con desgrasante vegetal hechos a mano o a torno lento, y la última con vasijas con desgrasante calcáreo fabricadas en serie y a torno rápido, la mayoría claramente originarias de Uruk (figs. 41-42). Seguro que el análisis por activación neutrónica que ahora se está realizando, centrado en la cerámica descubierta en el área, proporcionará más información sobre la naturaleza de los cambios en la producción y distribución cerámica en la región de la presa de Atatürk en la época de la intrusión de Uruk (Evins 1989; Hopke *et al.* 1987). En términos de economía regional, los cambios documentados hasta ahora en la producción cerámica son relativamente poco importantes. Pero son relevantes porque traducen cambios más

amplios precipitados por la intrusión de Uruk en el área. Es posible que el cambio hacia una producción cerámica en serie sea sintomático de la importancia de la implantación de una especialización a gran escala en la estructura económica de las sociedades indígenas.

Arslan Tepe

Las excavaciones contemporáneas mucho más extensas realizadas en Arslan Tepe deparan un volumen mucho mayor de evidencia sobre el impacto que tuvieron los contactos con la Baja Mesopotamia del período de Uruk —seguramente mediatizados por la red de enclaves de las llanuras septentrionales— sobre las comunidades locales del norte, incluidas las de las montañas. Como ya se ha mencionado en anteriores capítulos, se observa una dicotomía interna en los conjuntos cerámicos y en la glíptica de las estructuras monumentales del Período VIA de Arslan Tepe. Respecto a la cerámica, estos conjuntos se caracterizan por dos tradiciones distintas y hasta cierto punto yuxtapuestas: una cerámica bruñida rojo/negro hecha a mano que está en su elemento en las montañas del este de Anatolia, y una cerámica lisa a torno rápido que no tiene precedentes en el área y que, aun siendo de fabricación local, es más propia del mundo mesopotámico (Frangipane y Palmieri 1988). Esta última representa la versión local de la cerámica producida en serie que aparece en los yacimientos de Uruk del sur y en sus respectivos enclaves septentrionales, y supone un cambio importante en la tecnología de fabricación cerámica en las montañas. Como en el caso del área de la presa de Atatürk, este cambio indica cambios subyacentes de mayor alcance orientados a la plena especialización artesanal.

Una dicotomía muy parecida pero más reveladora se observa en el conjunto de la glíptica de la época recuperada en Arslan Tepe[83]. De especial importancia son varios alijos de *bullae* e improntas de sello desechadas recuperadas en el complejo del Período VIA (fig. 45), sobre todo junto a la puerta de entrada (Sala A206), en un almacén contiguo (Sala A340) y en una estructura próxima que se interpreta como un «templo» (Sala A77) (Frangipane y Palmieri 1988, 1988-1989). La mayoría llevan la impronta de estampillas con figuras zoomorfas esquemáticas, casi todas dispuestas de manera antitética, en un estilo común a los yacimientos tardocalcolíticos de las llanuras septentrionales y de los montes Zagros/Taurus (por ej., fig. 44E-H).[84] Pero algunas habían sido impresas con cilindro-sellos (por ej., fig. 44A-D).[85] Estas últimas revelan no sólo la influencia de prácticas mesopotámicas sino también un conocimiento de la iconografía mesopotámica. De especial interés es una impresión con un motivo inconfundiblemente mesopotámico: una figura presuntamente real en un trineo rodeado de asistentes (fig. 44A) que, según Sürenhagen (1985), tiene claros paralelos en la iconografía de Uruk. Otros motivos típicos de Uruk documentados en las improntas de cilindro-sellos de Arslan Tepe son el par de leones rampantes con colas entrelazadas (fig. 44B), los animales en fila con motivos escalonados (fig. 44D) y las hileras de animales astados (Frangipane y Palmieri 1988: fig. 67: 5).

FIGURA 44. Improntas de cilindro-sellos (A-D) y de estampillas (E-H) de Arslan Tepe VIA.

Es posible que algunas de estas improntas de cilindro-sello tan distintivas tuvieran de hecho su origen en los enclaves sur-mesopotámicos y que llegaran a Arslan Tepe como Ítems de intercambio, puesto que en espacios de almacenamiento se encontraron, cerca de unas vasijas de Uruk, algunas tapaderas de vasija grabadas (véase el cap. 4). Sin embargo, a juzgar por los detalles técnicos de la iconografía, la mayoría de las improntas de cilindro-sello de Arslan Tepe serían de origen local, una conjetura basada en el hecho de que en algunas impresiones se aprecia el traslado al espacio mayor que ofrecen los cilindro-sellos de motivos que son mucho más propios de la tradición indígena de la estampilla de las mon-

tañas (por ej., animales antitéticos: fig. 44C). Además, el análisis funcional de las improntas de Arslan Tepe revela que los cerrojos de las puertas se imprimían a veces con cilindro-sellos, lo cual demostraría la utilización de esos sellos en el yacimiento (Ferioli y Fiandra 1988: 508, tabla V).

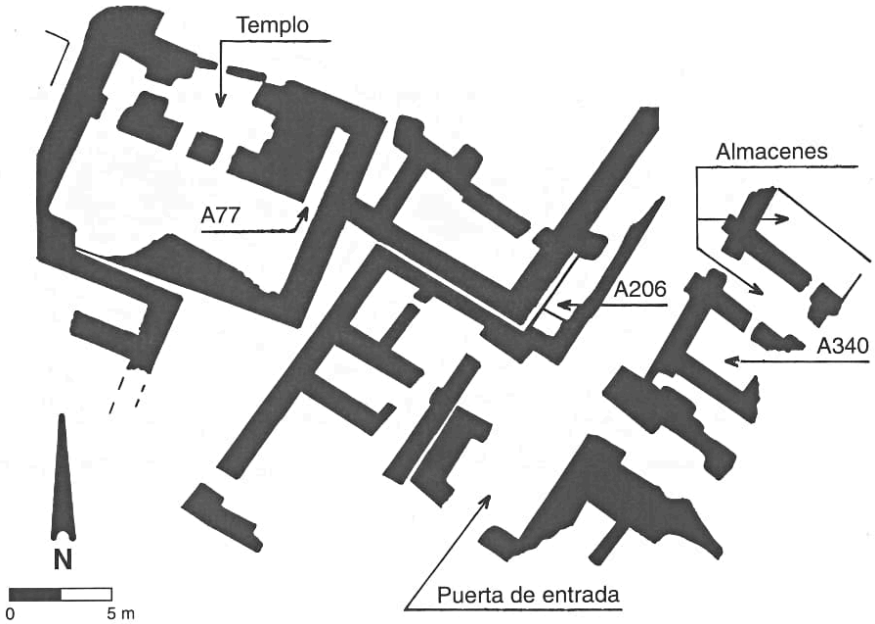


FIGURA 45. Planta del complejo arquitectónico del Período VIA de Arslan Tepe.

La adopción parcial del cilindro-sello mesopotámico y sus prácticas asociadas en un contexto de montaña al lado de una tradición ininterrumpida de sellos de estampilla indica la existencia de cambios económicos y administrativos importantes. Es posible que el cambio parcial hacia el cilindro-sello (capaz de retener y transmitir más información que las estampillas) estuviera relacionado, directa o indirectamente, con las exigencias cada vez más complejas de una economía local en expansión, seguramente como resultado del contacto económico con los enclaves de Uruk de las llanuras siro-mesopotámicas. Pero la glíptica de Arslan Tepe indica que el

impacto de Uruk en las comunidades de las montañas de Anatolia fue más allá de la mera adopción de determinadas prácticas glípticas e iconográficas. Un análisis pormenorizado muestra que muchas de las improntas desechadas halladas en los estratos superiores de la alacena (A206) junto a la puerta de entrada, se habían utilizado para sellar recipientes transportables mediante una gran variedad de sellos, la mayoría, estampillas de estilo local (Frangipane y Palmieri (1988-1989). La ubicación y el tipo de sellado sugieren que el complejo del edificio donde fueron descubiertas servía de punto de afluencia de recursos y tributos procedentes de la región circundante (fig. 45), seguramente con vistas a su ulterior redistribución entre la mano de obra controlada por el palacio. Es posible que los arqueólogos de Arslan Tepe identificaran este tipo de actividad redistributiva en uno de los almacenes junto a la puerta de entrada (Sala A340). Allí descubrimos numerosas impresiones de sello y terrones de arcilla listos para ser sellados asociados a vasijas de almacenaje y productos agrícolas, como grano y uva cultivada. La sala también contenía una gran cantidad de cuencos cónicos fabricados en serie, que según los arqueólogos posiblemente sirvieran para calcular raciones (Frangipane y Palmieri 1988-1989). Así como yo entendía el uso de un estilo arquitectónico típicamente mesopotámico en Tell Hammam et-Turkman como evidencia de la adopción en un contexto indígena de ideas explícitamente mesopotámicas sobre la integración social y los modos de gobierno, Frangipane y Palmieri (1988-1989) interpretan que el evidente rol del yacimiento como centro de redistribución regional durante el Período VIA refleja la adopción de modos de organización social que en última instancia también son de origen mesopotámico[86].

EL COLAPSO DE LA RED DE ENCLAVES DE URUK

La vasta distribución geográfica de las comunidades locales afectadas, desde las llanuras septentrionales hasta las montañas, es indicativa de hasta qué punto los enclaves mesopotámicos se habían hecho con el control del comercio de larga distancia en la región, un control que no por ser indirecto dejaba de ser tanto o más eficaz. Extrapolando al IV milenio a.C. la evidencia de documentos de finales del III y del II milenio, es posible inferir que aquel control sólo pudo significar un sistema de intercambio basado en el flujo de materias primas de las montañas hacia un núcleo aluvial pobre en recursos a cambio de bienes elaborados y semielaborados intensivos en mano de obra (Leemans 1960: 116-134; Yoffee 1981). En las secciones precedentes ya se han mencionado algunos de los materiales posibles de ese intercambio.

Como se recordará, en estas condiciones es lógico esperar que el establecimiento de intercambios impulsara una fase de vigoroso crecimiento inicial en las regiones periféricas y la emergencia de estructuras sociopolíticas más complejas asociadas a las élites nativas que controlaban los recursos explotados y a su rol natural como organizadoras y mediadoras del intercambio para ampliar su poder. Pero lo cierto es que a la larga, aquella fase de crecimiento inicial habría dado paso a una segunda fase de estancamiento e involución, ya que los beneficios económicos indirectos derivados del cambio habrían sido relativamente irrelevantes y, con el tiempo, la sobreespecialización en la explotación de sólo determinados recursos para la exportación habría debilitado la base económica de las sociedades periféricas, resultado lógico de un inter-

cambio desigual entre sociedades en fases de desarrollo social, político y económico muy diferentes.

En cambio, en la llanura aluvial mesopotámica, el establecimiento de contactos habría fortalecido a la larga a las comunidades implicadas en el intercambio. En primer lugar, el intercambio habría tenido efectos directos en forma de una creciente complejidad económica y una mayor diferenciación social en las emergentes ciudades-estado mesopotámicas, ya que las importaciones consistían básicamente en productos cuyo consumo exigía una elaboración previa, y casi todas las exportaciones eran bienes cuya producción requería considerables inversiones en mano de obra (dependiente), y una superestructura burocrática capaz de administrar, almacenar y redistribuir esa producción. En segundo lugar, los requisitos administrativos necesarios para organizar expediciones comerciales o incursiones militares con vistas a fundar y mantener colonias en lugares remotos también tuvieron que ser un factor importante en el desarrollo de la complejidad sociopolítica de la llanura aluvial mesopotámica, en la medida en que las élites fueron consolidando su poder político y económico inherente a su rol de gestoras de los recursos comunales destinados al comercio o la conquista. Otro efecto probable habría sido una jerarquización más marcada del asentamiento en la llanura aluvial mesopotámica, ya que el carácter de las exportaciones mesopotámicas precisaba disponer a toda costa de un determinado flujo de recursos locales para su intercambio. Por lo tanto, los centros de mayor entidad capaces de dirigir y de organizar el intercambio habrían hecho lo imposible para atraer, por todos los medios, la producción agrícola y ganadera de las comunidades rurales de su *hinterland* inmediato (Adams 1981: 80-81). Por último, dado el carácter intensivo en mano de obra de la

producción de excedentes exportables, una de las consecuencias del comercio intercultural entre las sociedades de Uruk habría sido la creación de aglomeraciones urbanas mayores y más complejas para aprovechar las economías de escala (Jacobs 1969).

Pero lo cierto es que la esperada involución de la periferia a raíz del control mesopotámico de las estructuras del comercio de larga distancia no se materializó. Yo creo que el proceso se interrumpió debido al colapso de la expansión de la sociedad mesopotámica al final del período de Uruk. Dado que aquel colapso tuvo lugar en los albores de la historia, todavía no se conocen bien los acontecimientos, sin duda complejos, que lo provocaron. Pero basándonos en paralelos históricos posteriores, cabe sugerir la hipótesis de que, en el caso mesopotámico, el colapso fue el resultado probable de la conjunción de dos procesos, uno social y otro medioambiental, independientes y diametralmente opuestos.

En la llanura aluvial mesopotámica, el propio éxito de las comunidades de Uruk en el mantenimiento del control de las principales líneas de comunicación, sin el cual la vida urbana centralizada no habría podido florecer, también contribuyó a la ulterior desestabilización del sistema interactivo suprarregional creado. El control efectivo de tramos importantes de la red de intercambio septentrional por parte de un estado de la llanura aluvial habría reforzado considerablemente su posición frente a sus rivales regionales. Quizás es posible apreciar algunas correlaciones arqueológicas de este proceso: las prospecciones muestran que, si bien la transición entre la fase inicial y la fase final del período de Uruk estuvo marcada por importantes movimientos migratorios desde las zonas septentrionales (por ej., Babilonia) a las meridionales (Sumer) de la llanura aluvial mesopotámica, el conjunto del área

ocupada no varió demasiado entre ambos períodos. Sí varió, en cambio, el emplazamiento efectivo de los asentamientos y la proporción relativa de la población en las aglomeraciones de índole urbana. Si en la fase inicial del período de Uruk más de la mitad de la población total estimada vivía en centros de tamaño urbano, en la última fase del período esa cifra se había reducido considerablemente y el porcentaje de la población que vivía en asentamientos dependientes menores había aumentado en la misma proporción. Pero mientras el número total de centros considerados urbanos disminuyó, el tamaño medio de los demás centros aumentó de manera notable. Adams (1981) estima que, por ejemplo, la ciudad de Warka del Uruk reciente ocupaba una superficie de unas 100 hectáreas, pero unas prospecciones recientes y más intensivas de la superficie estiman más realista la cifra de 200 hectáreas (Finkbeiner 1987: 142). Estos grandes centros parecen haber inhibido el crecimiento de aglomeraciones similares en los alrededores y potenciado, en cambio, una densa proliferación a su alrededor de asentamientos satélites menores dedicados, sin duda, a la producción agrícola dependiente (Adams 1981: 75).

En el medio aluvial inherentemente frágil del sur de Iraq, la tendencia hacia la centralización político-económica propiciada lógicamente por la creación de la red de enclaves en el norte habría constituido una fuerza sumamente desestabilizadora que habría llevado, en última instancia, al colapso parcial del sistema socioambiental. Esta inferencia coincide con la hipótesis de Gibson (1974), quien defendió de forma convincente la existencia de una estrecha correlación entre el inicio de la centralización política en la llanura aluvial mesopotámica y la intensificación y la regularización de las presiones económicas sobre aquel medio inestable. En la llanura

aluvial de la Baja Mesopotamia, esta intensificación habría comportado sin duda períodos de barbecho cada vez más cortos y un uso creciente de la agricultura de regadío a medida que se recuperaban para el cultivo tierras cada vez más marginales (Boserup 1965: 23-40). Las consecuencias de un cambio de esta índole son predecibles: el inevitable declive de la productividad agrícola de todas las tierras recuperadas para el riego regular debido a un proceso creciente de salinización. Es evidente, pues, que a largo plazo una intensificación agrícola eficaz resultaba insostenible (Jacobsen y Adams 1958; Adams 1978).

Esa supuesta fragilización del sistema socioambiental de la llanura aluvial mesopotámica tuvo que ocurrir al final del Uruk reciente, durante la transición al llamado período Jemdet Nasr. Una reciente reinterpretación de los textos agrícolas contenidos en los Textos Arcaicos de Warka parecen indicar una proporción entre la cebada y el trigo de 3 a 1, lo que sugiere, posiblemente, la aparición de problemas de salinización en los alrededores de los grandes centros urbanos durante los últimos siglos del IV milenio a.C. (Powell 1985: 14-15). Además, hay indicios que apuntan a la existencia de importantes discontinuidades en el asentamiento de esa época. La revisión de Postgate (1986) de los datos disponibles de las prospecciones practicadas muestra que mientras los principales yacimientos urbanos revelan una continuidad entre la primera y la última fase, un porcentaje importante de las aldeas adyacentes se abandona a finales del Uruk reciente, y que esa proporción se mantiene en la fase siguiente de Jemdet Nasr. Independientemente de las razones reales de ese patrón, lo cierto es que los datos recogidos en el curso de algunas prospecciones regionales parecen indicar un cierto grado de trastorno social en la llanura aluvial mesopotámica,

que coincidiría, a grandes rasgos, con el colapso de la red de enclaves de Uruk en el norte y su retirada del Khuzestán, pese a que el área total ocupada apenas difiere entre ambas fases (Adams 1981: 82). Y si bien es cierto que esa desestabilización afectó más a los *hinterlands* rurales que a las ciudades, en el registro arqueológico de algunos de los principales centros urbanos también aparece reflejada en forma de discontinuidades. Este dato se ve claramente en la gran reorganización de los recintos de Eanna y Anu en Warka inmediatamente después de la última fase del Uruk reciente, Eanna IVa. Gracias a la nueva datación del Templo Blanco, que ha pasado del Jemdet Nasr al Uruk reciente (Schmidt 1978a), ahora parece razonablemente claro que ninguna de las principales estructuras públicas del Uruk reciente del yacimiento sobrevivió a la transición al período Jemdet Nasr. Los restos relativamente escasos atribuibles a la fase Eanna III de Warka (Finkbeiner 1986) contrastan radicalmente con los complejos arquitectónicos mucho más sólidos y monumentales característicos de las fases inmediatamente anteriores (Eanna VI IV) de la misma zona.

Mientras, en la periferia tenía lugar un proceso diametralmente opuesto. En el mismo momento en que la degradación de la base medioambiental y subsistencial minaba la viabilidad económica de las comunidades de la llanura aluvial mesopotámica, las sociedades periféricas se fortalecían gracias al desarrollo interno impulsado por los contactos con los enclaves mesopotámicos. Por lo tanto, es posible contemplar un escenario en el que el fortalecimiento inicial de las estructuras sociopolíticas de los grupos periféricos pudo propiciar, y seguramente propició, una rápida expansión de las propias comunidades locales, sobre todo en aquéllas en las que las presiones internas ya apuntaban a un mayor nivel de inte-

gración, un proceso seguramente acelerado y magnificado a raíz de la intrusión de Uruk. Estas comunidades habrían supuesto una amenaza para el dominio sur-mesopotámico de las principales rutas comerciales, sobre todo porque las rivalidades internas y las presiones medioambientales habían mermado la capacidad de respuesta de las comunidades de la llanura aluvial mesopotámica, mucho antes de que el impacto del intercambio desigual arraigara en la periferia. Este escenario, ciertamente hipotético, nos ayuda a comprender el de otro modo inexplicable colapso de la red septentrional, un acontecimiento que se observa muy claramente en las riberas del Éufrates, donde se destruyeron bases de Uruk, como Hassek Ḥöyük (Behm-Blancke *et al.* 1984), y se abandonaron los enclaves de Uruk de los alrededores de Karkemish y el área de Tabqa.

El desarrollo sociopolítico de la periferia en el Bronce Antiguo

En todo caso, al eliminar los efectos potencialmente asfixiantes de un intercambio desigual prolongado en el tiempo, el colapso de la fase de expansión del período de Uruk pudo facilitar el crecimiento libre y sin obstáculos de algunas comunidades indígenas de la periferia mesopotámica. Algunos estudios modernos del subdesarrollo económico sugieren que, históricamente, a veces el desarrollo socioeconómico de las periferias puede acelerarse cuando los vínculos con el centro se debilitan o desaparecen completamente. Es posible que este fenómeno, muy bien analizado por André Gunder Frank (1967) en el marco de la relación entre América Latina y Europa durante las épocas de crisis de los siglos XVIII y XIX, sea también relevante para comprender el de-

sarrollo sociopolítico del Bronce antiguo en las áreas situadas en torno a la llanura aluvial mesopotámica tras la retirada de Uruk de aquellas áreas.

Más concretamente, dada su duración relativamente breve y su fragilidad, es probable que la expansión de Uruk actuara como catalizadora del desarrollo de sistemas sociopolíticos complejos, diferenciados e independientes en algunas zonas de la periferia. Las diferencias en cuanto a los efectos a largo plazo de los contactos asimétricos dependerían, lógicamente, de la naturaleza de las sociedades periféricas ya establecidas en el momento del contacto inicial, de la duración de los contactos y de la intensidad de la interacción. Por ejemplo, Schwartz (1989) y Weiss (1989), entre otros, sugieren que la Alta Mesopotamia recuperó formaciones sociopolíticas más simples (como las existentes antes de los contactos) en el período Nínive V (Schwartz 1987), inmediatamente después de la intrusión de Uruk. En cambio, otras áreas siguieron desarrollándose, por lo general asumiendo el control de las redes regionales de intercambio antes en manos de los grupos intrusos del centro. Un ejemplo muy claro de este último efecto sería la emergencia del estado protoelamita centrado en Tal-i Malyan (Anshan), en la cuenca del río Kur de Fars. Este estado sucedió y sustituyó a las comunidades de Uruk en el suroeste de Irán y no sólo amplió las rutas transiraníes hacia el este (Alden 1982; Lamberg-Karlovsky 1985) sino que incluso se habría hecho con el control de las rutas comerciales hacia y desde la llanura aluvial mesopotámica siguiendo la cuenca del Diyala (Collon 1987: 20). De hecho, la emergente comunidad política protoelamita se expandió a su vez de forma muy parecida a las fases de expansión de las sociedades de Uruk que la precedieron. Es lo que observa Lamberg-Karlovsky (1982), que interpreta Sialk (IV.2) y Tepe

Yahya (IVC) como lejanos puestos avanzados protoelamitas de naturaleza y función similares a los anteriores puestos avanzados de Uruk en el mismo Sialk y en otros yacimientos.

La aparición de diversos poderes locales en algunos tramos de las rutas comerciales internacionales explica por qué el intercambio entre el ahora contraído centro mesopotámico (tras el abandono del Khuzestán) y su periferia continuó sin merma tras el colapso de la red de enclaves y puestos avanzados de Uruk y la transición al III milenio (Zagarell 1986: 420). De hecho, a juzgar por la evidencia en el registro arqueológico de los yacimientos del Dinástico antiguo de una serie cada vez mayor de materiales importados en la llanura aluvial mesopotámica, es incluso posible una expansión del comercio en esa época, aunque es de suponer que los términos del comercio no habrían sido tan favorables a la llanura aluvial mesopotámica como antes.

En cualquier caso, las inscripciones reales sumerias registran, aunque de forma indirecta, la existencia de algunos reinos locales en zonas de la periferia mesopotámica durante la segunda mitad del Dinástico antiguo (Cooper 1986). La «balcanización» política dominante revelada por estos textos refleja la situación de la propia llanura aluvial mesopotámica. La guerra crónica entre las ciudades y el fraccionamiento político tan característicos del Dinástico antiguo mesopotámico puede entenderse, en parte, como resultado de una mayor competencia entre todas las ciudades-estado por ganar posiciones y excluir a sus rivales de las grandes líneas de comunicación y transporte de y hacia la llanura aluvial mesopotámica, ahora ya no necesariamente controladas por Mesopotamia. Por lo tanto, las ciudades-estado independientes se vieron obligadas a tratar individualmente con un caleidoscopio de comunidades periféricas cada vez más poderosas, una

situación que tuvo que azuzar aún más el conflicto, tanto dentro como fuera de la llanura aluvial. Un reflejo de esta situación durante el Dinástico antiguo desde la perspectiva de la ciudad-estado de Uruk, uno de los centros implicados en aquella competición, ha sobrevivido en la serie de poemas épicos centrados en torno a las figuras de Enmerkar y Lugalbanda, que tratan del comercio y la guerra entre Uruk y la ciudad-estado de Aratta, esta última en algún lugar de la meseta iraní.

Sólo al final del Dinástico antiguo y el inicio de la dinastía acádica, unos seis o siete siglos después del colapso de la red de enclaves de Uruk, se iniciaría de nuevo un proceso sólido de expansión de las sociedades de la llanura aluvial mesopotámica comparable en intensidad al del pasado. Su lógica fue la misma: la necesidad de las élites de la llanura aluvial de asegurar y regularizar el acceso a los bienes que alimentaban una economía orientada a la exportación y base de su control social. Pero la alteración radical del paisaje sociopolítico de la periferia mesopotámica en el III milenio respecto al del milenio anterior significa que las estrategias de los acadios destinadas a la obtención de recursos tuvieron que ser muy diferentes de las practicadas por las sociedades de Uruk, en parte debido al impacto duradero de la intrusión de Uruk. La periferia que los acadios trataron de penetrar no tenía nada que ver con la que habían controlado los enclaves de Uruk, aun indirectamente. Creado tras siglos de desarrollo autóctono, el imperio acadio tuvo que tratar con varias comunidades políticas nativas localmente poderosas que se habían desarrollado, en gran medida, gracias a la adopción explícita de las normas culturales y las formas político-económicas de organización social de la Baja Mesopotamia. Gracias al descubrimiento casual de los archivos de palacio, el estado mejor

documentado de todos aquellos estados rivales es la antigua Ebla/Tell Mardikh (56 ha), en las fértiles llanuras sirias al sureste de Alepo (Matthiae 1980; Pettinato 1991). En el centro y el norte de Siria, y en el norte de Iraq, también existieron otros reinos contemporáneos no menos poderosos, aunque por el momento carecemos de registros históricos (Weiss 1983). Entre los ejemplos excavados y por lo tanto mejor conocidos están (de oeste a este) Qatna (100 ha), junto al Orontes (Du Mesnil du Buisson 1935), Tell Chuera (100 ha), entre el Balikh y el Khabur occidental (Orthmann 1986), Tell Mozan (unas 70 ha; Buccellati y Kelly-Buccellati 1988), Tell Brak (mínimo 43 ha; D. Oates 1982), Tell Leilan (75 ha; Weiss 1986) en los afluentes paralelos del Alto Khabur, y Tell Taya (70-160 ha), en las llanuras al norte del Jebel Sinjar (Reade 1968).

Las profundas diferencias entre las distintas comunidades nativas que encontraron los intrusos sur-mesopotámicos entre el período de Uruk y el Acádico ayudan a explicar por qué el fenómeno acádico, comparado con la evidencia del período anterior, parece geográficamente más limitado. Es muy probable que algunas zonas de la cuenca alta del Tigris, en el norte de Iraq, y de la cuenca del Alto Khabur, en el noreste de Siria, estuvieran bajo el control político de Accad, pero no existe evidencia comparable a la disponible para el período de Uruk de una prolongada presencia mesopotámica en el gran recodo del Éufrates o en las montañas de Irán. En realidad, parece que aquellas áreas estuvieron enteramente fuera de la esfera de control mesopotámico, y las inscripciones reales acádicas detallan una letanía de campañas militares dirigidas contra las comunidades locales recalcitrantes que, una y otra vez, demostraron su capacidad para cuestionar el poder de Accad (cap. 1).[87] Es evidente, pues, que a diferencia

de los tiempos de Uruk (al menos en la fase inicial), en el período acádico la colaboración indígena en muchas zonas de la periferia ya no parecía garantizada, y en muchos casos el único medio de asegurar los recursos fue mediante modos de dominación imperial más formales que los que utilizaron los intrusos de Uruk. A juzgar por la periodicidad de las incursiones acádicas contra diversos grupos del norte de Siria, el norte de Mesopotamia, el sureste de Anatolia y el piedemonte de los Zagros, aquellos modos más formales habrían resultado bastante más onerosos a corto plazo y mucho menos eficaces a largo plazo que los esfuerzos anteriores.

7. CONCLUSIONES

Si el historiador de la antigua Mesopotamia desea ofrecer realmente una explicación coherente de sus materiales tendrá que sustituir aquella imperiosa máxima de «lo que la evidencia nos obliga a creer» por un modesto «lo que la evidencia nos autoriza razonablemente a creer», porque sólo si no se limita a lo más evidente y atiende también a aquellos indicios que resultan sugestivos y en sí mismos razonables, podrá el historiador convertir sus datos en una exposición coherente y llena de sentido.

THORKILD JACOBSEN, «Early Political Development in Mesopotamia»

LA PERSPECTIVA DE LA PERIFERIA: EL IMPERIO INFORMAL EN EL PERÍODO DE URUK

Decía que, en la segunda mitad del IV milenio, las sociedades de la llanura aluvial mesopotámica altamente integradas pero deficitarias en recursos habían logrado institucionalizar un sistema de interacción con las comunidades de las montañas ricas en recursos pero mucho menos desarrolladas. Y lo lograron colonizando las llanuras vecinas del suroeste de Irán y estableciendo enclaves, bases y puestos avanzados en lugares perfectamente escogidos de la periferia septentrional. Aquella intrusión fue comparable, en muchos as-

pectos, a la expansión, históricamente documentada, del imperio acádico en algunas de las mismas áreas iniciada unos seiscientos o setecientos años después del final del período de Uruk, e igualmente efímera. Sin embargo, la intrusión de Uruk tendría importantes repercusiones en el desarrollo ulterior de las culturas indígenas con las que entró en contacto, lo que explica en parte el posterior fracaso del sistema de interacción suprarregional resultante.

En líneas generales, los procesos de expansión de las sociedades mesopotámicas durante el período de Uruk pueden dividirse en varias etapas, aunque persisten importantes problemas cronológicos y existan seguramente bastantes superposiciones entre esas distintas etapas. La primera etapa (fig. 46A) es la de la colonización de las llanuras del suroeste de Irán, un proceso básicamente *ad hoc* que integró aquellas llanuras al lugar central mesopotámico y aseguró a las comunidades de Uruk de la susiana un acceso ilimitado a las rutas comerciales hacia la meseta iraní y a puntos más al este atravesando el sur de los montes Zagros. La segunda etapa, seguramente solapándose en parte con la anterior (fig. 46B), es la del establecimiento de pequeños asentamientos en zonas estratégicas sin ocupación previa relevante (Sheikh Hassan en el área de Tabqa) y, lo más importante, la ocupación de varios yacimientos tardocalcolíticos habitados en el vértice de la jerarquía de los asentamientos locales de las llanuras siro-mesopotámicas (Nínive, Brak, Karkemish, Samsat), todos ellos situados en la intersección de los principales cursos fluviales y rutas terrestres. La tercera etapa (fig. 46C) representa el apogeo de la red de enclaves septentrionales. Los asentamientos previamente establecidos se mantuvieron, y la presencia de Uruk en el Alto Éufrates se expandió rápidamente, con importantes enclaves urbanos en las áreas de

Tabqa (Habuba/Qannas/Aruda) y Karkemish (Kum Ocağı/Şadi Tepe/Tiladir Tepe). Estos enclaves habrían controlado el tráfico fluvial del Tigris y del Éufrates y la ruta terrestre que seguía el curso de los ríos entre Siro-Mesopotamia y la llanura aluvial del sur de Iraq.

Según cómo se correlacione la secuencia del período de Uruk de la susiana con la secuencia de la llanura aluvial mesopotámica, la etapa final (fig. 46D) puede entenderse bien como una expansión ulterior del patrón precedente, bien como un patrón totalmente distinto tras el colapso. En ambos casos, es probable que coincidiera con el final del período de Uruk tal como hoy lo entendemos, caracterizado por el establecimiento de pequeños puestos avanzados aislados (Godin, Sialk) en lugares estratégicos a lo largo de las rutas de montaña que conectaban con los enclaves de Uruk del norte (por ej., Nínive), o con los estados de Uruk de la llanura aluvial iraquí (a través de la cuenca del Diyala y la Ruta de Khorasán), o con el suroeste de Irán (a través de los pasos de los Zagros meridionales).

Los principales enclaves de Uruk en las llanuras nor-mesopotámicas formaron una red de dimensiones geográficas sorprendentes y seguramente fueron mucho mayores y más complejos —social, política y económicamente— que las comunidades preexistentes. Aunque no existe evidencia directa que lo corrobore, creo que estos enclaves tuvieron que ejercer una enorme influencia, si no un control directo, sobre la economía de intercambio de larga distancia de las áreas donde se establecieron. Esta hipótesis se basa en evidencia circunstancial pero convincente: (1) las manifiestas diferencias de escala entre los enclaves y las comunidades indígenas de su entorno, (2) la lógica estratégica subyacente al

emplazamiento de los enclaves, y (3) el impacto observable que tuvo la intrusión en las sociedades indígenas próximas.

Pero ello no quiere decir ni mucho menos que detrás del establecimiento de los yacimientos de la red hubiera un «plan maestro» global. Lejos de ello. Es muy probable que el crecimiento de la red fuera orgánico, y que existiera una importante dimensión temporal, aunque nuestro conocimiento de los datos cronológicos pertinentes de yacimientos como Nínive, Brak, Samsat y Karkemish no sea todavía suficiente para desentrañar sus detalles. En cambio, no hay duda de que, en su momento más álgido, la expansión de Uruk constituyó parte del cíclico «impulso hacia el imperio» tan característico de la civilización mesopotámica durante milenios. Ese impulso recurrente hacia afuera, una respuesta social necesaria ante el déficit crónico de recursos de la llanura aluvial mesopotámica y facilitada por las diferencias sociopolíticas y económicas entre la llanura aluvial y su periferia, habría adoptado distintas formas a lo largo de la historia de la civilización mesopotámica, desde modos de interacción más informales (contactos comerciales esporádicos, redes comerciales institucionalizadas y expediciones e incursiones militares ocasionales) hasta modos más formales (anexión territorial, sistemas provinciales). Las especificidades de cada período y área dependerían de una combinación de factores y condiciones relacionados tanto con las condiciones de la periferia como con los desarrollos en el lugar central de la llanura aluvial.

Por ejemplo, en el período de Uruk, las diferencias mencionadas se aprecian en el patrón de asentamiento de los yacimientos de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas, donde la estrategia de contacto preferida fueron los puestos avanzados en lugares lejanos, y en el área de Susa, donde se

observaría más bien un proceso de colonización a gran escala, dependiendo de varios factores. Un elemento importante a considerar habría sido la distancia. Por ejemplo, para ir de la susiana al sur de Iraq se requerían entre siete y diez días de ruta, a pie o en caravana de muías (H.T. Wright 1981b: 264), mientras que para llegar a los enclaves septentrionales se requería un mes o más de viaje, como muestran los relatos que han sobrevivido del itinerario de los mercaderes del período Paleobabilónico (principios del II milenio a.C.) entre la llanura aluvial mesopotámica y la ciudad-estado de Emar, en el área de la presa de Tabqa[88]. Significa que la fundación, el mantenimiento y la defensa de los enclaves tenían que resultar muy caros, lo que explicaría en parte por qué a la larga las sociedades de Uruk no pudieron (o no quisieron) costear su mantenimiento.

Hay también otro factor que posiblemente explica algunas de las diferencias observadas en las estrategias de contacto de las sociedades de la llanura aluvial del período de Uruk con sus periferias del norte y del este: los colonos de Uruk que se dirigían al este en dirección a la susiana, se habrían sentido atraídos por la ausencia relativa de asentamientos, un vacío que podían ocupar sin problemas o con muy poca resistencia. Se recordará que, antes de la penetración de Uruk, el asentamiento indígena del suroeste iraní ya estaba en plena decadencia. Pero en su desplazamiento hacia el norte en dirección a las llanuras siro-mesopotámicas, los colonos de Uruk penetraron en un área que ya mantenía relaciones comerciales perfectamente desarrolladas con las montañas circundantes (como se demuestra en Gawra) y entraron en contacto con culturas que, aun siendo menos poderosas y complejas, eran florecientes.

Estas diferencias logísticas y culturales ayudan a explicar la enorme divergencia entre el patrón de asentamiento de los yacimientos de Uruk en las llanuras del suroeste de Irán y el de las montañas de Siro-Mesopotamia. En efecto, mientras la susiana del período de Uruk reciente se convertía, culturalmente hablando, en una extensión oriental de la llanura aluvial mesopotámica con al menos dos comunidades de Uruk independientes en lucha por la supremacía, las llanuras siro-mesopotámicas seguían siendo un medio extraño y lejano, y la mejor forma de adentrarse en ellas era a través de asentamientos especializados situados en lugares estratégicos (comunidades de acceso).

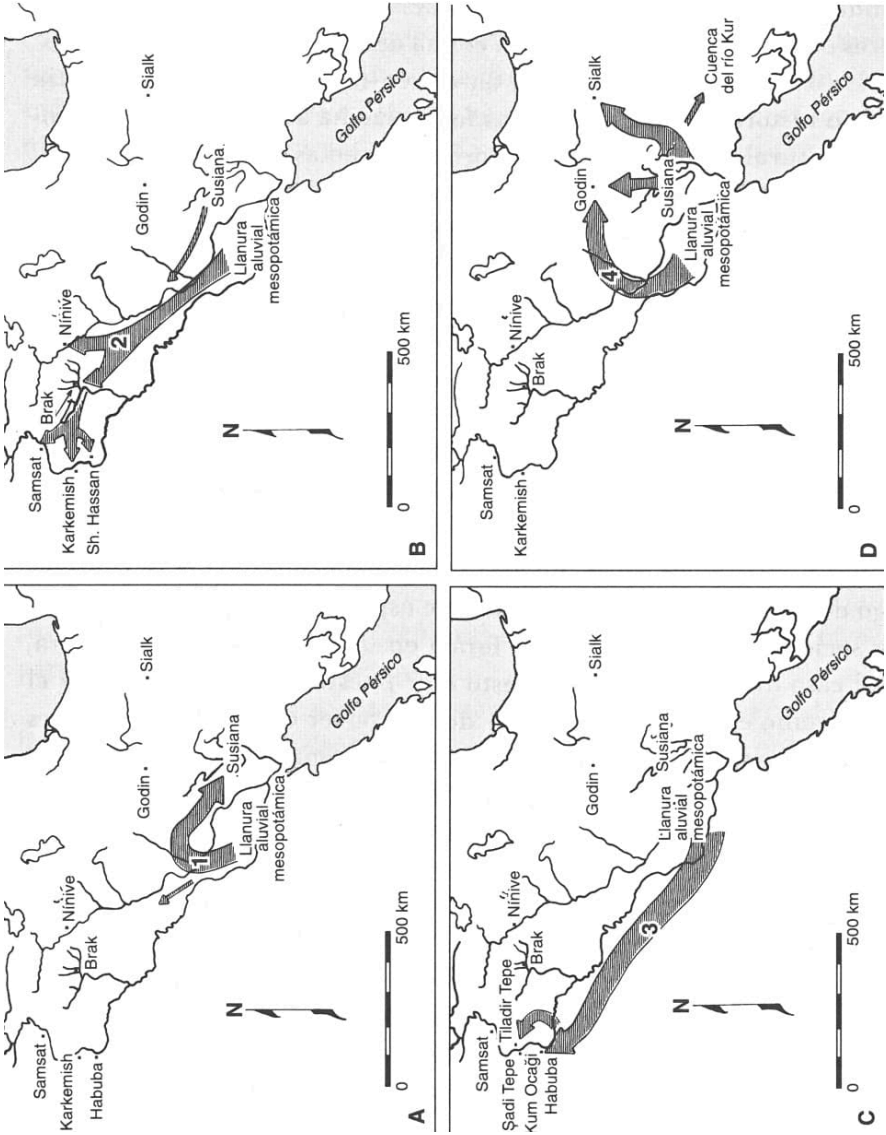


FIGURA 46. La expansión de las sociedades mesopotámicas en el período de Uruk.

Una buena manera de abordar la cuestión de la influencia de las condiciones preexistentes en la periferia sobre las estrategias de contacto entre las sociedades mesopotámicas y las comunidades periféricas, y también de verificar la solidez de las conclusiones ya alcanzadas sobre la naturaleza de las

comunidades periféricas, es utilizar materiales comparativos de fenómenos similares o relacionados que cuenten con una adecuada documentación histórica. Un estudio útil y sugestivo en este sentido es el de Philip Curtin (1984), un historiador que analiza las formas que ha adoptado el intercambio intercultural a lo largo de la historia, sus sistemas de organización y el impacto que esos contactos han tenido en las sociedades implicadas. Afirma que a partir de un determinado momento de la evolución social, el perfil general de las distintas instituciones del comercio intercultural en civilizaciones y circunstancias históricas de por sí muy diferentes, es sumamente parecido, aunque la singularidad de cada una de las instituciones y del propio comercio varíen de forma considerable. Según Curtin, la forma de intercambio intercultural institucional más común tras la emergencia de las ciudades fue la «diáspora comercial», un término perfectamente aplicable a los enclaves, las bases y los puestos avanzados de Uruk, por cuanto define aquella comunidad o comunidades fundadas con el fin concreto de ejercer como mediadores entre unas áreas dotadas de recursos diferentes pero complementarios.

Según Curtin, las diásporas comerciales han adoptado diversas formas a lo largo de la historia, desde el comerciante especializado que abandona su propia sociedad y se asienta como foráneo en una comunidad extranjera, hasta el caso diametralmente opuesto de los puestos establecidos desde el principio como entidades políticas, y donde el poder o poderes fundadores retienen un cierto control sobre los asentamientos comerciales. Entre ambos extremos existen miles de posibilidades, según sea la relación entre los asentamientos de la diáspora comercial y las respectivas comunidades de acogida, la relación entre los propios asentamientos de la

diáspora, su relación —si la hay— con sus respectivas metrópolis y, por último, según el posible impacto de las condiciones preexistentes sobre la índole de los contactos.

Este último punto es especialmente relevante para entender la expansión de Uruk, ya que, como establecen los estudios de caso explorados por Curtin, las estrategias de contacto efectivamente varían, y mucho, en función de las estructuras sociopolíticas y económicas de las sociedades indígenas donde se establecen los asentamientos de la diáspora. En áreas de gran potencial económico pero con redes comerciales intrarregionales relativamente subdesarrolladas, Curtin observa una mayor tendencia a que los asentamientos comerciales se extiendan por todo el *hinterland* local y se impliquen directamente en la explotación de los recursos, un patrón de asentamiento que no coincide con el observado en los asentamientos de Uruk del norte y el noroeste. Pero en áreas donde las comunidades locales ya controlan una red comercial desarrollada, lo más probable es que los asentamientos comerciales se establezcan sólo en lugares determinados, habitualmente en la intersección de las redes de transporte inter- e intrarregionales.

A la luz de lo anterior, lo que hicieron los enclaves de Uruk en Siro-Mesopotamia fue sobreponer una nueva orientación (de larga distancia) a las redes de intercambio ya existentes que conectaban las llanuras septentrionales con las montañas del norte y el este. Los enclaves situados en lugares estratégicos controlaban las rutas comerciales de larga distancia a y desde la llanura aluvial mesopotámica y a través de las llanuras siro-mesopotámicas. Pero los *hinterlands* de Siro-Mesopotamia, las cadenas montañosas y las rutas comerciales de montaña que conectaban con las llanuras septentrionales estaban controladas por una multiplicidad de

comunidades indígenas que tuvieron que ser proclives al comercio. Esta estrategia de contacto se explica, en parte, por lo que el historiador económico Paul Bairoch (1988: 11-12) ha llamado la «tiranía de la distancia». En otras palabras, las primitivas tecnologías de transporte habituales entre las sociedades premodernas hacían que la explotación directa de recursos remotos resultara prohibitiva en cuanto a inversión y tiempo[89]. En esas condiciones, para los estados de Uruk ávidos de los recursos de las montañas resultaba mucho más fácil y barato dejar que las comunidades indígenas, que ya los explotaban, continuaran haciéndolo, siempre que se las pudiera persuadir u obligar (a través de los asentamientos intrusivos de las llanuras próximas) a comerciar en términos favorables para la llanura aluvial mesopotámica.

Pese a tratarse de distintas circunstancias históricas, un paralelo particularmente esclarecedor del tipo de relación que pudo crearse entre las sociedades nativas de las llanuras siro-mesopotámicas y montañas del entorno y los asentamientos de Uruk encajados en ellas es la intrusión portuguesa en Senegambia (África occidental) en los siglos XVI y XVII d.C. Las fuentes europeas revelan que cuando los colonos portugueses llegaron por primera vez a la costa senegambesa en busca de esclavos, oro, marfil y especias, descubrieron que en el área habitaban varias jefaturas independientes y que entre las comunidades locales funcionaba hacía tiempo un floreciente comercio de pescado, sal, hierro, telas y productos agrícolas. Y que, desde varios siglos antes de la llegada de los portugueses, también existían conexiones comerciales terrestres de larga distancia (a través del desierto del Sahara) entre Senegambia y los estados musulmanes del Mediterráneo (Curtin 1975).

A la vista del panorama, los portugueses se contentaron con establecer unos pocos asentamientos en lugares estratégicos. En el caso de Senegambia, no hubo ocupación de los principales asentamientos preexistentes, ya que estaban situados junto a las rutas trans-saharianas y muy al interior de la sabana autosuficiente que separaba el desierto del norte de las selvas del sur. En cambio, los asentamientos portugueses sólo se establecieron en la costa y en el delta del río Gambia (al parecer, en la mayoría de los casos con el consentimiento de las poblaciones locales). Desde allí, los asentamientos portugueses podían acceder con facilidad tanto a las rutas marítimas hacia Europa occidental controladas por su propia armada como a las rutas fluviales y terrestres hacia el interior. De este modo, los portugueses no sólo evitaban las rutas trans-saharianas sino que se situaban como mediadores imprescindibles de la economía comercial de larga distancia de la zona. Pero el control de las rutas del interior, ahora parcialmente desviadas para poder enlazar con los enclaves costeros, se dejó en manos de las jefaturas locales abiertas al comercio, las mismas que ya controlaban el grueso del comercio de larga distancia e intrarregional antes de la llegada de los europeos. Una vez los intrusos instalados en la costa, una clase cada vez más numerosa de intermediarios africanos les suministraba los recursos e Ítems comerciales necesarios (Curtin 1975; Daaku 1970).

Si, como yo creo, es efectivamente posible ver en la expansión de las sociedades de Uruk un ejemplo antiguo del cíclico «impulso hacia el imperio» que caracterizó la civilización mesopotámica desde su aparición, entonces habría que definir qué tipo de «imperio» revela la evidencia analizada en los capítulos anteriores. Lo más probable es que los enclaves controlaran el conjunto de aldeas y poblados asociados entre

los que se asentaron. Y que los propios enclaves dependieran de determinadas ciudades-estado de Uruk. Pero ni las llanuras septentrionales en su conjunto ni las montañas circundantes quedaron bajo el control directo de los emergentes centros urbanos del sur de Iraq y del suroeste de Irán. El control mesopotámico efectivo de aquellas vastas áreas habría deparado un patrón de asentamiento muy distinto del observado en el período de Uruk: toda una red de puestos administrativos, guarniciones y bases en los *hinterlands* más alejados de los cursos fluviales.

En otras palabras, la evidencia arqueológica disponible sugiere que los vínculos que se establecieron entre la periferia nor-mesopotámica y las llanuras aluviales del sur de Iraq y el Khuzestán durante el período de Uruk fueron fundamentalmente económicos, pero su influencia en el desarrollo de las sociedades periféricas fue muy profunda. Los efectos observables varían desde la adopción de estilos arquitectónicos explícitamente mesopotámicos, como en Tell Hammam el-Turkman, hasta la progresiva convergencia de las industrias cerámicas y de la glíptica mesopotámica e indígena que se observa en Arslan Tepe. Pero más importante que estas transformaciones fácilmente identificables fueron los cambios en materia de organización social, económicos, ideológicos y del concepto de liderazgo que revelan los restos arqueológicos.

Según el paradigma de Gallagher y Robinson sobre las relaciones de dependencia imperial mencionado en el capítulo introductorio, la red de enclaves de Uruk en la Alta Mesopotamia puede caracterizarse como un imperio informal: las fronteras de la hegemonía económica mesopotámica trascendieron con mucho los límites de su control político. Desde la perspectiva de la periferia, el imperio informal del período

de Uruk se parecía mucho al «imperio de los emporios comerciales» de Cartago en el Mediterráneo occidental anterior al siglo III a.C., o al imperio británico y portugués en Asia y África anterior al siglo XX. En el centro de esos imperios había unas comunidades políticas altamente integradas que, sin poseer la mayoría del territorio, lograron ejercer una profunda influencia en la vida económica de extensas regiones a través de unos enclaves estratégicamente situados y de una red de alianzas con los jefes locales por lo demás independientes (Curtin 1975, 1984; Gallagher y Robinson 1961). Ante la falta de documentación histórica, es imposible demostrar directamente la existencia de alianzas entre determinados enclaves de Uruk y algunos de los jefes indígenas de las zonas que controlaban el acceso a los recursos de las montañas. Sin embargo, formalizadas o no, es evidente que aquellas alianzas tuvieron que existir, ya que a largo plazo la posición de los enclaves de Uruk en el norte y noroeste habría sino insostenible frente a una oposición local activa. Aunque seguramente la coerción formó parte del proceso expansionista del período de Uruk, el proceso en sí mismo resulta ininteligible sin un nivel importante de colaboración indígena.

LA PERSPECTIVA DEL LUGAR CENTRAL: UN SISTEMA-MUNDO DEL PERÍODO DE URUK

Aunque instructivo desde el punto de vista de la periferia, el modelo de imperio formal hace aguas desde el momento en que da por sentado la existencia de un único centro político. Tal vez fuera así en el período acádico y posteriores, pero no en el período de Uruk. La evidencia de las

prospecciones realizadas en el sur de Iraq y en el Khuzestán indica que el medio político del mundo de Uruk se caracterizó por un número limitado de núcleos centralizados, seguramente en competición feroz unos con otros. Es lo que se infiere de la evidencia ya comentada sobre los cambios en el patrón de asentamiento de Uruk en la susiana que culminaron en la emergencia de una zona fronteriza deshabitada en medio de dos estados al parecer rivales. Resulta revelador que en muchas representaciones contemporáneas de la llanura aluvial iraquí y de la susiana aparezca con frecuencia el conflicto armado: algunas de las escenas que suelen aparecer en las improntas de los cilindro-sellos de Uruk reflejan actividades militares y la toma de prisioneros[90].

Por lo tanto, en un marco de conflicto y de luchas internas en el núcleo mesopotámico, el establecimiento de asentamientos de Uruk en la periferia adquiere sentido si se contempla como parte de un proceso orgánico de acción y reacción, en el que las ciudades-estado de Uruk luchaban no sólo para fundar enclaves o puestos avanzados con vistas a controlar las principales líneas de comunicación y de acceso a los recursos sino, aún más importante, para evitar que sus rivales locales se hicieran con ese control exclusivo. Unos estados se habrían orientado hacia determinadas zonas de la periferia en virtud de su emplazamiento e historia de contactos, como muestra la figura 47. En ese proceso orgánico, un factor importante habría sido la colonización de la susiana y la emergencia allí de comunidades de Uruk políticamente independientes, lo que a su vez habría propiciado procesos independientes de expansión hacia el norte de los estados rivales de la llanura aluvial mesopotámica para tratar de compensar las ventajas de los centros del suroeste iraní, situados en lu-

gares idóneos para explotar las rutas comerciales a través de la meseta iraní y oriente.

La situación comentada aquí para el período de Uruk tiene un paralelo histórico en la historia posterior de Mesopotamia. A finales del período Isin-Larsa (primeros siglos del II milenio a.C.), tras el colapso del imperio de la Tercera Dinastía de Ur, y antes de la unificación de la llanura aluvial mesopotámica bajo el poder emergente de Hammurabi de Babilonia, existen documentos que mencionan el control que ejercían algunos estados sobre determinados tramos de las rutas comerciales, tanto terrestres siguiendo el curso del Tigris o del Éufrates, como marítimas en dirección al golfo. Por ejemplo, la ciudad de Ur, situada en el extremo meridional de la llanura aluvial, aparece íntimamente conectada con el comercio del golfo Pérsico, mientras que Larsa, su vecina del noreste, estaba más estrechamente asociada a las rutas terrestres hacia el este y el suroeste de Irán a través de la región del Diyala. Sipar, en el extremo noreste de la llanura aluvial mesopotámica, aparece vinculada a las rutas comerciales que discurren junto al Tigris en dirección a Assur y el norte, mientras que Babilonia, en el centro de la llanura aluvial junto a uno de los principales afluentes del Éufrates, se orientaba sobre todo a las rutas que conectaban con el norte de Siria y el noroeste (Larsen 1987; Leemans 1960).

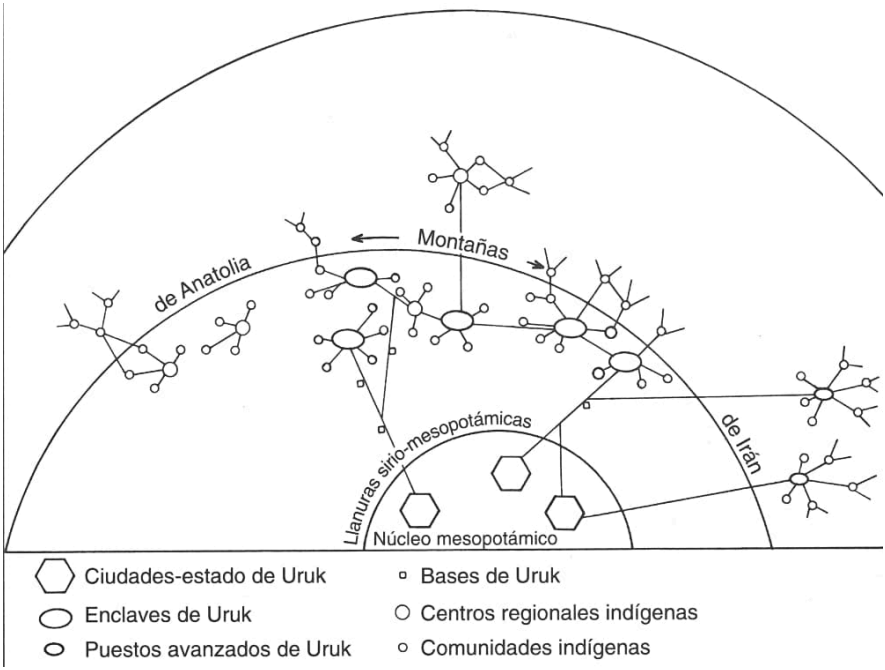


FIGURA 47. El sistema de interacción suprarregional del período de Uruk.

Por lo tanto, desde la perspectiva del núcleo mesopotámico durante el período de Uruk, más que de «imperio informal» cabría hablar de un «sistema-mundo» modificado, como decíamos en el capítulo introductorio. Este modelo de cambio histórico resulta pertinente para el estudio de la expansión de la civilización de la antigua Mesopotamia porque, al igual que el paradigma del imperio informal, se basa en el supuesto de que los vínculos fundamentales entre regiones y culturas complementarias son económicos; pero a diferencia del modelo de imperio informal, el esquema del sistema-mundo tiene en cuenta la dinámica de la rivalidad entre las comunidades políticas del centro. Inicialmente al menos, el sistema de interacción suprarregional del mundo moderno que describe Wallerstein surge de los esfuerzos independientes de unos pocos núcleos ferozmente competitivos que, muchas veces, sólo pretenden reaccionar frente a

los movimientos y las amenazas, supuestas o reales, de sus rivales regionales. Creo que, en líneas generales, éste fue también el contexto histórico de la expansión de Uruk.

El contexto de la expansión

La gran cantidad de datos nuevos y de reinterpretaciones sobre el norte y el noroeste de la periferia mesopotámica, resumidos en los capítulos precedentes, determinan nuestro conocimiento no sólo de las transformaciones en aquellas áreas periféricas sino también de los desarrollos en las llanuras aluviales del sur de Iraq y del suroeste de Irán durante la segunda mitad del IV milenio a. C. En efecto, desde muchos aspectos, ahora estos datos periféricos nos permiten evaluar mejor la transformación de la civilización sumeria en el tramo final del período de Uruk. El nivel de planificación centralizada comunitaria que se observa en asentamientos como el complejo de Habuba/Qannas, por ejemplo, es indicativo de la complejidad de la evolución administrativa que tuvo lugar en los centros urbanos del núcleo mesopotámico, de los que existe poca evidencia directa, ya sea del sur de Iraq o del suroeste de Irán, donde muchas veces los niveles de Uruk se hallan bajo muchos metros de deposición posterior.

Además, toda la evidencia periférica existente relativa a la organización del intercambio en el período de Uruk ofrece también claves sobre la estructura social de las antiguas comunidades mesopotámicas de las que, de nuevo, la única evidencia pertinente del propio núcleo mesopotámico se basa en la glíptica y en la epigrafía no siempre inteligibles[91]. En un extremo del espectro de las posibilidades organizativas está el fuerte que corona Godin Tepe (Godin V), un yaci-

miento ocupado, como ya he mencionado, por un grupo de mercaderes especializados que abandonaron su propia sociedad para asentarse en una comunidad foránea (Godin VI) como extranjeros, con la aquiescencia de sus nuevos anfitriones. El patrón que se observa recuerda, pues, el caso bien documentado de los mercaderes paleoasirios en Anatolia, aunque no sabemos si los escasos ocupantes del fuerte de Godin actuaban en interés de su propio grupo de parentesco o de un estado de Uruk. Poco puede decirse de la situación en yacimientos como Nínive, Brak, Samsat y Karkemish debido a la escasez de hallazgos. Es posible que la ocupación de Uruk de aquellos centros previamente habitados fuera similar al patrón hallado en Godin, aunque a una escala mucho mayor. Pero lo más probable es que aquellos yacimientos respondieran al patrón organizativo radicalmente opuesto que se observa en el complejo de Habuba/Qannas/Aruda en el área de la presa de Tabqa, donde los hallazgos fueron comparativamente abundantes.

Los yacimientos de Uruk en la región de Tabqa sólo se explican si se consideran apéndices especializados de una ciudad-estado de Uruk seguramente organizados de una forma muy parecida. Aunque desconocemos si aquellos asentamientos fueron formalmente independientes de su metrópolis fundadora durante mucho tiempo, el nivel de planificación centralizada que evidencian indica que representan un caso de implantación urbana, una concentración de asentamientos relacionados entre sí fundados como una entidad política para desempeñar determinadas funciones (por ejemplo, intermediarios del intercambio). A menos que nuestras premisas sobre la naturaleza de la antigua sociedad mesopotámica sean radicalmente erróneas, el enclave de Tabqa tuvo que ser resultado de un acto consciente y caro de política

práctica imposible de atribuir a una firma familiar basada en el parentesco según el modelo comercial de la antigua Asiria. La fundación de aquellos enclaves habría requerido, por el contrario, un nivel de planificación y de recursos, de gastos y de acceso a mano de obra muy superior al considerado tradicionalmente posible para las organizaciones basadas en el parentesco, como las que se dieron a lo largo de la historia mesopotámica (Diakonoff 1975, 1982; Gelb 1979).

Es decir si, basándome en la meticulosa elección del emplazamiento de los principales enclaves de Uruk de la Alta Mesopotamia, supongo correctamente que su fundación respondía a una lógica estratégica destinada a controlar las redes de intercambio a y de la llanura aluvial mesopotámica, entonces cabe concluir que en el período de Uruk fue fundamentalmente el estado (que aquí se equipara al sector público, palacio y templo incluidos) el que desempeñó un papel activo para garantizar la obtención de recursos. A partir de ahí puede decirse que, en general, desde el principio mismo de la civilización mesopotámica, el estado ejerció un rol económico preponderante, aunque sólo fuera para controlar el gran contingente de mano de obra y las fuerzas de seguridad históricamente necesarias en el caso de Mesopotamia para asegurar la producción de excedentes exportables (Nissen 1976; Zagarell 1986).

Este temprano rol parece avalado por la evidencia escrita y figurativa del núcleo mesopotámico, es decir, por los aún poco y mal comprendidos Textos Arcaicos de los niveles IV y III de la secuencia de Eanna en Warka, y por las improntas de cilindro-sellos de estilo Uruk de Warka y otros yacimientos. Un caso relevante es la industria textil que, como se recordará, fue de siempre una industria fundamental controlada por el estado y orientada a la exportación. Pese a la falta

de evidencia concluyente sobre la fabricación textil de exportación durante el período de Uruk como la que existe para el III milenio, la evidencia disponible revela que las condiciones necesarias para este tipo de actividad ya estaban presentes cuando se fundó la red de enclaves (Nissen 1985b). Una impronta de cilindro-sello de Susa donde se aprecia con toda nitidez un telar horizontal y unas tejedoras demuestra que ya existía la tecnología necesaria (Amiet 1972: n.° 673). El control estatal de las materias primas indispensables (la lana) parece evidente a la luz del contenido de un grupo de Textos Arcaicos de publicación reciente sobre la cría de animales, donde se menciona la existencia de rebaños gestionados por el estado (Green 1980). El control de la mano de obra requerida para el trabajo también está implícito en el término que aparece en los Textos Arcaicos para referirse a las mujeres esclavas (SAL + KUR), que significa no sólo esclavo de origen extranjero en sentido estricto sino también mujer dependiente o sierva (Gelb 1982: 91-93). Aquellas obreras figuran de forma preeminente en la documentación posterior relativa a la producción textil de exportación. Es revelador que en la impronta de Susa con el telar ya mencionada se represente al personal con largas trenzas, señal de que el trabajo lo realizaban mujeres (Amiet 1972: 105, n.° 673). Una última consideración es el rol del estado en el almacenamiento y la redistribución de las materias primas y productos acabados. Ese rol también viene indicado en las Tablillas Arcaicas: incluso las más antiguas, que registran una sola transacción, mencionan la tarea encomendada a los administradores centrales de registrar las entradas y salidas de determinados bienes. Según Nissen (1986a: 330), muchas de las tablillas de difícil interpretación tratarían de la distribución y el almacenamiento de tejidos.

El hecho de que el sector público fuera la fuerza económica dominante detrás del comercio de larga distancia del período de Uruk, no significa necesariamente que las élites de Uruk controlaran todas las facetas de la economía. De hecho, algunos estudios recientes sobre la economía de las ciudades-estado sumerias del III milenio (Foster 1977, 1981; Gelb 1971, 1979; Powell 1977; Westenholz 1984) descubren considerable evidencia de la presencia de fuerzas económicas en la sociedad mesopotámicas que no estaban bajo el control directo de las burocracias centrales, ni siquiera en períodos de gran centralización política, como el que creo que se dio en la época de Uruk. Estos estudios constatan que incluso en las épocas en que el intercambio de larga distancia era básicamente responsabilidad del sector público, se documenta un cierto grado, muy vigoroso, de comercio interno controlado por empresarios privados o por funcionarios del estado que se valían de su posición para lucrarse personalmente. Es más, esos mismos estudios sugieren también la posibilidad de que existiera un cierto volumen de gestión privada en la extracción de algunos recursos fuera de la llanura aluvial mesopotámica (Adams 1974). Foster (1977) refuerza esta tesis en su análisis del comercio acádico cuando, basándose en los registros de la ciudad-estado de Umma, descubre que hay categorías enteras de importaciones (entre ellas bienes tan básicos como el cobre) que no figuran en la documentación que ha sobrevivido. Dado que esa documentación estaba a cargo de las burocracias centrales, es probable que al menos una parte de las importaciones necesarias llegaran a la llanura aluvial mesopotámica a través de mecanismos más intermitentes y menos formales al margen de las grandes instituciones.

Estos estudios sobre el comercio del III milenio son relevantes para conocer las condiciones del período de Uruk, porque plantean la posibilidad de que centrando nuestra atención en los principales enclaves de Uruk identificados hasta la fecha, que representarían el instrumento «oficial» de abastecimiento de las burocracias centrales, podemos perder de vista otros esfuerzos «no oficiales» de empresarios privados que habrían llevado la presencia mesopotámica a áreas más allá del alcance inmediato de los enclaves. No sabemos si los puestos avanzados de Uruk en las montañas, como Godin y Sialk, representan la culminación de la fase de expansión del período de Uruk o su colapso parcial, pero en cualquier caso no cabe descartar la atractiva hipótesis de que aquellos puestos avanzados fueran testimonio de formas de abastecimiento complementarias al margen del estado durante el período de Uruk.

PROBLEMAS PENDIENTES Y SUGERENCIAS DE CARA A FUTURAS INVESTIGACIONES

Las raíces de la expansión

Las sociedades de la llanura aluvial mesopotámica del período de Uruk se expandieron rápidamente, tanto interna como externamente. En el primer caso, aquella expansión adoptó diversas formas: (1) nuevas formas de distribución espacial con el crecimiento de las ciudades y sus dependencias; (2) nuevas formas de organización sociopolítica con un crecimiento explosivo de la diferenciación social, la emergencia de mano de obra dependiente o semiesclava, y la cristalización del estado; (3) nuevas formas de gestión económi-

ca y nuevas prácticas de registro y archivo, y control estatal de una parte importante de los medios de producción y de sus excedentes, artesanía y especialización ocupacional a escala industrial, y el origen efectivo de la escritura; y por último (4) nuevas formas de representación simbólica necesarias para legitimar los cambios que tenían lugar en el ámbito de las relaciones sociales y políticas, propiciando la creación de una tradición artística y un repertorio iconográfico que establecería el marco de la representación pictórica en Mesopotamia durante milenios. Externamente, aquella expansión comportó una migración de parte de la población y la formalización (a través de los enclaves, las bases y los puestos avanzados situados estratégicamente) de las redes comerciales de larga distancia indispensables para abastecer a las sociedades de la llanura aluvial mesopotámica, cada vez más urbanizadas y estratificadas. Estos diversos fenómenos de expansión interna y externa fueron interdependientes, y si no se tratan como tales resulta imposible comprender plenamente los procesos que dieron origen a la civilización en la llanura aluvial. Pero todavía no hemos hablado de la relación concreta entre estos procesos paralelos.

Este problema de interpretación se ha demostrado particularmente obtuso porque, si bien contamos con la evidencia suficiente para describir las grandes líneas del asentamiento de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas durante el Uruk reciente, poco se sabe de la evolución de esos asentamientos. Sin duda el grueso de la expansión de Uruk tuvo que tener lugar en el contexto de unas sociedades que ya contaban con estructuras políticas y administrativas complejas. Pero cabe preguntarse si los estados fuertes y centralizados cristalizaron precisamente en aquellos mismos lugares que canalizaban el intercambio de larga distancia en épocas anteriores, o

si los contactos de larga distancia se desarrollaron en asentamientos que habían evolucionado hasta convertirse en fuertes estados centralizados por razones endógenas no relacionadas con la interacción intercultural.

En un primer intento por responder a esta pregunta con datos arqueológicos del mundo mesopotámico, Henry Wright (1972) analizó detenidamente la evidencia de importaciones y exportaciones de los niveles de Uruk y Jemdet Nasr en Farukhabad, un pequeño centro regional en la llanura de Deh Luran, en el suroeste de Irán. Wright concluía que si bien se podía encontrar alguna evidencia de intercambio interregional en ambos períodos, el movimiento de bienes a larga distancia sólo aparecía después de la aparición del estado. Los resultados de Wright, aun siendo representativos de las condiciones de la llanura de Deh Luran relativamente periférica, no tienen por qué ser extrapolables a la llanura aluvial mesopotámica. En el núcleo sumerio, el tema de la relación entre la formación del estado y el intercambio de larga distancia es todavía confuso debido a que los datos disponibles sobre los centros urbanos más importantes de Uruk son todavía bastante inconexos y no cuantificables, ya que sólo se han excavado en extensión los niveles pertinentes de un yacimiento, el de la propia Uruk-Warka. Además, sólo se recogieron muestras de algunas partes del barrio administrativo del yacimiento y, como dicen Nissen (1986b: 317-319) y Strommenger (1980b), los resultados de las antiguas excavaciones realizadas allí son poco fiables debido a una información estratigráfica ambigua y a un registro inadecuado. Para empeorar aún más las cosas, todavía no acabamos de comprender la naturaleza de los desarrollos del Uruk antiguo sorprendentemente urbanizado, fechados más o menos en la primera mitad del IV milenio.

De todos modos, la evidencia disponible correspondiente al período inmediatamente anterior del Ubaid reciente abre el camino hacia una posible solución. A menos que estemos dispuestos a situar el origen del estado en la Baja Mesopotamia en el período de Ubaid, de las dos alternativas antes mencionadas, la más probable es la que sugiere que el intercambio de larga distancia precedió a la formación del estado. Los mecanismos de obtención de recursos en la Baja Mesopotamia anterior al período de Uruk son todavía oscuros, ya que, salvo algunas excepciones, todavía no se ha podido acceder a los niveles pertinentes de los principales yacimientos del sur. Sin embargo, muchas de las importaciones procedentes de la periferia enumeradas en el capítulo 4 para el período de Uruk ya se documentan en el registro arqueológico de los yacimientos excavados de Ubaid, aunque por lo general en cantidades limitadas. En contextos de Ubaid y, a veces, en contextos anteriores se ha descubierto madera para techumbres, cobre para herramientas, utensilios y ornamentos, sílex y obsidiana para hojas y hoces, piedras corrientes para fabricar útiles y herramientas, piedras semipreciosas para ornamentos, sellos y vasos, piedras y metales preciosos para joyería, minerales para pinturas, y betún para impermeabilización arquitectónica y enmangues, por mencionar sólo unos pocos ejemplos evidentes[92].

Más reveladores son los datos de la Alta Mesopotamia que indican que, antes de la expansión de Uruk, ya había intensos contactos interculturales con las sociedades del sur de la llanura aluvial mesopotámica (Marfoe 1987; Sürenhagen 1986a). Los desarrollos a orillas del Alto Khabur y del Alto Éufrates aún no están muy claros[93], pero hay pruebas inequívocas de estos antiguos contactos en el área del Alto Tigris. Especialmente interesante es la evidencia que aparece

en los niveles Ubaid de Tepe Gawra, sobre todo el monumental complejo del Nivel XIII de estructura tripartita descubierto hace más de cincuenta años en la acrópolis del yacimiento (Tobler 1950). Independientemente de la función de esos edificios (no todos interpretables como templos), observamos en ellos la adopción por parte de una cultura indígena septentrional de rasgos culturales y formas institucionales asociadas de origen inequívocamente meridional, un proceso de aculturación no muy distinto del que aparecerá más tarde en Hammam et-Turkman y Arslan Tepe. Esta adopción prefigura patrones de interacción que luego, en el período de Uruk, serían mucho más intensos, amplios y nítidos.

Otras claves procedentes de la propia llanura aluvial mesopotámica avalan la hipótesis de que el origen de los cambios socioeconómicos que impulsaron la expansión de las sociedades de Uruk hay que buscarlo, aunque en forma embrionaria, en el Ubaid reciente. Primero, en este último período ya se prefiguran algunos elementos de la creciente complejidad de la economía de las sociedades aluviales del período de Uruk. Un caso relevante es el desarrollo de sistemas de cálculo relativamente sofisticados. Mientras las típicas tablillas numéricas de la fase final del período de Uruk constituyen una evolución directa de las fichas o calculi anteriores (Schmandt-Besserat), en el período anterior ya se constatan equivalentes funcionales, tales como «tablillas» rudimentarias y tablillas de cuentas, algunas con muescas o incisiones[94]. La aparición de la especialización artesanal plena característica de las sociedades de Uruk también parece tener sus raíces en Ubaid. La evidencia arqueológica se basa en los cambios de tecnología en la producción cerámica. En la fase final del período de Ubaid, en el repertorio cerámico se observa una tendencia a unos motivos más simples, y una

proporción creciente del conjunto presenta huellas de manufactura a torno lento (Nissen 1983: 340).

Los datos regionales del asentamiento también apuntan a un origen Ubaid del fenómeno de Uruk. Mientras la densidad global de la población de la llanura aluvial mesopotámica durante el período de Ubaid era baja, gran parte del área total ocupada durante el período de Uruk reciente estaba ocupada por asentamientos que, por su tamaño, cabe considerar como pequeños centros urbanos (Adams 1981: 58-60).[95] Eridu, por ejemplo, tenía unas 12 hectáreas de extensión en esa época, y Ur, muy cerca, era de tamaño similar (H.T. Wright 1981b; 325). Tell el'Oueili, cerca de Larsa, ocupaba al menos 10 hectáreas, y Uqair, más al norte, era aún mayor (Adams 1981: 58-59). Estos yacimientos pueden considerarse los precedentes directos de las grandes aglomeraciones urbanas del período de Uruk. Una última clave se encuentra en el desarrollo de la arquitectura pública en esos centros más antiguos. En muchos casos, las estructuras monumentales del período Ubaid reciente dan paso, sin interrupción, a versiones mayores en el período de Uruk. Esta sucesión aparece muy clara en el contexto de lo que sin duda fueron los templos de Eridu (Safar, Lloyd y Mustafa 1981) y Warka (Heinrich 1982). También son reveladores los edificios asimismo monumentales del Ubaid reciente con una función distinta de la que se observa en otros lugares. Por ejemplo, una estructura parcialmente excavada de Tell Uqair podría ser un almacén fortificado a tenor de sus sólidas murallas y sus estrechos pasillos (Aurenche 1981: lám. 190). El impresionante «anexo» de Ubaid 4 de Tell el'Oueili, que los arqueólogos han interpretado como un granero, habría tenido una función similar. Estaba adosado a una estructura de planta tripartita que, a diferencia de los edificios de Eridu y de Warka, no era un tem-

plo, ya que en él no había podium ni altar (Forest 1983: láms. 5-6). Aún mayor, pero con una finalidad más enigmática, es el edificio del Ubaid reciente con conos de arcilla *in situ* de Tell Mismar, cerca de Warka (Schmidt 1978b). Fueran seculares o religiosas, estas antiguas estructuras son sin duda indicativas del creciente poder de las élites urbanas para controlar los recursos regionales, y también del rol emergente de las ciudades de Ubaid en la organización de la producción, el almacenamiento y la redistribución de los excedentes agrícolas y otros bienes (H.T. Wright 1986: 326), un prerrequisito, en el caso mesopotámico, para el intercambio intercultural.

De lo expuesto anteriormente se infiere que los procesos expansionistas de las sociedades mesopotámicas del período de Uruk hunden sus raíces en desarrollos anteriores. De todos modos, los detalles de esa relación se nos escapan de momento. Ignoramos si la expansión del Uruk reciente evolucionó gradual e ininterrumpidamente a partir de patrones de interacción ya sólidamente establecidos anteriormente o si representó un salto cualitativo respecto al período anterior. Evidentemente, el análisis de los niveles más antiguos de Uruk en áreas de la periferia septentrional —concretamente, en el Alto Khabur y el AltoTigris— puede deparar mucha información, dado que allí la posibilidad de interacción a largo plazo parece más sólida. Y si se demuestra que el florecimiento de la red de enclaves de Uruk representó efectivamente un cierto salto cualitativo, entonces la pregunta que cabe plantear es qué rol desempeñó la domesticación de animales de carga en la gestación de un marco capaz de impulsar un avance de tal magnitud[96].

Es evidente que son necesarias más excavaciones en yacimientos septentrionales relevantes y excavaciones más representativas en los grandes centros regionales, pero si que-

remos clarificar el carácter de los contactos entre las sociedades de la llanura aluvial mesopotámica y las comunidades de la periferia septentrional anteriores al período de Uruk es necesario también aplicar al fenómeno septentrional de Ubaid el tipo de análisis regional sistemático de conjuntos y asentamientos que se ha aplicado, y no hace mucho, a la cultura Halaf en gran parte de la misma zona (Davidson 1977; Watson y Leblanc 1971). Sólo entonces podremos identificar elementos de variación regional en el conglomerado de culturas que hoy se subsumen bajo el término «Ubaid» en el norte de Mesopotamia, el norte de Siria y el sur de Anatolia. Ello, a su vez, nos permitirá saber qué tradiciones septentrionales de Ubaid recibieron la influencia directa del contacto externo con la llanura aluvial mesopotámica y cuáles de esas tradiciones representan un desarrollo indígena relacionado sólo indirectamente con la cultura aluvial mesopotámica en el período de Ubaid.

Además, si se trata de analizar directamente la relación entre la formación del estado en la llanura aluvial mesopotámica y los contactos interculturales anteriores al período de Uruk, entonces habría que aplicar al registro arqueológico de una muestra representativa mucho mayor de yacimientos pertinentes de Ubaid reciente y antiguo del sur el método cuantitativo basado en una proyección sistemática de muestras representativas que Wright utilizó para analizar los datos sobre el intercambio interregional en Farukhabad. Por último, habría que proceder a una escrupulosa recopilación de los datos faunísticos más relevantes en los yacimientos del Ubaid reciente y de Uruk de la llanura aluvial mesopotámica y en los yacimientos contemporáneos de la periferia para conocer el rol potencial desempeñado por la domesticación de

animales de carga en el impulso inicial de la expansión de Uruk.

El impulso inicial de la expansión

En las secciones precedentes he propuesto considerar la expansión de Uruk hacia las llanuras siro-mesopotámicas como una concatenación de acciones y reacciones autónomas protagonizadas por varias comunidades rivales de la llanura aluvial iraquí probablemente en respuesta a la colonización de la susiana y a otros acontecimientos asociados. Además, he sugerido que habría tres clases de evidencia que indicarían que el factor decisivo que impulsó el movimiento hacia el norte fue la necesidad de asegurar el acceso a unos recursos indispensables: (1) el emplazamiento estratégico de los enclaves de Uruk, (2) el evidente aumento (aunque todavía no cuantificable) de la cantidad y variedad de las importaciones en los yacimientos de Uruk, y (3) la distribución singular de los yacimientos indígenas de las montañas donde se encuentran artefactos de Uruk aislados. Sin embargo, el imperativo económico propuesto, aunque ciertamente crucial, no basta en sí mismo para explicar la compleja serie de motivaciones y acontecimientos que desencadenaron y alimentaron la expansión de Uruk. Históricamente, la expansión y la colonización están de hecho íntimamente interrelacionadas con la ideología de auto-engrandecimiento de las élites dominantes (Conrad y Demarest 1984). Si, en general, a los prehistoriadores no les resulta nada fácil identificar motivaciones a partir de los datos disponibles, por su parte los arqueólogos que sí lo han hecho no tienen en cuenta la idea fundamental de Karl Polanyi (1957) según la cual, en las sociedades precapitalistas,

el comportamiento económico siempre tiene sus raíces en sistemas sociopolíticos e ideológicos más amplios.

Robert McC. Adams (com. personal, 1987) y Carl Lamberg-Karlovsky (1989) abordan este tema en el contexto mesopotámico del período de Uruk, y según ellos, un factor básico de la expansión de Uruk habrían sido las ideologías político-religiosas de las élites urbanas emergentes y autoconscientes. Esta observación apunta a la estrechez de los análisis actuales del fenómeno de Uruk, una limitación sólo reparable en parte aplicando de forma razonable modelos derivados de situaciones históricas y etnográficas pertinentes. Pero en última instancia, la falta de buenos registros escritos del período del inicio de la civilización mesopotámica sencillamente no nos permite valorar debidamente factores como, por ejemplo, el rol del deseo de difundir la religión sumeria como motor de la emigración. Como tampoco nos permite saber hasta qué punto la expansión constituyó una política de estado consciente liderada por uno o varios reyes deseosos de autoengrandecerse o por un determinado grupo de interés motivado con los beneficios potenciales de la expansión. Rita Wright (1989) analiza un posible ejemplo de esta última posibilidad y sugiere que las necesidades de la industria textil de exportación pudieron ser un motor importante de la expansión hacia las áreas de las llanuras siro-mesopotámicas, propicias para la cría de ovejas y cabras. También se desconoce, pese a su importancia, el posible rol de la demanda y de la presión urbana cada vez más onerosa sobre la población rural ahora dependiente como motor de la emigración en su doble vertiente, como un modo de escapar a la opresión (Johnson 1988-1989) y como una oportunidad para mejorar sus condiciones de vida, motivaciones que fueron decisivas en la colonización europea del Nuevo Mundo

(Scammell 1989) y que pudieron ser asimismo relevantes en el caso de Uruk.

Por último, varios estudiosos ven la presión demográfica en el núcleo de la Baja Mesopotamia y la necesidad de tierras cultivables en otras zonas como dos motores importantes de la expansión de Uruk (Areshian 1990; Lamberg-Karlovsky 1989; Schwartz 1988a). Este enfoque, basado en un supuesto gran crecimiento demográfico en la llanura aluvial mesopotámica durante los ochocientos años transcurridos entre el Ubaid reciente y el Uruk reciente, encuentra cierto apoyo en el descubrimiento reciente de otros enclaves de Uruk y aldeas asociadas en el área de Birecik-Jerablus del Éufrates, lo que posiblemente exigiría revisar al alza las estimaciones anteriores sobre el número de emigrantes de la llanura aluvial mesopotámica en tiempos de Uruk. Sin embargo, la relación, si es que la hubo, entre la expansión de Uruk y el aumento demográfico en la llanura aluvial mesopotámica a finales del v milenio y el iv milenio se nos escapa debido, en parte, a la dificultad de estimar las densidades de población de los períodos prehistóricos de la llanura mesopotámica, ya que los yacimientos de Ubaid pertinentes suelen encontrarse casi siempre a muchos metros de profundidad enterrados bajo los depósitos aluviales posteriores, y las prospecciones casi nunca los registran, y menos en las zonas septentrionales de la llanura aluvial (Adams 1981). De todos modos, la densidad demográfica global de la Baja Mesopotamia sólo habría sido un factor más entre otros: los niveles de población durante la segunda mitad del iv milenio, aun siendo elevados, representan sólo una parte del nivel alcanzado en la primera mitad del iii milenio, y en esta última época no hay constancia de procesos de emigración similares. Además, las estimaciones sobre el total de hectáreas ocupadas (y sobre la población total)

en el período de Uruk reciente apenas difieren de las que se calculan para el período de Uruk antiguo anterior (Adams 1984: 98, tabla 1), de modo que la presión demográfica, por sí sola, difícilmente explicaría la explosión expansionista del Uruk reciente.

Potencialmente más importante que la densidad demográfica global como factor causal de la expansión de Uruk sería el movimiento de población provocado por una catástrofe medioambiental o una crisis política en determinadas zonas de las llanuras meridionales, y el consiguiente estrés social o medioambiental, repentino e inmanejable, que habría provocado. Resultaría sumamente útil explorar si los movimientos de población del período de Uruk desde las zonas del norte de la llanura aluvial mesopotámica a las zonas del sur o el oeste, a raíz de la desecación natural de algún gran afluente del Tigris o del Éufrates (cap. 2), pudieron contribuir no sólo a precipitar la colonización de la susiana —como ya se ha sugerido— sino también a iniciar la escalada migratoria hacia Siro-Mesopotamia.

La mecánica del intercambio intercultural

En un influyente artículo publicado hace más de veinte años, Paul Wheatley (1975: 230) criticaba las reconstrucciones arqueológicas que se estaban realizando sobre el intercambio antiguo:

> En cuanto al comercio antiguo, los estudios actuales se han emprendido con el limitado propósito de identificar, en un marco más o menos estático, los bienes intercambiados, y de trazar en un mapa las rutas utilizadas en aquel tráfico. Dedican sólo una atención nominal a los

> valores del intercambio, y ninguna a la cuestión fundamental de las modalidades concretas de intercambio implicadas ni a su articulación con las instituciones políticas, administrativas, sociales, religiosas y demás.

La crítica de Wheatley sigue siendo de rabiosa actualidad. En el caso de Uruk, por ejemplo, sabemos muy poco sobre las formas de interacción entre los enclaves, las bases y los puestos avanzados intrusivos y las comunidades indígenas de la periferia. Hasta ahora he especulado sobre el impacto general de esa interacción en el tejido social de las comunidades nativas, es más, he sugerido que el patrón de asentamiento de los enclaves indicaría la existencia de redes comerciales locales perfectamente desarrolladas antes de la intrusión de Uruk y la probabilidad de un cierto grado de colaboración indígena. Pero las formas que pudo adoptar esa colaboración son todavía oscuras, y la clase de redes comerciales intrarregionales preexistentes que canalizaban los recursos de las montañas hacia las llanuras septentrionales también siguen en gran medida indocumentadas.

¿Acaso los recursos de las montañas pasaban primero por las comunidades indígenas de las llanuras septentrionales situadas en lugares estratégicos —como Gawra, por ejemplo— y, desde allí, a los enclaves, o bien los bienes evitaban completamente esos yacimientos e iban directamente a los enclaves? Si la primera hipótesis se impuso para determinados bienes el intercambio entre las comunidades indígenas de las montañas y las llanuras septentrionales ¿se basó en la reciprocidad o fue más direccional? (Renfrew 1975). Y en el caso de que otros bienes se transportaran directamente a los enclaves, ¿qué rol desempeñaron en el proceso de explotación de los recursos los puestos avanzados de Uruk en las montañas, como los descubiertos en Godin y Sialk? Y ¿qué tipo de

bienes llegaban a la llanura aluvial mesopotámica a través de los enclaves del norte? ¿Qué enclaves se especializaron en la obtención de qué recursos? ¿Qué bienes se obtenían directamente sin mediadores (a través del Diyala) y cuáles se adquirían a través de los estados de Uruk del suroeste de Irán? Por último, ¿cómo se organizaba el intercambio? ¿Cómo se obtenía la información necesaria sobre el suministro y la demanda, por ejemplo, y sobre todo cómo se fijaba el valor de los bienes que se comerciaban, cómo se organizaba el transporte, quiénes eran los intermediarios en los contactos y a favor de quién actuaban?

Dadas las limitaciones de la evidencia puramente arqueológica actualmente disponible, de momento muchas de estas preguntas carecen de respuesta, sobre todo las relacionadas con los detalles de la organización del intercambio. Es posible que nunca podamos reconstruir la siempre variable gama de interacciones y negociaciones que permitieron concluir transacciones regulares en el período de Uruk[97]. Y aunque nos sintamos tentados de responder a algunas de estas preguntas extrapolando al IV milenio la evidencia de los mitos del III milenio (como el ciclo que habla de la interacción entre Uruk y Aratta), no hay que olvidar que aquellos mitos dan por sentada la existencia de unas comunidades periféricas con un poder comparable al de los estados sur-mesopotámicos. En el capítulo anterior decíamos que el sorprendente éxito de la penetración mesopotámica en su periferia durante el período de Uruk (comparado con los episodios de expansión posteriores como el acádico) se debió precisamente a la ausencia de poderosos rivales potenciales en la periferia. Por las mismas razones, también serían inadecuados los modelos interpretativos basados enteramente en

el ejemplo posterior perfectamente documentado de las redes comerciales paleoasirias.

Pero si las actuales circunstancias políticas lo permiten, se podrían emprender estudios regionales concretos con el fin de clarificar el perfil general de la interacción entre los puestos avanzados de Uruk y las comunidades indígenas de determinadas áreas de la periferia mesopotámica a finales del IV milenio. Un problema importante de interpretación es el rol desempeñado por los pequeños yacimientos con un amplio complemento de cerámicas de Uruk situados cerca de centros regionales tardocalcolíticos mucho mayores y en áreas alejadas de los principales enclaves de Uruk. Como se recordará, se han identificado al menos tres de estos yacimientos junto al río Balikh, y sin duda tuvo que haber otros muchos de esta índole. Una excavación podría confirmar si, como se ha sugerido, estos yacimientos fueron «bases» emplazadas junto a una ruta comercial, operando con la autorización implícita de los jefes locales vecinos, o si desempeñaron un rol más complejo. Con excavaciones suficientemente amplias y con técnicas de recuperación adecuadas, sin duda se podría obtener información sobre su índole y función, porque permitiría establecer comparaciones con Hassek Ḥöyük, la única base de Uruk que se ha podido excavar en extensión.

Dado el actual clima político, la clase de interacción entre los puestos avanzados de Uruk y las comunidades indígenas de las montañas y, sobre todo, la organización del intercambio entre las zonas de montaña y las llanuras septentrionales serán más difíciles de discernir. Lo más prometedor (pero imposible en este momento) sería un nuevo examen y nuevas excavaciones de tanteo en yacimientos con evidencia cerámica de Uruk —algunos de los cuales ya se han identificado, como hemos visto— situados en lugares estratégicos del cen-

tro y sur de los Zagros. Nos ayudaría a discernir y a clarificar el patrón locacional y la posible existencia de otros puestos avanzados de Uruk en las montañas además de Godin y Sialk, así como las formas de intercambio que aseguraban el suministro de bienes[98]. A su vez, ello permitiría inferir el tipo de interacción entre elementos indígenas y mesopotámicos en la obtención de recursos.

Una forma inmediata y práctica de empezar a esbozar los sistemas interconectados de oferta y demanda que propiciaron el crecimiento de los estados de Uruk sería aplicar a un espectro más amplio de las importaciones de la llanura aluvial mesopotámica en el período de Uruk los análisis químicos de caracterización ya utilizados con determinados materiales importados, como la obsidiana (G. A. Wright 1969; Renfrew y Dixon 1976), la esteatita/clorita (Kohl, Harbottle y Sayre 1979), el asfalto (Marschner y Wright 1978) y las aleaciones de plata y plomo (Yener 1983, 1986; Yener *et al.* 1991). Se podría recabar mucha información potencialmente valiosa si los objetos de cobre del IV milenio hallados en los enclaves septentrionales y en yacimientos de la llanura aluvial mesopotámica y el Khuzestán se incluyeran en el Proyecto de Metales Mesopotámicos de MASCA (Stech y Piggot 1986). Otros materiales candidatos ideales para futuras investigaciones serían el oro y las piedras semipreciosas. Sería también muy útil realizar un esfuerzo sistemático destinado a identificar las fuentes de la madera importada hallada en contextos arquitectónicos pertinentes de la llanura mesopotámica.

Es cierto que sin proyectos de prospección regional y de excavaciones de tanteo asociadas, el tipo de estudios de caracterización antes mencionado nos dirían muy poco acerca del intercambio en sí mismo. Pero al menos permitirían trazar un esbozo, por tenue que fuera, de las líneas generales de

algunos subsistemas de interacción regionales superpuestos que canalizaron diversos bienes hacia las llanuras mesopotámicas en el IV milenio. Además, un enfoque así, combinado con una revisión crítica de la evidencia existente de los enclaves conocidos y los yacimientos meridionales más relevantes, y (esperemos) con los datos de nuevas excavaciones, también permitiría abordar las preguntas estrechamente relacionadas sobre la especialización de las regiones y los enclaves en la importación de determinados recursos durante el período de Uruk.

Asentamientos de Uruk por descubrir en la periferia

Si la lógica estratégica que subyace al emplazamiento de los enclaves de Uruk propuesta en el capítulo 3 es correcta, entonces es muy posible que todavía haya otros enclaves y bases de Uruk por descubrir en las llanuras septentrionales entre el Éufrates y el Tigris. Pueden avanzarse algunas sugerencias sobre el posible emplazamiento de estos hipotéticos asentamientos para su ulterior confirmación. Una posibilidad es que hubiera enclaves y bases sin salida fluvial a lo largo de las principales rutas este-oeste que atraviesan la Alta Mesopotamia, lejos de los ríos. Aún no sabemos a ciencia cierta si fue así, pero parece que las recientes prospecciones y excavaciones realizadas en la región del Jezira, en el noroeste de Iraq y en las llanuras del Sinjar al noreste de Siria, prometen contribuir a clarificar esta cuestión. También es posible que existan más enclaves de Uruk en zonas próximas a los principales cursos fluviales que han sido objeto de prospecciones insuficientes. Vista su importada en todos los períodos históricos, es posible que los alrededores de Nuseybin y Ras el'Ain, situados en afluentes paralelos del Alto

Khabur, deparen indicios de puestos avanzados de Uruk. En el alto Tigris también quedaría por descubrir otro enclave mesopotámico al norte del área de Nínive/Mosul, posiblemente en algún lugar a orillas del Tigris al norte de Iraq, cerca de Faishabur, la meta tradicional de las rutas procedentes del Éufrates que rodean el flanco meridional del macizo de Tur Abdin. Por último, también es posible que hubieran otras bases que vincularan unos enclaves con otros. Dada la importancia histórica del Balikh como línea de comunicación entre el área de Samsat y el codo inferior del gran recodo del Éufrates, no es imposible que en sus orillas se descubran más bases en el sureste de Turquía, posiblemente en la ruta hacia Harran. Otra área en gran parte inexplorada donde podrían descubrirse otras bases es la cuenca del Tigris, al sur de Mosul.

Replanteamiento teórico y paralelos interculturales

Antes de terminar resta por abordar una cuestión importante. El marco conceptual adoptado en la introducción ¿es aplicable a situaciones que tuvieron lugar en una época tan antigua como el IV milenio a.C.? La pregunta es importante, ya que conceptos del tipo «imperio informal» y «sistema-mundo» representan modelos que se han elaborado especialmente para explicar los fenómenos relacionados con la expansión de Europa y el desarrollo del capitalismo en el mundo moderno y que nunca se han aplicado fuera de esa coyuntura histórica.

El uso de los modelos eurocéntricos modernos en un contexto de Oriente Próximo antiguo se justifica, en mi opinión,

por dos razones. La primera es que el marco conceptual del sistema-mundo/imperio informal no se plantea como una prescripción de condiciones que tuvieron que ocurrir. Más bien está pensado como un modelo de posibilidades, como hipótesis a contrastar con los datos arqueológicos disponibles, que con demasiada frecuencia son fragmentarios y difíciles de interpretar. Pero lo más importante es que ese marco está justificado porque es muy posible que los cambios asociados a la emergencia del capitalismo moderno hayan intensificado enormemente y maximizado, aunque ni mucho menos creado, las relaciones de intercambio asimétricas y de dependencia económica responsables del desarrollo desigual (Ekholm y Friedman 1979; Gills y Frank 1991). Stanley Diamond así lo entendía cuando afirmaba que «el imperialismo y el colonialismo son tan antiguos como el estado; definen el proceso político» (1974: 5). De hecho, la antigüedad está llena de ejemplos de estas interacciones asimétricas. Un caso bien documentado es el de la presencia romana en el Magreb tras la derrota final de Cartago en el siglo II a. C. El historiador A. Demans (1975) presentó un caso emblemático para explicar las consecuencias de la ocupación romana del norte de África bajo la República en el marco de los estudios del desarrollo y el subdesarrollo modernos. Utilizando diversas fuentes literarias e históricas, documenta con todo detalle las consecuencias sociales, económicas y políticas de las políticas romanas, que transformaron sistemáticamente lo que durante siglos había sido una zona floreciente bajo el liderazgo de Cartago en poco más que un proveedor especializado de productos agrícolas para una Roma en expansión, un rol complementado por Hispania como proveedor de minerales. Demans sostiene que la minuciosidad y perfección de aquella transformación del Magreb contribuye a explicar no sólo

el posterior colapso de la autoridad romana en la zona sino también su deficiente desarrollo ulterior hasta bien entrada la era islámica.

También la prehistoria abunda en ejemplos que pueden interpretarse perfectamente a la luz de los modelos conceptuales que inspiran nuestro análisis. En efecto, algunos autores sostienen que el desarrollo de relaciones asimétricas centro-periferia está en la raíz misma de la formación del estado prístino. Kajsa Ekholm, por ejemplo, afirma que Ínter culturalmente «la condición característica para el desarrollo de las civilizaciones es el acceso por parte de una sociedad local a una base de recursos mayor que la contenida dentro de sus fronteras» (1981: 249). Si bien es demasiado pronto para determinar si el enfoque de Ekholm es universalmente aplicable al desarrollo de todos los estados prístinos, es indudable que el fenómeno de Uruk, con sus procesos complementarios de expansión física hacia las áreas vecinas y creación de puestos avanzados en puntos clave de la periferia, no fue ni mucho menos único. De hecho, yo me inclino a creer que este tipo de estrategias complementarias de explotación podrían muy bien representar la forma normal de contactos interculturales de las civilizaciones prístinas. El uso de puestos avanzados aislados como estrategia de contacto está bien documentado a lo largo de la historia en situaciones de un primer contacto colonial entre áreas con una variada dotación de recursos y sociedades con niveles de evolución política radicalmente diferentes (Curtin 1984; Smith 1976): y, por definición, todos los casos de formación de un estado prístino implican la interacción entre sociedades con niveles de complejidad muy distintos.

Bastarán cuatro ejemplos para ilustrar la aplicabilidad del paradigma del sistema-mundo/imperio informal a la prehis-

toria en general y a la expansión de los estados antiguos en particular. Como en el caso de Uruk, inmediatamente después de la formación inicial del estado, los cuatro ejemplos presentan procesos paralelos de expansión hacia las áreas vecinas y la creación de puestos avanzados en zonas muy alejadas del centro, casi siempre en lugares aislados no lejos de las rutas comerciales, cerca de alguna concentración de recursos o en medio de comunidades nativas centralmente situadas y localmente poderosas. Son los siguientes: (1) la intrusión del Alto Egipto Predinástico en el Delta del Nilo (Hassan 1988; Wenke 1989) y el posterior establecimiento de puestos avanzados egipcios en toda la periferia norte de la península del Sinaí y en zonas del sur de Palestina (Oren 1989; Stager 1992) a finales del IV milenio a.C.; (2) la expansión de las comunidades del período Pleno de Harappa desde su centro, en el valle del Indo, hacia las áreas del Kutch-Guharat del oeste de la India (Possehl 1980) y el posterior establecimiento de puestos avanzados de Harappa en la cuenca del Oxus, en Afganistán (Francfort y Pottier 1978), la costa Makran paquistaní (Dales 1962), las costas de Omán (Cleuziou, Reade y TOSÍ 1990) y, posiblemente, en la Baja Mesopotamia (Parpola, Parpola y Brunswig 1977) en la segunda mitad del III milenio a.C.; (3) la consolidación del estado Tiwanaco en todo el altiplano del centro-sur de los Andes (Browman 1978) y la fundación de puestos avanzados del Tiwanaco clásico y reciente en los valles costeros del sur del Perú (Goldstein 1989) y, posiblemente, en el norte de Chile (Mújica 1985) durante el período del Horizonte medio (aprox. 600-1000 d.C.); y (4) la expansión del estado de Teotihuacan desde el valle de México hacia los altos valles circundantes (Millón 1981) y la posterior fundación de puestos avanzados de Teotihuacan fuera de las mesetas centrales de

México, como Matacapan (Santley 1989), en las montañas Tuxlas de Veracruz, y Kaminaljuyú (Sanders 1977), en el valle de Guatemala durante el Clásico medio (aprox. 300-600 d.C.).

Sin duda sería imprudente extrapolar indiscriminadamente al pasado unas formas de relación y de organización social que sólo emergieron en circunstancias históricas muy concretas e irrepetibles. Sean cuales fueren los procesos reales que culminaron en la expansión de las sociedades mesopotámicas del período de Uruk, no hay por qué postular, por ejemplo, la existencia de una «Compañía de las Indias Orientales de Uruk» ni un sistema de «Encomienda de Uruk». Además, Kohl (1987a) tiene sin duda razón cuando observa que en el mundo antiguo no había grandes diferencias tecnológicas, a diferencia de la época moderna en que sí las hay, y muy considerables, entre los grupos del centro y los de la periferia, y que la comunicación y el transporte se benefician de tecnologías muchísimo más eficaces que las que existían en las antiguas civilizaciones del Viejo y el Nuevo Mundo. Lo cual no significa que los antiguos sistemas de relaciones asimétricas centro-periferia, como el de Uruk, fueran de índole intrínsecamente distinta al de los ejemplos posteriores, sino que sólo adolecían de un menor grado de integración, y por lo tanto, eran menos eficaces y más vulnerables. Lo cual podría, a su vez, ayudar a explicar la variedad de las respuestas periféricas a la intrusión de los puestos avanzados del centro y las causas del colapso de los sistemas antiguos en un lapso de tiempo relativamente corto y con frecuencia mucho antes de que los efectos perniciosos del intercambio desigual a largo plazo se dejaran sentir en las periferias afectadas. Aun así, es posible que las diferencias en el grado de sofisticación de los procedimientos administrativos y de organización socio-

política y económica entre las ciudades-estado de Uruk y las comunidades periféricas con las que entraron en contacto fueran tan importantes en el mundo antiguo como las diferencias tecnológicas de fabricación y transporte lo han sido en los tiempos modernos. Y aunque la intensidad de los intercambios antiguos nunca alcanzó los niveles del comercio transoceánico de los tiempos coloniales modernos en términos absolutos, en el contexto de las sociedades indígenas menos desarrolladas en la periferia de los estados expansionistas antiguos tuvo que representar un motor de cambio tanto o más poderoso que el comercio posterior de materias primas y de lingotes de oro y plata.

Por lo tanto, la expansión de Uruk no fue ninguna aberración. Representa simplemente un ejemplo —seguramente el más antiguo— de un modo de interacción intercultural repetida muchas veces en el curso de la historia, aunque a escalas y grados de complejidad muy distintos.

EPÍLOGO A LA EDICIÓN CASTELLANA. LA EXPANSIÓN DE URUK: NUEVOS DATOS E INTERPRETACIONES

¿QUÉ HAY DE NUEVO?

Aunque Iraq y el suroeste de Irán están cerradas a nuevas investigaciones arqueológicas desde la guerra de Irán-Iraq y la guerra del Golfo, se han podido realizar nuevas prospecciones y excavaciones en algunas zonas de Siro-Mesopotamia, en la zona ahora situada junto a la frontera sirio-turca. Se acaban de publicar además los resultados de varias excavaciones anteriores en el norte de Iraq. Gran parte de este trabajo es relevante para clarificar diversos aspectos de los procesos implicados en la llamada expansión de Uruk. Concretamente, durante la década transcurrida desde la publicación original de este libro, han aparecido nuevos detalles sobre algunos asentamientos intrusivos de Uruk ya

conocidos o sospechados de Siro-Mesopotamia, y se empiezan a documentar nuevos tipos de esos asentamientos que antes no se habían identificado. Además, estos nuevos estudios arrojan luz sobre la naturaleza de las sociedades indígenas penetradas por los intrusos de Uruk y sobre las transformaciones sociales que tuvieron lugar en la periferia septentrional de Mesopotamia a raíz de esa intrusión.

En la última década también han surgido nuevas interpretaciones sobre la evolución de las áreas nucleares del sur de Iraq y del suroeste de Irán durante el período de Uruk (por ej., Algaze 2001a, 2002; Boehmer 1999; Collins 2000; De Miroschedji 2003; Englund 1998; Forest 1996, 1999; Hole 1994; Kouchoukos 1998; Kouchoukos y Hole 2003; Liverani 1998; McCorriston 1997; Moorey 1993; Nissen 2002; Pollock 1999, 2001; Potts 1999; Wilkinson 2003; y Wright 1998), y se han revisado en un sentido positivo diversos aspectos de la expansión de Uruk (por ej., Algaze 2001b; Butterlin 2003; Emberling 2002; Frangipane 1996, 2001, 2002; Lupton 1996; Nissen 2001; Oates [I.] 1993; Bothman 1993, Rothman [ed.] 2001; Rothman *et al.* 1998; Stein 1999a-b, 2001; Stein [ed.] 1999; y Vallet 1997, 1998). Entre estas últimas contribuciones destacan, sobre todo, las actas de dos conferencias celebradas en 1998, una en la School of American Research de Santa Fe, Nuevo México (Rothman [ed.] 2001) y otra, en la universidad de Manchester, Inglaterra (Postgate [ed.] 2002).

Algunos de los nuevos datos publicados, resultado de los trabajos recientes realizados en el sureste de Turquía, el norte de Siria y el norte de Iraq, y algunas de las ideas que acaban de aparecer sobre la expansión de Uruk, cuestionan parte de mi interpretación inicial de ese fenómeno, que se presenta en los capítulos 1-7. En las páginas que siguen reviso

aspectos de las interpretaciones que se deben ampliar, clarificar, modificar o reformular a la luz de esas críticas.

LA CRONOLOGÍA DE LA EXPANSIÓN DE URUK

En los capítulos 1-7 decía que el asentamiento de Uruk en la periferia mesopotámica fue el resultado de un proceso competitivo complejo y descentralizado, y que ese proceso podía dividirse en al menos tres fases expansivas distintas, que se fecharían en el Uruk medio y reciente (fig. 46 B-D y pp. 186-187). Y decía también que ese proceso tuvo que ser muy prolongado en el tiempo, dado el evidente grosor de los depósitos en yacimientos como Tell Sheikh Hassan, Nínive, Brak y, en menor medida, Karkemish (véanse pp. 100-103).

Esta última hipótesis se ha visto ahora plenamente confirmada gracias al análisis pormenorizado de todas las fechas de C14 existentes realizado por Henry Wright y Eric Rupley (2001) y publicado en el volumen antes mencionado de la Conferencia de Santa Fe. Wright y Rupley recopilaron laboriosamente todas las fechas accesibles de radiocarbono de los yacimientos de Uruk de la Baja Mesopotamia, los yacimientos intrusivos de Uruk en la periferia y los yacimientos indígenas tardocalcolíticos de la periferia en contacto con el mundo de Uruk. Es más, volvieron a calibrar todas las fechas pertinentes utilizando un solo y sofisticado programa informático de estimación del C14 (OxCal, versión 3, 3.5). La evidencia que Wright y Rupley han acumulado constituye el corpus de datos más exhaustivo que existe para determinar la cronología absoluta de la expansión de Uruk[99]. El conjunto de las fechas de radiocarbono indican que las diversas fases de la expansión, que en el sur abarca los períodos Uruk

medio y reciente, abarcaron al menos 700 años, y que se desarrollaron entre *ca.* 3800 y 3100 a. C.

Pero las consideraciones que siguen evidencian que hubo importantes variaciones en la cronología de los contactos de Uruk con distintas zonas de Siro-Mesopotamia, y que el carácter de esos contactos varió con el tiempo, incluso dentro de una misma zona. También ponen de manifiesto que el impacto de aquellos contactos sobre las sociedades indígenas presenta una considerable variación geográfica.

LA IDENTIFICACIÓN DE ASENTAMIENTOS INTRUSIVOS DE URUK

En el capítulo 3 se analizaba con cierto detalle la tipología de los asentamientos intrusivos de Uruk en la periferia mesopotámica. Por lo tanto, aquí solamente haremos un breve resumen de los nuevos datos e interpretaciones más relevantes.

Pero antes de examinar estos nuevos datos, habría que recordar una vez más las dificultades inherentes a la identificación de yacimientos intrusivos de Uruk en la periferia de Mesopotamia. Esa identificación no siempre resulta tarea sencilla, porque se descubren elementos de la cultura material de Uruk en muchos yacimientos indígenas de la zona. Pero por regla general, los yacimientos intrusivos, sean del tipo que sean, se caracterizan por una gran variedad de rasgos culturales de origen meridional, principalmente plantas arquitectónicas y técnicas de construcción de tipo meridional, cerámica de Uruk, motivos iconográficos y el uso de procedimientos administrativos y contables típicos del sur. Pero también se suelen encontrar porcentajes variables de mate-

rial indígena en todos los asentamientos intrusivos de Uruk, sobre todo artefactos de estilo Uruk de fabricación local (Helwing 1999).

Las diferencias observadas en los conjuntos descubiertos en los asentamientos de Uruk de la periferia mesopotámica obedecerían a una serie de factores: (1) la distancia respecto a la llanura aluvial u otros asentamientos de Uruk, que condiciona el carácter y la frecuencia de las relaciones entre los asentamientos intrusivos y el mundo de Uruk; (2) el tipo, la intensidad y la frecuencia del comercio entre los asentamientos intrusivos de Uruk y las comunidades locales; (3) la utilización de mano de obra local por parte de los nuevos colonos en las actividades productivas, (4) el número y el género de los colonos de Uruk en cada puesto avanzado: y (5) el grado de matrimonios mixtos entre los colonos de Uruk y las poblaciones locales.

Con datos arqueológicos suficientes, es posible distinguir los yacimientos indígenas de los asentamientos intrusivos: mientras los yacimientos intrusivos se caracterizan por la gran variedad de materiales de Uruk, en los asentamientos indígenas sólo se hallan importaciones de Uruk aisladas mezcladas con conjuntos locales, o con imitaciones locales de artefactos de Uruk emulando determinados aspectos de la cultura de Uruk destinadas a las élites locales (Wattenmaker 1990; Pollock 1994). Pero lo cierto es que los datos arqueológicos, con frecuencia magros e incompatibles, de que disponemos para poder discernir qué yacimientos son intrusivos y cuáles ocupaciones indígenas en contacto con, y afectados por, los grupos intrusivos de Uruk son mucho más equívocos de lo que sería deseable. Así pues, distinguir ambos tipos de asentamientos sólo es posible en determinados casos, y con-

tinúa siendo una de las tareas pendientes más importantes para los estudiosos interesados en la expansión de Uruk.

Pero aún en el caso de que resulte posible diferenciar los asentamientos indígenas de los intrusivos, todavía habrá que superar un nuevo problema tipológico: entre los yacimientos catalogables sin excesiva dificultad como intrusivos, hay muchas variantes, y esa variabilidad no siempre encaja con nitidez dentro de las categorías iniciales de enclaves, bases y puestos avanzados establecidas en el capítulo 3.

Pero una cosa sí está clara: en las zonas donde ya existía una jerarquía local de asentamientos, los asentamientos intrusivos de Uruk se establecieron en medio de aquellos centros indígenas preexistentes situados en puntos de confluencia de las redes de transporte, muchas veces —aunque no siempre— en, o cerca, de vados fluviales naturales donde convergen las rutas terrestres este-oeste y las rutas fluviales norte-sur. En estos casos, los asentamientos intrusivos de Uruk adoptaron tres formas distintas. Algunas de estas formas representan una posible secuencia evolutiva en algunas áreas, mientras que en otras constituyen formas distintas de interacción con sociedades estructuralmente diferentes: (a) pequeños barrios tipo *karum* paleoasirio establecidos en sociedades indígenas preexistentes y contando claramente con su consentimiento y cooperación, (b) pequeños asentamientos de Uruk alrededor —y cerca— de grandes centros ya existentes, de nuevo con el consentimiento y la cooperación de la población indígena, y (c) grandes enclaves de Uruk establecidos encima —y en sustitución— de centros preexistentes estratégicamente situados, un proceso que pudo implicar algún tipo de coerción.

En cambio, en zonas con escasa ocupación preexistente, los asentamientos de Uruk adoptaron una forma muy distin-

ta. En esas áreas, la penetración de Uruk constituyó un auténtico proceso de implantación urbana, al principio en puntos de confluencia de las redes de transporte, sobre todo junto a vados fluviales, y más tarde en áreas del entorno más inmediato de esos centros, como muy bien constata Schwartz (2001) en relación con algunos del Éufrates que se abordan más adelante.

Ahora examinaremos los nuevos datos relacionados con esas distintas configuraciones de los asentamientos intrusivos.

Puestos avanzados tipo karum. Previamente sostenía que los puestos avanzados tipo *karum* instalados en las sociedades indígenas preexistentes que controlaban diversas rutas de circulación de preciados recursos sólo aparecían en los sistemas de los montes Taurus-Zagros que rodean Mesopotamia. Ahora tengo que modificar aquella aseveración, ya que estos puestos avanzados también se documentan en las llanuras siro-mesopotámicas. La evidencia más clara de esa presencia procede de Hacinebi Tepe, un pequeño yacimiento tardocalcolítico de unas 3,3 hectáreas de extensión situado junto al Éufrates, en Turquía, al norte del vado histórico de Birecik. Hacinebi ha sido objeto de seis campañas de excavación en los años noventa bajo la dirección de Gil Stein (1998, 1999a-b; Stein [ed.] 1999; Stein *et al.* 1996a, 1996b, 1997, 1998; Pittman 2001).

Los nuevos trabajos realizados en Hacinebi tienen interés por dos motivos. El primero es que, a diferencia del ya comentado puesto avanzado de Godin (véanse pp. 97-100), más o menos similar y fechado en la fase final de la expansión de Uruk, el asentamiento de Uruk de Hacinebi se fecha en la fase inicial del proceso de expansión (Uruk medio). El segundo

motivo es que, gracias a la minuciosa excavación y a las técnicas de análisis que Stein y sus colaboradores han llevado a cabo en el yacimiento, es posible apreciar diferencias importantes en materia de prácticas dietéticas, producción artesanal y procedimientos contables entre las poblaciones indígenas del yacimiento y los grupos intrusivos de Uruk.

Las excavaciones en el yacimiento de Hacinebi revelan que el asentamiento de Uruk en ese lugar consistía en una comunidad de gentes de la Baja Mesopotamia que vivía en un área segregada en el extremo de un próspero asentamiento indígena preexistente. Stein utiliza el término diáspora comercial para referirse a aquella comunidad, que al parecer llegó a Hacinebi atraída por la secular industria de extracción y producción de cobre de los habitantes locales del yacimiento (ver más adelante). La evidencia estratigráfica y radiocarbónica sugiere que la presencia de aquel grupo foráneo en Hacinebi se prolongó durante varios siglos. Por desgracia, el extremo noreste del yacimiento, donde se asentó físicamente la comunidad de Uruk, estaba tan dañado por los modernos arrabales de la aldea vecina y por las fosas modernas que sólo se pudieron recuperar algunas partes de las plantas arquitectónicas de la antigua ocupación.

A pesar de todo, los individuos que vivieron en el barrio Uruk en Hacinebi, y en claro contraste con los habitantes del resto del asentamiento, utilizaron toda la gama cerámica de Uruk (la mayoría fechada en el Uruk medio), claramente distinta del conjunto de Amuq F que utilizaron los demás pobladores contemporáneos del yacimiento (Pollock y Coursey 1995; Pearce 1999). Estas diferencias revelan que los habitantes de Uruk de Hacinebi tenían costumbres dietéticas y técnicas de preparación de alimentos muy distintas de las de sus coetáneos indígenas del yacimiento (Pearce 1999). Esto viene

corroborado por el análisis faunístico de ambos sectores del yacimiento, que revela diferencias sustanciales en las preferencias alimentarias de los habitantes del barrio de Uruk respecto de la población indígena, pues en las poblaciones de Uruk se detecta una abrumadora preferencia por el cordero y la cabra, y escasa utilización del vacuno y el porcino, mientras que los grupos locales explotaban las cuatro especies más o menos por un igual (Bigelow 1999; Stein 1998).

También merece la pena destacar que los habitantes de Uruk del *karum* de Hacinebi disponían asimismo de todo el repertorio y útiles de cálculo (incluidos al menos una bola sellada y una tablilla numérica sellada y técnicas de registro mesopotámicas: cilindro-sellos). Este repertorio contrasta radicalmente con los sellos y prácticas contables basadas en el sello de tipo estampilla utilizado por los ocupantes indígenas del yacimiento, más numerosos (Pittman 1999, 2001).

Pequeños asentamientos cerca de centros locales. En los capítulos anteriores decía también que había observado un patrón de pequeños yacimientos aislados de Uruk, principalmente —pero no sólo— a orillas del Éufrates, y que denominé bases, todos ellos establecidos muy cerca de las principales líneas de comunicación siro-mesopotámicas (pp. 88-95, figs. 22, 24). Estos yacimientos se interpretaron entonces, en su mayoría, como instalaciones destinadas a mantener las comunicaciones entre el mundo de Uruk y los grandes emplazamientos de Uruk situados en los nodos estratégicos de las líneas de comunicación. Ese rol, en la mayoría de los casos, continúa siendo muy plausible, pese a que por desgracia, y salvo el pequeño yacimiento de Qraya, en Siria (p. 89), aún no hayan sido excavados.

Pudo haber otras posibles bases junto a importantes rutas terrestres este-oeste, una posibilidad avalada por los resultados de las prospecciones realizadas por Wilkinson y Tucker (1995: 45, fig. 35, abajo) en la región del Alto Jezira del norte de Iraq, al norte del Jebel Sinjar, que permitieron constatar que los yacimientos con cerámica de Uruk meridional en su superficie solamente se concentraban en las profundas rutas este-oeste que cruzaban el área. Pero como todavía no se han excavado los yacimientos pertinentes, de momento la presencia de bases de Uruk junto a rutas terrestres este-oeste no deja de ser una conjetura.

De todas formas, también cabe otra posibilidad: que algunos de los pequeños asentamientos de Uruk anteriormente incluidos en la categoría de «bases» fueran centros de intermediación entre los grandes enclaves de Uruk y los centros indígenas de Siro-Mesopotamia, de forma parecida, aunque menos inmediata físicamente, a los puestos avanzados tipo *karum* antes mencionados. Esto podría ser la explicación de los yacimientos con sólo cerámica de Uruk en la superficie identificados junto a Samsat (p. 90; fig. 22), que ahora se interpreta, en mi opinión de forma muy parca, como un centro indígena y no como un enclave de Uruk, tal como se había interpretado anteriormente (véase más adelante). Un caso similar se observa junto al Balikh, en Siria, donde las prospecciones de Akkermans (1988b) documentaron tres pequeños yacimientos en cuya superficie sólo se hallaron materiales de Uruk, todos ellos situados a poca distancia de un importante asentamiento indígena del Calcolítico reciente (fig. 22).

Enclaves que sustituyen a centros preexistentes. Antes afirmaba que importantes emplazamientos de Uruk comparables a los descubiertos en el tramo del Alto Éufrates entre Karke-

mish y Meskene (véase más adelante) se implantaron, seguramente por la fuerza, junto a unos pocos vados históricos de la Alta Mesopotamia que ya contaban con importantes centros regionales indígenas, como (a) Samsat, junto al Alto Éufrates, en Turquía, (b) Tell Brak, en el Jaghjagh, afluente del Alto Khabur, y (c) Nínive, a orillas del Tigris (véase el capítulo 3). Esta presencia allí de este tipo de asentamientos se ve ahora corroborada por los nuevos datos procedentes de estos y otros yacimientos relevantes, aunque obligan a modificar algunos detalles de la visión original.

En conjunto, las evidencias de Godin Tepe y de Hacinebi Tepe indican que en muchas y muy distintas áreas de la periferia mesopotámica pudieron existir pequeñas comunidades de la diáspora originarias de Uruk dentro de algunos grandes centros indígenas con el consentimiento de la población local. Lo cual plantea la posibilidad de que el modo de interacción de Uruk con los asentamientos tardocalcolíticos preexistentes que controlaban conocidos vados fluviales o rutas de la Alta Mesopotamia pudo estar más cerca del modelo Godin/Hacinebi que del de Habuba (grandes desplazamientos de población), como yo preconizaba, cosa que Wattenmaker (1990) ya había adelantado.

De todos modos, seguimos sin comprender del todo la naturaleza de los emplazamientos de Uruk en algunos de los centros regionales que dominaban los vados fluviales de la Alta Mesopotamia. Desde la aparición de mis primeros planteamientos originales, se han publicado muchos materiales hasta ahora inéditos correspondientes a las excavaciones de Nínive (Gut 1995, 2002), y parte de los materiales de Uruk y tardocalcolítico indígena de las últimas excavaciones de Samsat (Özğuç 1992, Abay 1997). Estos nuevos datos demuestran la presencia indudable en ambos yacimientos tanto

de conjuntos indígenas como de conjuntos intrusivos de Uruk, pero la evidencia disponible de ambos yacimientos es todavía insuficiente para clarificar el contexto cultural de los materiales, sus relaciones espaciales o su frecuencia relativa. Debido a estas insuficiencias, hoy creo que la hipótesis de Wattenmaker (1990) de que Samsat podría representar un asentamiento indígena en contacto con el mundo de Uruk, cuyas élites locales consumían o emulaban una limitada y selecta gama de artefactos típicos de Uruk, tiene muchos más visos de ser correcta que la que yo proponía anteriormente.

Aun así, sigo pensando que en Nínive existió algún tipo de emplazamiento de Uruk. Y la razón es que Nínive, a diferencia de Samsat, ha deparado una gran variedad de categorías de la cultura material característica de Uruk, como, por ejemplo, la gama de cerámicas típicas de Uruk halladas en barrios muy alejados entre sí en el centro mismo de Kuyunjik, el gran tell de Nínive. De hecho, la rigurosa revisión y reedición de Renata Gut (1995) de la evidencia estratigráfica y artefactual de Kuyunjik revela la frecuencia de la típica cerámica de Uruk en los cortes MM (sondeo en profundidad), BB, H, G, F y E del área de excavación del Templo de Ishtar. Pese a que el contexto y las asociaciones de estos hallazgos son ya irrecuperables, esos cortes cubren un área lineal de 15,4×107,7 metros (Gut 1995: 277, 282, fig. 5). Pero lo más interesante es que, a diferencia de Samsat, estas excavaciones también depararon muestras de auténticas prácticas glípticas y representaciones iconográficas, así como tablillas numéricas típicas de Uruk, todas ellas utilizadas en el yacimiento de acuerdo con el estilo típico de la Baja Mesopotamia (Collon y Reade 1983). Estos hallazgos evidencian muy claramente una presencia real de Uruk en Nínive. Porque, a pesar de que los yacimientos indígenas de la periferia septentrional de Meso-

potamia imitaron ampliamente la iconografía y los sellos de Uruk, esas imitaciones siempre se utilizaron en el marco de unos sistemas de registro mucho más simples que los de las sociedades de Uruk.

Resta por verificar si la ocupación de Uruk en Nínive representa un enclave aislado de extranjeros viviendo en medio o en los límites de un asentamiento indígena grande y próspero, como el caso de Godin y Hacinebi, o si los intrusos de Uruk sencillamente se hicieron con el control de un, hasta ese momento, próspero centro indígena. Sólo las investigaciones futuras permitirán discernir cuál de estos escenarios refleja mejor la realidad. Opino que, de las dos, la segunda posibilidad (pleno control, que pudo conllevar una sustitución de población) es la más plausible, dado que los estratos de Kuyunjik con materiales intrusivos de Uruk aparecieron en el centro mismo del tell.

Las nuevas investigaciones llevadas a cabo en Brak tampoco son concluyentes en cuanto al carácter de la presencia de Uruk en el yacimiento, sin duda uno de los centros tardocalcolíticos más importantes de Siro-Mesopotamia antes de la intrusión de Uruk (ver más adelante). Pero la nueva evidencia procedente de Brak no deja ahora ningún lugar a dudas de que los contactos de Uruk con las comunidades del Alto Khabur se iniciaron ya al final del Uruk medio, y que gentes de la Baja Mesopotamia penetraron en el área sólo más tarde, durante el Uruk reciente, estableciendo en el yacimiento algo parecido a una colonia de Uruk.

Esto es por lo menos lo que han revelado las excavaciones recientes en el Área TW de Brak, mediante un gran sondeo de unos 350 metros al noreste del área del «Eye Temple» de Mallowan, que ha deparado una clara secuencia de depósitos *in situ* que abarca todo el IV milenio (Oates y Oates 1993,

1994, 1997; Oates [J.] 2002; Emberling *et al.* 1999, 2001). Los Niveles 20-13 del sondeo corresponden a la secuencia tardocalcolítica indígena del yacimiento, que luego abordaremos con mayor detalle para tratar de comprender mejor la naturaleza de esa ocupación. De gran interés para conocer el carácter de la presencia de Uruk en el yacimiento son los Niveles 13 y 11-12. El Nivel 13 no presentaba asociaciones arquitectónicas claras, pero un pavimento a base de fragmentos cerámicos deparó un conjunto mayoritariamente indígena con algunas cerámicas e improntas de sello aisladas del Uruk medio. Este nivel apareció encima de una larga secuencia de depósitos tardocalcolíticos sin evidencia de contacto con el mundo de Uruk. Por consiguiente, el Nivel 13 reflejaría el inicio de los contactos entre los habitantes indígenas de Brak y las sociedades meridionales de Uruk.

Los Niveles 11-12 reflejan, en cambio, una pauta completamente distinta. Marcan una discontinuidad cultural en el área excavada y se caracterizan por un conjunto de estilo enteramente meridional que sería claramente intrusivo. El conjunto incluye partes de una gran casa tripartita de tipo Habuba-süd, asociada a un material y a una cultura ideológica típicos de Uruk, como cerámica, glíptica y fichas complejas (Oates [J.] 2002). Este mismo conjunto se ha identificado igualmente en el Área TX, a unos 50 metros al norte de la TW, donde aparece asociado a una arquitectura basada en los típicos ladrillos de adobe llamados *riemchen* (Wright 2002).

La nueva evidencia de Brak que ha aparecido en la última década zanja el debate sobre si hubo o no presencia de Uruk en el yacimiento (por ej., Frangipane 2002: 126). La hubo. Queda por verificar el alcance y la naturaleza de esa presencia. Éstas son precisamente las preguntas que plantea Geoff

Emberling (2002), el actual director de las excavaciones de Brak, en una reciente reconsideración de la presencia de Uruk en el yacimiento. Este autor dice que los niveles tardocalcolíticos *in situ* son omnipresentes en el tell principal de Brak, y que estos materiales también aparecen en una corona de pequeños yacimientos alrededor del tell (véase más adelante). En cambio, la distribución de los estratos con *sólo* materiales meridionales típicos del Uruk reciente es más reducida en el yacimiento, y sólo aparecen en el tell principal (por ej., en el área del «Eye Temple» de Mallowan y en las Áreas TW y TX, a unos 400 metros de distancia). De todo ello Emberling concluye que el asentamiento tardocalcolítico de Brak se contrajo durante el Uruk reciente, un fenómeno que atribuye con cierta reserva a la colonización del gran centro anterior por parte de colonos de Uruk.

Dos razones llevaron a Emberling a esa conclusión. La primera es el hecho, ya comentado, de que los materiales del Área TW (Niveles 11-12) son todos meridionales del Uruk reciente, introducidos al final de una larga secuencia indígena. La segunda razón es la constatación de Emberling de que también se observa una discontinuidad análoga en la secuencia arquitectónica del «Eye Temple» excavada en el yacimiento hace más de 50 años. Las tres estructuras anteriores preservadas del templo, sólo en parte y parcialmente excavadas, se caracterizan claramente, según Emberling, por un conjunto de tipo exclusivamente septentrional, mientras que la cuarta y última estructura fue construida y decorada según las pautas meridionales del Uruk reciente, algo que Mallowan ya había constatado (1947). A falta de nuevos trabajos en la zona del «Eye Temple, a Emberling le resulta imposible decidir si este cuarto templo es obra de poderosos régulos locales de Brak que imitan conscientemente las prácticas de

construcción de templos, la decoración y las creencias de las comunidades contemporáneas de Uruk del sur, o si esta última estructura fue construida por los propios intrusos, en cuyo caso representaría, según Emberling, una "evidencia de una extraordinaria coerción ideológica de los habitantes locales por parte de representantes de la expansión de Uruk" (2002: 88)».

En el primer caso, la presencia de Uruk documentada en las Áreas TW y TX de Brak se explicaría como evidencia de un modo de interacción tipo Hacinebi/Godin. Pero en el segundo caso, Tell Brak supondría la evidencia de la conquista de un centro indígena preexistente por parte de intrusos de Uruk procedentes del sur. En mi opinión y en la de Emberling (2002: 88), de las dos posibilidades la última sería la más probable, ya que las excavaciones en las Áreas TW y TX demuestran de forma concluyente que, al menos en una parte sustancial del yacimiento, los elementos de Uruk sustituyeron completamente a la cultura material y las tradiciones arquitectónicas locales de larga tradición y desarrollo en Brak.

Sustitución y no mera coexistencia es también la explicación más lógica de los nuevos datos que ahora aparecen en Tell Hamoukar, otro importante yacimiento indígena tardocalcolítico en el noreste de Siria, donde antes yo sugería la probable presencia de un enclave de Uruk (Algaze 1989b: 579, nota 4). Hamoukar está situado junto a una de las rutas históricas este-oeste de Siro-Mesopotamia que comunica el área del Alto Tigris próxima a Nínive con el área del Alto Khabur en torno a Nisibin (véase el capítulo 3, fig. 21).

Aquí, en un estrecho corte escalonado (3 metros de ancho) (Área A), McGuire Gibson y su equipo han dejado al descubierto pequeños tramos de una ocupación de Uruk con 3 niveles de estructuras perfectamente conservadas, y construi-

das con ladrillos de tipo *riemchen* (Gibson *et al.* 2002). Todas las cerámicas asociadas son del Uruk reciente. En el resto del yacimiento se han documentado numerosos pozos llenos de cerámica y glíptica típicas del Uruk reciente. Estos pozos se abrieron a partir de un nivel ahora erosionado perforando restos más antiguos caracterizados bien por un conjunto tardocalcolítico tipo Amuq F enteramente local, bien —al menos en un caso (Área B)— por un conjunto indígena con cierta influencia de las tradiciones y prácticas glípticas de Uruk (Reichel 2002), una situación similar a la que se observa en el Nivel 13 del Área TW de Tell Brak (véase más abajo).

Después hablaremos con más detenimiento de los niveles tardocalcolíticos indígenas de Hamoukar. Pero ahora lo que más nos interesa destacar de la fase Uruk reciente del yacimiento es el hecho de que en todos los casos en que se ha detectado esa fase, aparece estratigráficamente encima de la ocupación del Amuq F anterior. Gibson y sus colegas interpretan esta superposición como evidencia de que en Hamoukar los colonos de Uruk sustituyeron a los habitantes indígenas durante el Uruk reciente (Gibson *et al.* 2002), y sugieren que en aquel momento Hamoukar habría tenido una extensión de unas 15 ha (Ur 2002: 64). Las prospecciones practicadas alrededor de Hamoukar muestran que la ocupación intrusiva del Uruk reciente en el yacimiento estuvo rodeada de un arco contemporáneo de yacimientos menores de Uruk igualmente intrusivos (Ur 2002: 64-67), una situación análoga a la de los grandes enclaves intrusivos de Uruk en el Éufrates (véase el capítulo 3, y más adelante). Si la interpretación que hace Gibson de los datos del Uruk reciente de Hamoukar es correcta, como creo que lo es, entonces la aglomeración de Hamoukar representa el caso más claro de un gran enclave de Uruk asociado no a una importante zona de vado fluvial,

sino a un área situada junto a importantes rutas de comunicación este-oeste.

Etapas de la colonización del tramo del Alto Éufrates entre Birecik y Meskene. En los capítulos 1 al 7 interpretaba los asentamientos intrusivos de Uruk ubicados a lo largo de la cuenca del Alto Éufrates como un pequeño número de enclaves de índole urbana muy alejados entre sí, todos ellos con una concentración asociada de aldeas agrícolas vecinas, e implantados junto a los pocos vados naturales del río donde confluían las rutas históricas este-oeste que atravesaban la llanura siro-mesopotámica. Sostenía concretamente que a orillas del Alto Éufrates hubo tres concentraciones de Uruk muy distanciadas unas de otras: una centrada en Samsat, otra justo al norte de Karkemish, y una tercera en la zona de la presa de Tabqa (véase el capítulo 3). Esa interpretación exige ahora una importante modificación.

Lo primero que hay que replantear es si existió realmente un enclave de Uruk en Samsat. A ello hay que añadir que los nuevos trabajos arqueológicos realizados en la última década demuestran que los asentamientos de Uruk junto al Alto Éufrates al sur del vado de Samsat desarrollaron con el tiempo una complejidad mayor de la inicialmente sugerida. Las excavaciones practicadas en el ya citado yacimiento de Hacinebi Tepe, por ejemplo, han documentado ahora una pauta de interacción bastante distinta de mi anterior interpretación del asentamiento de Uruk en el tramo del Éufrates entre Birecik y Meskene, y que yo había considerado exclusivo de las lejanas montañas de la periferia.

También debo modificar la sugerencia de que hubo dos concentraciones de ocupación de Uruk distintas en el Alto Éufrates al sur de Birecik, una en el área de Karkemish y otra

en el área de Meskene. La primera vez que formulé esta hipótesis, gran parte del territorio situado entre esas dos áreas a orillas del río aún estaba por explorar. Ahora, nuevas prospecciones y excavaciones realizadas en torno a la presa de Tishrin, en Siria (Del Olmo Lete y Montero Fenollós [eds.] 1999) han identificado la presencia de algunos yacimientos menores con ocupación de Uruk entre las dos principales concentraciones en cuestión identificadas con anterioridad. Cuando estos yacimientos se descomponen en factores, el asentamiento de Uruk en la zona del Éufrates entre Karkemish y Meskene ya no aparece constituido por dos aglomeraciones aisladas sino por una densa franja de asentamientos ribereños cuya población se concentra en los grandes centros junto a los vados fluviales. De hecho, los yacimientos excavados o explorados entre Birecik y Meskene (una longitud lineal de unos 110 km) que presentan distintas variantes de la típica cultura material de Uruk son actualmente 28[100].

Es muy probable que en el futuro se demuestre que algunos de estos yacimientos no representan en absoluto yacimientos intrusivos sino ocupaciones indígenas en contacto con asentamientos de Uruk del entorno. Pero aun así, es tal la cantidad de yacimientos de Uruk entre Birecik y Meskene que hoy se documentan, entre confirmados y probables, que la hipótesis de una auténtica colonización (en el sentido clásico) de esta zona del Alto Éufrates por parte de colonos meridionales es perfectamente plausible, tal como propuso en su día Johnson (1988-1989) y como ahora propugnan cada vez más estudiosos (véase Wright 2001 y Schwartz 2001: 256-261).

Inicialmente yo no comulgaba con la teoría de la colonización de Johnson porque, en mi opinión, el área de Meskene donde se localiza la mayor concentración de poblaciones de

Uruk (Habuba-süd/Jebel Aruda) me parecía demasiado marginal para una agricultura viable (véase p. 109). Pero, como demuestra Schwartz (2001: 258), mi posición ya no se sostiene, porque los nuevos trabajos de Wilkinson en la zona (1994) muestran claramente que al final del III milenio hubo efectivamente en el área de Meskene importantes poblaciones urbanas, cuando las condiciones climáticas de la zona eran algo más secas que las de la segunda mitad del IV milenio.

Sin embargo, la interpretación del área del Éufrates entre Karkemish y Meskene como un corredor meridional colonizado tras la llegada a la zona de importantes movimientos migratorios de Uruk es plausible sólo para la fase final (Uruk reciente) de la expansión de Uruk, como demuestra la envergadura de algunos de los yacimientos intrusivos de Uruk en el Alto Éufrates que datan de esa fase, sobre todo los yacimientos emparejados de Habuba-süd/Jebel Aruda y Kum Ocağı/Şadi Tepe, ya citados (pp. 56-70).

Pero aún en ese caso, parece que el proceso de colonización fue gradual y que se prolongó durante varias generaciones. Es lo que pone de relieve la reciente reinterpretación que han llevado a cabo Regis Vallet (1997, 1998) y Govert van Driel (2002) de los datos pertinentes procedentes de Habuba-süd y de Jebel Aruda. Aunque ambos asentamientos corresponden claramente al Uruk reciente, ahora no hay duda de que ambos se desarrollaron en etapas distintas. Esto es evidente en Habuba Kabira-süd, donde Vallet distingue tres etapas evolutivas. La ciudad fortificada ya mencionada (capítulo 3) con un claro trazado de calles y barrios residenciales, industriales y administrativos bien diferenciados, representaría en realidad una segunda etapa de desarrollo de la ciudad; y su máxima extensión, incluidas las ocupaciones extramuros, correspondería a una etapa aún más tardía. Vallet cree

que en su fase inicial, el asentamiento Uruk de Habuba ocupó sólo unas 6 ha, y no estaba fortificado. El hecho de que se hayan podido diferenciar distintas fases de desarrollo en el asentamiento de Habuba durante el Uruk reciente es importante porque es casi seguro que el proceso expansivo del yacimiento refleja la expansión de los colonos del Uruk reciente por todo el corredor del Alto Éufrates.

A pesar de todo, mi caracterización inicial del asentamiento de Uruk en el Alto Éufrates como centros aislados situados al lado o cerca de los vados fluviales y establecidos principalmente como puestos comerciales avanzados, sigue siendo válida para la fase inicial de la intrusión de Uruk en el área, que se fecharía en el Uruk medio. Toda la evidencia que poseemos correspondiente a esa fase inicial indica que en el Uruk medio, en el tramo del río entre Birecik y Meskene sólo hubo unos pocos enclaves/puestos avanzados intrusivos muy alejados unos de otros, que serían: (1) Hacinebi Tepe junto a Birecik, (2) Tiladir Tepe enfrente de Karkemish, (3) Tell Abr en el área de la presa de Tishrin al sur de la frontera turca, y (4) Tell Sheikh Hassan, cerca de Meskene.

Ahora, en el marco de esa primera fase expansiva de Uruk en el Alto Éufrates, resulta más comprensible la presencia de la pequeña colonia del Uruk medio en Hacinebi. Ubicada en lo que entonces era el extremo más septentrional de la intrusión de Uruk río arriba, esa colonia pudo desempeñar un rol de mediación en las relaciones entre grupos en contacto alejados unos de otros. Ello explicaría el abandono de la colonia cuando las poblaciones de Uruk se multiplicaron en el Alto Éufrates durante la segunda fase (Uruk reciente) de la expansión de Uruk, creando un corredor densamente poblado a partir de lo que inicialmente habían sido meros puestos avanzados aislados situados en lugares estratégicos junto al

río. En esa segunda fase expansiva, la mediación especializada destinada a suplir la ausencia de contactos cara a cara, ya no era necesaria.

En este sentido, el resumen mejor y más conciso de los procesos expansivos de Uruk en el Alto Éufrates es el de Glenn Schwartz (2001: 261), quien afirma que «… se establecieron pequeños emplazamientos coloniales previos como Hacinebi y Sheikh Hassan… con fines comerciales, y sólo más tarde aparecieron las grandes colonias tipo Habuba con fines mucho más amplios». Concretamente, este autor traza un paralelo entre la dinámica expansiva de las sociedades de Uruk en el Alto Éufrates y la dinámica de las sociedades griegas del I milenio a. C. En ambos casos, dice este autor, «… los viajes para adquirir materias primas exóticas destinadas a las élites emergentes precedieron y facilitaron las ulteriores empresas coloniales a gran escala».

VARIANTES DEL ASENTAMIENTO DE URUK EN SIRO-MESOPOTAMIA

¿Cómo se explican las diferencias entre las estrategias del asentamiento de Uruk en el Éufrates y las que se observan en otras áreas? La evidencia indica que las estrategias de contacto de las sociedades expansivas de Uruk dependían del nivel de complejidad de las sociedades indígenas que encontraban. En las zonas de Siro-Mesopotamia con un asentamiento preexistente de escasa densidad, o con numerosos elementos nómadas, como en la parte inferior del gran recodo del Éufrates, la intrusión de Uruk se inició antes, duró más tiempo y gradualmente se metamorfoseó en una situación colonial parecida a la de los

imperios «formales» ya mencionados (capítulo 1). En cambio, allí donde ya existía un importante asentamiento indígena, como en el Alto Khabur y en la cuenca del Alto Tigris, la penetración de Uruk parece haber sido de corta vida y más similar al tipo de contacto característico de los imperios «informales» o emporios comerciales (capítulo 1), en forma de enclaves aislados establecidos en centros que ya constituían nodos de confluencia de las redes comerciales preexistentes. Es casi seguro que esa presencia conllevaría una cierta dosis de coerción, aunque no se puede descartar la posible existencia de formas de contacto más pacíficas tipo karum en las etapas iniciales de la penetración de Uruk en el Alto Khabur y el Alto Tigris, o en las zonas más remotas de esas cuencas.

En cualquier caso, no hay evidencia de que el establecimiento de colonias de Uruk en la periferia mesopotámica, del tipo que fuera, formara parte de un proceso centralizado, controlado y organizado por y desde el núcleo. Todo indica más bien, como ya se ha apuntado (pp. 193-196), que el proceso colonial de Uruk formaba parte de un proceso orgánico de acción y reacción en el marco de la rivalidad entre las ciudades-estado de Uruk que competían por fundar determinados enclaves o puestos avanzados con el fin de asegurar el acceso a las principales líneas de comunicación y a los recursos que circulaban por ellas y, de paso, impedir ese acceso a sus rivales meridionales.

Independientemente de su origen, desde la perspectiva de la llanura siro-mesopotámica en su conjunto, no hay duda de que los asentamientos intrusivos de Uruk, fueran aislados o parte del corredor colonizado del Éufrates, se establecieron en los límites de los mucho más vastos *hinterlands* foráneos. Esta conclusión se infiere de los estudios y sondeos realizados en la región (por ej., Algaze *et al.* 1991, 1994; Danti 1997;

Eidem y Warburton 1996; Hole 1997; Kouchoukos 1998; Lyonnet 1997; Meijer 1986; Mellaart 1981; Özdoğan 1977; Schwartz *et al.* J2000; Stein y Wattenmaker 1990; Ur 2002; Wilkinson 1990, 1994, 1998, 2000a-b, 2003; Wilkinson y Tucker 1995; Yardimci 1993), que demuestran claramente la presencia y supervivencia de sociedades indígenas preexistentes lejos de los pocos lugares o áreas donde se establecieron los asentamientos intrusivos.

Las circunstancias geográfico-estratégicas de los grandes asentamientos intrusivos de Uruk, y el carácter de las comunidades de los *hinterlands* circundantes, nos dicen que los yacimientos de Uruk dominaron la red dendrítica de asentamientos en las áreas que ocuparon. Ello refleja la razón fundamental de la propia intrusión, porque esta configuración de un asentamiento es ideal para poder explotar las redes comerciales preexistentes, pero no para controlar políticamente aquellos vastos *hinterlands*. Además, Rita Wright (1989) y Nicholas Kouchoukos (1998) afirman, con razón, que la localización de muchos asentamientos intrusivos de Uruk en los extremos más verdes y húmedos de las vastas estepas siro-mesopotámicas también es la idónea para asegurar el acceso a los importantes recursos ganaderos existentes en la zona. Esta observación puede ser de gran importancia, ya que esos recursos habrían sido de gran valor estratégico para las incipientes industrias textiles de las entonces aún embrionarias ciudades de Uruk (McCorriston 1997. Véanse asimismo pp. 23-24 y 197-198). La argumentación de ambos autores pone aún más de relieve la importancia del comercio y del acceso a los recursos como factores de la expansión de Uruk, con la ventaja de que además explicaría la presencia, en principio tan desconcertante, de artefactos de Uruk en el contexto de lo que se ha interpretado como campamentos pastores

efímeros en el Jezira sirio (por ej., en el área del ouadi Agig en la cuenca del Khabur Medio, cf. Pfälzner 1984).

A la luz de lo anterior, es indudable que una de las funciones más importantes de los asentamientos de Uruk en Siro-Mesopotamia fue el establecimiento de intercambios con las distintas sociedades periféricas de la zona que controlaban los recursos que las sociedades de Uruk necesitaban. Dependiendo de variables geográficas, climáticas e históricas, aquellas sociedades indígenas podían ir desde simples pastores nómadas hasta comunidades plenamente asentadas, que también estaban ganando en complejidad. Veamos estas comunidades más de cerca.

La complejidad social de las comunidades tardocalcolíticas

Un tema recurrente de las críticas a mi interpretación de la evidencia sobre las sociedades tardocalcolíticas de la periferia mesopotámica antes de la expansión de Uruk es mi subestimación (capitulo 4) de la escala y el grado de complejidad social de aquellas sociedades (por ej., Emberling *et al.* 1999; Frangipane 1997a-b, 2001, 2002; Oates 2001; Stein 1999a, 2001; Schwartz 2001; Wilkinson 2001). Muchas de estas críticas son fundadas. Los nuevos trabajos realizados en algunos yacimientos indígenas de las llanuras siro-mesopotámicas son concluyentes en cuanto a la presencia, en amplias zonas de la periferia mesopotámica, de sociedades bastante complejas antes y, en menor medida, durante la expansión de Uruk.

El caso más claro al respecto es el yacimiento ya citado de Tell Brak. En la última década se han descubierto restos tar-

docalcolíticos en distintas zonas del yacimiento, pero la secuencia más fiable de restos *in situ* del período es la que apareció en el Área TW. Como ya se ha mencionado, esta secuencia se cerraba con los niveles fechados en el período de la intrusión de Uruk (TW, 11-12), y la formaban distintos niveles de habitación y de estructuras públicas (Niveles 13-20), algunas de gran tamaño. Asociada a esas estructuras había evidencia de contactos de larga distancia en forma de importaciones, como objetos de oro y marfil, y evidencia de una considerable actividad económica en el yacimiento en forma de fichas simples, sellos de estampilla y estampillas. Destacan especialmente los restos en el Nivel 18 de un edificio tripartito con nichos exteriores y un gran horno en un recinto cerrado. Aunque esta estructura, correspondiente claramente a un edificio público, sólo se ha excavado parcialmente, las partes recuperadas hasta la fecha miden más de 10×15 m. También cabe mencionar la presencia en los Niveles 19-20 de un gran muro de dos metros de ancho y su correspondiente umbral, que según Joan y David Oates (1997) podrían formar parte de una muralla de fortificación destinada a proteger el yacimiento (Oates 2002; Emberling *et al.* 1999: 2-8; Emberling y McDonald 2001: 21-23).

Los nuevos datos que han aportado los recientes sondeos realizados en el tell de Brak y en las áreas más inmediatas, relativos al tamaño del yacimiento antes del contacto con Uruk, son aún más significativos para la interpretación de la ocupación tardocalcolítica en Brak. Estas prospecciones demuestran que el yacimiento conoció su máxima extensión en el IV milenio, durante el llamado «Uruk medio septentrional», equivalente a los Niveles 13-20 del Área TW, y fechado a finales de la primera mitad del IV milenio (Matthews 2000: 67; Wright y Rupley 2001), cuando el gran tell de Brak apare-

ce ocupado en su totalidad y en algunos tells menores del entorno aparecen también ocupaciones contemporáneas, seguramente suburbios y zonas de producción especializada.

Joan Oates (2002: 118-119) sugiere que la extensión de Brak en esa época ocupaba entre 110 y 160 hectáreas, según cómo se calcule el tamaño de los pequeños asentamientos vecinos. Esa cifra no deja de ser problemática, porque da por sentado que la totalidad del área entre el tell principal y el anillo de satélites circundantes estaba ocupada. Sin embargo, los trabajos recientes en la zona no han hallado evidencia de esa ocupación (Emberling *et al.* 1999: 16-17, 25) y sí sugieren, en cambio, que buena parte del área en cuestión eran grandes canteras de arcilla asociadas a la industria de la construcción del yacimiento principal (Wilkinson 2000b: 127). De todos modos, el punto de vista de Oates sigue siendo correcto: en el período inmediatamente anterior a la expansión de Uruk en el área del Alto Khabur, Brak era en efecto un asentamiento tardocalcolítico importante. Aunque de los cálculos se excluya el área situada entre el tell principal y el anillo exterior de pequeños asentamientos contemporáneos, el yacimiento habría alcanzado en esa época igualmente una extensión de 65 hectáreas o más.

En la misma época, en otras zonas de la llanura siro-mesopotámica también había yacimientos de considerable extensión, aunque muy distanciados unos de otros. Los trabajos de David Stronach (1994: 89-90) y su equipo en Nínive poco antes de la primera guerra del Golfo sugieren que Kuyunjik pudo muy bien situarse en la gama de las 40 hectáreas durante el Calcolítico reciente. Y las meticulosas prospecciones practicadas en superficie muestran ahora que Tell el-Hawa, en la llanura al norte del Jebel Sinjar, en el norte de Iraq, alcanzó una extensión de 30-50 hectáreas en algunos

tramos del Calcolítico reciente (Wilkinson y Tucker 1995: 44).

Entre los asentamientos tardocalcolíticos relativamente bien conocidos de la zona están Hamoukar y Hacinebi, ambos ya mencionados como ocupaciones de Uruk más tardías. Excavaciones recientes permiten hacerse una idea sobre los componentes indígenas de ambos yacimientos antes de la época del contacto con Uruk, y algunas prospecciones demuestran que el tamaño de Hamoukar durante el Calcolítico reciente era de unas 15 hectáreas (Ur 2002). Las excavaciones realizadas hasta la fecha revelan la fortificación del yacimiento en esa época. Se han descubierto partes de un edificio público monumental con varios hornos asociados, posiblemente destinados a usos institucionales. Como en los niveles inferiores del Área TW de Brak, todos los artefactos asociados corresponden a la tradición indígena del Amuq F. Cerca de esta estructura, pero en una estratigrafía superior, había una casa quemada, de planta tripartita. Debido al incendio, se hallaron *in situ* numerosos sellos y estampillas en los almacenes de la casa, incluidos sellos en cestería, ánforas y puertas, objetos que hablan de la existencia de una compleja economía de redistribución regional centrada en Hamoukar (Gibson *et al.* 2002) comparable a la documentada en Arslan Tepe (véase más adelante).

Clemens Reichel (2002) ha realizado un magnífico estudio preliminar de los restos del interior de la casa quemada de Hamoukar. Este autor constata una situación directamente comparable con la TW 13 de Brak (antes citada), puesto que dentro de un gran conjunto cerámico y glíptico de tipo indígena (Amuq F) aparecen algunas improntas de cilindro-sellos de estilo Uruk. Gracias a esta clara asociación arquitectónica, el conjunto de la Casa Quemada de Hamoukar nos permite

vislumbrar el inicio de contactos (de naturaleza aún indeterminada) entre lo que entonces era una compleja comunidad indígena tardocalcolítica y representantes del mundo de Uruk.

Los resultados preliminares son en sí mismos sumamente interesantes. El estudio de Reichel muestra que al menos algunos sellos de puerta hallados en los almacenes de la Casa Quemada presentaban improntas tanto de estampillas como de cilindro-sellos, los primeros de estilo local y los segundos con una clara iconografía de Uruk. Esta doble práctica indica claramente la coexistencia de dos niveles de responsabilidad respecto a los materiales almacenados. Aún no sabemos si refleja la interacción de dos poblaciones diferenciadas en el yacimiento, como aparece en Hacinebi, o la actuación de dos instituciones locales distintas, una de ellas imitando conscientemente los sellos y la iconografía de Uruk, como en Arslan Tepe. En ambos casos, la evidencia es clara en cuanto a que hubo contactos entre Hamoukar y el mundo de Uruk poco antes de la intrusión de poblaciones de Uruk en Hamoukar (véase más arriba), una situación análoga a la de Brak.

En Hacinebi Tepe, donde se estableció el puesto avanzado más antiguo documentado hasta la fecha de la llanura siro-mesopotámica, también se documenta una considerable complejidad sociopolítica antes del inicio de contactos con el mundo de Uruk. Concretamente, las fases pre-contacto (A-B1) del yacimiento evidencian una larga secuencia de desarrollo *in situ* 400 años antes de los primeros contactos con Uruk en el Éufrates. Las excavaciones muestran que, en la fase pre-contacto, Hacinebi ya estaba protegida por una gran muralla de fortificación. La arquitectura recuperada de ese período es interesante por su monumentali-

dad y sofisticación, e incluye una serie de estructuras de almacenaje, restos de un gran edificio con nichos en la fachada, y dos plataformas de piedra monumentales de función incierta (Stein 1999a-b).

Asociado a estos restos apareció el habitual conjunto de cerámica tipo Amuq F y una tradición de métodos contables indígena basada en estampillas similares a las de Hamoukar (antes citado) y Arslan Tepe (véase más adelante). En estos niveles más antiguos también se halló evidencia de importación, procesamiento y fundición *in situ* de mineral de cobre en zonas artesanales especializadas, y también de exportación de metales ya transformados en lingotes (Özbal, Adriaens y Earl 1999). Estas actividades metalúrgicas parecen constituir la base de la economía de los habitantes locales de Hacinebi, ya que se documentan tanto en las fases pre-contacto del yacimiento como más tarde, en la época del contacto en las áreas indígenas del asentamiento. Stein y sus colaboradores sostienen la teoría, sin duda correcta, de que fueron seguramente esas actividades metalúrgicas las que atrajeron a los primeros mercaderes de Uruk al yacimiento (Özbal, Adriaens y Earl 1999; Stein *et al.* 1996, 1997, 1998; Stein 1999a-b, 2001).

Un último ejemplo al respecto es Arslan Tepe, un yacimiento tardocalcolítico muy importante en el área de Malatya en los montes Taurus. Como se recordará (pp. 171-175, figs. 44-45), aquí se hallaron restos monumentales fechados en el Período VIA, y que Marcela Frangipane y sus colegas interpretan como un complejo «palaciego» indígena con funciones administrativas y religiosas fechado en la fase final del Calcolítico reciente de la periferia (*ca.* 3350-3000 a.C.). Junto a estos restos había varias espadas de cobre arsenical, seguramente importadas al yacimiento desde el Cáucaso

(Hauptmann *et al.* 2002), así como miles de estampillas desechadas en su día, asociadas a los objetos que llegaban o salían de los almacenes del palacio. Estas estampillas sugieren que Arslan Tepe VIA pudo ser el principal centro redistributivo de su época en el área de Malatya (Frangipane 1994).

Antes sugería que la emergencia de Arslan Tepe VIA como gran centro redistributivo podía representar una respuesta local al establecimiento de contactos comerciales con las comunidades urbanas y estados avanzados mesopotámicos del Uruk reciente. Pero las excavaciones realizadas en el yacimiento en la última década han revelado ahora la existencia de importantes restos debajo de la fase del palacio VIA, lo cual indicaría que mi interpretación del origen de la complejidad social de Arslan Tepe era errónea. Ahora parece más bien que las instituciones especializadas de la élite destinadas a controlar la economía regional en el área de Malatya durante el período VIA representan la culminación de una evolución local ya en curso antes de que el área de Malatya entrara en contacto con el mundo de Uruk, como propone ahora Frangipane (1997a-b, 2001, 2002).

Varias líneas de evidencia avalan las tesis de Frangipane. Una es la escala de la arquitectura tardocalcolítica (Período VII) recientemente excavada en el yacimiento, representada por una enorme estructura ceremonial tripartita erigida en un promontorio junto a la parte preservada más alta del tell (Edificio XXIX). Aunque todavía no excavada en su totalidad, esta estructura contiene una gran sala central de unos 18×7 metros (Frangipane 2002: 127, figs. 4-6). Otra línea de evidencia se basa en el contenido del Edificio XXIX, que incluía numerosos cuencos cortados a cordel, producidos en serie, hallados en la sala principal, y una gran cantidad de estampillas desechadas en la sala contigua. También se descu-

brió un conjunto de cuencos producidos en serie junto a estampillas desechadas en uno de los tres almacenes del Período VII excavado a pocos metros del Edificio XXIX (Frangipane 2001: 328-329). Esa asociación de estampillas y cuencos son un rasgo frecuente de los restos del período VIA del yacimiento, y se han interpretado, en mi opinión correctamente, como evidencia de una salida de víveres de los almacenes del palacio (Frangipane 1994). Parece lógico pensar que esa misma asociación recurrente que aparece en los niveles subyacentes del Período VII también demostraría la existencia, en ese nivel anterior, de actividades económicas redistributivas centralizadas en el yacimiento.

LA COMPLEJIDAD SOCIAL DE URUK

La evidencia presentada en las secciones anteriores sugiere que los intrusos de Uruk se sintieron naturalmente atraídos hacia los grandes centros regionales indígenas. Y esa atracción se vería sin duda estimulada por los relatos y la experiencia de contactos anteriores entre algunas sociedades de Uruk y determinadas regiones periféricas. Además, parece evidente que los intrusos que establecieron contacto con los centros preexistentes eran comerciantes o colonos, o ambos sucesivamente, en función de la naturaleza de los propios centros y de la distancia respecto al mundo de Uruk en aquella época. De modo que los centros indígenas preexistentes contribuyeron claramente a determinar las estrategias de contacto y la dirección de las intrusiones de Uruk. Pero de ello no se deduce que las sociedades indígenas tardocalcolíticas de la periferia mesopotámica fueran comparables, en escala, a las comunidades de Uruk que emergieron en la Baja Mesopotamia durante la segunda mitad del IV milenio, ni que

hubieran alcanzado un nivel de complejidad organizativa equivalente (Algaze 2001a-b). Esto parece evidente cuando se comparan los datos de los estudios sobre los patrones de asentamiento de la llanura aluvial de la Baja Mesopotamia y los datos pertinentes sobre las regiones de su periferia, especialmente en Siro-Mesopotamia, durante el IV milenio a. C.

Por lo que respecta al sur, los datos disponibles (Adams 1981; Adams y Nissen 1972; Wright 1981b; para una revisión de los datos, véase Kouchoukos 1998: 230-249; y Pollock 2001) revelan que los niveles de población absolutos y los índices de aglomeración relativos fueron muy superiores durante todas las fases del período de Uruk a los existentes en cualquiera de las áreas de la periferia mesopotámica (Kouchoukos 1998: tablas 5.4-5.6, fig. 5.9[101]). De hecho, los sondeos de Adams documentaron la presencia de múltiples yacimientos urbanos (<40 ha de extensión) en interacción dentro de los límites de las zonas exploradas de la llanura aluvial mesopotámica en *todas* las fases del período de Uruk, todos ellos situados a orillas de algún canal, a escasa distancia unos de otros, y coronando una abigarrada estructura de asentamientos. El máximo desarrollo del área coincide con la fase final de Uruk, cuando el yacimiento de Warka alcanza el extraordinario tamaño de 250 ha (Finkbeiner 1991) y aparece rodeado de numerosas aldeas y ciudades dependientes que totalizan al menos 280 ha de ocupación suplementaria (Adams y Nissen 1972, Adams 1981).

Es probable que los yacimientos mencionados sean, por así decir, sólo la punta del iceberg del asentamiento de Uruk en la Baja Mesopotamia, porque se observan varios yacimientos fuera de las áreas exploradas con evidencia de ocupación durante una o más fases del período de Uruk. Algunos estudios recientes sobre la naturaleza del asentamiento

Uruk en la Baja Mesopotamia no tienen en cuenta estos yacimientos (por ej., Algaze 2001a; Pollock 2001; Wilkinson 2000a), pero es muy posible que más de uno fuera de tamaño considerable en su época. Los más importantes son Umma y el yacimiento vecino de Umm al-Aqarib.[102] Muchas Tablillas Arcaicas recientemente excavadas en uno y otro yacimiento son directamente comparables con los ejemplares más antiguos de Warka (escritura de Uruk IV) (R. Englund, comunicación personal, 2001). Como mínimo, estas tablillas dan fe de la importancia económica del área de Umma durante el Uruk reciente. Pero como en Uruk esas tablillas forman parte de una vasta aglomeración urbana de gran extensión y complejidad, su presencia en la zona de Umma hablaría de la existencia de un contexto similar.

Esta evidencia, aún circunstancial, sugiere que Umma y sus satélites fueron seguramente la segunda zona en importancia después de Warka en cuanto a desarrollo urbano y social durante el Uruk reciente. Pero esta posibilidad constituye una manifiesta anomalía en el patrón de asentamiento de la Baja Mesopotamia del Uruk reciente que conocemos: el yacimiento más extenso (Uruk-Warka) sería cuatro veces mayor (esto es, más populoso) que los asentamientos de segundo rango (por ej., el yacimiento WS 1306). Y es una anomalía porque los análisis de los sistemas urbanos modernos demuestran que las poblaciones urbanas se clasifican en función de su tamaño de una forma predecible («la Ley de Zipf»): cada categoría o rango de asentamiento se establece a partir de un yacimiento que, *grosso modo*, duplica en tamaño al mayor asentamiento de la categoría inferior (Krugman 1996). Si el mundo urbano de la antigua Mesopotamia se basaba en un comportamiento similar de tamaño-rango, como parece lógico, entonces los yacimientos de 60 hectáreas, co-

mo el WS 1306, no corresponderían a la segunda categoría del período de Uruk, sino a la tercera. La categoría ausente (la segunda) correspondería a un yacimiento de más o menos la mitad de extensión (en términos de población) que Warka. Espero que en un futuro se podrá identificar el nivel que falta en los alrededores de Umma/Aqarib, y que éste adoptará la forma de un yacimiento del Uruk reciente correspondiente a la categoría de 120 hectáreas.

TRAYECTORIAS DE DESARROLLO: NÚCLEO *VS.* PERIFERIA

La larga secuencia de crecimiento urbano en la Baja Mesopotamia durante las distintas fases del período de Uruk contrasta con la trayectoria evolutiva conjunta de las comunidades contemporáneas de la periferia septentrional mesopotámica. Ciertamente, como bien dice Henry Wright (2001: 145), ambas secuencias inician el IV milenio con una explosión inicial del asentamiento y una expansión de la complejidad social. En la llanura siro-mesopotámica, este desarrollo se refleja en el crecimiento de unos pocos centros indígenas relativamente grandes, como (posiblemente) Samsat en el Éufrates, Brak en el Khabur, Nínive a orillas del Tigris, y Hawa y Hamoukar en la propia llanura, por citar sólo yacimientos ya excavados.

Aunque, individualmente, la extensión de los yacimientos mayores (Brak y Hawa) es equiparable en términos absolutos a los yacimientos urbanos contemporáneos de tamaño medio del sur (Uruk medio), se observan diferencias cruciales, como por ejemplo la densidad y el grado de diferenciación de los sistemas de asentamiento de ambas áreas durante

el IV milenio. Incluso en el momento de su máximo apogeo, el nivel de complejidad organizativa de las sociedades tardocalcolíticas del norte era muy distinto del de sus homologas meridionales. Es lo que reflejan los datos de los sondeos y prospecciones realizados. La actual evidencia disponible relativa a las áreas de Brak y Nínive no son fiables[103], pero las prospecciones sistemáticas realizadas por Wilkinson en los alrededores de Hawa y de Samsat muestran que durante la primera mitad del IV milenio uno y otro yacimiento estuvieron rodeados de una corona de pequeñas aldeas o villorrios (Wilkinson 1990; Algaze 1999; Wilkinson y Tucker 1995: fig. 35, arriba), un dato que contrasta desfavorablemente con las coordenadas de ocupación más complejas de los asentamientos dependientes, de tamaño y organización jerárquica variables, situados alrededor de los centros urbanos contemporáneos del sur (Adams 1981; Pollock 2001). Además, las prospecciones practicadas en los alrededores de Hawa y Samsat revelan un patrón de asentamiento más complejo, de al menos tres categorías, *después*, y no antes, del inicio de contactos con el mundo de Uruk (Algaze 1999; Wilkinson y Tucker 1995: fig. 35, abajo).

Aún más importante es la diferencia entre la Baja Mesopotamia y las áreas de su periferia. Los grandes asentamientos tardocalcolíticos de la llanura siro-mesopotámica estaban situados en diferentes cuencas y separados entre sí por cientos de kilómetros. De modo que, en términos de contactos cotidianos, puede decirse que estaban aislados unos de otros. Éste no es el caso en el sur, donde había múltiples asentamientos rivales conectados entre sí a través de las vías fluviales, a poca distancia unos de otros y con una comunicación fluida (a través del río) entre ellos, una situación que tuvo consecuencias importantes para su desarrollo. Como siempre ha

sostenido Colin Renfrew y sus colegas (Renfrew y Cherry 1986), la prolongada coexistencia de múltiples comunidades relativamente próximas unas de otras genera invariablemente importantes procesos de competición, intercambio, emulación e innovación tecnológica. Robert Wright (2000: 165-168) explica el impacto social evolutivo de estos procesos de potenciación mutua, y dice que cuando existen comunidades antagónicas pero mutuamente comunicativas, tenderán a descartar las innovaciones sociales y económicas de difícil adaptación con mayor rapidez que en contextos menos competitivos. En cambio, las innovaciones más ventajosas tendrán mayores probabilidades de difundirse con rapidez entre las comunidades concurrentes, acelerando así el ritmo global del cambio del conjunto del sistema.

Según esta teoría, parece lógico detectar profundas diferencias en las trayectorias de desarrollo de ambas áreas durante el IV milenio. Una de las diferencias más significativas es que en el norte, a diferencia del sur, el rápido crecimiento y desarrollo iniciales fueron de corta duración. Sobre este punto, los datos de Nínive, Hawa y Samsat son poco fiables pero, como decíamos, los recientes sondeos realizados en Tell Brak muestran una contracción del asentamiento precisamente en el momento de mayor expansión de los yacimientos del sur, como Warka, durante el Uruk reciente. Esa contracción significa que en el Uruk reciente, Warka y otros muchos centros urbanos de la llanura aluvial mesopotámica ya superaban en extensión incluso a los grandes centros tardocalcolíticos de la periferia mesopotámica. El hecho de que ese diferencial tuviera lugar precisamente en el momento álgido de la expansión de la red colonial de Uruk no puede ser mera coincidencia.

La evidencia de las exploraciones realizadas en diversas áreas de la Alta Mesopotamia (resumida en Algaze 1999: tabla 3; Wilkinson 2000a) muestra que, a finales del IV milenio y durante la transición al III milenio, el área aparecía definitivamente ruralizada. Para entonces, los centros indígenas que habían existido en la región durante gran parte del Calcolítico reciente habían prácticamente desaparecido, y los centros indígenas de rango similar no reaparecerían en la zona hasta siglos más tarde, durante las fases finales del Nínive V, hacia la primera mitad del III milenio (Algaze 1999: tabla 4; Schwartz 1994; Weiss 1990; Wilkinson 1994; Ur 2002). En cambio, el urbanismo en la llanura aluvial de la Baja Mesopotamia siguió floreciente y extendiéndose no sólo durante el Uruk reciente sino también durante la transición del IV al III milenio (Jemdet Nasr) (Adams 1981; Postgate 1986), una espiral urbana meridional se prolongaría hasta bien entrado el III milenio (Dinástico antiguo I): los yacimientos más antiguos, como Ur, Kish, Nippur, Abu Salabikh, Warka y, posiblemente, Umma, siguieron creciendo, y en la llanura aluvial mesopotámica se fundaron nuevas ciudades, entre las que destacan Lagash (Al-Hiba) y Shuruppak (Fara) (Adams 1981; Wright 1981b; Gibson 1972). En ese momento Warka alcanzaba las 600 ha de extensión (Finkbeiner 1991) pero ya no era una excepción; Al-Hiba, situada en el extremo oriental de los humedales de la llanura aluvial, tenía casi la misma extensión (Carter 1985).

En resumen, no ha aparecido ningún estudio regional concluyente sobre el norte que nos disuada de interpretar las sociedades pre-contacto del área como unas jefaturas complejas (pero véase Frangipane 1997a-b, 2001; y Oates 2001, para una interpretación contraria), aunque esta afirmación podría

cambiar en el caso de que aparecieran datos suplementarios sobre los niveles indígenas del asentamiento tardocalcolítico de Brak (Emberling, comunicación personal, 2000). De todos modos, es evidente que los enclaves de Uruk en Siro-Mesopotamia fueron apéndices de unas sociedades de tipo estatal, y es muy improbable que su nivel de organización fuera similar. Además, aunque determinados yacimientos tardocalcolíticos del norte hubieran sido mayores incluso que el mayor de los puestos avanzados de Uruk establecidos en la zona (Habuba/Qannas/Aruda), las comunidades tardocalcolíticas en su conjunto no podían rivalizar con las sociedades de Uruk de la llanura aluvial mesopotámica. No hay nada en la periferia mesopotámica que pueda compararse con la extensión de la aglomeración urbana de Warka durante el Uruk reciente o con la escala y la monumentalidad de su distrito administrativo central. Tampoco tiene paralelos la densidad de las aglomeraciones urbanas interconectadas de la llanura aluvial de la Baja Mesopotamia durante las distintas fases del período de Uruk.

El impacto de Uruk en las sociedades preexistentes

Como se decía en el capítulo introductorio, cuando unas sociedades con distinto nivel de integración social, política y económica entran en intenso contacto, es lógico que se produzcan importantes cambios institucionales. Los estudios históricos y etnográficos de situaciones parecidas (capítulo 6) muestran la frecuencia con que las élites de las comunidades de menor complejidad implicadas en el intercambio suelen emular algunas instituciones e ideologías de sus interlocutores más complejos con el fin de mejorar el

propio *standing* en el seno de sus respectivas comunidades y adquirir cierta supremacía sobre sus rivales locales. Por lo tanto, y vistas las disparidades de escala y de complejidad antes mencionadas entre las sociedades de Uruk y las comunidades contemporáneas de su periferia, cabría esperar algún tipo de evidencia del impacto de la intrusión de las sociedades de Uruk en el tejido social de las comunidades tardocalcolíticas con las que entraron en contacto.

Hasta que no se excaven más y mejor los niveles tardocalcolíticos más tardíos en yacimientos como Brak y Hamoukar, los datos más inequívocos que tenemos sobre ese impacto proceden de Arslan Tepe, un yacimiento que nunca estuvo en poder de los intrusos de Uruk pero que acusó claramente la influencia de su interacción con las sociedades de Uruk. Es evidente que Arslan Tepe ya empezaba a gozar de un nivel de complejidad considerable antes de la intrusión de Uruk. Pero cabe preguntarse si el yacimiento se habría desarrollado de la forma en que lo hizo en el Período VIA si los contactos con el mundo de Uruk no hubieran existido. Dado que el tipo de evidencia arqueológica y la dinámica de la historia todavía no permiten responder a la pregunta, existen en cambio algunas claves sobre el posible impacto de los contactos con las comunidades de Uruk en el desarrollo de Arslan Tepe VIA.

El repertorio cerámico hallado en el complejo del período VIA nos ofrece las primeras claves. Las élites del yacimiento utilizaron una gran cantidad de vasijas de fabricación local hechas con materiales y estilos que imitaban prototipos de Uruk, seguramente considerados más prestigiosos (Frangipane 1997b: 70). Pero no es posible desentrañar el significado de esta emulación sin antes saber qué bienes contenían esas vasijas. De todos modos es posible observar las consecuen-

cias ideológicas del contacto con el mundo de Uruk en el comportamiento de la élite de Arslan Tepe VIA analizando la tradición glíptica al uso en el yacimiento en esa época. Está claro que las élites del VIA adoptaron algunas prácticas glípticas que son de inequívoco origen meridional: el uso de cilindro-sellos capaces de contener y transmitir más información que las estampillas típicas de la tradición glíptica local, y el uso de motivos iconográficos de Uruk (Ferioli y Fiandra 1983 [1988]; Frangipane 1997b: 67-69).

Entre los motivos de Uruk que decidieron imitar, destaca uno de especial importancia porque aparece reproducido en Arslan Tepe tanto en medios glípticos (Frangipane 1997b: fig. 16:1) como en los grandes frescos murales (Frangipane 1997b: fig. 15). Se trata de la representación de un régulo o jefe en un trineo tirado por bóvidos y rodeado de sus asistentes. Concretamente, en su versión glíptica, este motivo presenta paralelos muy directos con la iconografía del mundo de Uruk, donde la figura en cuestión, sumamente corriente, aparece representada en una variedad de medios (Sürenhagen 1985) y referida indudablemente al gobernador o régulo de una ciudad (Schmandt-Besserat 1993). El uso prominente de esta iconografía derivada de Uruk en Arslan Tepe VIA puede interpretarse como evidencia de una adopción parcial en ese yacimiento local de ideas del orden social explícitamente mesopotámicas.

Pero, como bien sugiere Frangipane (2001, 2002), esa adopción no propició una tendencia a una mayor complejidad social en el área de Malatya ni cambió la dirección general de esa tendencia. Lo cual no quiere decir que la emulación de las ideologías meridionales por parte de los régulos de Arslan Tepe para lograr legitimación y poder no influyera, y

mucho, en el ritmo y la intensidad de aquellos procesos en curso.

CONCLUSIONES

Si bien es cierto que determinadas áreas de las llanuras siro-mesopotámicas, como el corredor del Éufrates, fueron colonizadas en el sentido clásico del término, la mayor parte de la periferia septentrional de Mesopotamia no lo fue, y el asentamiento de Uruk en aquellas áreas se redujo a enclaves aislados pero estratégicamente situados en medio de tierra ajena. Es imposible caracterizar la naturaleza del sistema en su conjunto sin conocer los detalles de las relaciones políticas que pudieron existir entre los enclaves individuales o áreas colonizadas y determinadas ciudades-estado de Uruk del sur. Una de las posibilidades es abogar por un modelo colonial griego, como proponen Schwartz (1988, 2001) y otros (Johnson 1988-1989; Wright 2001), cuyos enclaves y áreas colonizadas eran políticamente independientes y sólo mantenían lazos comerciales y culturales con la madre patria. Es un modelo plausible y, que yo sepa, perfectamente compatible con los datos disponibles.

Pero igualmente plausible y, en mi opinión, más consistente con la historia conocida de los estados de la antigua Mesopotamia, es concebir un modelo en el que además de mantener lazos comerciales y culturales, determinados enclaves o áreas colonizadas también fueran políticamente dependientes de alguna de las sociedades meridionales. En este posible escenario, la expansión de Uruk se presenta como una mezcla de dominación imperial formal e informal, que aplica distintas estrategias de contacto según las áreas, en función de la existencia o no de contactos anteriores, de la distancia y

facilidad del transporte y, sobre todo, según el tipo de sociedad preexistente en las áreas penetradas. Si las futuras investigaciones demostraran que este escenario es correcto, la expansión de Uruk constituiría la primera empresa imperial de Mesopotamia y del mundo.

No sabemos si el fenómeno de Uruk fue o no el primer imperio de Mesopotamia, pero no hay duda de que fue el primer «sistema-mundo» del mundo. Como argumentaremos después con más detalle, esto fue así en el sentido de constituir un sistema transregional jerárquicamente organizado de intercambios económicos asimétricos entre sociedades de estructuras diferentes y formas de división del trabajo y capacidad productiva distintas, y distintos niveles de acceso a tecnologías de control social y administración económica. La asimetría inherente al sistema se infiere de dos hechos, ambos ya mencionados en las secciones anteriores. El primer hecho es que las tendencias de desarrollo de las sociedades de Uruk y del Calcolítico reciente durante la segunda mitad del IV milenio son inversamente proporcionales. Las ciudades de Uruk y sus dependencias crecen en tamaño y diferenciación, e incrementan su capacidad de expansión hacia las periferias circundantes en el mismo momento y en la misma medida que los centros hasta entonces florecientes de esas mismas periferias empiezan a contraerse.

El segundo hecho, e igualmente ilustrativo, es el emplazamiento de los asentamientos intrusivos de Uruk en la periferia mesopotámica. El hecho de que los yacimientos más antiguos y de mayor extensión estuvieran invariablemente situados en el punto de confluencia de las rutas terrestres y fluviales históricamente documentadas demuestra inequívocamente que esos yacimientos constituían verdaderos «pasos» estratégicos encargados de facilitar los contactos entre los

grupos del núcleo y los de la periferia. Ese emplazamiento estratégico significa que los «pasos» habrían podido aprovechar y explotar las redes de intercambio preexistentes en la zona y canalizar parte de los recursos que circulaban por esas redes hacia los mercados meridionales.

Y gracias a ese rol, los «pasos» de Uruk, en todas sus variantes, crearon un sistema de interacción intercultural que favoreció el desarrollo económico, social y político de las sociedades meridionales en detrimento de las comunidades del norte. Las razones de ese proceso diferencial ya se han comentado (pp. 20-24) y tienen que ver con el hecho de que el intercambio comercial entre ambas regiones consistía fundamentalmente en materias primas o semi-procesadas de la periferia a cambio de bienes totalmente procesados del centro. El impacto de este modelo comercial tuvo que ser necesariamente asimétrico, ya que las sociedades meridionales tenían que procesar tanto las importaciones como las exportaciones para transformarlas en bienes de consumo, creando así un proceso dinámico y autoexpansivo de diferenciación económica y social y de crecimiento urbano (Jacobs 2000). Y eso no era posible en las sociedades periféricas contemporáneas, porque, a excepción de los metales, ni las importaciones ni las exportaciones requerían un procesamiento importante.

De ahí que mi análisis de la expansión de Uruk en el presente libro parta de la base de que, globalmente consideradas, las interacciones entre las comunidades del sur mesopotámico y las sociedades de la periferia habrían favorecido a largo plazo a las sociedades meridionales. Es cierto que esta premisa no puede ser contrastada sin contar con la clase de datos económicos detallados que los arqueólogos nunca o casi nunca manejan. Tal vez por eso no me sorprenden las críticas que ha suscitado mi aplicación de la teoría de los

sistemas-mundo al estudio de la expansión de Uruk entre muchos estudiosos (por ej., Frangipane 2001, 2002; Lamberg Karlovsky 1996; Rothman 1993, 2001; Schwartz 2001; Stein 1999a-b, 2001; Wright 2001).

Las críticas cuestionan, en general, que en los tiempos prehistóricos existiera el tipo de explotación asimétrica que yo estimo característico de las relaciones de todas las sociedades estatales antiguas con las comunidades de su periferia (Algaze 1993b), y típico del fenómeno Uruk en particular. Todas estas críticas parten de la premisa, explícita o no, de que tales asimetrías sólo pueden ser resultado de grandes diferencias tecnológicas entre sociedades, y que tales diferencias sólo aparecieron por primera vez en la era moderna con el imperialismo del capital y la revolución industrial. Sólo entonces, dicen, se crearon modos de transporte exponencialmente más eficaces capaces de trasladar grandes cantidades de materias primas y bienes transformados de una región a otra, y de «exportar» de forma eficaz y continuada el poder coercitivo (Wallerstein 1995). Y como, según ellos, en el IV milenio no había diferencias esenciales en cuanto a tecnologías extractivas, productivas o de transporte entre Uruk y los grupos tardocalcolíticos, estos estudiosos niegan la aplicabilidad del modelo del sistema-mundo a los datos de la antigua Mesopotamia (Kohl 1987b; Lamberg-Karlovsky 1996: 92; Stein 1990, 1999a-b).

Seguramente las exposiciones más convincentes de una de las versiones de esa perspectiva crítica son las de Marcela Frangipane (2001, 2002) y Gil Stein (1999a-b), los excavadores de los ya citados yacimientos de Arslan Tepe y Hacinebi, respectivamente. Stein, en particular, aborda el asunto directamente y organiza su proyecto de investigación en Hacinebi como un test de la aplicabilidad de la teoría de los

sistemas-mundo al estudio de la expansión de Uruk. Como decía, Stein y sus colaboradores sostienen que en Hacinebi subsistió un grupo de Uruk durante muchas generaciones en los límites de una gran comunidad indígena, y que los dos grupos del yacimiento eran igualmente complejos, socialmente distintos y económicamente autosuficientes. A partir de esa constatación, Stein concluye que en Hacinebi no había evidencia de las asimetrías económicas y de poder que postulan los modelos de los sistemas-mundo. Dice que las relaciones asimétricas son sólo una posibilidad más de todo el espectro de relaciones posibles entre sociedades diferencialmente estructuradas, y propone un modelo explicativo alternativo que, según él, encaja mejor con la evidencia hallada en Hacinebi, y que denomina «modelo de la paridad-distancia». Según este modelo, en condiciones premodernas, la distancia y el aumento de los costes de transporte reducen la capacidad del núcleo para ejercer un dominio económico y político en periferias remotas y, por lo tanto, las relaciones en esas periferias serán básicamente simétricas, como él cree haber descubierto en Hacinebi.

Sin embargo, de ello no se infiere que las teorías del sistema-mundo no sean pertinentes para las situaciones pre- y protohistóricas, como sostiene explícitamente Wallerstein. De hecho, los descubrimientos de Stein en Hacinebi demuestran la necesidad de adoptar un enfoque *modificado* de los sistemas-mundo, capaz de reconocer no sólo la influencia de «la tiranía de la distancia» en el diseño de las estrategias de contacto del núcleo con las comunidades de la periferia, sino también las diferencias de bienes comerciales y de escala de los flujos comerciales entre la época prehistórica y la era moderna (véanse, pp. 25-32, 191-193 y 210-214). La mayoría de los arqueólogos que utilizan un enfoque derivado de los

sistemas-mundo lo hacen sin esperar una correspondencia exacta entre sus datos y la teoría original de Wallerstein. Más bien utilizan ese enfoque solamente como una forma de generar hipótesis que se puedan contrastar con el registro arqueológico muchas veces fragmentario y siempre ambiguo (Peregrine y Feinman [eds.] 1996; y Smith y Berdan 2003).

En última instancia, tampoco hay que olvidar que, si bien la emergencia del capitalismo moderno intensificó enormemente las relaciones de intercambio asimétrico provocando un desarrollo desigual, esas relaciones ya existían antes de la era moderna, como ya advirtieron Ekholm y Friedman (1979) hace más de veinte años (véase ahora Frank 1993 y comentarios asociados). En efecto, las trayectorias de desarrollo regional inversamente proporcionales nos acompañan desde por lo menos la aparición en el mundo de los primeros estados y se proyectaron rápidamente a las periferias ocupadas, por definición, por comunidades menos desarrolladas (Algaze 1993b). Por lo tanto, los marcos analíticos que presuponen la existencia de asimetrías en materia de poder y de productividad económica entre las regiones, y la determinación de gobernantes, instituciones y empresarios de aprovechar esas asimetrías, son siempre aplicables, a grandes rasgos, a todos los casos de interacción intercultural entre los estados, prístinos o no, y sus periferias.

En el caso concreto de la expansión de Uruk, significa que la condición paritaria en las relaciones entre Uruk y las poblaciones preexistentes que Stein y Frangipane dicen haber identificado en sus respectivas excavaciones, no puede extrapolarse a toda la periferia. Esa paridad es una condición local, no general. El hecho de que el poder disminuya con la distancia, como Stein afirma y con razón, no significa que el sistema de interacción entre el mundo de Uruk y las socieda-

des periféricas no fuera inherentemente asimétrico *en su conjunto*. Tan sólo significa que el grado de asimetría se reducía en proporción directa a la distancia entre los grupos en cuestión y que, por lo tanto, los contactos se hacían más simétricos cuanto más se acercaban a los extremos del sistema de interacción. Bajo esta luz, los resultados de Hacinebi y de Arslan Tepe no son ni sorprendentes ni inesperados. El primero se encontraba en el extremo más septentrional del sistema de interacción de Uruk durante el Uruk medio, mientras que el segundo habría estado fuera de ese límite durante el Uruk reciente.

Stein y Frangipane prestan un valioso servicio cuando nos recuerdan que las periferias no son actores pasivos de los grandes sistemas de interacción intercultural. Sus trabajos demuestran con absoluta contundencia que cualquier intento de explicar la dinámica de los sistemas de interacción interregional solamente desde la perspectiva de los desarrollos de las áreas centrales está necesariamente viciado. Pero también es cierto, como han advertido recientemente Roger Matthews (2003: 122) y Philip Kohl (2001: 231), que han ido demasiado lejos en la dirección contraria al adoptar una perspectiva igualmente viciada que privilegia indebidamente los desarrollos de las áreas periféricas y minusvalora los de Uruk y los del sur de Mesopotamia. Estoy de acuerdo.

Por muy complejos que sean Hacinebi y Arslan Tepe, tanto Stein como Frangipane acaban sobrestimando el nivel de complejidad social de las sociedades del Calcolítico reciente *en tanto que grupo*. Además, subestiman el impacto de la emergencia de las sociedades urbanas altamente diferenciadas del sur de Mesopotamia en las áreas periféricas. Si es cierto que los grupos intrusos y los nativos se trataron como iguales en toda la periferia, entonces ¿por qué la periferia

emuló las ideologías de Uruk y los artefactos de Uruk y no al revés? Y sobre todo ¿por qué las sociedades de Uruk mantuvieron colonias de distinta configuración en las áreas periféricas durante cientos de años, y no al revés? Por último y más ilustrativo, ¿por qué las tendencias evolutivas de las sociedades de Uruk y las tardocalcolíticas durante la segunda mitad del IV milenio presentan una relación inversamente proporcional, dado que, al parecer, el crecimiento del sur se hizo a expensas de los grupos del norte?

Stein y Frangipane no abordan estas preguntas. Tal vez porque su excesiva focalización en los desarrollos de la periferia les lleva a prestar escasa atención al rol crucial que desempeñó el comercio en la creación de asimetrías regionales a largo plazo favorables a las sociedades meridionales, asimetrías que, una vez iniciadas, se fueron profundizando durante todo el largo y secular proceso de expansión de las sociedades de Uruk. No comprenden que aunque los propios actores hubieran considerado perfectamente simétricas las transacciones entre Uruk y las poblaciones tardocalcolíticas, el impacto último de esas transacciones sobre sus sociedades respectivas seguiría siendo asimétrico. Porque, como ya se ha dicho, el propio carácter de los bienes intercambiados potenciaba un incremento diferencial del efecto multiplicador sobre el comercio, y porque esa diferencia favorecía a las sociedades del centro donde *tanto* las importaciones *como* las exportaciones requerían un procesamiento sustancial antes de poderlas introducir en la economía.

Los estudiosos que minimizan la existencia de importantes asimetrías en materia de desarrollo entre las comunidades del sur de Mesopotamia y las de la periferia durante el Uruk medio y reciente tampoco aciertan en otros aspectos cruciales. En primer lugar, no tienen en cuenta las ventajas me-

dioambientales de la productividad de la llanura aluvial mesopotámica frente a las áreas vecinas, tales como una concentración muy variada de recursos de subsistencia explotables y unos rendimientos agrícolas mayores y más fiables, basados en la agricultura de regadío. Estas ventajas dieron a los grupos de élite la oportunidad de explotar los ricos y variados nichos ecológicos de la llanura aluvial y de acumular excedentes mayores y más regulares que sus competidores en medios periféricos menos pródigos. Esta situación permitió a las élites del sur maximizar la cantidad de mano de obra a su disposición y, por consiguiente, impulsar unas economías de exportación que potenciaron diferencialmente el crecimiento económico y social de las sociedades meridionales a expensas de sus interlocutores comerciales.

En segundo lugar, no advierten la ventaja sustancial que suponía para las sociedades de la Baja Mesopotamia frente a las comunidades periféricas el hecho de poder movilizar, redistribuir y desplegar con suma facilidad capital y trabajo, gracias a la lógica superioridad de los sistemas meridionales en materia de transporte fluvial. Stein tiene toda la razón cuando nos insta a considerar los costes del transporte como un factor determinante de la capacidad de las sociedades del sur para extraer recursos de las áreas periféricas. Sin embargo, si se considera el asunto desde una perspectiva más amplia y no sólo desde la periferia, resulta difícil no concluir que los costes globales del transporte para las sociedades de Uruk tuvieron que ser muy inferiores a los de sus contemporáneos periféricos. Las ciudades de la llanura aluvial mesopotámica dominaban, efectivamente, un enorme sistema dendrítico de transporte formado por los ríos que fluían de norte a sur, un sistema que facilitaba la obtención de información, mano de obra y bienes procedentes de distintas zo-

nas de la vasta cuenca del Tigris-Éufrates y con menos coste que cualquier competidor o rival potencial situado río arriba y/o lejos de los ríos (Bairoch 1988: 11, 14). Además, la red de canales que rodeaban las ciudades mesopotámicas y las conectaba con los principales cursos fluviales permitía transportar con gran eficacia una gran cantidad de materias agrícolas a través de sus *hinterlands* dependientes inmediatos (Weiss 1986: 94). En cambio, las sociedades de la periferia mesopotámica dependían enteramente de modos de transporte y de comunicación terrestre mucho menos eficaces, como los asnos o los carros, tanto para sus necesidades de intercambio de larga distancia como para el desplazamiento de recursos básicos por sus *hinterlands* inmediatos.

En tercer lugar, y más importante, estos autores no reconocen que las diferencias ideológicas en materia de organización social son tan capaces de crear grandes desarrollos asimétricos como desequilibrios tecnológicos entre distintas sociedades. Estoy sugiriendo concretamente que en el Uruk medio y reciente, las sociedades meridionales poseían unas ventajas organizativas en cuanto a administración económica y control social sin precedentes en la periferia, y que ello les confería ventajas competitivas importantes frente a sus rivales periféricos. Estas ventajas corresponden al ámbito de lo que Jack Goody (2000) denomina las «tecnologías del intelecto». Un ejemplo pertinente sería la mayor capacidad de las sociedades de la Baja Mesopotamia para procesar información socialmente útil.

En otras palabras: ningún yacimiento periférico contemporáneo ha deparado hasta ahora evidencia alguna de la existencia de sistemas formales de cálculo y escritura comparables en complejidad a los que emergieron en la Baja Mesopotamia durante el Uruk medio y reciente. Si bien es cierto

que se han descubierto miles de improntas de sello en yacimientos indígenas tardocalcolíticos como Arslan Tepe (Períodos VII-VIA: Ferioli y Fiandra 1983 [1988]) y Tepe Gawra (Niveles XI-VIII: Tobler 1950; Rothman 1994, 2002), se trata por lo general de improntas de un solo sello. Las improntas de más de un sello en una superficie, aunque se conocen, son excepcionales (Fiandra 1994: 168; M. Rothman, comunicación personal, 1999). En cambio, los métodos que en la misma época se utilizaban en las ciudades meridionales de Uruk y en puestos avanzados de Uruk en el norte indican en general las improntas de múltiples sellos. Este dato es relevante, porque la cantidad de improntas de distintos sellos superpuestos que aparecen en una sola estampilla nos permite estimar tanto el número de agentes como los niveles jerárquicos de responsabilidad institucional implicados en la transacción que se está registrando (Nissen 1977). Por consiguiente, las múltiples improntas de sellos distintos superpuestos hallados en los centros y colonias de Uruk estarían reflejando los distintos niveles de control burocrático y de responsabilidad existentes en esos centros, en evidente contraste con los sistemas de registro más simples de los yacimientos contemporáneos del norte (Pittman 1993).

Además, no hay nada en la periferia que pueda compararse con los elaborados sistemas de cálculo que las sociedades del sur ya empezaron a idear a finales del Uruk medio, inicialmente a base de complicadas combinaciones de números y de imágenes (con impresiones de sello, *bullae* y primitivas tablillas numéricas), que más tarde darían lugar a las tablillas pictográficas de la fase final de Uruk (escritura Uruk IV). Estas últimas permitían a los administradores del sur registrar las entradas y salidas de bienes de una forma transmisible en el espacio y en el tiempo, y también expresar matices de

tiempo, lugar, personas involucradas y acto realizado. Con ellas, los escribas del sur también podían compendiar y resumir detalles sobre recaudaciones y retribuciones en concepto de bienes y mano de obra de forma que, más tarde y en cualquier momento, pudieran ser utilizados por ellos mismos, por los altos funcionarios auditores y por futuras generaciones de burócratas con su misma formación. Y por último, aunque relativamente excepcionales, las nuevas listas léxicas que también aparecieron en esa época (escritura Uruk IV) permitieron a los escribas de la Baja Mesopotamia organizar, catalogar y transmitir en el espacio y en el tiempo información sobre su propio mundo material, social e ideológico (Nissen, Damerow y Englund 1993; Englund 1998).

No existe ninguna evidencia de que las sociedades contemporáneas del norte dispusieran de esas capacidades. Sus prácticas glípticas, mucho más simples, les permitían como máximo registrar información exclusivamente económica, y ello de una forma incomprensible más allá del inmediato contexto temporal y espacial de las instituciones encargadas de sellar, conservar y archivar los sellos.

En resumen, a finales del período de Uruk, las innovaciones acumuladas en cuanto a los métodos de recopilación, procesamiento y transmisión del conocimiento a través del tiempo y del espacio proporcionaron a los estamentos decisorios de la Baja Mesopotamia y a las instituciones urbanas que representaban el flujo de datos económicos múltiples y fiables que resultan tan decisivos para la formación, el mantenimiento y la expansión efectiva de grandes jerarquías sociopolíticas. Esos avances aportaron a las sociedades de Uruk importantes ventajas competitivas frente a las comunidades vecinas, donde las innovaciones en materia de contabilidad,

responsabilidad y clasificación parecen ausentes (Algaze 2001a).

Estas innovaciones en el campo de las ideas, que surgieron en el contexto de las ventajas que poseían las sociedades del sur en cuanto a formación de excedentes y facilidad de transporte, explican por qué fueron las sociedades de Uruk las que se expandieron hacia el norte en la segunda mitad del IV milenio y no al revés. Y también nos ayudan a comprender por qué las sociedades periféricas consideraron dignos de emulación tantos aspectos de la cultura de Uruk.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS ACTUALIZADAS

Abay, E. (1997), *Die Keramik der Frübronzezeit in Anatolien*, Ugarit Verlag, Münster.

Abdul Amir, S.J. (1988), «Archaeological Surveys of Ancient Settlements and Irrigation Systems in the Middle Euphrates Region of Mesopotamia», tesis doctoral, Departamento de Lenguas y Civilizaciones de Oriente Próximo, Universidad de Chicago.

Abu al-Soof, B. (1964), «Uruk Pottery from the Dokan and Shahrzur Districts», *Sumer*, 20, pp. 37-44.

— (1969), «Excavations at Tell Qalinj Agha (Erbil)», *Sumer*, 25, pp. 3-42.

— (1970), «Mounds in the Rania Plain and Excavations at Tell Basmusian», *Sumer*, 26, pp. 65-104.

— (1985), *Uruk Pottery*, State Organization of Antiquities and Heritage, Bagdad.

Adams, R. McC. (1962), «Agriculture and Urban Life in Southwestern Iran», *Science*, 136, pp. 109-122.

— (1966), *The Evolution of Urban Society*, Aldine, Chicago.

— (1972), «The Urban Revolution in Lowland Mesopotamia», en B. Spooner, ed., *Population Growth: Anthropological Implications*, MIT Press, Cambridge, pp. 60-62.

— (1974), «Anthropological Perspectives on Ancient Trade», *Current Anthropology*, 15, pp. 239-258.

— (1978), «Strategies of Maximization, Stability, and Resilience in Mesopotamian Society, Settlement, and Agriculture», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 122, pp. 329-335.

— (1981), *Heartland of Cities*, University of Chicago Press, Chicago.

— (1984), «Mesopotamian Social Evolution: Old Outlooks and New Goals», en T. Earle, ed., *On the Evolution of Complex Societies: Essays in Honor of Harry Hoijer. 1982*, Undena, Malibú, pp. 79-129.

Adams, R. McC. y H.-J. Nissen (1972), *The Uruk Countryside*, University of Chicago Press, Chicago.

Akkermans, P.P.M.G. (1984), «Archäologische Geländebegehung im Balih Tal», *Archiv für Orient-forschung*, 31, pp. 188-190.

— (1988a), «The Period IV Pottery of Tell Hammam et Turkman», en M.N. van Loon, ed., *Hammam et Turkman I: Report of the University of Amsterdam's 1981-1984 Excavations in Syria*, Instituto Arqueológico Holandés de Estambul, Leiden, pp. 287-349.

— (1988b), «The Period V Pottery of Tell Hammam et Turkman», en M.N. van Loon, ed., *Hammam et Turkman I: Report of the University of Amsterdam's 1981-1984 Excavations in Syria*, Instituto Arqueológico Holandés de Estambul, Leiden, pp. 181-285.

— (1989), «Tradition and Social Change in Northern Mesopotamia during the Later Fifth and Fourth Millennium B.C.», en E.F. Henrickson y I. Thuesen, eds., *Upon This Foundation-The Ubaid Reconsidered*, Museum Tusculanum Press, Copenhagen, pp. 339-368.

Alagoa, E.I. (1970), «Long-distance Trade and States in the Niger Delta», *Journal of African History*, 11, pp. 319-329.

Alden, J. (1979), «Regional Economic Organization in Banesh Period Iran», tesis doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Michigan.

— (1982), «Trade and Politics in Proto-Elamite Iran», *Current Anthropology*, 23, pp. 613-628.

— (1987), «The Susa III Period», en F. Hole, ed., *The Archaeology of Western Iran*, Smithsonian Institution Press, Washington, d.C., pp. 157-170.

Algaze, G. (1986a), «Kurban Ḥöyük and the Late Chalcolithic Period in the Northwest Mesopotamian Periphery», en U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Gamdat Nasr: Period or Regional Style?*, Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr., 62, Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 274-315.

— (1986b), «Habuba on the Tigris: Archaic Nineveh Reconsidered», *Journal of Near Eastern Studies*, 45, pp. 125-137.

— (1989a), «A New Frontier: First Results of the Tigris-Euphrates Archaeological Reconnaissance Project, 1988», *Journal of Near Eastern Studies*, 48, pp. 241-281.

— (1989b), «The Uruk Expansion, Cross-cultural Exchange in Early Mesopotamian Civilization», *Current Anthropology*, 30, pp. 571-608.

— (1993a), *The Uruk World System: The Dynamics of Expansion of Early Mesopotamian Civilization*, University of Chicago Press.

— (1993b), «Expansionary Dynamics of Some Early Pristine States», *American Anthrapologist*, 95, pp. 304-333.

— (1999), «Trends in the Archaeological Development of the Upper Euphrates Basin of Southeastern Anatolia During the Late Chalcolithic and Early Bronze Ages», en G. del Olmo Lete y J.-L. Montero Fenollós, eds., *Archaeology of the Upper Syrian Euphrates: The Tishrin Dam Area*, Editorial Ausa, Barcelona, pp. 535-572.

— (2001a), «Initial Social Complexity in Southwestern Asia: The Mesopotamian Advantage», *Current Anthropology*, 42, pp. 199-233.

— (2001b), «The Prehistory of Imperialism: The Case of Uruk Period Mesopotamia», en M. Rothman, ed., *Uruk Mesopotamia and its Neighbors: Cross-cultural Interactions and their Consequences in the Era of State Formation*, School of American Research, Santa Fe, pp. 27-85.

— (2002), «The Uruk Period: A Research Agenda for the Future», en S. Kerner, A. Hausleiter y B. Müller-Neuhof, eds., *Material Culture and Mental Spheres: Rezeption archäologisher Denkrichtungen in der Vorderasi-*

atischen Altertumskunde, Ugarit Verlag, Münster, pp. 205-213.

Algaze, G, M.E. Evins, M.L. Ingraham, L. Marfoe y K.A. Yener (1990), *Town and Country in Southeastern Anatolia*, vol. 2, *The Stratigraphic Sequence at Kurban Höyük*, Oriental Institute Publications 110, Instituto Oriental, Chicago.

Algaze, G., R. Breuninger, C. Lightfoot y M. Rosenberg (1991), «The Tigris-Euphrates Archaeological Reconnaissance Project: A Preliminary Report on the 1989-1990 Seasons», *Anatolica*, 17, pp. 175-240.

Algaze, G, R. Breuninger y J. Knudstad (1994), «The Tigris-Euphrates Archaeological Reconnaissance Project: Final Report of the Birecik and Carchemish Dam Survey Areas», *Anatolica*, 20, pp. 1-96.

Allchin, B. (1979), «The Agate and Carnelian Industry of Western India and Pakistán», en I.E. van Lohuizen-De Leeuw, ed., *South Asian Archaeology 1975*, E.J. Brill, Leiden, pp. 91-105.

Almirantazgo Británico, *véase* British Admiralty.

Amiet, P (1963), «La glyptique syrienne archaïque: Notes sur la diffusion de la civilisation mésopotamienne en Syrie du Nord», *Syria*, 40, pp. 57-83.

— (1972), *Glyptique susienne*, Mémoires de la délégation archéologique française en Iran 43, Geuthner, París.

— (1973), «Aperçu préliminaire sur la glyptique archaïque d'Arslantepe», *Origini*, 7, pp. 217-224.

— (1979a), «Alternance et dualité: Essai d'interpretation de l'histoire Elamite», *Akkadica*, 15, pp. 2-22.

— (1979b), «Archaeological Discontinuity and Ethnic Duality in Elam», *Antiquity*, 52, pp. 195-204.

— (1980), *La glyptique Mésopotamienne archaique*, Centre National de la Recherche Scientifique, París.

— (1985), «La période IV de Tépé Sialk reconsidérée», en J.-L. Hout *et al.*, eds., *De L'Indus aux Balkans: Recueil à la mémoire de Lean Deshayes*, Éditions Recherche sur les Civilisations, París, pp. 293-312.

— (1986), *L'Âge des échanges inter-iraniens*, Éditions de la Réunion de Musées Nationaux, París.

Amin, S. (1976), *Imperialisme et sous-développement en Afrique*, Éditions Anthropos, París.

Archi, A., P.E. Pecorella y M. Salvini (1971), *Gaziantep e la sua regione*, Edizioni dell'Ateneo, Roma.

Areshian, G.E. (1990), «Further Thoughts on the Uruk Expansion», *Current Anthropology*, 31, pp. 396-398.

Aronowitz, S. (1981), «A Metahistorical Critique of Immanuel Wallerstein's the Modern World System», *Theory and Society*, 10, pp. 503-520.

Arriano, *Anabasis of Alexander*, editado por P A. Brunt, Harvard University Press, Cambridge, 1976.

Asher-Greve, J.M. y W.B. Stern (1983), «A New Analytical Method and Its Application to Cylinder Seals», *Iraq*, 45, pp. 157-162.

Aurenche, O. (1981), *La maison oriéntale*, Geuthner, París.

Bairoch, P (1988), *Cities and Economic Development*, University of Chicago Press, Chicago.

Ball, W., D. Tucker y T.J. Wilkinson (1989), «The Tell Al-Hawa Project: Archaeological Investigations in the

North Jazira, 1986-87», *Iraq*, 51, pp. 1-66.

Baran, P A. (1957), *The Political Economy of Growth*, Monthly Review Press, Nueva York.

Beale, T.W. (1973), «Early Trade in Highland Iran: A View from a Source Area», *World Archaeology*, 5, pp. 133-148.

— (1978), «Bevelled Rim Bowls and Their Implications for Change and Economic Organization in the Later Fourth Millennium B.C.», *Journal of Near Eastern Studies*, 37, pp. 289-313.

Behm-Blancke, M.R. (1979), *Das Tierbild in der Altmesopotamischen Rundplastik*, Phillip von Zabern, Mainz am Rhein.

— (1985), «Die Ausgrabungen auf dem Hassek Höyük im Jahre 1984», VII. *Kazi Sonuçlari Toplantisi*, Eski Eserler ve Müzeler Genel Müdürlügü, Ankara, pp. 87-102.

— (1986), «Die Ausgrabungen auf dem Hassek Höyük im Jahre 1985», VIII. *Kazi Sonuçlari Toplantisi*, Eski Eserler ve Müzeler Genel Müdürlügü, Ankara, pp. 139-148.

— (1989), «Mosaiksifte am oberen Euphrat-Wandschmuck aus Uruk-Zeit», *Istanbuler Mitteilungen*, 39, pp. 73-83.

Behm-Blancke, M.R., J. Boesneck, A. van der Driesch, M.R. Roh y G. Wiegand (1981), «Hassek Höyük: Vorläufiger Bericht über die Ausgrabungen den Jahren 1978-1980», *Istanbuler Mitteilungen*, 31, pp. 11-94.

Behm-Blancke, M.R., M.R. Roh, Karg, L. Masch, F. Parsche, K.L. Weiner, A.V. Wickede y G. Wiedermayer (1984), «Hassek Höyük. Vorläufiger Bericht über die Grabungen in den Jahren 1981-1983», *Istanbuler Mitteilungen*, 34, pp. 31-150.

Benedict, P (1980), «Survey Work in Southeastern Anatolia», en H. Cambel y R.J. Braidwood, eds., *Prehistoric Research in Southeastern Anatolia*, Edebiyat Fakültesi Basimevi, Estambul, pp. 151-206.

Berthoud, T., S. Cleuziou, L. P Hurtel, M. Menú y C. Volfovsky (1982), «Cuivres et alliages en Iran, Afghanistan, Ornan au cours des IV^E ET III^e millénaires», *Paléorient*, 8, pp. 39-54.

Bigelow, L. (1999), «Zooarchaeological Investigations of Economic Organizaron and Ethnicity at Late Chalcolithic Hacinebi: A Preliminary Report», *Paléorient*, 26, pp. 83-90.

Boehmer, R.M. (1985), «Kalkstein für das Urukzeitliche Uruk», *Baghdader Mitteilungen*, 15, pp. 141-149.

— (1991), «Uruk 1980-1990: A Progress Report», *Antiquity*, 65, pp. 465-478.

— (1999), *Uruk: früheste Siegelabrollungen*, Ausgrabungen in Uruk-Warka Endberichte 24, Phillip von Zabern, Mainz am Rhein.

Boese, J. (1986-1987), «Excavations at Tell Sheikh Hassan, Preliminary Report on the Year 1987 Campaign in the Euphrates Valley», *Annales Archéologiques Arabes Syriennes*, 36/37, pp. 67-100.

— (1995-1996), «Tell Sheikh Hassan in Nordsyrien, Eine Stadt des 4 Jahrtausends v.Chr. am Euphrat», *Nürnberger Blatter zur Archaologie*, 12, pp. 157-172.

Bökönyi, S. (1985), «The Animal Remains of Maadi, Egypt: A Preliminary Report», en *Studi di Paletnologia in onore di S.M. Puglisi*, Universidad de Roma «La Sapienza», Roma, pp. 495-499.

Boserup, E. (1965), *The Conditions of Agricultural Growth*, Aldine, Chicago.

Braidwood, R.J. (1937), *Mounds in the Plain of Antioch*, Oriental Institute Publications 48, University of Chicago Press, Chicago.

Braidwood, R.J. y L.S. Braidwood (1960), *Excavations in the Plain of Antioch I*, Oriental Institute Publications 61, University of Chicago Press, Chicago.

Brandes, M. (1979), *Siegelabrollungen aus den archäischen Bauschichten in Uruk-Warka*, Freiburger Altorientalischen Studien 3, Franz Steiner, Wiesbaden.

Brandt, R.E. (1978), «The Other Chalcolithic Finds», en M.N. Van Loon, ed., *Korucutepe II*, North Holland, Amsterdam, pp. 61-66.

Braudel, F. (1972), «History and the Social Sciences», en P. Burke, ed., *Economy and Society in Early Modern Europe*, Harper and Row, Nueva York, pp. 11-42.

Breniquet, C. (1989), «Les origines de la culture d'Obeid en Mésopotamie du nord», en E.F. Henrickson y I. Thuesen, eds., *Upon This Foundation-The Ubaid Reconsidered*, Museum Tusculanum Press, Copenhagen, pp. 325-338.

British Admiralty, Naval Intelligence (1917), *Handbook of Mesopotamia*, vol. 4, Londres.

— (1919), *A Handbook of Asia Minor*, Londres.

— (1943), *Syria*, Londres.

— (1944), *Iraq and the Persian Gulf* Londres.

Browman, D.L. (1978), «Toward the Development of the Tiahuanaco State», en D.L. Browman, ed., *Advances in Andean Archaeology*, Mouton, La Haya, pp. 327-349.

Buccellati, G. y M. Kelly-Buccellati (1988), *Mozan I: The Soundings of the First Two Seasons*, Undena, Malibú.

Buchanan, B. (1966), *Catalogue of Ancient Near Eastern Seals in the Ashmolean Museum*, vol. 1, Clarendon Press, Oxford.

— (1967), «The Prehistoric Stamp Seal: A Reconsideration of Some Old Excavations», *Journal of the Ancient Oriental Society*, 87, pp. 265-279, 525-540.

Buchanan, B. y P.R.S. Moorey (1984), *Catalogue of Ancient Near Eastern Seals in the Ashmolean Museum*, Clarendon Press, Oxford.

Burghardt, A.F. (1971), «A Hypothesis about Gateway Cities», *Annals of the Association of American Geographers*, 61, pp. 269-287.

Butterlin, P. (2003), *Le Temps proto-urbaines de Mésopotamie*, CNRS Éditions, París.

Caldwell, D.H. (1976), «The Early Glyptic of Gawra, Giyan, and Susa and the Development of Long-Distance Trade», *Orientalia*, 45, pp. 227-250.

Caldwell, J.R., ed. (1967), *Investigations at Tal-i-Iblis*, Illinois State Museum Preliminary Reports, n.° 9, Illinois State Museum, Springfield.

Campbell Thompson, R. y R.W. Hamilton (1932), «The British Museum Excavations on the Temple of Ishtar at Nineveh, 1930-1931», *Liverpool Annals of Archaeology and Anthropology*, 19, pp. 55-116.

Campbell Thompson, R. y R.W. Hutchinson (1931), «The Site of the Palace of Ashurbanipal at Nineveh Excavated in 1929-30 on Behalf of the British Museum», *Liverpool Annals of Archaeology and Anthropology*, 18, pp. 79-112.

Campbell Thompson, R. y M.E.L. Mallowan (1933), «The British Museum Excavations at Nineveh, 1931-1932», *Liverpool Annals of Archaeology and Anthropology*, 20, pp. 71-186.

Canal, D. (1978), «La terrace de l'Acropole de Suse», *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 9, pp. 11-55.

Carter, E. (1985), «Lagash (Tell Al-Hiba)», *Iraq*, 47, p. 222.

Carter, E. y M.W. Stolper (1984), *Elam*, University of California Press, Berkeley.

Cauvin, I. y D. Stordeur (1985), «Une occupation d'époche Uruk en Palmyréne: Le niveau supérieur d'El Kowm 2-Caracol», *Cahiers de l'Euphrate*, 4, pp. 191-206.

Charlesworth, M.P. (1924), *Trade Routes and Commerce of the Román Empire*, Cambridge University Press, Cambridge.

Chase-Dunn, C. y T.D. Hall (1991), «Conceptualizing Core/Periphery Hierarchies for Comparative Study», en C. Chase-Dunn y T.D. Hall, eds., *Corel Periphery Relations in Precapitalist Worlds*, Westview Press, Boulder, pp. 5-44.

Cleuziou, S., J. Reade y M. Tosi (1990), «The Joint Hadd Project: Summary Report of the Third Season», manuscrito.

Clutton-Brock, J. (1986), «Osteology of the Equids from Sumer», en R.H. Meadow y H.-P Uerpmann, eds., *Equids in the Ancient World*, Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe A, Nr. 19/1, Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 207-229.

Cohen, A. (1971), «Cultural Strategies in the Organization of Trading Diasporas», en C. Meillassoux, ed., *The Development of Indigenous Trade and Markets in West Africa*, Oxford University Press, Oxford, pp. 266-278.

Collins, P. (2000), *The Uruk Phenomenon: The Role of Social Ideology in the Expansion of Uruk Culture during the Fourth Millennium RC*, BAR International Series, 900, Archeopress, Oxford.

Collon, D. (1987), *First Impressions: Cylinder Seals in the Ancient Near East*, University of Chicago Press, Chicago.

Collon, D. y J. Reade (1983), «Archaic Nineveh», *Baghdader Mitteilungen*, 14, pp. 33-43.

Conrad, G.W. y A.A. Demarest (1984), *Religion and Empire: The Dynamics of Aztec and Inca Expansionism*, Cambridge University Press, Cambridge.

Contenau, G. y R. Ghirshman (1935), *Fouilles du Tépé Giyan*, Geuthner, París.

Cooper, J.S. (1986), *Presargonic Inscriptions*, American Oriental Society, New Haven.

Crawford, H.E.W. (1973), «Mesopotamia's Invisible Exports in the Third Millennium», *World Archaeology*, 5, pp. 232-241.

Curtin, P D. (1975), *Economic Change in Precolonial Africa*, University of Wisconsin Press, Madison.

— (1984), *Cross-cultural Trade in World History*, Cambridge University Press, Cambridge.

Daaku, K.Y. (1970), *Trade and Politics on the Gold Coast, 1600-1720*, Clarendon Press, Oxford.

Dales, G. (1962), «Harrapan Outposts on the Makran Coast», *Antiquity*, 36, pp. 86-92.

Danti, M.D. (1997), «Regional Surveys and Excavations», en R. Zettler, ed., *Subsistence and Settlement in a Marginal Environment: Tell es-Sweyhat, 1989-1995 Preliminary Report*, MASCA, Filadelfia, pp. 85-94.

Davidson, T.E. (1977), «Regional Variation within the Halaf Ceramic Tradition», tesis doctoral, Universidad de Edimburgo.

De Genouillac, H. (1934), *Fouilles de Tello I*, Geuthner, París.

De Jesus, Prentiss S. (1980), *The Development of Prehistoric Mining and Metallurgy inAnatolia*, British Archaeological Review, International Series 74, Oxford.

Del Olmo Lete, G. y J.-L. Montero Fenollós, eds. (1999), *Archaeology of the Upper Syrian Euphrates, The Tishrin Dam Area*, Editorial Ausa, Barcelona.

Delougaz, P y H.J. Kantor (1969), «New Light on the Emergence of Civilization in the Near East», *Correo de la UNESCO*, 22, pp. 22-28.

— (s.f.), *Chogha Mish: Report on the First Five Seasons of Excavations, 1961-1971*, Publicaciones del Instituto 101, Instituto Oriental, en prensa, Chicago.

Demans, A. (1975), «Matériaux et réflexions pour servir à une étude du développement et sous-développement dans les provinces de l'empire romain», en H. Temporini, ed., *Austieg und Niedergang der römischen Welt*, vol. 2, Walter de Gruyter, Berlín, pp. 3-97.

De Mecquenem, R. (1943), «Fouilles de Suse, 1933-1939», *Mémoires de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 29, pp. 3-161.

Demirji, M.S., ed. (1987), *Researches on the Antiquities of the Saddam Dam Rasin Salvage and Other Researches*, State Organization of Antiquities and Heritage, Bagdad.

De Miroschedji, P (1976), «Un four de poitier du IVe millénaire sur le tell de l'Apadana», *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 6, pp. 13-46.

— (2003), «Susa and the Highlands», en N. Miller y K. Abdi, eds., *Yeki Bud, Yeki Nabud: Essays on the Archaeology of Iran in Honor of William M. Sumner*, Cotsen Instituto of Archaeology, Los Angeles, pp. 17-38.

De Morgan, J. (1912), «Observations sur les conches profundes de l'Acropole à Suse», *Mémoires de la Délégation de Perse*, 13, pp. 1-25.

Diakonoff, I.M. (1975), «The Rural Community in the Ancient Near East», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 18, pp. 121-133.

— (1982), «The Structure of Near Eastern Society before the Middle of the Second Millennium B.C.», *Oikumene*, 3, pp. 7-100.

Diamond, S. (1974), *In Search of the Primitive: A Critique of Civilization*, Transaction Books, New Brunswick.

Dillemann, L. (1962), *Haute Mésopotamie oriéntale et pays adjacents*, Geuthner, París.

Dittmann, R. (1986a), «Seals, Sealings, and Tablets: Thoughts on the Changing Pattern of Administrative Control from the Late Uruk to the Proto-Elamite Period at Susa», en U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Gamdat Nasr: Period or Regional Style?*, Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 62, Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 332-366.

— (1986b), «Susa in the Proto-Elamite Period and Annotations on the Painted Pottery of Proto-Elamite Khuzestan», en U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Gamdat Nasr: Period or Regional Style?* Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 62, Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 17-196.

— (1986c), *Betrachtungen zur Frühzeit des Südwestlran*, Dietrich Reimer, Berlín.

Dobel, A.G. (1978), «The Location of Wassukanni», tesis doctoral, Departamento de Civilizaciones de Oriente Próximo, Universidad de California, Berkeley.

Dornemann, R.H. (1988), «Tell Hadidi: One Bronze Age Site among Many in the Tabqa Dam Salvage Area», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 270, pp. 13-42.

Dorrell, P G. (1981), «The Qoueiq Valley: The Physical Background», en J. Matthers, ed., *The River Qoueiq, Northern Syria, andlts Catchment*, British Archaeological Review, International Series 98, Oxford, pp. 75-80.

Doyle, W.M. (1986), *Empires*, Cornell University Press, Ithaca.

Du Mesnil du Buisson, R. (1935), *Le site archéologique de Mishrife-Qatna*, E. du Boccard, París.

Dunham, S. (1983), «Notes on the Relative Chronology of Early Northern Mesopotamia», *Journal of the Ancient Near Eastern Society*, 15, pp. 13-38.

Du Plat Taylor, J., M.V. Seton Williams y J. Waechter (1950), «The Excavations at Sakce Gözü», *Iraq*, 12, pp. 53-138.

Dussaud, R. (1931), *La Syrie antique et médiévale illustrée*, Geuthner, París.

Dyson, R.H. (1965), «Problems in the Relative Chronology of Iran, 6000-2000 B.C.», en R.W. Ehrich, ed., *Chronologies in Old World Archaeology*, 2.ª ed., University of Chicago Press, Chicago, pp. 215-256.

Earle, T. (1985), «Prehistoric Economics and the Evolution of Social Complexity: A Commentary», en A.B. Knapp y T. Stech, eds., *Prehistoric Production and Exchange*, University of California, Institute of Archaeology, Los Angeles, pp. 106-111.

Egami, N. (1958), *Telul Eth Thalathat: The Excavation of Tell*, II, vol. 1, Instituto de Cultura Oriental, Tokio.

Eichmann, R. (1987), «Die Steingeräte aus dem "Riemchengebäude" in Uruk-Warka», *Baghdader Mitteilungen*, 17, pp. 97-130.

Eidem, I. y D. Warburton (1996), «In the Land of Nagar: A Survey Around Tell Brak», *Iraq*, 58, pp. 51-64.

Eisenstadt, S.N. (1979), «Observations and Queries about Sociological Aspects of Imperialism in the Ancient World», en M.T. Larsen, ed., *Power and Propaganda*, Akademisk Forlag, Copenhagen, pp. 21-34.

Ekholm, K. (1977), «External Exchange and the Transformation of Central African Social Systems», en J. Friedman y M.J. Rowlands, eds., *The Evolution of Social Systems*, Duckworth, Londres, pp. 115-136.

— (1981), «On the Structure and Dynamics of Global Systems», en J.S. Kahn y I.P. Llobera, eds., *The Anthropology of Precapitalist Societies*, Macmillan, Londres, pp. 241-262.

Ekholm K. y J. Friedman (1979), «"Capital" Imperialism and Exploitation in Ancient World Systems», en M.T.

Larsen, ed., *Power and Propaganda*, Akademisk Vorlag, Copenhagen, pp. 41-58.

Emberling, G. (2002), «Political Control in an Early State: The Eye Temple and the Uruk Expansion in Northern Mesopotamia», en L. Al-Gailani Werr, J. Curtis, H. Martin, A. McMahon, J. Oates y I. Reade, eds., *Of Pots and Plans: Papers on the Archaeology and History of Mesopotamia and Syria Presented to David Oates in Honor ofhis 75th Birthday*, Nabu Publications, Londres, pp. 82-90.

Emberling, G., J. Cheng, T. Larsen, H. Pittman, T. Skuldboel, J. Weber y H.T. Wright (1999), «Excavations at Tell Brak 1998: Preliminary Report», *Iraq*, 61, pp. 1-41.

Emberling, G. y H. McDonald (2001), «Excavations at Tell Brak 1998: Preliminary Report», *Iraq*, 63, pp. 21-54.

Emmanuel, A. (1972), *Unequal Exchange: A Study of the Imperialism of Trade*, Monthly Review Press, Nueva York.

Englund, R.K. (1998), «Texts from the Late Uruk Period», en P. Attinger y M. Wafler, eds., *Mesopotamien: Spaturuk-Zeit und Frühdynastische Zeit*, Universitätsverlag, Gottingen, Vandenhoeck and Ruprecht, Friburgo, pp. 15-236.

Erinç, S. (1950), «Climatic Types and the Variation of Moisture Regimes in Turkey», *Geographical Review*, 40, pp. 224-235.

— (1980), «Human Ecology in Southeastern Anatolia», en H. Cambel y R.J. Braidwood, eds., *Prehistoric Research in Southeastern Anatolia*, Edebiyat Fakültesi Basimevi, Estambul, pp. 73-90.

Esin, U. (1975), «Tepecik, 1974», *Anatolian Studies*, 25, pp. 46-49.

— (1982), «Die kulturellen Beziehungen zwischen Ostanatolien und Mesopotamien sowie Syrien anhand einiger Grabungs und Oberflachfunde aus dem oberen Euphrattal im 4. Jt.v.Chr», en H.J. Nissen y J. Renger, eds., *Mesopotamien und Seine Nachbarn*, Dietrich Reimer, Berlín, pp. 13-22.

Estrabón, *Geography*, editado por H.L. Jones, Harvard University Press, Cambridge, 1966.

Evins, M.A. (1989), «The Late Chalcolithic/Uruk Period in the Karababa Basin, Southeastern Turkey», en M. Rothman, ed., «Out of the Heartland: The Evolution of Complexity in Peripheral Mesopotamia during the Uruk Period, Workshop Summary», *Paléorient*, 15, pp. 270-271.

Pales, F.M., S. Tusa, G. Wilhelm y C. Zaccagnini (1987), «Preliminary Report on the First Campaign of Excavations within the Saddam Dam Reservoir Archaeological Rescue Project (1984)», en M.S. Demirji, ed., *Researches on the Antiquities of the Saddam Dam Rasin Salvage and Other Researches*, State Organization of Antiquities and Heritage, Bagdad, pp. 99-128.

Falsone, G. (1999), «Tell Shiyukh Tahtani on the Euphrates. The University of Palermo Salvage Excavations in North Syria (1993-1994)», *Akkadica*, 109/110, pp. 22-64.

Ferioli, P. y E. Fiandra (1988), «Clay Sealings from Arslantepe VIA: Administration and Bureaucracy», en M. Frangipane y A. Palmieri, eds., «Perspectives on Protourbanization in Eastern Anatolia: Arslantepe (Malatya).

An Interim Report on 1975-1983 Campaigns», *Origini*, 12, pp. 455-509.

Fiandra, E. (1994), «Discussion», en P. Ferioli, E. Fiandra, G.G. Fissore y M. Frangipane, eds., *Archives Before Writing*, Centro Internazionale di Recerche Archaeologiche, Anthropologiche e Storiche, Roma, p. 168.

Fielden, K.J. (1981a), «The Chronology of Settlement in Northeastern Syria during the Fourth and Third Millennia B.C. in the Light of Ceramic Evidence from Tell Brak», tesis doctoral, Facultad de Estudios Orientales, Corpus Christi College, Oxford University.

— (1981b), «A Late Uruk Pottery Group from Tell Brak», *Iraq*, 43, pp. 157-166.

Finet, A. (1969), «L'Euphrate, route commerciale de la Mésopotamie», *Annales Archéologiques Arabes Syriennes*, 19, pp. 37-48.

— (1979), «Bilan provisoire des fouilles belges du Tell Kannas», en D.N. Freedman, ed., *Archaeological Reports-from the Tabqa Dam Project-Euphrates Walley, Syria. Annual of the American Schools of Oriental Research*, 44, pp. 79-96.

Finkbeiner, U. (1985), «Uruk-Warka XXXVII: Survey des Stadgebietes vom Uruk. Vorläufiger Bericht über die 3. Kampagne 1984, 1. Durchfurung und ergebnisse des Survey», *Baghdader Mitteilungen*, 15, pp. 17-59.

— (1986), «Uruk-Warka: Evidence of the Gamdat Nasr Period», en U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Gamdat Nasr: Period or Regional Style?*, Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 62. Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 33-56.

— (1987), «Uruk-Warka, 1983-1984», *Archiv für Orientforschung*, 34, pp. 140-144.

— (1991), *Uruk Kampagne 35-37,1982-1984. Die archaologische Obeiflächenuntersuchung (Survey)*, Ausgrabungen in Uruk-Warka Endberichte 4, Philipp von Zabern, Mainz.

Finkel, I.L. (1985), «Inscriptions from Tell Brak», *Iraq*, 47, pp. 187-201.

Finley, M.I. (1976), «Colonies-An Attempt at a Typology», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5ª. Serie 26, pp. 167-188.

Fischer, W.B. (1968), «Physical Geography», en W.B. Fischer, ed., *The Cambridge History of Iran*, vol. 1, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 3-110.

— (1978), *The Middle East*, Cambridge University Press, Cambridge.

Flannery, K.V. (1972), «The Cultural Evolution of Civilizations», *Annual Review of Ecology and Systematics, 5*, pp. 399-426.

Forest, J.D. (1983), «Rapport préliminaire sur la 3eme campagne à Tell el'Oueili», en J.L. Hout, ed., *Larsa et 'Oueili: Travaux de 1978-1981*, Éditions Recherche sur les Civilisations, París, pp. 71-80.

— (1996), *Mésopotamie. L'apparition de l'Etat, VIIe-IIIe millénaires*, Paris-Mediterranée, París.

— (1999), *Les premiers temples de Mésopotamie*, British Archaeological Reports, 765, Archeopress, Oxford.

Foster, B. (1977), «Commercial Activity in Sargonic Mesopotamia», *Iraq*, 39, pp. 31-44.

— (1981), «A New Look at the Sumerian Temple State», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 24, pp. 225-241.

Francfort, H.P. y M.H. Pottier (1978), «Sondage preliminaire sur l'etablissement protohistorique Harappeen et Post-Harappeen de Shortugai», *Arts Asiatiques*, 34, pp. 29-69.

Frangipane, M. (1994), «The Record of Clay Sealings in Early Administrative Systems as Seen from Arslantepe-Malatya», en P. Ferioli, E. Fiandra, G.G. Fissori y M. Frangipane, eds., *Archives Before Writing*, Turín-Roma, pp. 125-136.

— (1996), *La nascita dello Stato nell Vicino Orientale*, Laterza, Roma.

— (1997a), «Arslantepe-Malatya: External Factors and Local Components in the Development of an Early State Society», en L. Manzanilla, ed., *Emergence and Change in Early Urban Societies*, Plenum Press, Nueva York, pp. 43-58.

— (1997b), «A Fourth Millennium Temple/Palace Complex at Arslantepe-Malatya. North-South relations and the Formation of Early State Societies in the Northern Regions of Southern Mesopotamia», *Paléorient*, 23, pp. 45-73.

— (2001), «Centralization Processes in Greater Mesopotamia: Uruk "Expansion" as the Climax of Systemic Interactions among Areas of the Greater Mesopotamian Region», en M. Rothman, ed., *Uruk Mesopotamia and its Neighbors: Cross-cultural Interactions and their Consequences in the Era of State Formation*, editado por

M. Rothman, School of American Research, Santa Fe, pp. 307-348.

— (2002), «Non-Uruk. Developments and Uruk-Linked Features on the Northern Borders of Greater Mesopotamia», en J.N. Postgate, ed., *Artefacts of Complexity: Tracking the Uruk in the Near East*, Aris and Phillips, Ltd., Warminster, pp. 123-148.

Frangipane, M. y E. Bucak (2001), «Excavations and Research at Zeytinbahçe Ḥöyük, 1999», en N. Tuna, J. Özturk y J. Velioglu, eds., *Salvage Project of the Archaeological Heritage of the Ilisu and Carchemish Dam Reservoirs, 1999 Activities*, METU, Ankara, pp. 65-132.

Frangipane, M. y A. Palmieri (1987), «Urbanisation in Perimesopotamian Areas: The Case of Eastern Anatolia», *Studies in the Neolithic and Urban Revolutions*, British Archaeological Review, International Series 349, Oxford, pp. 295-318.

— (1988), «A Protourban Centre of the Late Uruk Period», en M. Frangipane y A. Palmieri, eds., «Perspectives on Protourbanization in Eastern Anatolia, Arslantepe (Malatya). An Interim Report on 1975-1983 Campaigns», *Origini*, 12, pp. 287-454.

— (1988-1989), «Aspects of Centralization in the Late Uruk Period in the Mesopotamian Periphery», *Origini*, 14.

Frangipane, M., C. Álvaro, F. Balossi, R. y G. Siracusano (2002), «The 2000 Campaign at Zeytinbahçe Ḥöyük», en N. Tuna y J. Velioglu, eds., *Salvage Project of the Archaeological Heritage of the Ilisu and Carchemish Dam Reservoirs, 2000 Activities*, METU, Ankara, pp. 57-99.

Frank, A.G. (1967), *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York.

— (1993), «The Bronze Age World System and its Cycles», *Current Anthropology*, 34, pp. 383-429.

Frankenstein, S. y M.J. Rowlands (1978), «The Internal Structure and Regional Context of Early Iron Age Society in Southwest Germany», *Bulletin of the Institute of Archaeology of London*, 15, pp. 73-112.

Friedman, J. y M.J. Rowlands (1977), «Notes Towards an Epigenetic Model of the Evolution of "Civilisation"», en J. Friedman y M.J. Rowlands, eds., *The Evolution of Social Systems*, Duckworth, Londres, pp. 201-276.

Gallagher, J. y R. Robinson (1953), «The Imperialism of Free Trade», *Economic History Review*, 2.ª serie 6, pp. 1-15.

— (1961), *Africa and the Fictorians*, Macmillan, Londres.

Galtung, J. (1971), «A Structural Theory of Imperialism», *Journal of Peace Research*, 2, pp. 81-117.

Gelb, I.J. (1971), «On the Alleged Temple and State Economies in Ancient Mesopotamia», en *Studi in onore de Edoardo Tolterra*, vol. 6, Dott. A. Giuffrè, Milán, pp. 137-154.

— (1973), «Prisoners of War in Early Mesopotamia», *Journal of Near Eastern Studies*, 32, pp. 70-98.

— (1976), «Quantitive Evaluation of Slavery and Serfdom», en B.L. Eichler, ed., *Cuneiform Studies in Honor of Samuel Noah Kramer*, Alter Orient und Altes Testament 25. Neukirchener Vluyn, Neukirchener Verlag, pp. 195-207.

— (1979), «Household and Family in Ancient Mesopotamia», en E. Lipinsky, ed., *State and Temple Economy in the Ancient Near East*, Universidad Católica, Leuven, pp. 1-98.

— (1982), «Terms for Slaves in Ancient Mesopotamia», en *Societies and Languages of the Ancient Near East: Studies in Honor of I.M. Diakonoff*, Aries and Phillips, Warminster, pp. 81-98.

Geyer, B. y J.-Y. Monchambert (1987), «Prospection de la moyenne vallée de l'Euphrate: Rapport préliminaire, 1982-1985», *Mari Annales de Recherches Interdisciplinaires*, 5, pp. 293-344.

Ghirshman, R. (1938), *Fouilles de Sialk I*, Geuthner, París.

Gibson, McG. (1972), *The City and Area of Kish*, Field Research Projects, Miami.

— (1973), «Population Shift and the Rise of Mesopotamian Civilization», en C. Renfrew, ed., *The Explanation of Culture Change: Models in Prehistory*, Duckworth, Londres, pp. 447-463.

— (1974), «Violation of Fallow and Engineered Disaster in Mesopotamian Civilization», en T.E. Downing y McG. Gibson, eds., *Irrigations Impact on Society*, University of Arizona Press, Tucson, pp. 7-20.

— (1976), «By Cycle and Stage to Sumer», en D. Schmandt-Besserat, ed., *The Legacy of Sumer*, Bibliotheca Mesopotamica 4, Undena, Malibú, pp. 51-58.

Gibson, McG, A. al-Azm, C. Reichel, S. Quntar, J.A. Franke, L. Khalidi, C. Fritz, M. Altaweel, C. Coyle, C. Colantoni, J. Tenney, G Abdul Aziz y T. Hartnell (2002),

«Hamoukar: A Summary of Three Seasons of Excavations», *Akkadica*, 123, pp. 11-34.

Gills, B.K. y A.G. Frank (1991), «Five Thousand Years of World Systems History: The Cumulation of Accumulation», en C. Chase-Dunn y T.D. Hall, eds., *Core/Periphery Relations in Precapitalist Worlds*, Westview Press, Boulder, pp. 67-112.

Goff, C. (1968), «Luristan in the First Millennium B.C.», *Iran*, 6, pp. 105-134.

— (1971), «Luristan before the Iron Age», *Iran*, 9, pp. 131-152.

Goldstein, P S. (1989), «The Tiwanaco Occupation of Moquegua», en D.S. Rice, C. Stanish y P R. Scarr, eds., *Ecology, Settlement, and History in the Osmore Drainage, Peru*, British Archaeological Review, International Series 545, Oxford, pp. 257-268.

Goody, J. (2000), *The Power of the Written Tradition*, Smithsonian Institution Press, Washington, DC.

Grant, C.P. (1937), *The Syrian Desert*, Macmillan, Nueva York.

Green, M.V. (1980), «Animal Husbandry at Uruk in the Archaic Period», *Journal of Near Eastern Studies*, 39, pp. 1-35.

Gregory, S. y D. Kennedy (1985), *Sir Aurel Stein's Limes Report*, British Archaeological Review, International Series 272, Oxford.

Gut, R. (1995), *Das prähistorische Ninive: zur relativen Chronologie der fruhen Perioden Nordmesopotamiens*, Phillip von Zabern, Mainz am Rhein.

— (2002), «The Significance of the Uruk Sequence at Nineveh», en J.N. Postgate, ed., *Artefacts of Complexity:*

Tracking the Uruk in the Near East, Aris and Phillips, Warminster, pp. 17-48.

Hall, K.R. (1985), *Maritime Trade and State Development in Early Southeast Asia*, University of Hawaii Press, Honolulú.

Hallo, W. (1964), «The Road to Emar», *Journal of Cuneiform Studies*, 18, pp. 57-96.

— (1978), «Simurrum and the Hurrian Frontier», *Revue Hittite et Asianique*, 36, pp. 71-83.

Hammade, H. y Y. Yamazaki (1993), «Some Remarks on the Uruk Levels at Tell al-'Abr on the Euphrates», *Akkadica*, 84-85, pp. 53-62.

Hanbury Tenison, J. (1983), «The 1982 Flaked Stone Assemblage at Jebel Aruda, Syria», *Akkadica*, 33, pp. 27-33.

Hansen, D. P (1965), «The Relative Chronology of Mesopotamia, Part II: The Pottery Sequence at Nippur from the Middle Uruk to the Old Babylonian Period (3400-1600 B.C.)», en R.W. Ehrich, ed., *Chronologies in Old World Archaeology*, 2.ª ed., University of Chicago Press, Chicago, pp. 201-215.

Hansman, J. (1972), «Elamites, Achaemenians, and Anshan», *Iran*, 10, pp. 127-142.

Hauptmann, H. (1975), «Norşuntepe, 197, *Anatolian Studies*, 25, pp. 35-38. — (1979), "Die Grabungen auf dem Norşuntepe, 1973", *Keban Project 1973 Activities*», Middle Eastern Technical University. Keban Project Publications, series 1, n.° 6, Türk Tarih Kurumu Basimevi, Ankara, pp. 61-78.

Hauptmann, A., S. Schmitt-Strecker, F. Begemann y A. Palmieri (2002), «Chemical Composition and Lead Iso-

topy of Metal Objects from the "Royal" Tomb and Other Related Finds at Arslantepe, Eastern Anatolia», *Paléorient*, 28, pp. 43-69.

Hassan, F. A. (1988), «The Predynastic of Egypt», *Journal of World Prehistory*, 2, pp. 135-185.

Heinrich, E. (1936), *Kleinfunde aus den archäischen Tempelschichten in Uruk*, Otto Harrassowits, Leipzig.

— (1937), «Die Grabung im Planquadrat K XVII», *Vorläufiger Bericht über die von der Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen*, 8, pp. 27-55.

— (1938), «Grabungen im Gebeit des Anu-AntumTempels», *Vorläufiger Bericht über die von der Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen*, 9, pp. 19-30.

— (1982), *Die Tempel und Heiligtümer in Alten Mesopotamien*, Walter de Gruyter, Berlín.

Heinrich, E., E. Strommenger, D. R. Frank, W. Ludwig, D. Sürenhagen, E. Tópperwein, H.-J. Schmidt, J.-C. Heusch, K. Kohlmeyer, D. Machule, M. Wäfler y T. Rhode (1973), «Vierter vorläufiger Bericht über die von der Deutschen Orient Gesellschaft mit Mitteln der Stiftung Volkswagenwerk in Habuba Kabira und in Mumbaqat unternommenen archáologischen Untersuchungen, erstattet von Mitgliedem der Mission», *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft*, 105, pp. 5-58.

Helwing, B. (1999), «Cultural Interaction at Hassek Ḫöyük, Turkey: New Evidence from Pottery Analysis», *Paléorient*, 25, pp. 91-99.

Henrickson, R. C. (1986), «A Regional Perspective on Godin III Cultural Development in Central Western

Iran», *Iran*, 24, pp. 1-55.

Hermann, G. (1968), «Lapis Lazuli, The Early Phases of Its Trade», *Iraq*, 30, pp. 21-57.

Herodoto, *The Persian War* (*Las guerras persas*), editado por G. Rawlinson, Modern Library, Nueva York, 1942.

Higham, C. (1989), *The Archaeology of Mainland Southeast Asia*, Cambridge University Press, Cambridge.

Hijara, I. (1973), «Excavations at Tell Qalinj Agha (Erbil), Fourth Season», *Sumer*, 29 [Arabic Section], pp. 13-35.

— (1976), «Excavations at Shahrzur Plain, Tell Kurdrsh», *Sumer*, 32 [Arabic Section], pp. 59-80.

Hirsch, H. (1963), «Die Inschriften der Könige von Agade», *Archiv für Orientforschung*, 20, pp. 1-82.

Hirth, K. (1978), «Interregional Trade and the Formation of Prehistoric Gateway Communities», *American Antiquity*, 43, pp. 35-45.

Hogarth, D.G. (1920), *Hittite Seals*, Oxford University Press, Oxford.

Hole, F. (1994), «Environmental Instabilities and Urban Origins», en G. Stein y M.S. Rothman, eds., *Chiefdoms and early States in the Near East*, Prehistory Press, Madison, pp. 121-152.

— (1997), «Evidence for Mid-Holocene Environmental Change in the Western Khabur Drainage Northeastern Syria», en H. Nüzhet Dalfes, G. Kukla y H. Weiss, eds., *Third millennium B.C. Climate Change and Old World Collapse*, Springer Verlag, Berlín, pp. 39-66.

— (2001), «A Radiocarbon Chronology for the Middle Khabur, Syria», *Iraq*, 63, pp. 67-98.

Hole, F. y G.A. Johnson (1986-1987), «Umm Qseir on the Khabur: Preliminary Report on the 1986 Excavation», *Annales Archéologiques Arabes Syriennes*, 36/37, pp. 172-218.

Holzer, H. F, M. Momenzadeh y G. Gropp (1971), «Ancient Copper Mines in the Vesnoveh Area, Kuhestan-E-Qom, West Central Iran», *Archaeologia Austriaca*, 49, pp. 1-22.

Hood, S. (1951), «Excavations at Tabara el Akrad», *Anatolian Studies 1*, pp. 113-147.

Hopke, K., M.A. Evins y otros (1987), «The Interpretation of Multielemental INAA Data Using Pattern Recognition Methods», *Journal of Radioanalytical and Nuclear Chemistry*, 112, pp. 215-222.

Hout, J.-L. (1989), «Ubaidian Villages of Lower Mesopotamia», en E.F. Henrickson y I. Thuesen, eds., *Upon This Foundation-The Ubaid Reconsidered*, Museum Tusculanum Press, Copenhagen, pp. 19-42.

Hout, J.-L. y C. Maréchal (1985), «L'emploi du gypse en Mésopotamie du sud à l'époche d'Uruk», en J.-L. Hout *et al.*, eds., *De L'Indus aux Balkans: Recueil à la mémoire de Jean Deshayes*, Éditions Recherche sur les Civilisations, París, pp. 261-276.

Isodoro de Charax, *Parthian Stations*, traducido por W.H. Schoff, The Commercial Museum, Filadelfia, 1914.

Jacobs, J. (1969), *The Economy of Cities*, Vintage, Nueva York.

— (2000), *The Nature of Economies*, Modern Library, Nueva York.

Jacobsen, T. (1953), «On the Textile Industry at Ur under Ibbi-Sin», reeditado en W.L. Moran, ed., *Towards the*

Image of Tammuz, Harvard University Press, 1970, Cambridge, pp. 216-230.

— (1957), «Early Political Development in Mesopotamia», *Zeitschrift für Assyriologie*, 52, pp. 91-140.

Jacobsen, T. y R. McC. Adams (1958), «Salt and Silt in Ancient Mesopotamian Agriculture», *Science*, 128, pp. 1251-1258.

Jakob-Rost, L. (1975), *Die Stempelsiegel im Vorderasiatischen Museum*, Akademie Verlag, Berlín-éste.

Jasim, S. A. (1985), *The Ubaid Period inlraq*, British Archaeological Review, International Series 267, Oxford.

Jasim, S. A. y J. Oates (1986), «An Archaic Recording System and the Origins of Writing», *World Archaeology*, 17, pp. 348-362.

Johnson, G. A. (1973), *Local Exchange and Early State Development in Southwestern Iran*, Universidad de Michigan, Museo de Antropología, Ann Arbor.

— (1976), «Early State Organization in Southwestern Iran: Preliminary Field Report», en F. Bagherzadeh, ed., *Proceedings of the Fourth Annual Symposium on Archaeological Research in Iran*, Iranian Centre for Archaeological Research, Teherán, pp. 190-223.

— (1987), «The Changing Organization of Uruk Administration in the Susiana Plain», en F. Hole, ed., *The Archaeology of Western Iran*, Smithsonian Institution Press, Washington, d. C., pp. 107-139.

— (1988-1989), «Late Uruk in Greater Mesopotamia: Expansion or Collapse?», *Origini*, 14, pp. 595-611.

Jones, A. H. M. (1970), «Asian Trade in Antiquity», en D. S. Richards, ed., *Islam and the Trade of Asia*, Bruno

Cassirer, Oxford, pp. 1-10.

— (1971), *Cities of the Eastern Roman Empire*, Clarendon Press, Oxford.

Jordan, J. (1931), «Ausgrabungen in Uruk 1929/30», Vorläufiger *Rericht über die von der Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen*, 2, pp. 1-55.

— (1932), «Ausgrabungen in Uruk, 1930/31», *Vorläufiger, Bericht über die von der Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen*, 3, pp. 1-37.

Kantor, H.J. (1974), «Ägypten», en M. Mellink y J. Filip, eds., *Fruhe Stufen der Kunst*, Propyläen Kunst Geschichte, vol. 13, Propyläen Verlag, Berlín, pp. 227-256.

— (1992), «The Relative Chronology of Egypt and Its Foreign Correlations before the First Intermediate Period», en R. Ehrich, ed., *Chronologies in Old World Archaeology*, 3.ª ed., 1, University of Chicago Press, Chicago, pp. 3-21.

Kaplan, J. (1969), «'Ein el Jarba, Chalcolithic Remains in the Plain of Esdraelon», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 194, pp. 2-39.

Killick, R. (1986), «The Eski Mosul Region», en U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Gamdat Nasr: Period or Regional Style?*, Reihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 62, Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 229-243.

Kipp, R.S. y E.M. Schortman (1989), «The Political Impact of Trade in Chiefdoms», *American Anthropologist*, 91, pp. 370-385.

Kirkby, M.J. (1977), «Land and Water Resources of the Deh Luran and Khuzistan Plains», en F. Hole, *Studies in the Archaeological History of the Deh Luran Plain: The Excavation of Chagha Sefid*, Universidad de Michigan, Museo de Antropología, Ann Arbor, pp. 263-272.

Kohl, P.L. (1978), «The Balance of Trade in South western Asia in the Third Millenium B.C.», *Current Anthropology*, 19, pp. 463-475.

— (1979), «The World Economy of West Asia in the Third Millennium B.C», en M. Taddei, ed., *South Asian Archaeology, 1977*, Istituto Universitario Orientale, Napóles, pp. 55-85.

— (1987a), «The Ancient Economy, Transferable Technologies, and the Bronze Age World-System: A View from the Northeastern Frontier of the Ancient Near East», en M. Rowlands *et al.*, eds., *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 13-24.

— (1987b), «The Use and Abuse of World Systems Theory: The Case of the Pristine West Asian State», en M.B. Schiffer, ed., *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 11, Academic Press, San Diego, pp. 1-36.

— (2001), «Review of Gil Stein's Rethinking World-Systems: Diasporas, Colonies, and Interaction in Uruk Mesopotaxnia», *American Anthropologist*, 103, pp. 230-231.

Kohl, P.L., G. Harbottle y E.V. Sayre (1979), «Physical and Chemical Analyses of Soft Stone Vessels from Southwest Asia», *Archaeometry*, 21, pp. 131-159.

Kohlmeyer, K. (1985), «Euphrat-Survey: Die mit Mitteln der Gerda Henkel Stiftung durchgeführte archäolo-

gische Geländebegehung in syrischen Euphrattal», *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft*, 116, pp. 95-118.

Kouchoukos, N. (1998), «Landscape and Social Change in Late Prehistoric Mesopotamia», tesis doctoral, Departamento de Antropología, Yale University.

Kouchoukos, N. y F. Hole (2003), «Changing Estimates of Susiana's Prehistoric Settlement», en N. Miller y K. Abdi, eds., *Yeki Bud, Yeki Nabud: Essays on the Archaeology of Iran in Honor of William M. Sumner*, Cotsen Institute of Archaeology, Los Angeles, pp. 53-60.

Kramer, S.N. (1952), *Enmerkar and the Lord of Aratta*, The University Museum, Filadelfia.

Krugman, P. (1996), «Confronting the Mystery of Urban Hierarchy», *Journal of the Japanese and International Economies*, 10, pp. 399-418.

Lamberg-Karlovsky, C.C. (1982), «Sumer, Elam, and the Indus: Three Urban Processes Equal One Structure?», en G.L. Possehl, ed., *Harrapan Civilization: A Contemporary Perspective*, Oxford e IBH Publishing, Nueva Delhi, pp. 61-68.

— (1985), «The longue dureé of the Ancient Near East», en J.-L. Hout *et al.*, eds., *De L'Indus aux Balkans: Recueil à la mémoire de Jean Deshayes*, Éditions Recherche sur les Civilisations, París, pp. 55-72.

— (1989), «Comments», en G. Algaze, «The Uruk Expansion, Cross-cultural Exchange in Early Mesopotamian Civilization», *Current Anthropology*, 30, pp. 595-596.

— (1996), *Beyond the Tigris and Euphrates: Bronze Age Civilizations*, Universidad Ben Gurion de la Negev Press, Jerusalén.

Lamberg-Karlovsky, C.C. y T.W. Beale (1986), *Excavations at Tehpe Yahya, Iran 1967-1975*, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Cambridge.

Larsen, M.T. (1979), «The Tradition of Empire in Mesopotamia», en M.T. Larsen, ed., *Power and Propaganda*, Akademisk Forlag, Copenhagen, pp. 75-106.

— (1987), «Commercial Networks in the Ancient Near East», en M. Rowlands, M.T. Larsen y K. Kristiansen, eds., *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 47-56.

Le Breton, L. (1957), «The Early Periods at Susa: Mesopotamian Relations», *Iraq*, 19, pp. 79-124.

Le Brun, A. (1971), «Recherches stratigraphiques à l'Acropole de Suse, 1969-1971», *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran* 1, pp. 163-216.

— (1978a), «Le niveau 17B de l'Acropole de Suse», *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 9, pp. 57-154.

— (1978b), «La glyptique du Niveau 17B de L'Acropole (campagne de 1972)», *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 8, pp. 61-79.

Le Brun, A. y F. Vallat (1978), «L'origine de l'écriture à Suse», *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 8, pp. 11-60.

Leemans, W.F. (1960), *Foreign Trade in the Old Babylonian Period*, E.J. Brill, Leiden.

Lenzen, H. (1958), «Liste der funde aus dem Riemchengebäude», *Vorlaufiger Bericht über die von dem Deutschen Archäologischen Institut und der Deutschen Orient-Gesellschaft aus Mitteln der Deutschen Forschungsgemeinschaft*

in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen, 14, pp. 30-35.

— (1959), «Die Grabungen der Westecke von Eanna», *Vorläufiger Bericht über die von dem Deutschen Archaologischen Institut und der Deutschen Orient-Gesellschaft aus Mitteln der Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen*, 15, pp. 8-19.

— (1960), «Die Kleinfunde. D. Siegelabrollungen», *Vorläufiger Bericht über die von dem Deutschen Archaologischen Institut und der Deutschen Orient-Gesellschaft aus Mitteln der Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen*, 16, pp. 48-56.

— (1961), «Die Kleinfunde. D. Siegelabrolluhgen auf Tontafeln und Krugverschlüssen», *Vorläufiger Bericht über die von dem Deutschen Archaologischen Institut und der Deutschen Orient-Gesellschaft aus Mitteln der Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen*, 17, pp. 29-36.

— (1964), «Die Siegelabrollungen», *Vorläufiger Bericht über die von dem Deutschen Archaologischen Institut und der Deutschen Orient-Gesellschaft aus Mitteln der Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen*, 20, pp. 22-23.

— (1965), «Amulette», *Vorläufiger Bericht über die von dem Deutschen Archaologischen Institut und der Deutschen Orient-Gesellschaft aus Mitteln der Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen*, 21, p. 32.

Levine, L. (1973), «Geographical Studies in the Neo Assyrian Zagros I», *Iran* 11, pp. 1-28.

— (1974a), «Geographical Studies in the Neo Assyrian Zagros II», *Iran*, 12, pp. 99-124.

— (1974b), «Archaeological Investigations in the Mahidasht, Western Iran-1975», *Paléorient*, 2, pp. 487-490.

Levine, L. y T.C. Young, Jr. (1987), «A Summary of Ceramic Assemblages of the Central Western Zagros from the Middle Neolithic to the Late Third Millennium B.C», en J.-L. Hout, ed. *Préhistoire de la Mésopotamie*, Centre National de la Recherche Scientifique, París, pp. 15-54.

Lightfoot, C.S. (1983), «The Site of Roman Bezabde», en S. Mitchell, ed., *Armies and Frontiers in Roman and Byzantine Anatolia*, British Archaeological Review, International Series 156, Oxford, pp. 189-204.

— (1986), «Tilli-A Late Roman Equites Fort on the Tigris», en P. Freeman y D. Kennedy, eds., *The Defense of the Roman and Byzantine East*, British Archaeological Review, International Series 297, Oxford, pp. 509-529.

Liverani, M. (1998), *Uruk: la prima città*, Laterza, Roma.

Lloyd, S. (1938), «Some Ancient Sites in the Sinjar District», *Iraq*, 5, pp. 123-142.

— (1940), «Iraq Government Soundings at Sin jar», *Iraq*, 7, pp. 13-21.

Lloyd, S. y F. Safar (1943), «Tell Uqair, Excavations by the Iraq Government Directorate of Antiquities in 1940 and 1941», *Journal of Near Eastern Studies*, 2, pp. 131-158.

Ludwig, W. (1979), «Mass, Sitte, und Technik des Bauens in Habuba Kabira-süd», en J.-Cl. Margueron, ed., *Le Moyen Euphrate: Zone de contacts et d'échanges*, E.J. Brill, Leiden, pp. 63-74.

Lupton, A. (1996), *Stability and Change. Socio-political Development in North Mesopotamia and South-East Anatolia 4000-2700 BC*, BAR International Series 627, Oxford.

Lyonnet, B. (1997), «Questions sur l'origine des porteurs de pots en Haute-Mésopotamie du VI^e^ au milieu du II^e^ millénaire», *Florilegium marianum* III, pp. 133-144.

Maeda, T. (1984), «"King of the Four Regions" in the Dynasty of Akkade», *Orient*, 20, pp. 67-82.

Maekawa, K. (1980), «Female Weavers and Their Children in Lagash-Presargonic and Ur III», *Acta Sumerologica*, 2, pp. 81-125.

Majidzadeh, Y. (1976a), «The Early Prehistoric Cultures of the Central Plateau in Iran: An Archeological History of Its Development during the Fifth and Fourth Millennia B.C.», tesis doctoral, Departamento de Lenguas y Civilizaciones de Oriente Próximo, Universidad de Chicago.

— (1976b), «Land of Aratta», *Journal of Near Eastern Studies*, 36, pp. 105-113.

— (1979), «An Early Prehistoric Coppersmith Workshop at Tepe Gabrestan», *Archäologische Mitteilungen aus Iran, Ergänzungsband*, 6, pp. 82-92.

— (1982), «Lapis Lazuli and the Great Khorasan Road», *Paléorient*, 8, pp. 59-70.

Malbran-Labat, F. (1982), *L'armée et l'organisation militaire de l'Assyrie: d'après les lettres des Sargonides trouvées a Ninive*, Droz, Ginebra.

Mallowan, M.E.L. (1947), «Excavations at Brak and Chagar Bazar», *Iraq*, 9, pp. 1-87.

Marfoe, L. (1987), «Cedar Forest to Silver Mountain: Social Change and the Development of Long-Distance Trade in Early Near Eastern Societies», en M. Rowlands

et al., eds., *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 25-35.

Margueron, J.-Cl. (1992), «Le bois dans l'architecture», *Bulletin on Summerian Agriculture*, 6, pp. 79-96.

Marschner, R.F. y H.T. Wright (1978), «Asphalts from Middle Eastern Archaeological Sites», en G.F. Carter, ed., *Archaeological Chemistry II*, American Chemistry Association, Washington, d.C., pp. 150-171.

Matthers, I., ed. (1981), *The River Qoueiq, Northern Syria, and Its Catchment*, British Archaeological Review, International Series 98, Oxford.

Matthews, R. (2000), «Fourth and Third Millennium Chronologies: The View from Tell Brak», en C. Marro y H. Hauptmann, eds., *Chronologies des pays du Caucase et de l'Euphrate aux IV^e^-III^e^ millenaires*, Instituto Arqueológico Francés, Estambul, pp. 65-72.

— (2003), *The Archaeology of Mesopotamia, Theories and Approaches* Routledge, Londres.

Matthiae, P. (1980), *Ebla: An Empire Rediscovered*, Hodder and Stoughton, Londres.

Maxwell-Hyslop, K.R. (1977), «Sources of Sumerian Gold», *Iraq*, 39, pp. 83-86.

McCorriston, J. (1997), «The Fiber Revolution: Textile Extensification, Alienation, and Social Stratification in Ancient Mesopotamia», *Current Anthropology*, 38, pp. 517-549.

McDonald, M. (1986), «The Chipped Stone Sequence», en L. Marfoe *et al.*, «The Chicago Euphrates Archaeological Project 1980-1984: An Interim Report», *Anatolica*, 13, pp. 60-66.

Meijer, D.K. (1986), *A Survey of Northeastern Syria*, Instituto Arqueológico Holandés en Estambul, Leiden.

— (1988), «Tell Hammam: Architecture and Stratigraphy», en M.N. van Loon, ed., *Hammam et Turkman I: Report of the University of Amsterdam's 1981-1984 Excavations in Syria*, Instituto Arqueológico Holandés en Estambul, Leiden, pp. 69-128.

Mellaart, J. (1981), «The Prehistoric Pottery from the Neolithic to the Beginning of the E.B. IV», en J. Matthers, ed., *The River Qoueiq, Northern Syria, and Its Catchment*, British Archaeological Review, International Series 98, Oxford, pp. 131-319.

Mellink, M. (1988), «Archaeology in Asia Minor, Samsat», *American Journal of Archaeology*, 92, p. 110.

— (1989), «Archaeology in Asia Minor, Samsat», *American Journal of Archaeology*, 93, p. 114.

Métral, F. (1987), «Périmetrés irrigués d'État sur l'Euphrate syrien: Modes de gestion et politique agricole», en P. Louis, F. Métral y I. Métral, eds., *L'homme et l'eau en Méditerranée et au Proche Orient*, Maison de l'Orient, París, pp. 111-145.

Meyer, C. (1981), «Stone Artifacts from Tutub, Eshnunna, and Nippur», tesis doctoral, Departamento de Lenguas y Civilizaciones de Oriente Próximo, Universidad de Chicago.

Miller, K. (1962), *Die Peutingersche Tafel*, Brockhaus, Stuttgart.

Millon, R. (1981), «Teotihuacan: City, State, and Civilization», en V.R. Bricker y J.A. Sabloff, eds., *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, vol. 1, *Archaeology*, University of Texas Press, Austin, pp. 198-243.

Mintz, S. (1985), *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*, Viking, Nueva York.

Monchambert, J.-Y. (1984), «Prospection archéologique sur l'emplacement du futur lac du Moyen Khabour», *Akkadica*, 39, pp. 1-7.

Moorey, P.R.S. (1985), *Materials and Manufacture in Ancient Mesopotamia: The Evidence of Archaeology andArt*, British Archaeological Review, International Series 237, Oxford.

— (1993), «Iran: A Sumerian El Dorado?», en J. Curtis, ed., *Early Mesopotamia and Iran: Contact and Conflict 3500-1600 B.C.*, British Museum Press, Londres, pp. 31-76.

Moortgat, A. (1969), *The Art of Ancient Mesopotamia*, Phaidon, Londres.

Mortensen, P (1976), «Chalcolithic Settlements in the Holailan Valley», en F. Bagherzadeh, ed., *Proceedings of the Fourth Annual Symposium on Archaeological Research in Iran*, Iranian Centre for Archaeological Research, Teherán, pp. 42-62.

Mújica, E. (1985), «Altiplano-Coast Relationships in the South Central Andes: From Indirect to Direct Complementarity», en S. Masuda, I. Shimada y C. Morris, eds., *Andean Ecology and Civilization*, University of Tokyo Press, Tokio, pp. 103-140.

Musil, A. (1927), *The Middle Euphrates*, American Geographical Society, Nueva York.

Nishiaki, Y. (1999), «Tell Kosak Shamali: Preliminary Report of the Excavations», en G. Del Olmo Lete y J.-L. Montero Fenollós, eds., *Archaeology of the upper Syrian Euphrates: The Tishreen Dam Area*, pp. 71-82.

Nissen, H.-J. (1970), «Grabung in den Planquadraten K/L XII in Uruk-Warka», *Baghdader Mitteilungen*, 5, pp. 101-192.

— (1972), «Typological Dating Criteria», en R. McC. Adams y H.-J. Nissen, *The Uruk Countryside*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 97-104.

— (1976), «Zur Frage der Arbeitsorganisation in Babylonien während der Spät-uruk-Zeit», en J. Harmatta y G. Komaróczy, eds., *Wirschaft und Gesellschaft in Alten Vorderasien*, Akadémiai Kiadó, Budapest, pp. 5-14.

— (1977), «Aspects of the Development of Early Cylinder Seals», en McG Gibson y R. Biggs, eds., *Seals and Sealings in the Ancient Near East*, Undena, Malibú, pp. 15-24.

— (1983), «Political Organization and Settled Zone», en T.C. Young, Jr., *et al.*, eds., *The Hilly Flanks and Beyond*, Studies in Ancient Oriental Civilization 36, Instituto Oriental, Chicago, pp. 335-346.

— (1985a), «Problems of the Uruk-Period in Susiana, Viewed from Uruk», *Paléorient*, 11, pp. 39-40.

— (1985b), «The Emergence of Writing in the Ancient Near East», *Interdisciplinary Science Reviews*, 10, pp. 349-361.

— (1986a), «The Archaic Texts from Uruk», *World Archaeology*, 17, pp. 317-334.

— (1986b), «The Development of Writing and Glyptic Art», en U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Gamdat Nasr: Period or Regional Style?*, Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 62, Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 316-331.

— (2001), «Cultural and Political Networks in the Ancient Near East During the Fourth and Third Millennia B.C.», en M. Rothman, ed., *Uruk Mesopotamia and its Neighbors*, SAR Press, Santa Fe, pp. 149-180.

— (2002), «Uruk Key Site of the Period and Key site of the Problem», en J.N. Postgate, ed., *Artefacts of Complexity: Tracking the Uruk in the Near East*, Aris and Phillips, Warminster, pp. 1-16.

Nissen, H.J., P. Damerow y R.K. Englund (1993), *Archaic Bookkeeping*, University of Chicago Press, Chicago.

Nützel, W. (1976), «The Climate Changes of Mesopotamia and Bordering Areas», *Sumer*, 32, pp. 11-24.

Oates, D. (1968), *Studies in the Ancient History of Northern Iraq*, Oxford University Press, Londres.

— (1977), «The Excavations at Tell Brak, 1976», *Iraq*, 39, pp. 233-244.

— (1982), «Recent Excavations in Northern Mesopotamia: Tell el Rimah and Tell Brak», *Bulletin of the Society for Mesopotamian Studies*, 4, pp. 7-23.

— (1983), «Excavations at Tell Brak, 1978-81», *Iraq*, 44, pp. 187-204.

— (1985), «Excavations at Tell Brak, 1983-84», *Iraq*, 47, pp. 159-173.

Oates, J. (1983), «Ubaid Mesopotamia Reconsidered», en T. Cuyler Young, Jr., *et al.*, eds., *The Hilly Flanks and Beyond*, Studies in Ancient Oriental Civilization 36, Instituto Oriental, Chicago, pp. 251-282.

— (1985), «Tell Brak: Uruk Pottery from the 1984 Season», *Iraq*, 47, pp. 175-186.

— (1986), «Tell Brak: The Uruk/Early Dynastic Sequence», en U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Gamdat Nasr: Period or Regional Style?*, Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 62, Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 245-273.

— (1993), «Trade and Power in the Fifth and Fourth Millennia BC: New Evidence from Northern Mesopotamia», *World Archaeology*, 24 (3), pp. 403-422.

— (2001), «Comment», *Current Anthropology*, 42, pp. 223-224.

— (2002), «Tell Brak: the 4th Millennium Sequence and Its Implications», en J.N. Postgate, ed., *Artefacts of Complexity: Tracking the Uruk in the Near East*, Aris and Phillips, Warminster, pp. 111-122.

Oates, J. y D. Oates (1993), «Excavations at Tell Brak 1992-1993», *Iraq*, 55, pp. 155-199.

— (1994), «Tell Brak: A Stratigraphic Summary», *Iraq*, 56, pp. 167-176.

— (1997), «An Open Gate: Cities of the 4th Millennium B.C. (Tell Brak 1997)», *Cambridge Archaeological Journal*, 7, pp. 287-307.

Oppenheim, A.L. (1976), «Trade in the Ancient Near East», *International Congress of Economic History V* (Leningrado 1970), Nauka, Moscú, pp. 126-147.

Oren, E. (1989), «Early Bronze Age Settlement in Northern Sinai: A Model for Egypto-Canaanite Interconnections», en P. de Miroschedji, ed., *L'urbanization de la Palestine à l'âge du Bronze Ancien*, British Archaeological Review, International Series 527, Oxford, pp. 389-405.

Orthmann, W. (1986), «The Origins of Tell Chuera», en H. Weiss, ed., *The Origins of Cities in Dry-Farming Syria*

and Mesopotamia in the Third Millennium B.C., Four Quarters Publishing, Connecticut, pp. 61-70.

Özbal, H., A. Adriaens y B. Earl (1999), «Hacinebi Metal Production and Exchange», *Paléorient*, 25, pp. 57-66.

Özdoğan, M. (1977), *Lower Euphrates Basin Survey, 1977*, Middle Eastern Technical University, Estambul.

Özğuç, N. (1987), «Samsat Mühürleri», *Belleten*, 200, pp. 429-440.

— (1992), «The Uruk Culture at Samsat», en B. Hrouda, S. Kroll y P. Spanos, eds., *Fon Uruk nach Tuttul. Eine Festschrift für Eva Strommenger*, Profil Verlag, Munich, pp. 151-165.

Özten, A. (1984), «Two Pots Recovered in the Excavations at Samsat Belonging to the Late Chalcolithic Period», *Anadolu*, 20 (1976/77), pp. 267-271.

Palmieri, A. (1973), «Scavi nell'area sud-occidentale di Arslantepe», *Origini*, 7, pp. 55-179.

— (1981), «Excavations at Arslantepe (Malatya)», *Anatolian Studies*, 31, pp. 101-119.

— (1985), «1984 Excavations at Arslantepe», VII. *Kazi Sonuclari Toplantisi*, Eski Eserler ve Müzeler Genel Müdürlügü, Ankara, pp. 29-36.

— (1989), «Storage and Distribution at Arslantepe Malatya in the Late Uruk Period», en K. Emre *et al.*, eds., *Anatolia and the Ancient Near East: Studies in Honor of Tahsin Özğüç*, Türk Tarih Kurumu, Ankara, pp. 419-429.

Parpola S., A. Parpola y R. Brunswig (1977), «The Melluhha Village: Evidence of Acculturation of Harrapan Traders in Late Third Millennium Mesopotamia?» *Jour-*

nal of the Economic and Social History of the Orient, 20, pp. 129-165.

Paynter, R. (1981), «Social Complexity in Peripheries: Problems and Models», en S.E. van der Leeuw, ed., *Archaeological Approaches to the Study of Complexity*, Universidad de Amsterdam, Amsterdam, pp. 118-143.

Pearce, J. (1999), «Investigating Ethnicity at Hacinebi: Ceramic Perspectives on Style and Behavior in 4th Millennium Mesopotamian-Anatolian Interaction», *Paléorient*, 25, pp. 35-42.

Peltenburg, E. (2000), «Jerablus Tahtani, 1999», http://www.arcl.ed.ac.uk/arch/jerablus/JT99/.

Peltenburg, E., S. Campbell, P Croft, D. Lunt, M. Murray y M. Watt (1995), «Jerablus Tahtani, Syria, 1992-4: Preliminary Report», *Levant*, 27, pp. 1-28.

Peltenburg E., D. Bolger, S. Campbell, M. Murray y R. Tipping (1996), «Jerablus Tahtani, Syria 1995: Preliminary Report», *Levant* 28, pp. 1-25.

Peltenburg, E., S. Campbell, S. Carter, F.M.K. Stephen y R. Tipping (1997), «Jerablus Tahtani, Syria 1996: Preliminary Report», *Levant*, 29, pp. 1-18.

Peregrine, Peter N. y Gary M. Feinman, eds. (1996), *Pre-Columbian World Systems*, Prehistory Press, Madison, Wisconsin.

Pettinato, G. (1972), «Il commercio con l'estero della Mesopotamia meridionale nel 3.millennio av. Cr. alla luce delle fonti letterarie e lessicali sumeriche», *Mesopotamia*, 7, pp. 43-166.

— (1991), *Ebla: A New Look at History*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.

Pfälzner, P. (1984), «Eine archäologische Geländebegehung in Gebiet des Wadi ʿAgig/Ost Syrien», *Archiv für Orientforschung*, 31, pp. 178-184.

Pittman, H. (1993), «Pictures of an Administration: The Late Uruk Scribe at Work», en M. Frangipane, H. Hauptmann, M. Liverani, P. Matthiae y M. Mellink, eds., *Between the Rivers and Over the Mountains: Archaeologica Anatolica et Mesopotamica Alba Palmieri Dedicata*, Universidad de Roma «La Sapienza», Roma, pp. 235-246.

— (1999), «Administrative Evidence from Hacinebi: An Essay on the Local and the Colonial», *Paléorient*, 25, pp. 43-50.

— (2001), «Mesopotamian Intraregional Relations Reflected Through Glyptic Evidence in the Late Chalcolithic 1-5 Periods», en M. Rothman, ed., *Uruk Mesopotamia and its Neighbors*, SAR Press, Santa Fe, pp. 233-264.

Poidebard, A. (1934), *La trace de Rome dans le désert de Syrie*, Geuthner, París.

Poidebard, A. y R. Mouterde (1945), *Le Limes de Chalcis*, Geuthner, París.

Polanyi, K. (1957), «The Economy as Instituted Process», en K. Polanyi *et al.*, eds. *Trade and Market in the Early Empires*, Henry Regnery, Chicago, pp. 243-269.

— (1975), «Traders and Trade», en J.A. Sabloff y C.C. Lamberg-Karlovsky, eds., *Ancient Civilization and Trade*, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 133-154.

Pollock, S. (1994), «Review of G. Algaze's The Uruk World System-The Dynamics of Expansion of Early Mesopotamian Civilization», *Science*, 264, pp. 1481-1482.

— (1999), *Ancient Mesopotamia: the Eden that Never Was*, Cambridge University Press, Cambridge.

— (2001), «The Uruk Period in Southern Mesopotamia», en M. Rothman, ed., *Uruk Mesopotamia and its Neighbors*, SAR Press, Santa Fe, pp. 191-232.

Pollock, S. y C. Coursey (1995), «Ceramics from Hacinebi Tepe: Chronology and Connections», *Anatolica*, 21, pp. 101-141.

Possehl, G.L. (1980), *Indus Civilization in Saurashtra*, B.R. Publishing, Nueva Delhi.

— (1986), *Kulli: An Exploration of Ancient Civilization in Asia*, Carolina Academic Press, Durham.

Postgate, J.N. (1986), «The Transition from the Uruk to the Early Dynastic: Continuities and Discontinuities in the Record of Settlement», en U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Gamdat Nasr: Period or Regional Style?*, Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 62. Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 90-106.

Postgate, J.N., ed. (2002), *Artefacts of Complexity: Tracking the Uruk in the Near East*, Aris and Phillips, Warminster.

Potts, D.T. (1999), *The Archaeology of Elam: Formation and Transformation of an Ancient Iranian State*, Cambridge University Press, Cambridge.

Powell, M. (1977), «Sumerian Merchants and the Problem of Profit», *Iraq*, 39, pp. 23-30.

— (1985), «Salt, Seed, and Yields in Sumerian Agriculture: A Critique of the Theory of Progressive Salinization», *Zeitschrift für Assyriologie, 75*, pp. 7-38.

Reade, J. (1968), «Tell Taya 1967: A Summary Report», *Iraq*, 30, pp. 234-264.

Reichel, C. (2002), «Administrative Complexity in Syria During the 4th Millennium B.C.-The Seals and Sealings from Tell Hamoukar», *Akkadica*, 123, pp. 35-56.

Reimer, S. (1989), «Tell Qraya on the Middle Euphrates», en M. Rothman, ed., «Out of the Heartland: The Evolution of Complexity in Peripheral Mesopotamia during the Uruk Period, Workshop Summary», *Paléorient*, 15, p. 273.

Renfrew, C. (1975), «Trade as Action at a Distance: Questions of Integration and Communication», en J.A. Sabloff y C.C. Lamberg-Karlovsky, eds., *Ancient Civilization and Trade*, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 3-60.

Renfrew, C. y J. Dixon (1976), «Obsidian in Western Asia: A Review», en G. de G. Sieveking, I.H. Longworth y K.E. Wilson, eds., *Problems in Economía and Social Archaeology*, Duckworth, Londres, pp. 137-152.

Renfrew, C. y J.F. Cherry, eds. (1986), *Peer Polity Interaction and Socio-political Change*, Cambridge University Press, Cambridge.

Robinson, R. (1976), «Non-European Foundations of European Imperialism: Sketch for a Theory of Collaboration», reeditado en W. Roger Louis, ed., *Imperialism: The Gallagher and Robinson Controversy*, Franklin Watts, Nueva York, pp. 128-152.

Röllig, W. y H. Kühne (1977-1978), «The Lower Habur: A Preliminary Report on a Survey Conducted by the Tübinger Atlas des Vorderen Orients in 1975», *Annales Archéologiques Arabes Syriennes*, 27/28, pp. 115-140.

Rosen, S. (1983), «Tabular Scrapper Trade: A Model of Material Culture Dispersion», *Bulletin of the American*

Schools of Oriental Research, 249, pp. 79-86.

Rostovseff, M. (1972), *The Social and Economic History of The Hellenistic World*, Clarendon Press, Oxford.

Rothman, M.S. (1988), «Centralization, Administration, and Function at Fourth Millennium B.C. Tepe Gawra, Northern Iraq», tesis doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Pennsylvania.

— (1993), «Another Look at the "Uruk Expansion" from the Tigris Piedmont», en Frangipane, M., H. Hauptmann, M. Liverani, P Matthiae, y M. Mellink, eds., *Between the Rivers and Over the Mountains: Anatolia, Transcaucasia and Syro-Mesopotamian Regions in Prehistory*, Universidad de Roma, pp. 163-177.

— (1994), «Sealings as a Control Mechanism in Prehistory», en G. Stein y M. Rothman, eds., *Chiefdoms and Early States in the Near East: The Organizational Dynamics of Complexity*, Prehistory Press, Madison, Wisconsin, pp. 103-120.

— (2002), *Tepe Gawra: The Evolution of a Small Prehistoria Center in Northern Iraq*, University of Pennsylvania Museum, Filadelfia.

Rothman, M., ed. (2001), *Uruk Mesopotamia and its Neighbors*, SAR Press, Santa Fe.

Rothman, M., R. Ergeç, M. Miller, J. Weber y G. Kozbe (1998), «Yarim Ḥöyük and the Uruk Expansion», *Anatolica*, 24, pp. 65-99.

Rowton, R. (1967), «The Woodlands of Ancient Western Asia», *Journal of Near Eastern Studies*, 26, pp. 261-277.

Safar, F, S. Lloyd y M.A. Mustafa (1981), *Eridu*, State Organization of Antiquities and Heritage, Bagdad.

Sanders, W.T. (1977), «Ethnographic Analogy and the Teotihuacan Horizon Style», en W.T. Sanders y J.W. Michels, eds., *Teotihuacan and Kaminaljuyú*, University Park, Pennsylvania State University Press, pp. 397-410.

Sanlaville, P, ed. (1985), *Holocene Settlement in Northern Syria*, British Archaeological Review, International Series 238, Oxford.

Santley, R.S. (1989), «Obsidian Working, Long-Distance Exchange, and the Teotihuacan Presence on the South Gulf Coast», en R.A. Diehl y J.C. Berlo, eds., *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan, A.D. 700-900*, Dumbarton Oaks, Washington, d.C., pp. 131-152.

Scammell, G.V. (1980), «Indigenous Assistance in the Establishment of Portuguese Power in Asia in the Sixteenth Century», *Modern Asian Studies*, 14, pp. 1-11.

— (1989), *The First Imperial Age*, Unwin Hyman, Londres.

Schmandt-Besserat, D. (1977), «An Archaic Recording System and the Origins of Writing», *Syro-Mesopotamian Studies*, 1, p. 2.

— (1986), «Tokens at Susa», *Oriens Antiquus*, 25, pp. 93-125.

— (1993), «Images of Ensiship», en M. Frangipane, H. Hauptmann, M. Liverani, P. Matthiae y M. Mellink, eds., *Between the Rivers and Over the Mountains: Archaeologica Anatolica et Mesopotamica Alba Palmieri Dedicata*, Universidad de Roma «La Sapienza», Roma, pp. 201-220.

Schmidt, J. (1978a), «Anu-Zikkurrat», *Vorläufiger Bericht über die von dem Deutschen Archaologischen Institut und der Deutschen Orient-Gesellschaft aus Mitteln der*

Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen, 28, pp. 19-23.

— (1978b), «Tell Mismar: Ein Prähistorischer Fundort in Südiraq», *Baghdader Mitteilungen*, 9, pp. 10-17.

— (1979), «Steingebäude», *Vorläufiger Bericht über die von dem Deutschen Archaologischen Institut und der Deutschen Orient-Gesellschaft aus Mitteln derDeutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Aus grabungen*, 29/30, pp. 13-25.

Schneider, J. (1977), «Was There a Pre-Capitalist World-System?», *Peasant Studies*, 6, pp. 20-29.

Schott, E. (1933), «Die siegelbilder der Uruk-Schicht IV», *Vorläufiger Bericht über die von den Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen*, 5, pp. 42-54.

Schwartz, G. (1987), «The Ninevite V Period and the Development of Complex Society in Northern Mesopotamia», *Paléorient*, 13, pp. 93-100.

— (1988a), «Excavation at Karatut Mevkii and Perspectives on the Uruk/Jemdet Nasr Expansion», *Akkadica*, 56, pp. 1-42.

— (1988b), *A Ceramic Chronology from Tell Leilan: Operation* 7, Yale University Press, New Haven.

— (1989), «Comments», en G. Algaze, «The Uruk Expansion, Cross-cultural Exchange in Early Mesopotamian Civilization», *Current Anthropology*, 50, pp. 596-597.

— (1994), «Before Ebla: Models of Pre-State Political Organization in Syria and Northern Mesopotamia», en G. Stein y M. Rothman, eds., *Chiefdoms and Early States in the Near East: The Organizational Dynamics of Com-*

plexity, Prehistory Press, Madison, Wisconsin, pp. 153-174.

— (2001), «Syria and The Uruk Expansion», en M. Rothman, ed., *Uruk Mesopotamia and its Neighbors*, SAR Press, Santa Fe, pp. 233-264.

Schwartz, G., H. Curvers, F. Gerritsen, J. MacCormack, N. Miller y J. Weber (2000), «Excavation and Regional Analysis in the Jabbul Plain, Western Syria: The Umm el-Marra Project, 1996-97», *American Journal of Archaeology*, 104, pp. 419-462.

Seeliger, T.C., E. Pernicka, G.A. Wagner, F. Begemann, S. Schmitt-Strecker, C. Eibner, Ö. Öztunali e Istvan Beranyi (1985), «Archäometallurgische Untersuchungen in Nord-und Ostanatolien», *Jahrbuch des RömischGermanischen Zentralmuseums Mainz*, 32, pp. 597-659.

Service, E. (1962), *Primitive Social Organization*, Random House, Nueva York.

Semple, E.C. (1930), *The Geography of the Mediterranean Region*, Henry Holt, Nueva York.

Simpson, K. (1983), «Stability and Change along the Middle Euphrates, Syria», tesis doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Arizona.

— (1988), «Qraya Modular Reports, n.° 1, Early Soundings», *Syro-Mesopotamian Studies*, 4, p. 4.

Smith, C.A. (1976), «Exchange Systems and the Spatial Distribution of Elites: The Organization of Stratification in Agrarian Societies», en C.A. Smith, ed., *Regional Analysis*, vol. 2, Academic Press., Nueva York, pp. 309-374.

Smith, P.E.L. y T.C. Young, Jr. (1972), «The Evolution of Early Agriculture and Culture in Greater Mesopotamia: A Trial Model», en B. Spooner, ed., *Population*

Growth: Anthropological Implications, MIT Press, Cambridge, pp. 1-59.

Smith, Michael E., y Frances F. Berdan, eds. (2003), *The Postclassic Mesoamerican World*, University of Utah Press, Salt Lake City.

Söylemez, M. y C.S. Lightfoot (1991), «The Tigris-Euphrates Archaeological Reconnaissance Project Numismatic Notes», en C.S. Lightfoot, ed., *Recent Turkish Coin Hoards and Numismatic Studies*, Oxbow Books, Oxford, pp. 313-331.

Speiser, E.A. (1935), *Excavations at Tepe Gawra*, vol. 1, University of Pennsylvania Press, Filadelfia.

Spuler, B. (1970), «Trade in the Eastern Islamic Countries», en D.S. Richards, ed., *Islam and the Trade of Asia*, Bruno Cassirer, Oxford, pp. 11-20.

Stager, L. (1992), «The Periodization of Palestine from Neolithic to Early Bronze Times», en R. Ehrich, ed., *Chronologies in Old World Archaeology*, 3.ª ed., 1, University of Chicago Press, Chicago, pp. 22-41.

Stark, F. (1966), *Rome on the Euphrates*, John Murray, Londres.

Starr, R.F.S. (1939), *Nuzi*, Harvard University Press, Cambridge.

Stech, T. y V.C. Piggot (1986), «The Metals Trade in Southwest Asia in the Third Millennium B.C.», *Iraq*, 48, pp. 39-64.

Stein, A. (1936), «An Archaeological Tour in the Ancient Persis», *Iraq*, 3, pp. 111-225.

— (1937), *Archaeological Reconnaissances in Northwestern India and South-Eastern Iran*, Macmillan, Londres.

— (1940), *Old Routes of Western Iran*, Macmillan, Londres.

Stein, G. (1990) «Comment», *Current Anthropology*, 31, pp. 66-67.

— (1998), «World Systems Theory and Alternative Modes of Interaction in the Archaeology of Culture Contact», en J. Cusick, ed., *Studies in Culture Contact: Interaction, Culture Change, and Archaeology*, Southern Illinois University Press, Carbondale, pp. 220-255.

— (1999a), *Rethinking World-Systems: Diasporas, Colonies, and Interaction in Uruk Mesopotamia*, University of Arizona Press, Tucson.

— (1999b), «Material Culture and Social Identity: The Evidence for a 4th Millennium BC Mesopotamian Uruk Colony at Hacinebi, Turkey», *Paléorient*, 25, pp. 11-22.

— (2001), «Indigenous Social Complexity at Hacinebi (Turkey) and the Organizaron of Uruk Colonial Contact», M. Rothman, ed., *Uruk Mesopotamia and its Neighbors*, SAR Press, Santa Fe, pp. 265-306.

Stein, G., ed. (1999), «The Uruk Expansion: Northern Perspectives from Hacinebi, Hassek Ḥöyük and Gawra», *Paléorient*, 25, pp. 5-172.

Stein, G. y P Wattenmaker (1990), «The 1987 Tell Leilan regional survey: A preliminary report», *Economy and settlement in the Near East: Analyses of ancient sites and materials*, en N. Miller, ed., MASCA, Filadelfia, pp. 8-18.

Stein, G, R. Bernbeck, C. Coursey, A. McMahon, N. Miller, A. Misir, J. Nicola, H. Pittman, S. Pollock y H. Wright (1996a), «Uruk Colonies and Anatolian Communities: An Interim Report on the 1992-1993 Excavations at Hacinebi,

Turkey», *American Journal of Archaeology*, 100, pp. 205-260.

Stein, G, C. Edens, N. Miller, H. Özbal, J. Pierce y H. Pittman (1996b), «Hacinebi, Turkey: Preliminary Report on the 1995 Excavations», *Anatolica*, 22, pp. 85-128.

Stein, G., K. Boden, C. Edens, J. Pierce Edens, K. Keith, A. McMahon y H. Özbal (1997), «Excavations at Hacinebi, Turkey-1996 Preliminary Report», *Anatolica*, 23, pp. 111-171.

Stein, G, C. Edens, J. Pierce Edens, K. Boden, N. Laneri, H. Özbal, B. Earl, M. Adriaens y H. Pittman (1998), «Southeast Anatolia Before the Uruk Expansion: Preliminary Report on the 1997 Excavations at Hacinebi, Turkey», *Anatolica*, 24, pp. 143-194.

Stephen, F.M.K. y E. Peltenburg (2002), «Scientific Analyses of Uruk Ceramics from Jerablus, Tahtani and Other Middle-Upper Euphrates sites», en J.N. Postgate, ed., *Artefacts of Complexity: Tracking the Uruk in the Near East*, Aris and Phillips, Warminster, pp. 173-191.

Steve, M.-J. y H. Gasche (1971), *L'Acropole de Suse*, Mémoires de la délégation archéologique française en Iran 46, Geuthner, París.

Strommenger, E. (1962), *Fünf Jahrtausende Mesopotamien*, Hirmer Verlag, Munich.

— (1980a), *Habuba Kabira: Eine Stadt vor 5000 Jahren*, Phillip von Zabern, Mainz am Rhein.

— (1980b), «The Chronological Division of the Archaic Levels of Uruk-Eanna VI to III/II: Past to Present», *American Journal of Archaeology*, 84, pp. 477-487.

Stronach, D. (1994), «Village to Metrópolis: Nineveh and the Beginnings of Urbanism in Northern Mesopota-

mia», en S. Mazzoni, ed., *Nuove Fondazioni nel Vicino Oriente Antico: Realtà e Ideologia*, Giardini Editori, Pisa, pp. 85-114.

Stucky, R., P. Bridel, C. Krause, H.-P Spycher, P Suter y S. Zellweger (1974), *Tell el Hajj: Zweiter Vorläufiger Bericht*, Universidad de Berna, Berna.

Sumner, W. (1977), «Early Settlement in Fars Province, Iran», en L.D. Levine y T.C. Young, Jr., eds., *Mountains and Lowlands: Essays in the Archaeology of Greater Mesopotamia*, Undena, Malibú, pp. 291-306.

— (1986), «Proto-Elamite Civilization in Fars», en U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Gamdat Nasr: Period or Regional Style?*, Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr, 62, Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 199-211.

Sürenhagen, D. (1974-1975), «Untersuchungen zur Keramikproduction innerhalb der Spät-Uruklichen siedlung Habuba Kabira-süd in Nord Syrien», *Acta Praehistorica et Archaeologica*, 5/6, pp. 43-164.

— (1985), «Einige Kulturelle Kontakte zwischen Arslan tepe VI. A und den Frühsumerisch-hochprotoelamischen Stadkulturen», en M. Liverani, A. Palmieri y R. Peroni, eds., *Studi di Paletnologia in onore di Salvatori M. Puglisi*, Universidad de Roma «La Sapienza», Roma, pp. 229-236.

— (1986a), «The Dry-Farming Belt: The Uruk Period and Subsequent Developments», en H. Weiss, ed., *The Origins of Cities in Dry-Farming Syria and Mesopotamia in the Third Millennium B.C.*, Four Quarters Publishing, Gulford, pp. 7-43.

— (1986b), «Archaische Keramik aus Uruk-Warka. Erster Teil: Die Keramik der Schichten XVI-VI aus den Son-

dagen “Tiefschnitt” und “Sagengraben” in Eanna», *Baghdader Mitteilungen*, 17, pp. 7-96.

Tarn, W.W. (1938), *The Greeks in Bactria and India*, Cambridge University Press, Cambridge.

Tefnin, R. (1979), «Deux campagnes de fouilles au Tell Abou Danné, 1975-76», en J.-Cl. Margueron, ed., *Le Moyen Euphrate: Zone de contacts et d'échanges*, E.J. Brill, Leiden, pp. 179-199.

Teissier, B. (1984), *Ancient Near Eastern Cylinder Seals from the Marcopoli Collection*, University of California Press, Los Angeles.

— (1987), «Glyptic Evidence for a Connection between Iran, Syro-Palestine, and Egypt in the Fourth and Third Millennia», *Iran*, 25, pp. 27-54.

Terray, M. (1974), «Long-Distance Exchange and the Formation of the State: The Case of the Abron Kingdom of Gyaman», *Economy and Society, 5*, pp. 315-345.

Thissen, L.C. (1985), «The Late Chalcolithic and Early Bronze Age Pottery from Hayaz Ḥöyük», *Anatolica*, 12, pp. 76-130.

Thuesen, I. (1988), *Hama, Fouilles, et Recherches, 1931-1938*, vol. 1: *The Pres-and Protohistoric Periods*, Nationalmuseet, Copenhagen.

Tobler, A.J. (1950), *Excavations at Tepe Gawra*, vol. 2, The University Museum, Filadelfia.

Töpperwein, E. (1973), «Kleinfunde», en E. Heinrich *et al.*, «Vierter Vorläufiger Bericht über die von der Deutschen Orient-Gesellschaft mit mitteln ser Stiftung Volkswagenwerk in Habuba Kabira und in Mumbaqat unternommenen archäologischen Untersuchungen, erstattet

von Mitgliedern der Mission», *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft*, 105, pp. 20-32.

Tunca, Ö. (1979), «Catalogue des sceaux-cylindres du musée regional d'Adana», *Syro-Mesopotamian Studies*, 3, p. 1.

Ur, J. (2002), «Settlement and Landscape in Northern Mesopotamia: The Tell Hamoukar Survey 2000-2001», *Akkadica*, 123, pp. 57-88.

Vaiman, A.A. (1976), «Über die Protosumerische schrift», en J. Harmatta y G. Komaróczy, eds., *Wirschaft und Gesellschaft in Alten Torderasien*, Akadémiai Kiadó, Budapest, pp. 15-27.

Vallat, F. (1986), «The Most Ancient Scripts of Iran: The Current Situation», *World Archaeology*, 17, pp. 336-347.

Vallet, R. (1997), «Habuba Kabire ou la naissance de l'Urbanisme», *Paléorient*, 22, pp. 45-76.

— (1998), «L'urbanisme colonial urukien, l'example de Djebel Aruda», *Subartu*, 4, pp. 53-87.

Van Driel, G. (1982), «Tablets from Jebel Aruda», en G. van Driel *et al.*, eds., *Zikir Sumin: Assyriological Studies Presented to F.R. Kraus*, E.J. Brill, Leiden, pp. 12-25.

— (1983), «Seals and Sealings from Jebel Aruda, 1974-1978», *Akkadica*, 33, pp. 34-62.

— (2002), «Jebel Aruda: Variations on a Late Uruk Domestic Theme», en J.N. Postgate, ed., *Artefacts of Complexity: Tracking the Uruk in the Near East*, Aris and Phillips, Warminster, pp. 191-206.

Van Driel, G. y C. van Driel-Murray (1979), «Jebel Aruda, 1977-78», *Akkadica*, 12, pp. 2-8.

— (1983), «Jebel Aruda, the 1982 Season of Excavations», *Akkadica*, 55, pp. 1-26.

Van Liere, W.J. y J. Laufrey (1954-1955), «Nouvelle prospection archéologique dans la Haute Jezireh Syrienne», *Annales Archéologiques Arabes Syriennes*, 4/5, pp. 128-148.

Van Loon, M.N. (1967), *The Tabqa Reservoir Survey 1964*, Directorate General of Antiquities and Museums, Damasco.

— (1968), «The Oriental Institute's Excavations at Mureybit, Syria: Preliminary Report on the 1965 Campaign», *Journal of Near Eastern Studies, 27*, pp. 265-290.

— (1978), «Architecture and Stratigraphy», en M.N. van Loon, ed., *Korucutepe II*, North Holland, Amsterdam, pp. 3-46.

— (1983), «Hammam et Turkman on the Balikh: First Results of the University of Amsterdam's 1982 Excavations», *Akkadica*, 35, pp. 1-23.

Van Loon, M.N., ed. (1988), *Hammam et Turkman I: Report of the University of Amsterdam's 1981-1984 Excavations in Syria*, Instituto Arqueológico Holandés en Estambul, Leiden.

Van Zeist, W. y S. Bottema (1982), «Vegetational History of the Eastern Mediterranean and the Near East during the Last 20,000 Years», en J.L. Bintliff y W. van Zeist, eds., *Paleoclimates, Paleoenvironments, and Human Communities in the Eastern Mediterranean Region in Later Prehistory*, British Archaeological Review, International Series 133, Oxford, pp. 277-321.

Von Haller, A. (1932), «Die Keramik der archäischen Schichten von Uruk», *Vorläufiger Bericht über die von der*

Deutschen Forschungsgemeinschaft in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen, 4, pp. 38-42.

Waetzoldt, H. (1972), *Untersuchungen zur neusumersischen Textil-industrie*, Centro per le Antichità e la Storia dell'Arte del Vicino Oriente, Roma.

Wagner, J. (1976), *Seleukeia am Euphrat Zeugma*, Ludwig Reichert, Wiesbaden.

Wallerstein, I. (1974), *The Modern World System*, vol. 1, Academic Press, Nueva York.

— (1995), «Hold the Tiller Firm: On Method and the Unit of Analysis», en S.K. Sanderson, ed., *Civilizations and World Systems*, Walnut Creek, Altamira Press, pp. 239-247.

Watson, P J. y S.A. Leblanc (1971), «A Comparative Statistical Analysis of Painted Pottery from Seven Halaf Sites», *Paléorient*, 1, pp. 117-133.

Wattenmaker, P (1990), «On the Uruk Expansion», *Current Anthropology*, 31, pp. 67-68.

Wattenmaker, P y G. Stein (1989), «Leilan 1987 Survey: Uruk Summary», en M. Rothman, ed., «Out of the Heartland: The Evolution of Complexity in Peripheral Mesopotamia during the Uruk Period, Workshop Summary», *Paléorient*, 15, pp. 272-273.

Weiss, H. (1977), «Periodization, Population, and Early State Formation in Khuzestan», en L.D. Levine y T.C. Young, Jr., eds., *Mountains and Lowlands: Essays in the Archaeology of Greater Mesopotamia*, Undena, Malibú, pp. 347-370.

— (1983), «Excavations at Tell Leilan and the Origins of North Mesopotamian Cities in the Third Millennium B.C.», *Paléorient*, 9, pp. 39-52.

— (1986), «The Origins of Tell Leilan and the Conquest of Space in Third Millennium North Mesopotamia», en H. Weiss, ed., *The Origins of Cities in Dry-Farming Syria and Mesopotamia in the Third Millennium B.C.*, Four Quarters Publishing, Connecticut, pp. 71-108.

— (1989), «Comments», en G. Algaze, «The Uruk Expansion: Cross-cultural Exchange in Early Mesopotamian Civilization», *Current Anthropology*, 30, pp. 597-598.

— (1990), «Tell Leilan 1989: New dat for mid third millennium urbanization and State formation», *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft*, 122, pp. 193-218.

Weiss, H., ed. (1985), *Ebla to Damascus: Art and Archaeology of Ancient Syria*, Smithsonian Institution, Washington, d.C.

Weiss, H. y T.C. Young, Jr. (1975), «The Merchants of Susa: Godin V and Plateau-Lowland Relations in the Late Fourth Millennium B.C.», *Iran*, 13, pp. 1-18.

Wenke, R.J. (1989), «Egypt, Origins of Complex Societies», *Annual Review of Anthropology*, 18, pp. 129-155.

Wertime, T.A. (1973), «The Beginnings of Metallurgy: A New Look», *Science*, 182, pp. 875-887.

Westenholz, A. (1979), «The Old Akkadian Empire in Contemporary Opinion», en M.T. Larsen, ed., *Power and Propaganda*, Akademisk Forlag, Copenhagen, pp. 107-124.

— (1984), «The Sargonic Period», en A. Archi, ed., *Circulation of Goods in Non-Palatial Context in the Ancient Near East*, Edizioni Dell'Ateneo, Roma, pp. 17-30.

Whallon, R. (1979), *An Archaeological Survey of the Keban Reservoir Area of East Central Turkey*, Museo de Antropología, Universidad de Michigan, Ann Arbor.

Wheatley, P. (1975), «Satyanrta in Suvarnadvipa: From Reciprocity to Redistribution in Ancient Southeast Asia», en J.A. Sabloff y C.C. Lamberg-Karlovsky, eds., *Ancient Civilization and Trade*, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 227-283.

Whitehouse, D. y R. Williamson (1973), «Sasanian Maritime Trade», *Iran*, 11, pp. 29-50.

Whittaker, C.R. (1978), «Cartagenian Imperialism in the Fifth and Fourth Centuries», en P.D.A. Garnsey y C.R. Whittaker, eds., *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 59-90.

Wilcke, Cl. (1969), *Das Lugalband Epos*, Otto Harrassowits, Wiesbaden.

Wilkinson, T.J. (1990a), *Town and Country in Early Southeastern Anatolia*. Vol. 1: *Settlement and Land Use in the Lower Karababa Rasin*, Oriental Institute Publications 109, Instituto Oriental, Chicago.

— (1990b), «The Development of Settlement in the North Jazira Region between the Seventh and First Millennia B.C.», *Iraq*, 52, pp. 49-62.

— (1990c), «Early Channels and Landscape Development around Abu Salabikh, A Preliminary Report», *Iraq*, 52, pp. 75-84.

— (1994), «The Structure and Dynamics of Dry-Farming States in Upper Mesopotamia», *Current Anthropology*, 35, pp. 483-520.

— (1998), «Tell Beydar Survey», *The Oriental Institute: 1997-1998 Annual Report*, Oriental Institute, Chicago, pp. 19-28.

— (2000a), «Regional Approaches to Mesopotamian Archaeology: The Contribution of Archaeological Sur-

veys», *Journal of Archaeological Research*, 8, pp. 219-267.

— (2000b), «Remote Sensing and Geographical Information Systems», *The Oriental Institute: 1997-1998 Annual Report*, Oriental Institute, Chicago, pp. 123-130.

— (2001), «Comment», *Current Anthropology* 42, pp. 224-225.

— (2003), «Archaeological Survey and Long-Term Population Trends in Upper Mesopotamia and Iran», en N. Miller y K. Abdi, eds., *Yeki Bud, Yeki Nabud: Essays on the Archaeology of Iran in Honor of William M. Sumner*, Cotsen Institute of Archaeology, Los Ángeles, pp. 39-52.

Wilkinson, T.J. y D.J. Tucker (1995), *Settlement Development in the North Jazira, Iraq: A Study of the Archaeological Landscape*, Escuela Británica de Arqueología en Iraq, Londres.

Willcox, G.H. (1974), «A History of Deforestation as Indicated by Charcoal Analysis of Four Sites in Eastern Anatolia», *Anatolian Studies*, 24, pp. 116-133.

— (1992), «Timber and Trees», *Bulletin on Sumerian Agriculture*, 6, pp. 1-31.

Wilson, K.L. (1986), «Nippur: The Definition of a Mesopotamian Gamdat Nasr Assemblage», en U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Gamdat Nasr: Period or Regional Style?* Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 62, Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 57-89.

Wirth, E. (1971), *Syrien: Eine Geographische Landeskunde*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt.

Wiseman, D.J. (1962), Catalogue of the Western Asiatic Seals in the British Museum, vol. 1, Museo Británico, Londres.

Woolley, L. (1921), *Carchemish II: The Town Defenses*, Museo Británico, Londres.

— (1952), *Carchemish III: The Excavations in the Inner Town*, Museo Británico, Londres.

— (1953), *A Forgotten Kingdom*, Penguin, Baltimore.

— (1955a), *Ur Excavations IV: The Early Periods*, The University Museum, Filadelfia.

— (1955b), *Alalakh*, Oxford University Press, Oxford.

Wright, G.A. (1969), *Obsidian Analyses and Prehistoric Near Eastern Trade: 7500-3500 B.C.*, Universidad de Michigan, Museo de Antropología, Ann Arbor.

Wright, H.E. (1955), «Geologic Aspects of the Archaeology of Iraq», *Sumer*, 11, pp. 83-92.

Wright, H.T. (1972), «A Consideration of Interregional Exchange in Greater Mesopotamia, 4000-3000 B.C.», en E. Wilmsen, ed., *Social Exchange and Interaction*, Universidad de Michigan, Museo de Antropología, Ann Arbor, pp. 95-105.

— (1981a), «Conclusions», en H.T. Wright, ed., *An Early Town on the Deh Turan Plain: Excavations at Tepe Farukhabad*, Universidad de Michigan, Museo de Antropología, Ann Arbor, pp. 262-279.

— (1981b), «The Southern Margins of Sumer, Archaeological Survey of the Area of Eridu and Ur», apéndice a R. McC. Adams, *Heartland of Cities*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 295-346.

— (1984a), «Prestate Political Formations», en T. Earle, ed., *On the Evolution of Complex Societies: Essays in Honor of Harry Hoijer*, Undena, Malibú, pp. 41-78.

— (1984b), «Excavations of Fourth Millennium Levels on the Northern Acropolis of Susa, 1978», *National Geographic Research Reports*, 19, pp. 725-734.

— (1986), «The Evolution of Civilizations», en D.J. Meltzer *et al.*, eds., *American Archaeology Past and Future*, Smithsonian Institution, Washington, d.C., pp. 323-368.

— (1987), «The Susiana Hinterlands during the Era of Primary State Formation», en F. Hole, ed., *The Archaeology of Western Iran*, Smithsonian Institution, Washington, d.C., pp. 141-156.

Wright, H. (1998), «Uruk States in South western Iran», en G.M. Feinman y J. Marcus, eds., *Archaic States*, SAR Press, Santa Fe, pp. 173-198.

— (2001), «Cultural Action in the Uruk World», en M. Rothman, ed., *Uruk Mesopotamia and its Neighbors*, SAR Press, Santa Fe, pp. 123-148.

— (2002), «Arrows and Arrowheads in the Uruk World», en L. Al-Gailani Werr, J. Curtis, H. Martin, A. McMahon, J. Oates y J. Reade, eds., *Of Pots and Plans: Papers on the Archaeology and History of Mesopotamia and Syria Presented to David Oates in Honor ofhis 75th Birthday*, Nabu Publications, Londres, pp. 373-378.

Wright, H. T, ed. (1979), *Archaeological Investigations in Northeastern Xuzestan, 1976*, Museo de Antropología, Universidad de Michigan, Ann Arfa or.

Wright, H. y E. Rupley (2001), «Calibrated Radiocarbon Age Determination of Uruk Related Assemblages», en M. Rothman, ed., *Uruk Mesopotamia and its Neighbors*, SAR Press, Santa Fe, pp. 85-122.

Wright, H.T. y G.A. Johnson (1975), «Population, Exchange, and Early State Formation in South western Iran», *American Anthropologist, 77*, pp. 267-289.

— (1985), «Regional Perspectives on Southwest Iranian State Development», *Paléorient*, 11, pp. 25-30.

Wright, H. T, J.A. Neely, G.A. Johnson y J. Speth (1975), «Early Fourth Millennium Developments in Southwestern Iran», *Iran*, 13, pp. 129-148.

Wright, H.T., R.W. Redding y N. Miller (1980), «Time and Process in an Uruk Rural Center», en Marie-Thérèse Barrelet, ed., L'Archéologie de I'Iraq du début de l'époque néolitique a 333 avant notre ère: Perspectives et limites de l'interpretation anthropologique des documents, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, París, pp. 265-284.

Wright, R. (1989), «Comments», en G. Algaze, «The Uruk Expansion: Crosscultural Exchange in Early Mesopotamian Civilization», *Current Anthropology*, 30, pp. 599-600.

— (2000), *Nonzero: The Logic of human destiny*, Pantheon Books, Nueva York.

Yakar, J. y A. Gürsan-Salzmann (1979), «Archaeological Survey in Malatya and Sivas Provinces-1977», *Tel Aviv*, 6, pp. 34-53.

Yamazaki, Y. (1999), «Excavations at Tell al-'Abr», en G. Del Olmo Lete y J.- L. Montero Fenollós, eds., *Archaeology of the Upper Syrian Euphrates: The Tishreen Dam Area*, pp. 83-96.

Yardimci, N. (1991), «1989 Yili Şanliurfa-Harran Ovasi Yüzey Araştirmalari», VIII, *Araştirma Sonuçlari*

Toplantisi, Anitler ve Müzeler Genel Müdürlügü, Ankara, pp. 401-418.

— (1993), «Excavations, Survey, and Restoration Works at Harran», en M. Frangipane, H. Hauptmann, M. Liverani, P Matthiae y M. Mellink, eds., *Between the Rivers and Over the Mountains: Archaeologica Anatolica et Mesopotamica Alba Palmieri Dedicata*, Universidad de Roma «La Sapienza», Roma, pp. 437-449.

Yener, A.K. (1983), «The Production, Exchange, and Utilization of Silver and Lead Metals in Anatolia», *Anatolica*, 10, pp. 1-15.

— (1986), «The Archaeometry of Silver in Anatolia: The Bolkardağ Mining District», *American Journal of Archaeology*, 90, pp. 469-472.

Yener, A.K., H. Özbal, A. Minzoni-Deroche y B. Aksoy (1989), «Bolkardağ: Archaeo-metallurgy Surveys in the Taurus Mountains, Turkey», *National Geographic Research*, 5, pp. 477-494.

Yener, A.K., E.V. Sayre, E.C. Joel, H. Özbal *et al.* (1991), «Stable Lead Isotope Studies of Central Taurus Ore Sources and Related Artifacts from Eastern Mediterranean Chalcolithic and Bronze Age Sites», *Journal of Archaeological Science*, 18, pp. 541-577.

Yoffee, N. (1981), «Explaining Trade in the Ancient Near East», *Monographs on the Ancient Near East*, 2, p. 2.

Young, Jr., T.C. (1966), «Survey in Western Iran, 1961», *Journal of Near Eastern Studies*, 25, pp. 228-239.

— (1969), *Excavations at Godin Tepe: First Progress Report*, Royal Ontario Museum, Toronto.

— (1986), «Godin Tepe Period VI/V and Central Western Iran at the End of the Fourth Millennium», en

U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Gamdat Nasr: Period or Regional Style?*, Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 62, Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 212-228.

Zagarell, A. (1978), «The Role of Highland Pastoralism in the Development of Iranian Civilization», tesis doctoral, Universidad Libre de Berlín.

— (1982), *The Prehistory of the Bahtiyari Mountains, Iran*, Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 42, Ludwig Reichert, Wiesbaden.

— (1986), «Trade, Women, Class, and Society in Ancient Western Asia», *Current Anthropology*, 27, pp. 415-430.

Zeder, M.A. (1986), «The Equid Remains from Tal-e Malyan, Southern Iran», en R.H. Meadow y H.-P. Uerpmann, eds., *Equids in the Ancient World*, Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe A, Nr. 19/1, Ludwig Reichert, Wiesbaden, pp. 366-412.

Zohary, M. (1973), *Geobotanical Foundations of the Near East*, Gustav Fischer Verlag, Stuttgart.

FUENTE DE LAS ILUSTRACIONES

FIGURA 1. Algaze 1989b: fig. 4; basada en Carter y Stolper 1984: fig. 4.

FIGURA 2. Basada en Johnson 1987: fig. 23.

FIGURA 3. Algaze 1989b: fig. 1; basada en (A) Le Breton 1957: fig. 13a; (B) Le Brun 1978a; fig. 30:14; (C) Steve y Gasche 1971: lám. 32:14; (D) Le Brun 1978a: fig. 24:4; (E) Sürenhagen 1986b:69, n.° 39; (F) De Genouillac 1934: lám. IV:5434; (G) Sürenhagen 1986b:32, n.° 100; (H) Von Haller 1932: lám. 19D:b; (I) Amiet 1972: n.° 474; (J) Amiet 1972: n.° 475; (K) Schott 1933: lám. 26B; (L) Schott 1933: lám. 26C; (M) Amiet 1972: n.° 695; (N) Amiet 1980: n.° 330; (O) Le Brun y Vallat 1978: fig. 7:8; (P) Amiet 1980: n.° 611; (Q) Amiet 1980: n.° 337; (R) Lenzen 1961: lám. 25N; (S) Le Brun 1978b: fig. 8:6; (T) Vallat 1986: fig. 1; (U) Amiet 1986: figs. 24:2, 8, y 25:4; (V) Lenzen 1964: lám. 26G; (W) Lenzen 1960: lám. 31E; (X) Lenzen 1965: lám. 19c; (Y)

Amiet 1972: n.° 695; (Z) Le Brun y Vallat 1978: fig. 7:7; (AA) Heinrich 1982: fig. 94; (BB) Schott 1933: lám. 22A.

Figura 5. Basada en Strommenger 1980a: fig. 12, y contracubierta, y Sürenhagen 1974-1975: mapa 2.

Figura 6. Basada en Van Driel y Van Driel-Murray 1983: mapa 1.

Figura 7. Basada en Van Loon 1967: fig. 1.

Figura 10. Basada en (A) Woolley 1952: fig. 94:7; (B) Woolley 1952: fig. 94:13; (C) Woolley 1952: fig. 94:15; (D) Woolley 1952: fig. 89; (E) Woolley 1952: fig. 94:16; (F) Woolley 1952: fig. 95.

Figura 14. Foto cortesía del Dr. Gil Stein.

Figura 15. Basada en Özdoğan 1977: lám. 12.

Figura 16. Algaze 1986b: fig. 1.

Figura 17. Basada en (A) Stucky *et al.* 1974: fig. 7; (B) Sürenhagen 1974/75: lám. 18:124; (C) Sürenhagen 1974-1975: lám. 16:92; (D) Sürenhagen 1974-1975: lám. 17:102; (E) Sürenhagen 1974-1975: lám. 7:64; (F) Hansen 1965: fig. 4; (G) Hansen 1965: fig. 11a; (H) Hansen 1965: fig. 26; (I) Le Brun 1978a: fig. 30:12; (J) Le Breton 1957: fig. 12:9; (K) Strommenger 1980a: fig. 56; (L) Strommenger 1980a: fig. 59; (M) Le Brun 1978b: fig. 9:4; (N) Amiet 1986: fig. 24:8, 14, y Schmandt-Besserat 1977: fig. 9; (O-R) van Driel 1983: figs. 23, 6, 5 y 24; (S-V) Amiet 1972: n.os 712, 525, 511, y 633; (W) Finet 1979: fig. 15; (X) Van Driel 1983: fig. 36; (Y) Heinrich 1982: fig. 90; (Z) Le Brun y Vallat 1978: fig. 7:7.

Figura 18. Basada en (A) Weiss 1985: fig. 13; (B) J. Oates 1986: fig. 3:40; (C) J. Oates 1986: fig. 3:49; (D) J. Oates

1986: fig. 3:48; (E) Mallowan 1947: lám. XXI:2; (F) Amiet 1980: lám. 21E; (G) Mallowan 1947: lám. LI:34; (H) Mallowan 1947: lám. V:I; (I) Finkel 1985: fig. 1; (J) Jasim y Oates 1986: fig. 4.

Figura 19. Basada en (A-H) Campbell Thompson y Hamilton 1932: lám. LXI: 27, 26, 23, 21, 15, 20, 1 y 16; (I) Collon y Reade 1983: fig. la; (J) Collón y Reade 1983: fig. 2a, y Campbell Thompson y Hutchinson 1931: lám. XXII: 10; (K) Collon y Reade 1983: fig. 1b; (L) Collon 1987: n.° 32; (M) Wiseman 1962: lám. 2B.

Figura 21. Algaze 1989b: fig. 2.

Figura 23. Basada en (A) Sürenhagen 1974-1975: mapa 4; (B) Behm-Blancke 1989: fig. 1.

Figura 25. Basada en Weiss y Young 1975:4.

Figura 26. Basada en (A) Weiss y Young 1975: fig. 3:3; (B) Weiss y Young 1975: fig. 3:5; (C) Young 1969: fig. 9:2; (D) Weiss y Young 1975: fig. 3:1b; (E) Weiss y Young 1975: fig. 3:1a; (F) Weiss y Young 1975: fig. 5:5; (G) Weiss y Young 1975: fig. 5:7; (H) Weiss y Young 1975: fig. 4:4; (I) Weiss y Young 1975: fig. 4:2.

Figura 27. Basada en (A) Amiet 1985: fig. 2:S.49; (B) Ghirshman 1938: lám. LXXXIX; S.43d; (C) Ghirshman 1938: lám. LXIX:S.135; (D) Ghirshman 1938: lám. LXXXVIII:S. 115; (E) Ghirshman 1938: lám. LXXXVIII:S.41; (F) Amiet 1985: fig. 4; (G) Ghirshman 1938: lám. LXXXIX:S.80; (H) Ghirshman 1938: lám. LXXXIX:S2; (I) Ghirshman 1938: lám. XCIV:S1609; (J) Amiet 1985: fig. 2:S.42; (K) Amiet 1985: fig. 2:S89; (L) Amiet 1985: fig. 3; (M) Ghirshman 1938: lám. XCIII:S.1627; (N) Ghirshman 1938: lám. XCII:S. 1630.

Figura 28. Basada en Hijara 1973: lám. 1.

Figura 29. Basada en (A) Starr 1939: lám. 40C; (B) Starr 1939: lám. 40U; (C) Starr 1939: lám. 41F; (D) Starr 1939; lám. 41D; (E) Hijara 1976: lám. 11, arriba; (F) Hijara 1976: lám. 11, arriba; (G) Starr 1939: lám. 51 L; (H) Hijara 1976: lám. 18, arriba derecha; (I) Starr 1939: lám. 41K; (J) Starr 1939: lám. 41L; (K) Abu al-Soof 1964: lám. II:IM 60 399; (L) Abu al-Soof 1964: lám. III, centro; (M) Abu al-Soof 1964: lám. II:IM 60 412; (N) Hijara 1976: lám. 6:2.

Figura 30. Algaze 1989b: fig. 3. Basada en Levine 1974a: fig. 1.

Figura 31. Basada en (A) Alden 1979: fig. 35:18; (B) Alden 1979: fig. 57:21; (C) Stein 1936: lám. XX:22; (D) Stein 1936: lám. XX:21; (E) Alden 1979: fig. 48:3; (F) Alden 1979: fig. 50:4; (G) Alden 1979: fig. 47.2; (H) Alden 1979: fig. 47:22; (I) Alden 1979: fig. 50:10; (J) Alden 1979: fig. 49.6.

Figura 33. Basada en (A) Palmieri 1973: fig. 68:17; (B) Palmieri 1973: fig. 68:18; (C) Palmieri 1981: fig. 2:6; (D) Frangipane y Palmieri 1987: fig. 5:8; (E) Frangipane y Palmieri 1987: fig. 5:6; (F) Palmieri 1973: fig. 64:3; (G) Palmieri 1981: fig. 2:5.

Figura 34. Basada en (A) Esin 1982: lám. 1:20; (B) Esin 1982: lám. 3a:3; (C) Esin 1982: lám. 3a:4; (D) Esin 1982: lám. 3a:4; (E) Esin 1982: lám. 3a:4; (F) Esin 1982: lám. 3b:7; (G) Esin 1982: lám. 3b:7; (H) Esin 1982: lám. 3b:6.

Figura 35. Algaze 1989b: fig. 5; basada en Berthoud *et al.* 1982:41, y en J.R. Caldwell 1967:12.

Figura 36. Basada en (A) Braidwood y Braidwood 1960: fig. 175:1; (B) Braidwood y Braidwood 1960: fig. 213:2; (C) Braidwood y Braidwood 1960: fig. 219.3; (D) Amiet 1963: n.° 11 (seguramente de Ras Shamra/Ugarit); (E) Amiet 1980: n.° 340 (seguramente del norte de Siria); (F) Amiet 1980: n.° 314 (de Çatal Ḥöyük).

Figura 37. (A) Heinrich 1937: lám. 50A; (B) Heinrich 1937: lám. 50D; (C) Heinrich 1938: lám. 29D; (D) Jordán 1932: lám. 19A.

Figura 38. Basada en (A) Le Brun 1978a: fig. 39:1; (B) De Genouillac 1934: lám. 8; (C) Strommenger 1980a: fig. 47; (D) Le Breton 1957: fig. 18:7; (E) Tell Agrab, Registro n.° 35: 809, Locus L14:1: Templo de Shara, Dinástico antiguo 2; (F) Mallowan 1947: lám. XIII:8; (G) Amiet 1972: n.° 430 bis; (H) De Genouillac 1934: lám. 36:4; (I) Mallowan 1947: lám. XLVII:7; (J) Le Breton 1957: 110, fig. 28:27; (K) Sürenhagen 1986a: 21, fig. 18; (L) Le Brun 1978a: fig. 37:5; (M) De Genouillac 1934: lám. IX:4880.

Figura 39. Basada en (A) Behm-Blancke *et al.* 1984: fig. 11:2; (B) Behm-Blancke *et al.* 1981: fig. 8:9; (C) Behm-Blancke *et al.* 1984: fig. 14:5; (D) Behm-Blancke *et al.* 1981: fig. 23:1; (E) Behm-Blancke *et al.* 1981: fig. 23:2; (F) Behm-Blancke *et al.* 1984: fig. 12:4; (G) Behm-Blancke *et al.* 1981: fig. 24:13; (H) Behm-Blancke *et al.* 1984: fig. 14:4; (I) Behm-Blancke *et al.* 1984: fig. 14:8.

Figura 40. Algaze 1989b: fig. 6.

Figura 42. Algaze *et al.* 1990: fig. 139.

Figura 43. Basada en Van Loon *et al.* 1988: lám. 27.

Figura 44. Basada en (A) Collon 1987: n.° 10; (B) Frangipane y Palmieri 1988: fig. 78:2; (C) Collon 1987: n.° 11; (D) Frangipane y Palmieri 1988: fig. 67:10; (E) Amiet 1973: fig. 4:4; (F) Amiet 1973: fig. 4:1; (G) Amiet 1973: fig. 4:4; (H) Frangipane y Palmieri 1988: fig. 72:27.

Figura 45. Basada en Palmieri 1985: fig. 4.

ÍNDICE DE LAS ILUSTRACIONES

Mapa del Próximo Oriente con los principales yacimientos de Uruk, 12

1. Suroeste de Irán: principales llanuras, ríos y rutas de comunicación, 34

2. La llanura susiana septentrional durante el apogeo de la ocupación de Uruk, 38

3. Paralelos entre los conjuntos culturales de la susiana y los de la llanura aluvial mesopotámica del Uruk reciente, 40

4. Norte de Siria, Alta Mesopotamia y sureste de Anatolia: principales rasgos y subdivisiones geográficos, 51

5. Plano de Habuba Kabira-süd y Tell Qannas, 57

6. Temenos central y estructuras asociadas de Uruk en Jebel Aruda, 59

7. Noreste de Siria: yacimientos en el área de la presa de Tabqa con materiales de Uruk, 61

8. Sureste de Anatolia y noreste de Siria: yacimientos en el área de Birecik-Jerablus con materiales de Uruk, 63

9. Acrópolis de Karkemish y terrazas inferiores: vista desde el norte, 64

10. Cerámicas de Uruk del tell de la acrópolis de Karkemish, 64

11. Cerámicas de Uruk de Tiladir Tepe, Şadi Tepe, Komecli, Ḥöyük y Kum Ocağı, 65

12.Şadi Tepe: visto desde el oeste, 66

13. Tiladir Tepe: visto desde el noroeste, 67

14. El gran tell de Samsat: visto desde el oeste, 69

15. Sureste de Turquía, área de la presa de Atatürk: Samsat, Hassek Ḥöyük y yacimientos próximos con cerámica de Uruk, 71

16. Plano de la estructura abovedada del período de Uruk en Nínive, 73

17. Paralelos entre los conjuntos culturales de Habuba/Qannas/Aruda y los centros de Uruk en el sur de Iraq y el suroeste de Irán del Uruk reciente, 75

18. Elementos de la cultura de Uruk en Tell Brak, 77

19. Elementos de la cultura de Uruk en Nínive, 79

20. Principales yacimientos y rutas del Próximo Oriente durante el período clásico, 82

21. Principales yacimientos y rutas mencionados en el texto, 87

22. Posibles bases de Uruk junto al Éufrates y el Balikh, 90

23. Planta de una casa de estilo Mittelsaal de Habuba Kabira-süd y del asentamiento de Uruk en Hassek Ḥöyük, 92

24. Posibles bases de Uruk junto al Khabur y yacimientos del Calcolítico reciente en el Alto Tigris con materiales de Uruk, 94

25. Planta del «Fuerte» del Nivel V de Godin Tepe, 96

26. Elementos de la cultura de Uruk en Godin Tepe, 96

27. Elementos de la cultura de Uruk del suroeste de Irán en Tepe Sialk, 98

28. Plano de la terraza con contrafuertes y casas asociadas de Qalinj Agha, 112

29. Elementos de la cultura de Uruk en yacimientos de las llanuras transtigrinas y en el Kurdistán iraquí, al pie de los Zagros, 113

30. Yacimientos de las llanuras transtigrinas y valles intermontanos del norte y centro de los Zagros con materiales de Uruk, 115

31. Elementos de la cultura de Uruk del suroeste de Irán, en la provincia de Fars, 116

32. Yacimientos tardocalcolíticos en la llanura siro-mesopotámica y en las montañas del sureste de Anatolia con materiales de Uruk, 117

33. Cerámicas originarias de Uruk o de tipo Uruk de los niveles del Período VIA de Arslan Tepe, 118

34. Cerámicas tipo Uruk de Tepecik, 120

35. Principales depósitos de cobre del sureste de Anatolia, la meseta iraní y el oeste de Afganistán, y yacimientos próximos con materiales de Uruk, 122

36. Cerámicas de tipo Uruk de la llanura de Antioquía y muestras de sellos de Uruk del norte de Siria, 125

37. Estampillas e improntas de estampillas de los niveles de Uruk de Warka, 130

38. Paralelos en los objetos de piedra en yacimientos de Uruk de la susiana, la llanura aluvial mesopotámica y Siro-Mesopotamia, 137

39. Cerámicas de Uruk de Hassek Ḥöyük, 146

40. Planta de Kurban Ḥöyük con la situación de las áreas excavadas, 148

41. Cerámicas de Uruk y cerámicas con desgrasante vegetal indígenas de los niveles tardocalcolíticos de Kurban Ḥöyük, 149

42. Frecuencias relativas de la cerámica indígena con desgrasante vegetal y cerámica lisa de los niveles tardocalcolíticos del Área A de Kurban Ḥöyük, 151

43. Planta del edificio público tripartito del Calcolítico reciente de Hammam et-Turkman, 169

44. Improntas de cilindro-sellos y de estampillas de Arslan Tepe, 173

45. Planta del complejo arquitectónico del Período VIA de Arslan Tepe, 174

46. La expansión de las sociedades mesopotámicas en el período de Uruk, 189

47. El sistema de interacción suprarregional del período de Uruk, 195

Guillermo Algaze (La Habana, Cuba, 1954) se doctoró en Arqueología del Próximo Oriente en el Instituto Oriental de la Universidad de California, Sari Diego, donde actualmente es Catedrático y Jefe del Departamento. Su trabajo de campo se ha centrado en las fronteras del mundo mesopotámico y, en particular, en el sureste de Turquía. Entre 1988 y 1990 realizó prospecciones extensivas en áreas de Turquía, entre el Tigris y el Éufrates, que iban a quedar anegadas por la construcción de nuevos pantanos. Entre 1991 y 1999 ha dirigido excavaciones arqueológicas en el centro urbano del Bronce antiguo de Tigris Ḥöyük, a unos 45 km al norte de Urfa.

Notas

[1] Para una crítica de mis argumentos manejados en la edición original inglesa de 1993, véase: P. Amiet, *Revue d'Assyriologie* 88 (1994): 92-93; P.-A. Beaulieu, *Classical World* 88 (1995): 235-236; C. Broodbank, *Antiquity 67* (1993): 645; T. Cuyler Young, Jr., *Bulletin of the American Schools of Oriental Research 297* (1995): 84-85; A. Joffe, *Journal of Field Archaeology* 21 (1994): 512-515; K. Keith, *American Journal of Archaeology* 99 (1995): 152-153; C.C. Lamberg-Karlovsky, *The International History Review* 17 (1995): 767-768; R.J. Mathews, *Bibliotheca Orientalis* 51 (1994): 665-671; S. Pollock, *Science* 264 (1994): 1481-1482; N. Postgate, *Journal of the American Oriental Society* 116 (1996): 147-148; y H.T. Wright, *American Anthropologist 97* (1995): 151-152. <<

[2] Los términos «comercio» e «intercambio» que se utilizan aquí son intercambiables, y en un sentido amplio se refieren simplemente a la transferencia de bienes entre dos o más partes basada en el trueque o la compra-venta, ya sea

directa (cara-a-cara) o indirectamente (a través de intermediarios). <<

[3] Aquí se utiliza el término «mercado» en un sentido genérico, sin implicar la existencia de un comercio de mercado (Polanyi 1975: 150) como forma de intercambio del IV milenio a.C. <<

[4] El problema es saber si el tell de 16 hectáreas de Apadana se abandonó con posterioridad al Uruk medio, como proponen algunos (Johnson 1975: 70-71; Amiet 1986: 65). La reciente excavación de un horno de Uruk en Apadana indica que no fue así. Los materiales recuperados tienen paralelos prácticamente idénticos en el Nivel 18 del sondeo de la Acrópolis I (De Miroschedji 1976: 22-25), un nivel que Johnson atribuye (1975: 45) al Uruk reciente. Además, como indica Dittmann (1986a: 185), varias evidencias de las antiguas excavaciones francesas en la zona también sugieren que Apadana pudo estar al menos parcialmente ocupado durante el Uruk reciente. <<

[5] La ausencia en Chogha Mish de artefactos característicos sólo del Nivel 17 del sondeo de la Acrópolis I de Susa sugiere que el supuesto colapso tuvo lugar en el período del Nivel 18 de la Acrópolis I de Susa. Esta inferencia se basa en la siguiente evidencia:

a. En Chogha Mish las bolas incisas son corrientes y aparecen en las casas, pero en cambio las tablillas numéricas son excepcionales, y los pocos ejemplares que existen se descubrieron básicamente en pozos del interior de las casas donde estaban la mayoría de las bolas (H.J. Kantor, com. personal, 1985).

b. La preponderancia de las bolas sobre las tablillas como material de contabilidad recuerda el patrón del Nivel 18 de Susa y difiere del Nivel 17, donde las tablillas dominan sobre

las bolas (Dittmann 1986a: 556).
c. La ausencia en Chogha Mish de tablillas numéricas del tipo convexo, a veces con un único pictograma (véase fig. 271), que en Susa no aparecen hasta el Nivel 17 (véase el cap. 5, n. 29).
d. Varios tipos cerámicos característicos con conexiones proto-elamitas posteriores que aparecen sólo en el Nivel 17 de Susa están ausentes en Chogha Mish, a pesar de las extensas excavaciones realizadas. Entre estos tipos cabe mencionar: cuencos altos de borde biselado (Le Brun 1978a: fig. 20: 9), jarras abolsadas sin borde con pitorros muy largos (Le Brun 1978a: fig. 24: 9-10) y jarras de cuatro asas con bandas blancas y negras (Le Brun 1978a: fig. 53: 4). <<

[6] Especialmente importante para estas correlaciones es la primera utilización de los cilindro-sellos. Es difícil determinar exactamente cuándo se introdujeron en Warka, ya que el grueso de la evidencia pertinente permanece inédito (Nissen 1986b). Además, muchas de las improntas de sello que se han publicado proceden de los niveles de la secuencia del zigurat de Anu que no se correlacionan exactamente con determinados niveles de la secuencia de Eanna, mucho mejor conocida. Pero las recientes revisiones de la evidencia glíptica de esta última secuencia sugieren que en varias subfases del Nivel IV son corrientes las improntas de cilindro-sellos y los artefactos con improntas. No sabemos si se iniciaron en una fase más antigua, aunque algunas improntas, lamentablemente sin claras asociaciones arquitectónicas, se atribuyen al Nivel V (Brandes 1979; Dittmann 1986c). Por lo tanto, una hipótesis conservadora asociaría la primera aparición del cilindro-sello en Warka a los Niveles VI o IV de la secuencia de Eanna, que evidencia una manifiesta continuidad tanto desde el punto de vista cerámico como arquitectónico (Nis-

sen 1986b). En Nipur, los sellos más antiguos (del tipo llamado Jemdet Nasr que representa mujeres con trenza o coleta) aparecen en el Nivel XVI de la secuencia del Templo de Inanna y las improntas de cilindro-sello más antiguas en el Nivel XV. Pero la representatividad de la evidencia de Nipur es dudosa, ya que el área excavada era muy pequeña (Wilson 1986). La situación en Susa es más clara, aunque el área excavada es también limitada: las improntas de cilindro-sello más antiguas se descubrieron en el Nivel 20 del sondeo de la Acrópolis I (Le Brun, citado en Dittmann 1986c: 333, n. 5), las tablillas incisas más antiguas en el Nivel 19, y las bolas incisas más antiguas en el Nivel 18, aunque las fichas asociadas también aparecían en el Nivel 19 (Dittmann 1986c: tabla 50). <<

[7] Aunque en la llanura susiana no se han identificado estructuras monumentales bien conservadas del período de Uruk, las representaciones glípticas indican la indudable presencia de este tipo de estructuras de planta tripartita con elaborados nichos exteriores y contrafuertes típicos de la arquitectura de Uruk. La estructura que aparece representada en una estampilla de Susa (fig. 3Y) ilustra lo que sin duda es un templo (con astas laterales) en la cima de una plataforma reforzada de estilo idéntico al de los edificios del período de Uruk excavados en la llanura aluvial mesopotámica (por ej., en Warka [fig. 3AA], en Tell Uqair [Heinrich 1982: fig. 105] y en Eridu [Safar, Lloyd y Mustafa 1981: 78-82] y en algunos enclaves septentrionales de Uruk (por ej., Tell Qannas [fig. 17W], Jebel Aruda [fig. 6] y Tell Brak [fig. 18a]. <<

[8] Compárese, por ejemplo, Amiet 1972: n.os 695 y 700 (Susa); Amiet 1986: fig. 22: 1 (Chogha Mish); y Amiet 1980: n.os

636 ss. (de procedencia diversa y desconocida, principalmente de Warka). <<

[9] Para una comparación minuciosa de las semejanzas y diferencias entre los motivos de la glíptica de Uruk de la susiana y los de la llanura aluvial mesopotámica, véase Amiet 1972, 1986. La observación de Amiet (1979a) de que las escenas seculares de la glíptica de Uruk parecen más corrientes en Susa y en general en el Khuzestán que en la llanura aluvial mesopotámica, donde predominan las escenas religiosas, no hay que interpretarla como dos tradiciones esencialmente distintas, sobre todo porque la evidencia de Susa se ha analizado a conciencia y la evidencia de Warka sólo se ha publicado parcialmente (Nissen 1986b). Antes bien, las diferencias iconográficas que observa Amiet reflejarían ante todo la variabilidad de los contextos que depararon el material glíptico. La mayor parte de la evidencia de la Baja Mesopotamia procede de los recintos de Eanna y Anu, seguramente el centro religioso-administrativo de Uruk. En cambio, en la medida en que se ha podido determinar, las estampillas de la susiana parecen proceder de contextos fundamentalmente seculares y privados. Esta interpretación vendría avalada por las estampillas recuperadas en las nuevas excavaciones realizadas en Susa y Chogha Mish (Le Brun 1971, 1978a; Delougaz y Kantor, s.f.), aunque ya no sea posible determinar el contexto original de gran parte de la glíptica de Uruk de Susa recuperada en las excavaciones anteriores. <<

[10] Warka es el actual nombre árabe de la antigua ciudad de Uruk, la Erech bíblica. (*N. de la T.*) <<

[11] Los tipos en cuestión incluyen varias formas con simples motivos pintados y una singular pequeña botella puntiaguda de boca abierta (Nissen 1972: 100-101, fig. 30d-e; Von Haller 1932: láms. 17D: r, s-u [Eanna XIII]; 18A: k'-n'[Ean-

na XII]; 18B: a-d [Eanna XII], z, a'-c'[Eanna XI-X]; y 18C: k, q'-t'[Eanna IX-VIII]). Para una aclaración del contexto de los paralelos de Warka, véase Sürenhagen 1986b. <<

[12] Para un comentario sobre la evidencia pertinente, véase el capítulo 3, nota 29. (≡nota 43 en esta edición digital, N. del E.D.) <<

[13] De un total de dieciséis tipos atribuidos al período de Uruk antiguo en la susiana, once no aparecen en Warka (Johnson 1973: 54-55, tipos 1, 3-10, 13 y 15). <<

[14] Johnson 1973: 54-55. Los tipos en cuestión son el tipo 2 (añádase a la interpretación de Johnson la presencia de este tipo en la secuencia de Eanna: Von Haller 1932: láms. 18C: e' [Eanna IX-VIII], 19C: 1 [Eanna VI]); tipo 11; tipo 12 (añadir Von Haller 1932: láms. 18C: b'[Eanna IX-VIII], 18D: 1 [Eanna VII] y 19B: e', h'[Eanna VI]); tipo 14 (añadir Von Haller 1932: láms. 18C: u [Eanna VIII], 19B: k" [Eanna VI] y 19D: a [Eanna VI]); y tipo 16. Para una aclaración del contexto de los paralelos de Warka, véase Sürenhagen 1986b. <<

[15] Aunque la cifra de 200-250 mm de precipitación media anual suele considerarse el mínimo necesario para garantizar los cultivos, esta estimación podría ser excesivamente optimista (Fischer 1978: 375-376 n.1). Un estudio de la variación de las pautas de precipitación anual entre 1928 y 1946 en algunas zonas de las llanuras siro-mesopotámicas correspondientes al actual sureste de Turquía presenta un caso relevante. Se observó que la variabilidad interanual era tan alta que durante al menos once de los diecinueve años sobre los que existen datos, gran parte de las provincias de Urfa, Adiyaman y Gaziantep, con unos 300-400 mm de media, debían clasificarse como semiáridas (Erinç 1950: 223, fig. 9). En el sur de Siria, durante un famoso período de sequía (de 1958 a 1960), también hubo que abandonar el cultivo de amplias zo-

nas del país cuya precipitación anual media ronda los 300-400 mm. Las áreas afectadas incluían los alrededores de Alepo, habitualmente bien regadas, e incluso extensas zonas de la región del Alto Khabur (Wirth 1971: 91-92, mapas 3-4). <<

[16] Por ejemplo, en su *Geografía* Estrabón distingue claramente entre el territorio de *Coele Siria*, esto es, la franja costera levantina, el valle de la Bekaa y los montes Líbano/Anti-Líbano, y la propia Siria, que define de la forma siguiente: «Siria limita al norte con la Cilicia y el monte Amanus... al este con el Éufrates y *Arabia Scenitae* al este del Éufrates, y al sur con la *Arabia Félix*» (16.11.1-2). <<

[17] Los yacimientos en los que van Loon (1967: 3 n. 3) dice haber descubierto materiales de Uruk sin especificar son Tell Zreyjiye, cerca de Sheikh Hassan, en la margen oriental del río, Mureybit Ferry, también en la margen oriental pero al sur de Mureybit, y Tell Kreyn, en la orilla occidental del río pero en el extremo meridional del área inundada por la presa. Van Loon también constató la presencia de cerámica de Uruk en Tell Abu Hureyra, pero durante las excavaciones realizadas en el yacimiento no se identificaron estos materiales (A. Moore, com. personal, 1990). <<

[18] Salvo Karkemish, los yacimientos de Uruk del sureste de Turquía que aparecen en la figura 8 se descubrieron a raíz de una prospección realizada bajo mi dirección (Algaze 1989a; Algaze *et al.* 1991). La presencia de cerámica de Uruk en Jerablus Tahtani, en Siria, la confirma Gil Stein (com. personal 1989), quien visitó el yacimiento en 1988 como parte del Proyecto del Éufrates de Chicago, destinado a prospectar las áreas afectadas por la presa del Tishrin. Strommenger

(1980a: 62) constata niveles de Uruk en Jerablus, también en Siria. <<

[19] El sello en cuestión se halló a una profundidad no determinada debajo de la muralla del II milenio que rodeaba la acrópolis de Karkemish (Woolley 1921: lám. 25B: 2; compárese con la fig. 19L [Nínive] y Amiet 1980: n.° 348 [Warka fuera de contexto]). <<

[20] El hallazgo de una típica jarra de cuatro asas con las características incisiones en el hombro y pintura roja bruñida al parecer a unos 22-23 metros sobre el nivel de la llanura aluvial del Éufrates (Woolley 1952: 228, lám. 66A), cuando los cuencos de borde biselado son la pauta en los niveles superiores situados en la cota de los 26 metros (ibid.), da una idea de la profundidad de la ocupación de Uruk en el tell de la acrópolis de Karkemish. Se halló asimismo una jarra con el típico pitorro adosado al borde (fig. 10F; compárese Le Breton 1957: 96, fig. 10: 16 [Susa BJ) en una habitación situada a unos 26-27 metros sobre la llanura aluvial (véase el croquis de la sección en Woolley 1952: 209, fig. 84). <<

[21] Un segundo cilindro-sello de Samsat, hallado en la superficie, también contiene un grabado del mismo estilo, en este caso una hilera de animales (¿cabras?) estilizados erectos, de nuevo bajo motivos escalonados (Özğuç, 1987: 431, fig. 9). Este sello es interesante porque la versión del motivo animal que representa tiene paralelos en el repertorio glíptico de otros yacimientos de Uruk, entre otros Jebel Aruda (Van Driel 1983: 38-40, n.os 5 y 9), Susa (Amiet 1972: n.os 525 [Uruk reciente] y 911 [Protoelamita]) y Warka (Schott 1933: lám. 28E [Eanna III]; Amiet 1980: n.os 379 [del Sammelfund, Eanna III]). Se sabe de sellos similares en yacimientos sirios, pero lamentablemente sin contexto ni cronología precisos

(por ej., Amiet 1963: 66-67, fig. 12 [aquí ilustrado como fig. 36D, supuestamente procedente de Ras Shamra, de contexto desconocido] y Buchanan 1966: n.° 716a). <<

[22] El pequeño yacimiento cerca de Bozova es Söğüt Tarlasi, a unos 25 kilómetros de Samsat (Benedict 1980: 178, lám. 18). La prospección de Özdoğan (1977) identificó yacimientos en las inmediaciones de Samsat. En 1983, con la amable autorización del Dr. Özdoğan, pude examinar la colección actualmente depositada en el Laboratorio de Prehistoria de la Universidad de Estambul. Los comentarios que siguen se basan fundamentalmente en aquellas observaciones. Los yacimientos donde aparecieron cuencos con desgrasante calcáreo y cerámica de borde biselado de tipo Uruk además de cerámica indígena con desgrasante vegetal son Kurban Ḥöyük (U50: 7), situado a unos 7 kilómetros de Samsat río abajo, pero en la orilla opuesta (véase también Algaze *et al.* 1990); Hayaz Ḥöyük (U50: 4), a unos 15 kilómetros al sur y en la misma orilla (véase Thissen 1985); Grik (T52: 20) a unos 4 kilómetros al norte del río; Karadut Mevkii (T51: 33) a unos 12 kilómetros de Samsat río arriba (véase Schwartz 1988a), Lidar Ḥöyük (T51: 40) a unos 9 kilómetros de Samsat pero en la otra orilla, y Torçik Mevkii (T51: 49), a un kilómetro de Lidar río arriba. <<

[23] Los yacimientos en cuestión son Toprak Kale (S52: 19) y Hassek Ḥöyük (S52: 18) en la margen oriental del río y Tille (S52: 11) en la margen opuesta al otro lado de Hassek (Özdoğan 1977). <<

[24] La dimensión total de este yacimiento es de 10,6 hectáreas. Pero sólo se recuperaron cerámicas de Uruk en la su-

perficie de la ladera de un tell mucho más pequeño, de unos 125 metros de diámetro, unos 10 metros más abajo. <<

[25] Dado que la fecha de la secuencia del Eye Temple de Brak es crucial para mi argumentación, es preciso revisar la evidencia reunida por Mallowan (1947: 31) que atribuyó todas las estructuras, excepto las más antiguas (rojas), al período Jemdet Nasr. Parece que aquella datación se basó en la semejanza entre los «sellos, amuletos, formas cerámicas, arquitectura y decoración aplicada» de Brak y los materiales de los niveles de Jemdet Nasr de otros yacimientos. Cuando Mallowan escribió estas líneas constituían una evidencia muy precisa (excepto en el caso de la cerámica), pero nuevas evidencias indican ahora que aquella afirmación ya no es pertinente. La nueva estimación de la evidencia del período de Uruk de Tello (Buchanan 1967: 535) y la evidencia reciente de yacimientos como Habuba Kabira-süd y Jebel Aruda, en el norte de Siria, y de Chogha Mish y Susa en el suroeste de Irán, demuestran claramente que gran parte del llamado estilo glíptico de Jemdet Nasr (caracterizado por dibujos esquemáticos y perforaciones sumamente toscas) ya aparece en el período de Uruk (Nissen 1986b: 327-328). También muchos amuletos que Mallowan atribuyó al período Jemdet Nasr pertenecen, en realidad, a los niveles de Uruk (para más referencias, véase el capítulo 4, n.° 14). Los amuletos oculados que Mallowan menciona, por ejemplo, aparecen no sólo en los niveles Jemdet Nasr de Khafajah (Sin IV), como muy bien identificó Mallowan en su día, sino también en contextos del período de Uruk de varios yacimientos del Khuzestán, como Chogha Mish (Delougaz y Kantor, s.f.) y KS 54 (G. Johnson, com. personal, 1988). Pero la razón de mayor peso esgrimida por Mallowan para atribuir el Eye Temple al período Jemdet Nasr fue la semejanza de su planta, su plataforma y la deco-

ración mural con las del Templo Blanco de Warka y del Templo Pintado de Tell Uqair, ambos atribuidos también por Mallowan al período Jemdet Nasr (1947: 32, 58, 61-62). Pero tampoco esta hipótesis resulta ya sostenible. Recientes reconsideraciones de la evidencia de Warka indican ahora que el Templo Blanco data del período de Uruk (Schmidt 1978a; Strommenger 1980b: 486-487). Con Uqair pasa lo mismo. Aunque la «Capilla» situada junto a la plataforma del templo pertenece sin duda al período Jemdet Nasr, el propio Templo Pintado y la plataforma asociada, que sirven de fundamento a los paralelos de Mallowan, son, desde el punto de vista estratigráfico, más antiguos y claramente de Uruk, como ya constataron correctamente los arqueólogos originales (Lloyd y Safar 1943: 148-149). <<

[26] Para otros sellos e improntas de Uruk en Brak fuera de contexto, véase Mallowan 1947: lám. XXI: 11, 15, 17; Buchanan 1966: n.os 708, 709, 711, 714, 716, 726; y D. Oates 1985: lám. XXXa. Para otros tipos cerámicos de Uruk en Brak fuera de contexto, véase J. Oates 1986: fig. 3, láms. 4-5. <<

[27] Compárese, por ejemplo, Amiet 1972: n.° 493 (Susa); Schott 1933: lám. 24A; y Lenzen 1960: lám. 19A (Warka). <<

[28] Sobre la escena de caza, compárese Amiet 1972: n.° 604 (Susa). Sobre los animales de cuellos cruzados, compárese Amiet 1972: n.os 479, 588 (Susa) y Amiet 1980: n.° 195 (Warka). <<

[29] Para más referencias sobre este tipo de sello y dibujo, véase Le Brun 1971: fig. 43: 10 (Susa, Nivel 21 [?]), y Amiet 1980: n.os 352 (Tello), 348 (Warka, fuera de contexto). <<

[30] Diversas fuentes arqueológicas, literarias e históricas ofrecen evidencia relevante sobre las rutas y comunicaciones de la época clásica. Entre las fuentes arqueológicas más úti-

les cabe mencionar una serie de prospecciones terrestres y aéreas realizadas en las décadas de 1930 y 1940 (Poidebard 1934; Poidebard y Mouterde 1945; Gregory y Kennedy 1985). Estas prospecciones ofrecen datos sobre el recorrido real de las rutas que atravesaban Asia occidental en época romana y ayudan a complementar las fuentes escritas que han llegado hasta nosotros. Entre estas últimas, las más importantes son la *Historia* de Heródoto, la *Historia Natural* de Plinio, y la *Geografía* de Estrabón. También son útiles algunos relatos de viajes, como el detallado periplo de Isodoro de Charax, las *Bases Partas*.

Pero sin duda la fuente histórica más importante es la *Tabula Peutingeriaria*, un mapa fechado en el siglo IV d.C. con las rutas comerciales del mundo romano, desde Inglaterra hasta la India. Aunque es sabido que la *Tabula* contiene algunos errores y omisiones, todavía constituye el mejor marco para conocer el itinerario de las rutas que atravesaban Asia occidental en la época tardorromana (Miller 1962). <<

[31] El emplazamiento de Bezabde ha sido objeto de gran controversia (resumida en Lightfoot 1983). Actualmente el problema parece resuelto gracias al descubrimiento de una gran ocupación tardorromana con arquitectura monumental situada a ambos lados del Tigris, a unos 13 kilómetros al norte de Cizre, sin duda correspondiente a la Bezabde/Fenicia de la crónica de Amiano. Para más detalles sobre el yacimiento, véase Algaze 1989a; Soylemez y Lightfoot 1991). <<

[32] Parece que la ruta terrestre que bordea el Tigris fue la preferida de los Seleúcidas, al menos a juzgar por la orientación de sus colonias y nuevas fundaciones en la Alta Mesopotamia, y por el hecho de que Seleúco Nicator sustituyera la Babilonia del Éufrates por una nueva capital junto al Tigris, Ctesifonte (Stark 1966: 102). Además, esa ruta del Tigris tam-

bién fue importante en época romana: Trajano utilizó esta ruta para ir a Ctesifonte a principios del siglo II d.C. (Stark 1966: 210), y esa ruta la conocía el autor anónimo de la *Tabula Peutingeriana*, aunque en realidad su mapa refleja las condiciones de la época en que Roma controlaba gran parte de la Alta Mesopotamia (Miller 1962: mapa X). <<

[33] También aparece cerámica de Uruk de tipo indeterminado en el importante yacimiento de Tell Zaidan, en los alrededores de Raqqa (Sürenhagen 1986a: 15). Pero a falta de excavaciones o de prospecciones más precisas, la estimación de la índole y la extensión de la ocupación de Uruk en Zaidan, si es que la hubo, dependerá de futuras investigaciones. <<

[34] En la margen occidental: el Yacimiento 1 (Mulla Matar), el Yacimiento 7 (Ziyade) y posiblemente el Yacimiento 26 (Fleti-norte). En la margen oriental: el Yacimiento 40 (Umm Qseiroeste) y el Yacimiento 58 (Masnaqa) (Monchambert 1984: 2, 5-7, n. 8). <<

[35] Seguramente uno de estos yacimientos es Tepe Deshawar, a 7 kilómetros de Kermanshah, donde Braidwood (com. personal, 1988) y sus colegas excavaron varios tipos cerámicos de Uruk. <<

[36] Con pocas excepciones (por ej., Dyson 1965: 227), la mayoría de autores consideran que el Período IV de Sialk es posterior al período de Uruk (por ej., Alden 1982: 615; Lamberg-Karlovsky 1985: 60), basándose en la fuerza de la típica cerámica proto-elamita (por ej., Ghirshman 1938: lám. XXVI: 4) y de las tablillas administrativas protoelamitas, ya plenamente desarrolladas (por ej., Ghirshman 1938: láms. XXXI: 1 y XCII: S28) halladas en niveles del Período IV del yacimiento. Pero recientemente Pierre Amiet utilizó registros de excavación aún inéditos para diferenciar más nítidamente la pro-

cedencia de la mayoría de los materiales publicados de Sialk IV. Este reanálisis (Amiet 1985, 1986: 66-70) le ha permitido demostrar que los materiales de principios del III milenio de Sialk IV sólo se encontraron en el nivel más tardío atribuido a esa ocupación (IV2) y que los materiales de la fase Sialk IV.1, mucho mejor conservados, parecen ser del Uruk reciente. <<

[37] Para otros ejemplos, véase Ghirshman 1958: lám. XCIV: S1609-S1614, S1655, S1654. Para una aclaración del contexto, véase Amiet 1985: 506. <<

[38] Compárese, por ejemplo, el Corpus de estampillas y el material de contabilidad de los niveles de Uruk del sondeo de la Acrópolis I de Susa (Le Brun y Vallat 1978; Le Brun 1978b) con los de Jebel Aruda (van Driel 1982, 1983) y Habuba Kabira-süd (Töpperwein 1973: Strommenger 1980a: (figs. 55-57). Para un estudio iconográfico de las estampillas de las distintas regiones, véase Teissier 1987. <<

[39] Esta datación contradice la de Sürenhagen (1986a: 32), que atribuye el complejo de Habuba/Qannas/Aruda al período Eanna VII-VI, basándose fundamentalmente en paralelos cerámicos. <<

[40] Sin embargo, según Le Brun (que excavó la secuencia de la Acrópolis I de Susa), las cerámicas de el-Kowm 2 Caracol pertenecen a una «fase avanzada pero no final de la cultura de Uruk» (Cauvin y Stordeur 1985: 195). <<

[41] Véase asimismo Ghirshman 1938: láms. XXXI: 2, 5, 7; XCII: 1617-1619, 1621; XCIII: 1620, 1622, 1625, 1627, 1632. <<

[42] Las tablillas en cuestión son Ghirshman 1938: láms. XXXI: 3, 4, 6; XCII: 1626; XCIII: 1624. <<

[43] Característico de ésta subfase fundamentalmente hipotética sería un grupo de tablillas descubiertas en las antiguas

excavaciones de Susa con las típicas improntas de Uruk junto a un pictograma aislado (Le Brun y Vallat 1978: 31-32, n.° 94). Entre los ejemplares publicados cabe citar: Amiet 1972: n.os 474 [rectangular] y 604 [convexa]; Amiet 1979a: fig. 7 [convexa]; Dittmann 1986a: fig. 9: 6 [convexa]). <<

[44] No es posible saber de forma concluyente si las condiciones de las llanuras siro-mesopotámicas en la época de la intrusión de Uruk eran muy diferentes de las actuales. Los análisis polínicos no ayudan, ya que el polen recuperado procede fundamentalmente de los lagos de las montañas y su distribución es irregular (Van Zeist y Bottema 1982, con referencias). Lo mismo ocurre con los profundos sedimentos marinos del golfo Pérsico, que reflejan sobre todo las condiciones de las llanuras del sur y del suroeste, no las del nacimiento de los ríos en Anatolia e Irán. Parece existir cierta evidencia en los lugares centrales que sugieren un aumento de la afluencia (y por lo tanto de las precipitaciones) del sistema fluvial del Tigris-Éufrates-Karun entre el 5000 y el 3500 a.C. más o menos (Nützel 1976, con referencias), pero esta evidencia se basa exclusivamente en fechas de radiocarbono dispersas y, por lo tanto, las correlaciones con los datos arqueológicos que poseemos actualmente son poco fiables. <<

[45] Pero Henry Wright (com. personal, 1992) lanza, con razón, un toque de atención y de prudencia, cuando sugiere que si en Habuba-süd existieron silos para almacenar grano, es probable que estuvieran a orillas del río, un área donde el muestreo arqueológico fue inadecuado. <<

[46] Aunque no se hallaron cerámicas de Uruk en Qalinj Agha, la planta tripartita de las casas coincide con la de otros yacimientos de Uruk (por ej., Ludwig 1979: fig. 2A-B), y las casas asociadas a una plataforma reforzada también apare-

cen en otros contextos de Uruk, concretamente en el área oeste de Chogha Mish (H.J. Kantor, com. personal, 1988). <<

[47] Concretamente, compárese Mallowan 1947: láms. XII: 3, 4; XVII: 12-13; XX: 7-8. <<

[48] El término «Banesh antiguo» tal como aquí se utiliza es anterior a la consolidación de Tel-i Malyan como gran centro regional y abarca el Banesh inicial y el Banesh antiguo de la periodización de Alden (1979). <<

[49] Concretamente, en el Duzd-i-Gabri Pass, distrito de Bavanat, cerca de Mung (Stein 1936: 209-210, mapa). Parece que el depósito habría contenido al menos catorce vasos intactos, pero sólo se publicaron fotos de cuatro de ellos (Stein 1956: lám. XIX: 9, 12; XX: 21-22). Dos de aquellos cuatro presentan formas típicas de Uruk: una jarra con pitorro (fig. 5ID) y un cazo (fig. 51C). <<

[50] La publicación original atribuía las jarras en cuestión al Nivel III.6 (Ghirshman 1958: 47), pero ahora se atribuyen al III.7, según la revisión de Amiet (1986: 66) de la estratigrafía y hallazgos de Sialk. <<

[51] Pero parece que los arqueólogos no consideraron estos fragmentos de cuenco de borde biselado como intrusivos y no aparecen mencionados en el informe final (Lamberg-Karlovsky y Beale 1986). <<

[52] Por ejemplo: Tunca 1979: n.° 103; Amiet 1963: n.os 7-11; Buchanan 1966: n.os 1, 18, 703-706, 712-713, 716a y 725; y Hogarth 1920: fig. 60. Los sellos de estilo Uruk de la colección Marcopoli (Teissier 1984: n.os 1-13, 15-16, 53) son seguramente de origen sirio, aunque no en todos los casos se pueda demostrar esta afirmación. Pero dos sellos de esta colección (Teissier 1984: n.os 2-3) presentan un tipo de perforación que

traiciona su origen norsirio (Hogarth 1920: 54; Braidwood y Braidwood 1960: 488 n. 15). <<

[53] Dos de los cuatro son de Judeidah JK3, Niveles 18-19, y aparecen *in situ* (Braidwood y Braidwood 1960: 332, fig. 254: 2-3), mientras que los otros dos se hallaron fuera de contexto en niveles más tardíos (Braidwood y Braidwood 1960: (figs. 297: 5 y 381: 7). <<

[54] Por ejemplo, en Tepe Gawra (Tobler 1950: láms. CLXV: 104, CLXVI: 107), Arpachiyah (Buchanan 1967: (figs. 5, 6, 9, 13) y Arslan Tepe (Frangipane y Palmieri 1988: (figs. 70: 18, 74: 50). <<

[55] Fig. 37A (Ziggurat de Anu, entre los estratos C y D, debajo del Templo Blanco): compárese Tobler 1950: lám. CLXV: 109 (Gawra XII); Speiser 1935: lám. LVI: 9, 12 (Gawra VIII); Frangipane y Palmieri 1988: fig. 74: 50 (Arslan Tepe VIA); y Buchanan 1967: fig. 12 (Arpachiyah). Fig. 37B (bajo la rampa del Ziggurat de Anu, Nivel X [para su localización, véase Heinrich 1937: 28]): compárese Frangipane y Palmieri 1988: fig. 74: 41 (Arslan Tepe VIA). Fig. 37C (Ziggurat de Anu, entre los estratos C y D debajo del Templo Blanco): compárese la fig. 44H y Frangipane y Palmieri 1988: fig. 71: 22 (Arslan Tepe VIA). Fig. 37D (Eanna XII): compárese la fig. 44G (Arslan Tepe VIA). Para otros sellos que también podrían proceder del norte y del área del Templo Blanco/Ziggurat de Anu, pero de estratificación incierta, véase Jakob-Rost 1975: n.os 15 y 27. <<

[56] Cuando los esperados informes finales de las excavaciones de Warka finalmente se publiquen, seguramente aportarán abundante información nueva sobre la gama de importaciones presentes en los yacimientos de Uruk de la llanura

aluvial mesopotámica. Para conocer los plazos y planes de publicación, véase Boehmer 1991. <<

[57] Los excavadores alemanes llamaron así a un edificio construido a base de pequeños adobes rectangulares y planos o *riemchen* de 10×10×20 cm, que constituyen el indicador más característico del período IV de Uruk-Warka. (*N. de la T.*) <<

[58] No se limitan a las aves de presa y a las cabezas de león ilustradas en la figura 38. Existen otros muchos tipos de amplia distribución, como por ejemplo, bóvidos acostados (compárese Susa [Le Breton 1957: fig. 31: 1-2; para una aclaración del contexto, véase Amiet 1986: 57, n. 3] y Warka, el depósito del Sammelfund [Behm-Blancke 1979: lám. 2: 11, 13]) y los animales acostados con la cabeza ladeada (compárese Susa [Amiet 1972: n.os 418, 423], Tello [De Genouillac 1934: lám. 36: 6i] y Brak [Mallowan 1947: lám. XV: 18, 22]). <<

[59] Además de los ejemplos que se ilustran en la figura 38, compárense las jarras piriformes con los cuellos volteados de Susa (Le Breton 1957: fig. 28: 43; Le Brun 1978a: fig. 37: 1, 3, 4), Tello (De Genouillac 1934: láms. 6: 3a-c y 7: 3) y Tell Qannas (Weiss 1985: 112, n.° 31) y los vasos zoomorfos de Susa (Le Breton 1957: fig. 30: 1) y Warka (Jordán 1932: lám. 18A). <<

[60] Compárese, por ejemplo, Alden 1979: fig. 58: 1-3, y De Genouillac 1934: lám. X: 4858, 5297 (Tello) y Heinrich 1937: lám. 60 (Warka). <<

[61] Pese a que los materiales del Calcolítico reciente y de Uruk se recuperaron juntos en Karkemish (Woolley 1952: 214-226) bastante antes que en Nínive, los retrasos en la publicación de los resultados certifican que fue en Nínive y no en Karkemish donde apareció nuestro primer indicio real de

la existencia de importantes contactos entre la llanura aluvial sur-mesopotámica y las llanuras siro-mesopotámicas en el período de Uruk. <<

[62] Pero Brak aún no ha deparado evidencia de una relación cronológica entre el conjunto indígena del Calcolítico reciente (Fielden 1981a) y la tradición intrusiva de Uruk (J. Oates 1985, 1986). <<

[63] Agradezco a los señores M.R. Behm-Blancke, M.R. Hoh y Alwo von Wickede que nos permitieran, a mí y a los miembros del equipo de excavación de Kurban Ḥöyük, seguir los progresos de sus excavaciones en Hassek Ḥöyük y ver parte del material pertinente. <<

[64] Para conocer los porcentajes exactos habrá que esperar a la publicación final de los datos del yacimiento, pero los informes preliminares demuestran claramente que las cerámicas con desgrasante vegetal son numéricamente el componente mayoritario (Behm-Blancke *et al.* 1981: 42-45). <<

[65] Compárese Behm-Blancke *et al.* 1981: lám. 12: 3, 4; Behm-Blancke *et al.* 1984: lám. 12: 1; y Behm-Blancke 1985: 101, fig. 9. <<

[66] Compárese Behm-Blancke 1986: 146, fig. 2 (Hassek): Mallowan 1947: lám. XXX: 12 (Brak); y Jordán 1931: 32, fig. 19 (Warka). <<

[67] Paradójicamente, un yacimiento como Nínive, con su larga secuencia, podría haber proporcionado la clave para conocer el desarrollo del Calcolítico reciente en el norte, sobre todo la relación entre el conjunto indígena del Nínive III, con paralelos en Gawra y en otros lugares, y la evidencia de procedencia mesopotámica del Nínive IV. Lamentablemente, como reconoce incluso el propio director de la excavación, el crucial sondeo que permitió detectar por primera vez la tran-

sición entre ambos conjuntos no se realizó con la precisión necesaria para poder conocer la naturaleza del proceso (Campbell Thompson y Mallowan 1933: 29). <<

[68] En Kurban Ḥöyük cabe identificar un conjunto tardocalcolítico aún más antiguo. En otra zona de excavación del yacimiento, en el Área COI, se excavó un pozo (Locus COI-203) cuya estratificación es por desgracia incierta. Las cerámicas descubiertas en su interior contenían todas ellas desgrasante vegetal, y parecen ser una versión más tosca del típico conjunto de la fase inicial del Calcolítico reciente del Área A: se documentan algunos tipos similares, pero en general más toscos y sin los indicios de fabricación a torno que aparecen en el conjunto del Área A. Esta fase tipológicamente más antigua sería anterior a la introducción del torno rápido en el área de la presa de Atatürk y se distingue por la total ausencia de cerámicas con desgrasante calcáreo, aunque por lo demás es similar a la fase más antigua del Calcolítico reciente del Área A (Algaze *et al.* 1990: láms. 17-18, tabla 18). <<

[69] De un total de 2159 fragmentos de la fase inicial del Calcolítico reciente del Área A, Fase 6, sólo dos representan tipos de Uruk (un borde biselado y un fragmento de una copa cónica). En términos relativos, estos dos fragmentos re-

presentan menos de la décima parte del 1 por ciento del total (Algaze *et al.* 1990: tabla 11). <<

[70] Agradezco al Dr. Harvey Weiss su autorización para estudiar parte del material de Leilan en New Haven, en noviembre de 1983. <<

[71] Maria Trentin, del Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres, también comparte esta opinión. Agradezco sus consejos y sus comentarios. <<

[72] Nótese, sin embargo, que las bandejas o fuentes planas de borde biselado o trifolio (Mellaart 1981: figs. 164-167) que aparecen en el área del Qoueiq, y que son tan corrientes en los contextos tardocalcolíticos excavados en numerosos yacimientos, fueron incorrectamente atribuidos por Mellaart al período «EB III». Pero ello prácticamente no afecta al número total estimado de yacimientos tardocalcolíticos del área, ya que casi todos los yacimientos que depararon este tipo de fuentes mal atribuidas se habían asociado igualmente al Calcolítico reciente a partir de otros diagnósticos. <<

[73] Los yacimientos en cuestión son Hailane, Mouslimiye, Fafine, Maled, Dabiq, Bahourte, Archaq, Kadrich y Chair (para planos y medidas, véase Matthers 1981: (figs. 46, 50, 45, 49, 44, 41, 39, 48 y 43, respectivamente). <<

[74] Los niveles tardocalcolíticos de Tell Judeidah salieron a la luz en el sondeo JK3 realizado en el extremo occidental del tell (Braidwood y Braidwood 1960: 5-11, fig. 4). Además, también se reconoce cerámica tardocalcolítica en el lado opuesto (noreste) del yacimiento, donde los habitantes de la

aldea habían practicado recientemente algunos cortes (observación personal, 1988). <<

[75] Para más detalles, véase el capítulo 3, notas 8-9.(≡notas 22-23 en esta edición digital, N. del E.D.) <<

[76] Los tres yacimientos están situados cerca de Samsat: Biricik (U50: 01) y Almalik (U50: 13), en la misma orilla pero río abajo, e Incirli (T51: 42) a unos 4 kilómetros río arriba y en la orilla opuesta. <<

[77] Además de Samsat, Kurban Ḥöyük y Hassek Ḥöyük, que se tratan más detenidamente en otro lugar, los yacimientos en cuestión son Biricik, Almalik, Hayaz, Grik, Lidar, Incirli, Torçik Mevkii, Tille y Toprakale. Salvo Lidar Ḥöyük, todos estos yacimientos son relativamente pequeños (Özdoğan 1977: 142, 184, 144, 94, 174, 176, 170, 92 y 158 respectivamente). Lidar es mucho mayor que los anteriores, con una extensión máxima de unas 15 hectáreas. Pero el tamaño del tell del período tardocalcolítico pudo ser menor, ya que la serie de operaciones verticales practicadas en las laderas exterior y media del tell no revelaron *in situ* materiales del período.
Deseo agradecer al Dr. Harold Hauptmann su autorización para seguir los avances de las excavaciones de Lidar y ver parte del material pertinente durante una serie de visitas realizadas entre 1981 y 1984. <<

[78] Compárese Lloyd 1940: fig. 2 (Grai Resh); el cap. 3, fig. 18A (Brak); y Ludwig 1979: fig. 3a-b (Habuba). <<

[79] Para una lista de los yacimientos con materiales tardocalcolíticos en el área prospectada, véase Meijer 1986: 51. Los seis yacimientos encuadrados en la categoría de

6-12 hectáreas son los yacimientos 53, 94, 96, 146, 163 y 231 (Meijer 1986: 48-49). <<

[80] Sobre la naturaleza de las sociedades patrimoniales, véase Doyle 1986: 198-208. Sobre las jefaturas en general, véase Service 1962 y Flannery 1972. Para una revisión de las jefaturas complejas en el contexto de Oriente Próximo antiguo, véase H.T. Wright 1984a. <<

[81] Compárese, por ejemplo, las estructuras de Ubaid norte-mesopotámicas de Tepe Gawra, Nivel XIII (Tobler 1950: lám. 12) y los edificios de Ubaid sur-mesopotámicos de Warka (Heinrich 1982: fig. 74). Para comparaciones del período de Uruk, véase la nota 2. <<

[82] Concretamente, compárense los edificios del período de Uruk de la llanura aluvial mesopotámica, como el Templo Blanco de Warka (Heinrich 1982: fig. 90) y el Templo Pintado de Tell Uqair (ibid.: fig. 105) con estructuras similares de algunos enclaves de Uruk del Alto Éufrates, como Habuba-süd/Qannas (ibid.: fig. 129) y Jebel Aruda (van Driel y van Driel-Murray 1983: mapa 1). <<

[83] Deseo agradecer al equipo de excavación de Arslan Tepe su hospitalidad cuando yo y otros miembros de la expedición de Kurban Ḥöyük del Instituto Oriental visitamos Malatya durante la campaña de 1983. Agradezco sobre todo a los Drs. Palmieri, Frangipane, Ferioli y Liverani que nos enseñaran algunos materiales pertinentes del yacimiento. <<

[84] Compárese, por ejemplo, Tobler 1950: 182-192, láms. CLXV-CLXX (Gawra); Amiet 1973: 217-224, (figs. 2-4; y Frangipane y Palmieri 1988: (figs. 69-78 (Arslan Tepe). Para

referencias sobre la glíptica asociada en yacimientos de las montañas, véase Buchanan 1967 y D.H. Caldwell 1976. <<

[85] Frangipane y Palmieri 1988: (figs. 67-68, 78: 2; Frangipane y Palmieri 1988-1989: fig. 8. Entre las aproximadamente 1600 estampillas recuperadas en un solo lote en la Sala A206, están representados, al parecer, unos 76 sellos de estampilla diferentes y 10 cilindro-sellos (Collon 1987: 14). <<

[86] De todos modos, aunque la sugerencia parezca plausible a la luz de la clara evidencia en Arslan Tepe de estrechos contactos con las sociedades de Uruk, hay que decir que los niveles excavados del Período VII directamente debajo de las estructuras del Período VIA y en otras zonas del yacimiento no son todavía suficientes para demostrar de manera concluyente que el rol del yacimiento como centro de redistribución regional fue posterior, no anterior, a los primeros contactos. <<

[87] En todo caso, la expansión hacia el norte de los primeros reyes acadios no hizo sino acelerar los procesos preexistentes en la periferia septentrional tendentes a la creación de unidades políticas mayores, haciendo que sus sucesores encontraran una resistencia mucho mayor. La emergencia a finales del período acádico del reino hurrita de Urkish y Nawar, contra el que los dirigentes mesopotámicos del período de Ur III habrían de lanzar un sinfín de campañas en general infructuosas (Hallo 1978), parece ser un reflejo de este proceso. <<

[88] Según una versión del itinerario paleobabilónico, se tardaban ochenta y siete días para ir de Larsa a Emar (situada en el recodo inferior del gran codo del Éufrates, en Siria, a unos 15 kilómetros al sur del enclave de Habuba/Qannas) utilizando la ruta terrestre que discurría junto al Tigris. Pero ese itinerario incluía una larga parada en tres ciudades de la

llanura aluvial situadas junto al camino, que suponía casi un mes. Por lo tanto, es posible que un viaje directo sin pernoctaciones tardara unos dos meses. Resulta difícil estimar el tiempo requerido para ir a algún otro enclave, como por ejemplo Nínive, puesto que la ruta del norte mencionada en el Itinerario seguía el curso del Tigris sólo hasta Assur, y desde allí viraba hacia el noroeste a través del Bajo Jezira en dirección a Shubat Enlil (Tell Leilan). Con todo, se tardaban cincuenta y seis días en llegar a Zalipa, una base junto al camino situada en algún lugar al norte de Assur y al sur de Nínive, a orillas del Tigris. En consecuencia, y si restamos el mes perdido en pernoctaciones, cabe inferir que el viaje a Nínive habría supuesto alrededor de un mes (Hallo 1964).
No poseemos registros de lo que se habría tardado en llegar a Emar a través de la ruta más directa bordeando el Éufrates (que era tres veces más corta). Pero es evidente que incluso por esa ruta, el tiempo debe calcularse igualmente en más de un mes. Si, como algunos defienden, de Larsa a Nínive (una distancia desde el aire de unos 700 kilómetros) se habría tardado, sin pernoctaciones, cerca de un mes, entonces de Larsa a Emar se habrían invertido al menos cuarenta días (una distancia de unos 1000 km desde el aire). <<

[89] Los materiales pesados y voluminosos, como la madera de Anatolia, del norte de Siria y del norte de Iraq, podían transportarse con relativa facilidad por el Tigris y el Éufrates utilizando simples balsas o barcas. En cambio, el transporte desde el núcleo sur-mesopotámico al norte, así como los desplazamientos hacia el este por la meseta iraní, aún dependían de las lentas caravanas de asnos (véase la nota 1 y la nota 9 de este capítulo). <<

[90] Compárese, por ejemplo, las improntas de sello de Susa (Amiet 1972: n.os 682-683, 688-689, 691, 695) y las de Warka

(Brandes 1979: láms. 1-13). <<

[91] Para una interesante reconstrucción de las divisiones y jerarquías administrativas de finales del período de Uruk a partir de la glíptica del Khuzestán, véase Dittmann 1986a. Para un resumen de la evidencia epigráfica pertinente de los Textos Arcaicos de Warka (Eanna IV/III), véase Nissen 1976 y 1986a. <<

[92] El cobre, sumamente excepcional en los yacimientos del período Ubaid excavados hasta ahora en la llanura aluvial, abunda en los niveles contemporáneos de la llanura susiana, donde se recuperaron numerosos útiles de cobre, especialmente en la necrópolis del Susiana reciente de Susa (De Morgan 1912). Para un análisis del cobre y de los útiles de cobre descubiertos en contextos prehistóricos de Mesopotamia, véase Moorey 1985. Otros metales preciosos, como el oro, también son muy excepcionales en los contextos de Ubaid, aunque se documentan. En Ur se recuperó un hilo de oro en un nivel del Ubaid reciente (Pozo F, 3,25 m) (Woolley 1955a: 14, 185: U16 981). Los vasos de piedra hechos de piedras semiexóticas importadas son más corrientes en los yacimientos de Ubaid. Por ejemplo, en Eridu y en Ur aparecieron con frecuencia asociados a sepulturas (Safar, Lloyd y Mustafa 1981: 232-233, (figs. 112-113; Woolley 1955a: 87), mientras que en Tell Abada aparecen en casas. En los niveles de Ubaid de Abada también aparecen piedras preciosas, como la cornalina, asociadas a algunas sepulturas (Jasim 1985: 202). En niveles de Ubaid de Tell el Ouelli (Hout 1989) se documentan tanto el betún como algunas pinturas murales. Por último, sobre la distribución de la obsidiana en los yacimientos más

antiguos de la llanura aluvial mesopotámica, véase G.A. Wright 1969. <<

[93] Parece que existió una importante ocupación de Ubaid tanto en Tell Brak (J. Oates 1986: 253) como en Samsat (Özdoğan 1977: 133, láms. 84-85). Pero en Brak todavía no han aparecido niveles de Ubaid, y Samsat ha quedado sumergido por las aguas de la presa de Atatürk. <<

[94] Compárese, por ejemplo, Jasim y Oates 1986: 356, fig. 3, abajo (Tell Abada) y Tobler 1950: lám. CLVII: 71 (Gawra). <<

[95] Sin embargo, el patrón que Adams documenta en las áreas prospectadas de Uruk y Nippur de unos centros de Ubaid relativamente importantes en su mayoría sin asentamientos rurales asociados no es extrapolable al extremo meridional de la llanura aluvial mesopotámica, en los alrededores de Ur y de Eridu explorados por H.T. Wright (1981b). Allí aparecieron asentamientos de dimensiones mucho más variables, y concentraciones de yacimientos dependientes más pequeños alrededor de los grandes centros. No sabemos si la relativa escasez de pequeños yacimientos de Ubaid fuera de la región de Ur/Eridu constituye un patrón arqueológico o si es el resultado de una recuperación diferencial debida a la desaparición de muchos yacimientos pequeños sepultados bajo posteriores aluviones en partes importantes del área prospectada más al norte. El caso de Ras el Amiya, un pequeño yacimiento de Ubaid cerca de Kish descubierto por azar bajo la actual superficie aluvial al excavar una zanja para el riego, indica lo mucho que nos podemos estar perdiendo. <<

[96] Aunque en Mesopotamia y en su periferia inmediata no aparece evidencia osteológica incontrovertible de asnos y mulos domésticos antes del primer cuarto del III milenio a.C. (Clutton-Brock 1986: 210-213; Zeder 1986: 407), se han iden-

tificado restos de asnos en niveles de mediados del IV milenio de Maadi, en Egipto, justo al sur de la región del delta del Nilo (Bökönyi 1985). Esa presencia se aprecia en las pinturas y representaciones de Egipto y Palestina. En la llamada *Paleta del Botín Libio* hallada en Abydos, aparecen claras representaciones de asnos (Kantor 1974: 237, lám. 214b), y se fecha, siguiendo criterios estilísticos, a finales del IV milenio o en el Gerzeense reciente (Dinastía 0) (H.J. Kantor, com. personal, 1988). Roger Moorey (com. personal, 1988) llamó mi atención sobre una estatuilla de arcilla unos siglos más antigua en la que se reconoce claramente un asno cargado con dos cestas y descubierta en una sepultura del período Ghassuliense en una cueva de Giv'atayim, cerca de Tel Aviv (Kaplan 1969: 31, 39, lám. VII). <<

[97] Pero para exploraciones útiles sobre las posibilidades que ofrecen los datos arqueológicos disponibles, véase Cohen 1971, Curtin 1984 y Polanyi 1975. <<

[98] Para un estudio convincente de posibles formas de intercambio y sus correlaciones espaciales arqueológicamente identificables, véase Renfrew 1975. Pero algunas críticas recientes sostienen que el modelo de Renfrew sólo se ocupa de la forma institucional del comercio, y no toma en consideración factores que posiblemente podrían explicar, o al menos influir, en la caída de las curvas observada. Estos factores son (1) el efecto de la creciente distancia y costo sobre una demanda decreciente, y (2) la posibilidad de que las mejoras tecnológicas del transporte incrementara los costos y, en última instancia, la demanda (Earle 1985). <<

[99] Desde la publicación del artículo de Wright y Rupley han aparecido algunas fechas del Uruk reciente en Tell Hamoukar (Gibson *et al.* 2002:33, muestras 006-009) y en Tell

Kuran (Hole 2001: 76), ambos en Siria, pero esas fechas no alteran sus conclusiones. <<

[100] Las excavaciones y las prospecciones nos permiten identificar al menos 9 yacimientos de distinto tamaño con materiales de Uruk en el área de la presa de Tabqa. Detalles y referencias de estos yacimientos se ofrecen en las pp. 56-62 y en Boese 1995-1996. Al menos 4 yacimientos con materiales de Uruk, todos ellos al parecer pequeñas aldeas, se han conocido gracias a las excavaciones en curso en el área de la presa de Tishrin. Los datos de Tishrin permanecen en su mayoría inéditos, y hasta el momento las referencias disponibles son: Tell Abr (Hammade y Yamazaki 1993; Yamazaki 1999), Tell Kosak Shamali (Nishiaki 1999), Tell Jerablus Tahtani (Peltenburg 2000; Peltenburg *et al.* 1995, 1996, 1997; Stephen y Peltenburg 2002), y Tell Siyuh Fauqani (Dr. D.M. Bonacossi, comunicación personal, 1998). Además, el yacimiento de Tell Siyuh Tahtani ha deparado evidencia de cuencos de borde biselado, pero el contexto de esos hallazgos todavía no está claro (Falsone 1999). De estos yacimientos, Tell Abr es el más interesante porque se ha descubierto evidencia de niveles Uruk medio y Uruk reciente, este último asociado a ladrillos de estilo *riemchen*. Por último, en las áreas de Karkemish y de la presa de Birecik del Éufrates, en el sureste de Turquía, se registraron 16 yacimientos de diverso tamaño con materiales de Uruk en la superficie (Algaze *et al.* 1994: 10-12, fig. 15B). Ahora dos de estos yacimientos, Yarim Tepe y Zeytin Bahce Ḥöyük, se han excavado (Rothman *et al.* 1998; Frangipane y Bucak 2001; Frangipane *et al.* 2002) y han deparado conjuntos cerámicos casi todos de tipo meridional. Lamentablemente, en Yarim Tepe no se pudieron recuperar restos arquitectónicos congruentes del período de Uruk, pero en Zeytin Bahçe Ḥöyük se documentan partes de un gran alma-

cén compartimentado en numerosas pequeñas celdas análogo a una estructura de los estratos del Uruk medio descubierta en Tell Sheik Hassan. <<

[101] Adviértase, sin embargo, que las minuciosas prospecciones de Wilkinson en la llanura del Alto Jezira al oeste del Tigris, en el norte de Iraq, revelan lo que parecen ser densidades demográficas regionales globales más altas en esa área que en el sur (Wilkinson 2000a: fig. 5). Creo que se trata de una pauta falaz debida sobre todo al carácter más intensivo y sistemático de las prospecciones del Jezira y también al hecho de que la erosión optimiza el reconocimiento de yacimientos en el norte, mientras que la sedimentación y la deposición eólica reducen la identificación de yacimientos en las tierras aluviales del sur (Wilkinson 1990c, 2000a: 224). De todas maneras, es cierto que el sur seguía teniendo una proporción mucho mayor de su población global que vivía en asentamientos aglomerados y que esos asentamientos estaban mucho más próximos unos de otros que los centros del norte como los que había en Siro-Mesopotamia. <<

[102] Tanto Umma (WS 197) como Aqarib (WS 198) estaban en el límite del área estudiada por Adams en 1968, pero en aquella época no se pudieron explorar adecuadamente debido a las grandes dunas de arena que cubrían el área (Adams y Nissen 1972: 227-228). Desde entonces las dunas se han retirado de la zona. <<

[103] Véase Eidem y Warburton (1996) para los alrededores de Brak. Actualmente se está realizando una prospección más intensiva del área en torno a Brak, bajo la dirección de Henry Wright, pero aún no hay resultados. <<

ÍNDICE

El sistema-mundo de Uruk 2
Nota del editor digital 8
Prólogo a la edición castellana 9
Prefacio 13
Agradecimientos 17
1. Introducción 21
Una perspectiva suprarregional 21
Estrategias de obtención de recursos y su impacto 25
«Impulso hacia el imperio» en el período de Uruk 32
Un marco conceptual para analizar la evidencia 34
2. Yacimientos de Uruk en la llanura susiana del kHuzestán 46
Marco geográfico 47
La colonización mesopotámica 49
Cronología y conclusiones 58
3. Yacimientos de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas y montañas adyacentes 62
Marco geográfico 63
La Siria profunda 65
La Jezira mesopotámica 66
Las llanuras transtigrinas 69
Enclaves de Uruk en siro-mesopotamia 71
Descubrimiento y antecedentes 71
La localización de los enclaves de Uruk 74
Naturaleza de los enclaves de Uruk 97

La lógica estratégica del asentamiento de Uruk en siro-mesopotamia 102
Las rutas terrestres de Siro-Mesopotamia en la época clásica 104
Modelos históricos y evidencia arqueológica 109
Enclaves de Uruk en nodos estratégicos de las líneas de comunicación 112
Bases de Uruk junto a las líneas de comunicación 115
Puestos avanzados de Uruk en la periferia 125
La cronología del asentamiento de Uruk en la periferia 131
Los enclaves 131
Los puestos avanzados 133
4. La función de los asentamientos de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas y montañas adyacentes 138
Comunidades «de paso» 138
Materiales de Uruk en el piedemonte y montañas adyacentes 143
Rutas de montaña 143
Los recursos de las montañas 154
Materiales de Uruk en las llanuras siro-mesopotámicas 160
Los bienes de intercambio 163
Exportaciones 164
Importaciones 166
5. El calcolítico reciente en siro-mesopotamia 185
Cronología 186
La cultura del calcolítico reciente y la integración social 199
Las relaciones entre los enclaves de Uruk y las comunidades indígenas 210
6. Cambio social en la periferia septentrional y el colapso de la expansión de Uruk 214

El impacto en las sociedades indígenas 214
Hamman et-Turkman 219
Kurban Ḥöyük 223
Arslan Tepe 224
El colapso de la red de enclaves de Uruk 229
El desarrollo sociopolítico de la periferia en el bronce antiguo 235
7. Conclusiones 241
La perspectiva de la periferia: el imperio informal en el período de Uruk 241
La perspectiva del lugar central: un sistema-mundo del período de Uruk 253
El contexto de la expansión 257
Problemas pendientes y sugerencias de cara a futuras investigaciones 262
Las raíces de la expansión 262
El impulso inicial de la expansión 270
La mecánica del intercambio intercultural 273
Asentamientos de Uruk por descubrir en la periferia 278
Replanteamiento teórico y paralelos interculturales 279
Epílogo a la edición castellana. la expansión de Uruk: nuevos datos e interpretaciones 285
¿Qué hay de nuevo? 285
La cronología de la expansión de Uruk 287
La identificación de asentamientos intrusivos de Uruk 288
Variantes del asentamiento de Uruk en siro-mesopotamia 306
La complejidad social de las comunidades tardocalcolíticas 309
La complejidad social de Uruk 316

Trayectorias de desarrollo: núcleo «vs». periferia 319
El impacto de Uruk en las sociedades preexistentes 323
Conclusiones 326
Referencias bibliográficas actualizadas 339
Fuente de las ilustraciones 407
Índice de las ilustraciones 413
Sobre el autor 417
Notas 418